

LOS MASONES

LA SOCIEDAD MÁS PODEROSA DE LA TIERRA



JASPER RIDLEY

En esta interesante y esclarecedora historia de la masonería, Jasper Ridley se remonta a la Edad Media y a las corporaciones de los constructores de las catedrales, quienes, celosos de guardar el secreto de la edificación de tales monumentos, se reunían en logias donde los maestros albañiles (en francés maçon significa albañil) discutían sus métodos de trabajo.

Jasper Ridley

Los masones

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2022

Título original: *The Freemasans*
Jasper Ridley, 2004
Traducción: Eduardo Hojman
Cotejado y revisado por: lvs008
Diseño de portada: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



9
Aniversario
Edición conmemorativa
Más libros, más libres
epublibre

A mis nietos
Owen, Abigail y Anna

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a todos los que me ayudaron durante la redacción de este libro.

Su majestad la reina tuvo la gentileza de permitirme citar una carta de la reina Victoria que se encuentra en los Archivos Reales de Windsor.

En primer lugar, debo agradecer especialmente al bibliotecario y al personal de la Biblioteca y Museo de la Francmasonería del Freemasons' Hall de Londres. A pesar de no ser masón, me permitieron trabajar en su biblioteca sesenta y tres días, y me beneficiaron con su conocimiento de expertos y su eficaz atención sin, por supuesto, realizar ningún intento de influir sobre las opiniones respecto de la masonería que yo expresaría en mi libro. Les doy las gracias, lo mismo que a todos mis amigos masones, por la manera en que me alentaron, en mi carácter de no masón, a escribir un libro objetivo sobre el tema.

Agradezco a Hugh Barnes-Yallowley, al doctor Charles W. Hollenbach y a James Young por leer el original y darme sus opiniones al respecto; a Lieselotte Clark, Marlies Evans, Antonia Fraser, Anita Garibaldi, John Hamill, Emina Kurtagic, Branko Markic, Ljubica Simic, al doctor Michael Smith y al *Signor* Salvatore Spinello por ayudarme en la investigación y por la información que me facilitaron; a Sarah Christensen, Wendy Hawke, el comandante Michael Higham (ex Gran Secretario de la Gran Logia Unida de Inglaterra), Charles Hodgson, Duska Jovanovic, Branka Kolic, Ruth O'Brien, Robert Pynsent, Ingrid Price-Gschlössl, mi hija Barbara Ridley, Denise Sells, Jasna Srdar, Derek Stuckey, George H. Vincent, S. F. N. Waley, Anthony West (miembro del Directorio de Propósitos Generales de la Gran Logia Unida de Inglaterra) y Sharon Willett de *Press Ahea*d por sus varias contribuciones; al bibliotecario y personal de Canning House; al Templo Interno; al Istituto Italiano Di Cultura de Londres, a la Biblioteca del condado de Kent de Tunbridge Wells (cuya reciente decisión de mantenerse abierta al público los sábados y domingos me hizo posible terminar este libro a tiempo); a la Biblioteca de Londres, y a las Bibliotecas de la Universidad de California con sede en San Diego y en Berkeley, California; a mi editor, Benjamin

Glazebrook, y al personal de Constable y a mis agentes de Curtis Brown de Londres; al personal de la Compañía de Carpinteros de Londres; a mi esposa, Vera, por leer el original y darme sus opiniones al respecto y por su ayuda en la compilación de la bibliografía; y a John, nuestro hijo, y a Henry Hely-Hutchinson por corregir las pruebas; y a la señora Helen Baz por confeccionar el índice analítico.

El rector y Concejo de Graduados y Alumnos del Churchill College de la Universidad de Cambridge tuvieron la gentileza de permitirme utilizar información de los Archivos Churchill de la institución.

El secretario de la Logia Ars Quatuor Coronatorum tuvo la gentileza de permitirme citar varios pasajes de sus publicaciones AQC y de The Genesis of Freemasonry (Los orígenes de la francmasonería) y Early Masonic Pamphlets (Primeros folletos masónicos) de Knoop y Jones.

Se me ha autorizado gentilmente a citar un pasaje de Wellington at War (Wellington en guerra), editado por Brett-James.

Jasper Ridley
Tunbridge Wells,
13 de agosto de 1999

Nota del traductor

El traductor desea agradecer a la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones por su desinteresada colaboración en algunos aspectos relativos a la traducción.

Introducción

En la Gran Bretaña de 1999 los francmasones están una vez más en la picota. Se los acusa de ser una sociedad secreta de hombres que realizan los juramentos más solemnes, bajo pena de horribles castigos, para defender sus propios intereses contra los de los «cowans» (no masones), que se reconocen entre sí mediante señales secretas, y que luego se prodigan favores mutuamente, aunque éstos impliquen entrar en conflicto con sus cargos públicos. Por lo tanto, se considera impropio que los francmasones ocupen puestos de autoridad, en particular en la policía o en el poder judicial. Los oficiales de policía ayudan a escapar a los delincuentes masones. Cuando los jueces están en la corte, el prisionero, desde el banquillo del acusado, o un testigo, desde su asiento, harán una señal secreta al juez, quien, al reconocerlos como masones, fallará en su favor, porque para él el juramento masónico es más importante que su deber público como juez.

Los masones, por su parte, niegan estar obligados por sus juramentos a ayudar a toda costa a sus hermanos masónicos. Sostienen que el juramento de ayudar a un hermano está sujeto a la obligación superior de obedecer la ley y que jamás se debe ayudar a un hermano a violarla.

¿Cuál de estas posturas es correcta? Si examinamos la historia de los francmasones en los últimos trescientos años, queda bastante claro que son los masones quienes tienen razón, y que los temores de que constituyan una sociedad cuyos miembros se ayudarían mutuamente a violar la ley son infundados. A lo largo de doscientos cincuenta años de guerras, revoluciones y levantamientos políticos, y salvo en alguna que otra circunstancia especial, los juramentos y las obligaciones masónicas de ayudarse entre hermanos no ejercieron influencia alguna cuando entraron en conflicto con la fidelidad a una nación, los intereses de clase, el fervor ideológico o las ambiciones personales.

Los antimasones, y quienes los apoyan en los medios de comunicación, piden que se obligue a la masonería a revelar los nombres de sus miembros. De no ser por el entusiasmo reformista de algunos parlamentarios de antaño, eso habría sido innecesario, ya que, en 1799, y en virtud de la Ley de

Sociedades Ilegales, se obligaba a los francmasones a dar sus nombres a los jueces de paz. Y ellos obedecieron religiosamente este requerimiento hasta que fue abolido por la Ley Penal de 1967, en un momento en que se desechó un gran número de Leyes Parlamentarias obsoletas a través de las Actas de Revisión de Leyes Estatutarias. Como la Ley de Sociedades Ilegales de 1799 había sido concebida sobre todo con la intención de suprimir las organizaciones radicales y los sindicatos, los parlamentarios la abolieron sin detenerse a reflexionar sobre las consecuencias. Ahora pretenden volver a imponer algunas de sus cláusulas. En realidad, los francmasones no se oponen a ello —nunca tuvieron problemas para cumplir con la Ley hasta 1967—, pero sí objetan que se los considere de manera diferente de la de un club de golf o cualquier otra organización similar.

El temor que sienten los antimasones —la idea de que no se puede confiar en que un oficial de policía o un juez francmasones cumplan con sus obligaciones debido a que darán prioridad a sus juramentos masónicos—, está basado en una extraordinaria ingenuidad de la que con frecuencia son culpables tanto ellos mismos como los masones. Ambas partes admiten que, si bien hay buenos masones que realizan elogiables obras de caridad, también hay manzanas podridas en la canasta masónica, y que su verdadera preocupación son las actividades de los malos francmasones. Un hombre que está dispuesto a ponerse un traje vistoso y prestar un juramento que sabe que es raro, horrendo y anticuado, porque cree que eso le ayudará en su profesión, no cumpliría ese juramento si creyera que —en caso de hacerlo, y si se lo atrapara y descubriera—, su carrera corre peligro. Este hecho ha sido demostrado repetidas veces en la historia de la francmasonería en Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y en todos los países del mundo.

I

Los masones

Los masones eran distintos. En la Edad Media, desde el siglo XIII al XV, en Inglaterra, Francia y Europa central, existía la sensación generalizada de que los masones eran distintos del resto de la gente. La mayoría de la población estaba compuesta por siervos, que trabajaban las tierras de sus señores feudales y nunca viajaban más allá de su villa natal, salvo cuando tomaban el camino real rumbo al mercado de la ciudad más próxima. Pero algunos de ellos, los más emprendedores, recorrían distancias mucho más largas, fuese cuando acudían en peregrinación a la tumba de santo Tomás Becket, en Canterbury, al altar de Nuestra Señora de Walsingham, en Norfolk, o, en ocasiones, cuando se dirigían a Francia para servir al rey inglés en sus guerras contra los franceses. En los pueblos, los artesanos hacían cosas, que los comerciantes compraban y vendían. Los tejedores hacían paños, los orfebres, anillos y joyas, y los carpinteros construían casas de madera para los habitantes locales o para el concejo del pueblo. Pero los masones eran distintos. Trabajaban la piedra, y eran muy pocos los edificios hechos de piedra. Sólo los castillos del rey, y de aquellos nobles a quienes éste había dado permiso de «castillar», es decir, de erigir castillos, eran de piedra, así como las catedrales, abadías y parroquias. Entonces, los únicos empleadores de los masones eran el rey, algunos de sus nobles, y la Iglesia, aunque, en ocasiones, también se construía con piedra un puente importante.

El Puente de Londres, que hasta el siglo XVIII fue el único puente sobre el Támesis al sur de Kingston, había sido construido originalmente de madera; pero después de su destrucción, en 1176, se decidió reconstruirlo con piedra. Había una canción popular al respecto:

El Puente de Londres está cayendo.

¿Cómo habremos de reconstruirlo?
Construidlo con plata y oro,
bailando sobre la dama de la pradera;
el oro y la plata se han de robar,
junto con una bella dama.
Construidlo con hierro y acero,
bailando sobre la dama de la pradera;
el hierro y acero se curvarán e inclinarán,
junto con una bella dama.
Construidlo con madera y barro,
bailando sobre la dama de la pradera;
la madera y el barro serán arrastrados,
junto con una bella dama.
Construidlo con una piedra tan fuerte,
bailando sobre la dama de la pradera;
pues así durará varios siglos
junto con una bella dama.

De hecho, duró varios siglos. Terminaron de construirlo en 1209, y se mantuvo en pie 623 años. Cuando fue demolido, en 1832, no se debió a ningún fallo en la estructura, sino a que los pilares de piedra que lo sostenían estaban demasiado cerca unos de los otros y no permitían el paso de los barcos del siglo XIX, que eran más grandes.

¿Y quién era la «bella dama», la «dama de la pradera» sobre la que bailaba la gente cuando cruzaba el puente o entraba en las casas erigidas a ambos lados de la estructura? Todos conocían la historia. Se trataba de una joven virgen que los masones habían encerrado y emparedado viva en una de las columnas de piedra del puente, como un sacrificio humano para aplacar la ira de Dios e inducirlo a que protegiera el puente contra tormentas o inundaciones. Ésta es una de las tantas mentiras sobre los masones que la gente ha divulgado y creído durante más de ochocientos años, desde 1176 a 1999.

Los masones recorrían todo el país construyendo catedrales en los pueblos de los condados, castillos en puntos estratégicos y abadías, a veces en las ciudades cercanas y a veces en los páramos de Yorkshire y en otros lugares recónditos del país.

La erección de las catedrales proporcionaba bastantes oportunidades de trabajo a los masones. En Francia, entre 1050 y 1350, se construyeron ochenta catedrales, quinientas iglesias grandes y muchas más parroquias[1]. En

Inglaterra, las construcciones de las catedrales tardaban, con frecuencia, más de cien años. La obra requería mucha mano de obra, tanto calificada como no calificada. Se necesitaban trabajadores inexpertos que despejaran los escombros para construir los cimientos, y que cargaran las piedras y el mortero hasta el sitio de la obra. Las reglamentaciones francesas de 1268 para la construcción de catedrales, que se redactaron después de consultar a los gremios de artesanos, establecían que «los masones, fabricantes de morteros y yeseros pueden tener tantos asistentes y criados como les plazca, siempre que no les enseñen nada de su oficio». Tres masones podían tener cinco asistentes trabajando para ellos[2].

Muchos siervos aprovechaban la oportunidad de escaparse de las tierras donde se veían obligados a trabajar para sus amos y se dirigían a una ciudad donde se estaba construyendo una catedral, sabiendo que si hasta un año y un día después su amo no volvía a capturarlos, estarían libres de la servidumbre. Algunos caballeros y nobles se ofrecían como voluntarios para realizar el trabajo no calificado como obra de piedad. En ciertos sitios, los Sábados Santos se obligaba a los judíos a realizar ese trabajo como penitencia[3].

Los masones eran trabajadores cualificados. Había dos clases de masones: los «picapedreros» o «masones rústicos», que plantaban la piedra dura común proveniente de Kent y otras partes sobre la que se construía la iglesia, y los masones más diestros, que tallaban las elegantes fachadas del frente de la catedral. Trabajaban una piedra más blanda, terrosa, que se hallaba en muchos sitios de Inglaterra entre Dorset y Yorkshire, así como en otros países de Europa. Esta piedra más blanda era conocida como «piedra libre o franca», y los masones expertos en trabajarla pasaron a denominarse «masones de piedra franca», que muchas veces se abreviaba como «francmasones[4]».

Cerca del sitio en el que trabajaban, erigían una choza a la que llamaban su *lodge* [5] o «posada», en la que guardaban sus herramientas y comían, en el intervalo que se les asignaba para ello durante el día. Pero no dormían allí. Rentaban habitaciones en una hostería o en otros alojamientos de la ciudad y, por lo general, permanecían en ellas durante varios años[6].

Aunque se trasladaban a su lugar de trabajo desde todas las regiones de la nación, los francmasones no eran una muchedumbre de vagabundos desempleados que iban de un lado a otro en busca de empleo. Eran famosos por su destreza, y quienes los convocaban eran los obispos o deanes de los distritos en los que se estaba llevando a cabo la construcción de la catedral. A veces, estaban trabajando en una construcción y recibían, desde otras partes de Inglaterra, o desde Francia o Alemania, ofertas que los tentaban a dejar esa

tarea para ir, a cambio de recompensas más cuantiosas, a trabajar en otra catedral. Los obispos y deanes que los empleaban trataron de evitar esto incluyendo en el contrato una cláusula que impedía a los francmasones abandonar la obra para buscar empleo en ningún otro lado hasta que ésta estuviera terminada; pero, con frecuencia, los francmasones se negaban a aceptar esa condición.

Cuando el rey estaba edificando un castillo o alguna fortificación esencial, utilizaba sus poderes de requisa a fin de forzar a los masones a trabajar para él. En la década de 1540, Enrique VIII construyó fortificaciones en la costa de Kent a fin de protegerse de una posible invasión francesa. Masones de lugares tan distantes como Somerset y Gloucestershire fueron obligados a presentarse y trabajar allí, y se forzó a otros masones de Gloucestershire, Wiltshire y Worcestershire a ayudar a erigir el nuevo y magnífico palacio de Enrique en Nonesuch, cerca de Esher, Surrey. A veces, masones que estaban en Kent recibían la orden de ir a Berwick para trabajar en fortificaciones contra los escoceses, y se les enviaban doce chelines y ocho peniques (63 peniques) para cubrir los gastos del viaje de 490 kilómetros desde Maidstone. Otras veces, como las autoridades no confiaban en que los masones se presentaran a trabajar según se les había ordenado, los arrestaban y llevaban por la fuerza al destino fijado. El cardenal Wolsey adoptó este método para construir su Cardinal College de Oxford, al que, después de su caída, se dio el nombre de Iglesia de Cristo[7].

Pero por lo general el reclutamiento de masones y otros trabajadores no era llevado a cabo directamente por el rey o el gobierno, sino por una corporación, o gremio del oficio, a la que el rey había otorgado una Carta o licencia, e instrucciones para regular la actividad. El gremio estaba compuesto por los principales empleadores del ramo, pero a veces era directamente controlado por un funcionario real. En el caso de los masones, estaban bajo el control de la Masons’ Livery Company de Londres, que ya existía, casi con certeza, en 1220[8]. Había gremios de masones en Chester, Durham, Newcastle y Richmond, en Yorkshire[9].

En Escocia, los gremios de masones eran incluso anteriores a los de Inglaterra. En 1057, año en que el rey Malcolm III Canmore obtuvo el trono después de derrotar y matar a Macbeth, otorgó una Carta, junto con el poder y la obligación de regular el oficio, a la Compañía de los Masones de Glasgow. Había gremios de masones, o gremios conjuntos que incluían masones, en Edimburgo, Elgin, Irvine, Kirkcudbright, Rutherglen, y probablemente también en Aberdeen y Dundee[10].

La Europa del medioevo era una sociedad eminentemente disciplinada y regulada. En Inglaterra, el Parlamento establecía el sueldo máximo que se le permitía recibir a cada clase de trabajadores y el número de horas diarias que estaban obligados a trabajar en verano y en invierno; el género y el color de las vestimentas que podían usar los duques, los barones, los caballeros y las gentes del común; el número de platos que podían cenar; los días de ayuno en los que no se les permitía comer carne o huevos; y los juegos que les era permitido jugar[11].

También la vida de los masones estaba regulada. Sus deberes estaban establecidos en directivas de los gremios que los controlaban, y se conocían como «Cargas». La primera de ellas era la obligación del masón hacia Dios: debía creer en la doctrina de la Iglesia católica y rechazar todas las herejías. La siguiente era la obligación hacia el rey, cuya soberanía y leyes debía obedecer. En tercer lugar, estaba la obligación hacia el maestro, el empleador, el maestro masón para el cual trabajaba el aprendiz de masón. No debía traicionar los secretos de su maestro; no debía seducir a la mujer, hija o ama de llaves de su maestro; no debía «sostener ninguna discusión desobediente» con su maestro, la dama de éste o un francmasón. Luego aparecían las obligaciones morales generales: no cometer adulterio ni fornicación, no salir después de las ocho de la noche, no frecuentar posadas o burdeles, y no jugar a los naipes salvo durante los Doce Días de Navidad. En este sentido, las Cargas repetían las prescripciones de las leyes del Parlamento, que establecían las reglas sobre juegos de naipes que regían para todas las clases de rango inferior al de los nobles[12].

El salario y horario de trabajo de los masones, así como los de otros trabajadores, habían sido establecidos en los Estatutos de los Trabajadores, que fueron redactados después de que, en 1348, una serie de epidemias, que luego se conoció como la Muerte Negra, asoló Europa Occidental desde el este, y que, en algunas partes de Inglaterra, acabó con la vida de entre un tercio y la mitad de la población. El resultado fue una escasez de mano de obra que incrementó el poder de negociación de los sobrevivientes. El Parlamento, que estaba compuesto por los pares de la Cámara de los Lores y por una Cámara de los Comunes en la que sólo tenían voto los caballeros, los mercaderes y los empleadores, dictó leyes que no establecían un salario mínimo sino uno máximo. Los empleadores podían acordar con los trabajadores que éstos llevarían a cabo la labor por el mínimo que estuvieran dispuestos a aceptar, pero era ilegal que los trabajadores recibieran una paga superior a la fijada por la ley. Los empleadores que pagaban cantidades

superiores, y los trabajadores que las recibían, eran multados. La multa, veinte chelines por cada contravención del trabajador, equivalía a los salarios de casi seis meses[13].

La retribución que percibía un masón por cada día de catorce horas de trabajo en verano, de cinco de la mañana a siete de la tarde, con intervalos de dos horas en total para las comidas y el descanso, consistía en seis peniques diarios. En invierno, el día de trabajo se extendía desde el amanecer hasta media hora antes de la puesta del sol[14].

Este horario, que era el mínimo prescripto por los estatutos, no se aplicó cuando los funcionarios de Enrique VIII reunieron a los masones de toda Inglaterra y los forzaron a trabajar en las fortificaciones y el palacio reales. En esa ocasión, los masones trabajaron cumpliendo los horarios que se les impusieron, que a veces abarcaban toda la noche[15].

Pero, con frecuencia, los masones y otros empleadores realizaban acuerdos secretos e ilegales conforme a los cuales se les pagaba más de seis peniques por día. La escasez de mano de obra era tan aguda, en especial en el caso de trabajadores calificados como los francmasones, y su capacidad de negociación era tan importante, que tanto ellos como sus empleadores estaban dispuestos a arriesgarse a violar la ley. Los masones formaron sindicatos cuyos miembros pactaron que no trabajarían por menos de una suma que era bastante más alta que el máximo legal. Estos sindicatos eran ilegales, y sus reuniones y las decisiones que se tomaban en ellas, debían ser mantenidas en un cuidadoso secreto.

La ley de salarios máximos para masones se desobedecía y violaba hasta tal punto que se hizo virtualmente imposible aplicarla y, por lo general, no se realizaba ningún intento serio de ponerla en vigor. Henry Yeveley, uno de los maestros masones más famosos entre 1356 y 1399, ganaba un promedio muy superior a seis peniques diarios. Se hizo lo suficientemente rico como para adquirir dos fincas. Sus contemporáneos más importantes, William Wynford y Richard Beke, el masón en jefe del Puente de Londres desde 1417 a 1435, amasaron fortunas similares[16].

En 1425, cuando el duque de Bedford era regente en nombre de su sobrino de tres años, el rey Enrique VI, el gobierno y el Parlamento intentaron poner en vigor aquella ley. Se dictó un estatuto que afirmaba que los masones habían estado violando la ley y que habían formado agrupaciones ilegales para obligar a sus patrones a pagarles salarios excesivos. Y la ley imponía penalidades más severas a los masones que asistieran a reuniones de

sindicatos ilegales[17]; sin embargo, dos o tres años más tarde, ya no se hicieron más intentos por aplicar ni la ley ni los estatutos anteriores.

En Francia, al igual que en Inglaterra, los masones, en especial aquellos que realizaban las tallas ornamentales en piedra franca, eran la elite de la fuerza de trabajo empleada en la construcción de catedrales. Así, formaron una organización que no tenía paralelo en Inglaterra, la Compagnonnage. Los compagnons que pertenecían a ella recibían a trabajadores de casi todos los oficios, incluyendo a los masones, y organizaban los traslados a los diferentes lugares de trabajo. Todos los registros que se conservan mencionan los viajes de los compagnons por el centro y sur de Europa; pero es probable que también actuaran en el área de París y en el norte de Francia. Intentaban realizar negociaciones en representación de los trabajadores de los diferentes oficios y fueron el equivalente medieval más cercano a una moderna confederación de sindicatos.

Los reyes y gobiernos de Francia no aprobaban esta situación. Se dictaron leyes y decretos reales contra la Compagnonnage en 1498, 1506 y 1539; y hubo reglamentos locales que la declararon ilegal en Orleans en 1560, en Moulins en 1566 y en Blois en 1579. Un estatuto de 1601 prohibía que los compagnons se saludaran mutuamente en la calle o que más de tres fueran juntos a una taberna; y en 1655 los doctores de la Sorbona, la facultad de teología de la Universidad de París, proclamaron que los compagnons eran hombres malvados que ofendían las leyes de Dios. Pero los compagnons no dejaron de trabajar en la clandestinidad defendiendo los intereses de sus miembros[18].

En Alemania y el centro de Europa, los steinmetzen (masones de la piedra), eran, de la misma forma, la elite de la fuerza de trabajo empleada en la construcción de catedrales. Sus actividades estaban reguladas por las corporaciones del ramo. Desarrollaron una organización nacional que cubría la totalidad de Alemania y Europa central. Había logias importantes de steinmetzen en Viena, Colonia, Berna y Zurich, pero todas aceptaban el liderazgo de los masones de piedra de Estrasburgo. En 1459, el emperador Maximiliano I proclamó un decreto en el que daba fuerza de ley al código de conducta redactado por los jefes de los masones de Estrasburgo. El control que éstos ejercieron sobre los masones alemanes continuó hasta 1681, año en que la ciudad fue capturada por los ejércitos de Luis XIV y anexada a Francia[19].

En Escocia, los masones de la piedra franca tuvieron menos éxito en mantener su posición privilegiada dentro del ramo de la construcción. Al no

haber piedra franca blanda en esa región, los francmasones no podían realizar su trabajo calificado. En Escocia se modificaron los reglamentos sobre los aprendices a través del sistema de «aprendizaje ingresado». Tanto en Inglaterra como en otros países, nadie estaba autorizado a realizar la tarea de un maestro masón hasta que hubiera cumplido un período fijo de aprendizaje. En Escocia, un aprendiz podía convertirse en aprendiz ingresado después de un lapso mucho más corto; y una vez adquirida esa categoría, se le permitía realizar gran parte de la tarea de un maestro masón.

Los masones de piedra franca de Escocia trataron de fortalecer su posición mediante el uso de una contraseña que era transmitida a todos los maestros masones calificados, y a la que ni los aprendices ingresados ni ninguna otra persona tenía acceso. Esto permitía que los maestros masones se reconocieran entre sí y evitaba, en la medida de lo posible, que los aprendices ingresados realizaran las tareas de un maestro. La palabra clave se hizo conocida como la «palabra masónica». Es probable que fuera Mohabyn, que tiene relación con la palabra marrow, que se utilizó en Escocia con el significado de «compañero» o «camarada» hasta el siglo XIX.

Son muchos los testimonios que sugieren que la «palabra masónica» se originó alrededor de 1550. Aunque se difundió más allá de la frontera, hacia los condados del norte de Inglaterra, era desconocida al sur de Durham y en el resto de Europa. Los masones ingleses tenían sus secretos, que discutían en las reuniones ilegales de sus sindicatos; pero no tenían ninguna necesidad de una palabra o señal que revelara su identidad a los otros. En Inglaterra, Francia y el centro de Europa, todos sabían quiénes eran los masones de piedra franca[20].

II



Los herejes

Más allá de las malas intenciones que pudieran haber tenido los masones al formar sus sindicatos ilegales, eran cabalmente respetuosos de la ley y respetables en cuanto a la religión. No desafiaban la creencia casi universal de que la autoridad y doctrina de la Iglesia católica romana debía ser aceptada sin cuestionamientos. Los dos san Juan —el Bautista y el Evangelista— eran sus santos patronos, y sus respectivas fiestas, el 24 de junio y el 27 de diciembre, eran los dos días del santoral que los masones celebraban. También reverenciaban a santa Bárbara, que los protegía contra el rayo, y a los Cuatro Mártires Coronados. Se trataba de cuatro masones de los tiempos romanos que se habían negado a renunciar al cristianismo. Por orden del Emperador habían sido encerrados vivos en un ataúd de plomo y arrojados al río. Cuarenta y dos días más tarde, un cristiano rescató sus cuerpos y los escondió en su casa[21].

La relación que los masones tenían con la religión ortodoxa era tan estrecha como la de cualquier de las otras asociaciones o gremios. La Carta de la Compañía de Masones de Newcastle disponía que debían actuar en la obra *The Burial of Our Lady St. Mary the Virgin* (*El entierro de Nuestra Señora la Virgen Santa María*), como parte de la serie de representaciones que se llevaban a cabo todos los años el día de Corpus Christi; y la Compañía de Masones de Chester actuaba junto con la Compañía de Orfebres en The Destroying of the Children by Herod (Herodes y la degollación de los inocentes)[22]. La primera de las cargas impuestas a los masones por sus gremios requería que cumplieran con su obligación hacia Dios y evitaran toda herejía. Ellos creían que el puñado de disidentes que desafiaba la autoridad de la Iglesia eran herejes que debían ser severamente castigados.

Ya a principios del siglo XIII, las pequeñas sectas religiosas de Albi, en el sur de Francia, se oponían a la Iglesia católica y eran acusadas y perseguidas como herejes. A finales del siglo XIV y principios del XV, John Wycliffe, en Inglaterra, y Jan Hus en Bohemia, representaban una seria preocupación para las autoridades. En Inglaterra, se dictaron nuevas leyes parlamentarias que disponían que los herejes fueran quemados vivos. El mismo Hus fue enviado a la hoguera en Constance, sur de Alemania, en 1415, y varios lollards, como se llamaba a los herejes, murieron de la misma manera en Inglaterra.

Los lollards y sus sucesores del siglo XVI, que seguían a Lutero, Calvino y Zwinglio, y a otros reformistas alemanes y suizos, pasaron a ser conocidos coloquialmente como «protestantes». Se oponían a la doctrina católica ortodoxa en varios aspectos. Creían que en la comunión tanto el vino como el pan debían ser dados a los laicos y no reservados sólo para el sacerdote. Consideraban que los sacerdotes tenían derecho a casarse. Creían que los hombres obtenían la salvación a través de la fe —por la corrección de sus creencias— y no por sus obras, en una época en que por lo general se aceptaba que las «obras» que aseguraban que los hombres y mujeres irían al cielo y no al infierno consistían en entregar dinero a sacerdotes y monjes para que éstos rezaran por sus almas.

Sobre todo, los protestantes disentían con la Iglesia católica respecto de la naturaleza de la presencia de Cristo en el pan y el vino consagrados. Todos sus teólogos habían estudiado la filosofía de Aristóteles, que distinguía entre los accidentes y la realidad de un objeto. Los accidentes eran su apariencia, forma, sensación, olor y gusto; pero la verdadera realidad interna era otra cosa. No había duda de que el pan y el vino consagrados se veían, se sentían, olían y sabían igual que el pan y el vino; pero la Iglesia católica creía que verdaderamente se trataba del cuerpo y la sangre de Cristo.

Católicos y protestantes no coincidían en lo concerniente a la naturaleza de la presencia de Cristo en el pan y en el vino; y los protestantes tampoco se ponían de acuerdo entre ellos. ¿Era una presencia real y corporal, como enseñaba la doctrina católica? ¿O era una presencia real, pero sacramental? ¿O no era una presencia sacramental sino espiritual? ¿O no era espiritual sino figurativa? ¿O quizá Cristo no estaba presente para nada, en ningún sentido? ¿Acaso el pan sacramental, como creían los protestantes más extremos, no era, más que pan, simplemente, una «torta repugnante»? A pesar de sus desacuerdos a propósito de la naturaleza de esa presencia, todos concordaban en un punto: aquellos que tuvieran la creencia equivocada debían morir torturados.

Tomás Moro, ese gran intelectual del siglo XVI, expresó la cuestión con mucha claridad. Sostenía que había que quemar vivos a los herejes, y que «los príncipes deben castigarlos, como es justo, con la muerte más dolorosa», tanto como castigo por su herejía como para disuadir a otros[23]. En un cuadro que antes estaba en el Museo del Prado de Madrid se ve la obra sagrada de un santo católico de un período anterior. El cuadro se titula Santo Domingo convierte a un hereje. Muestra al hereje desnudo y atado a un poste mientras el santo, su cabeza coronada por un halo, sostiene la llama de una antorcha contra el pene del hereje.

En Inglaterra se consideraba que quemar vivo a un hereje era castigo suficiente. A veces, después de sobornar al verdugo, los amigos de la víctima conseguían suministrarle un paquete de pólvora para que se lo atara alrededor del cuello, de manera que, cuando las llamas lo alcanzaran, explotara y lo matara de inmediato, poniendo fin así a su sufrimiento. A veces estrangulaban al hereje hasta matarlo antes de quemarlo. Pero si la madera estaba húmeda y el fuego ardía con lentitud, la agonía podía ser prolongada; podía ocurrir que el hereje se quemara hasta durante tres cuartos de hora antes de morir[24]. En Francia era común que se torturara al hereje antes de quemarlo, especialmente si se había negado a arrepentirse.

En Inglaterra, la hermandad londinense de la masonería, y sus otras organizaciones, aprobaban que el gobierno enviara a la hoguera a quienes pertenecieran a la pequeña minoría que desafiaba la autoridad del Papa y la Iglesia de Roma. Pero en 1533 Enrique VIII repudió la autoridad papal porque el Papa no le otorgaba el divorcio de su esposa, la reina Catalina de Aragón, que necesitaba para poder casarse con su amante, Ana Bolena. El rey convenció al Parlamento de que aprobara una ley que declaraba que él mismo, el rey, y no el Papa, era el Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra; quien lo negara sería considerado un traidor, y debía ser colgado, cortado y descuartizado. Eso significaba que colgaban al traidor, pero que lo cortaban mientras aún estaba vivo; luego lo castraban, le extraían las entrañas y las quemaban frente a sus ojos, ya que todavía seguía con vida. Sólo en ese momento se lo ejecutaba, cortándole la cabeza. Pero si bien los católicos que se negaban a repudiar la supremacía papal para aceptar la del rey eran colgados, cortados y descuartizados, a los protestantes que negaban la «presencia real» y sostenían otras herejías se los seguía quemando vivos. La Compañía de los Masones y las otras asociaciones de la ciudad aceptaban la supremacía real sobre la Iglesia; por lo tanto, creían que estaba bien que colgaran, cortaran y descuartizaran a los papistas y que se siguiera enviando a

la hoguera a los protestantes. Pero había un pequeño número de individuos que no aprobaban las ejecuciones y torturas de los herejes, traidores y otros disidentes. Algunos de ellos rechazaban las verdades más fundamentales de la religión cristiana. Pero mantenían muy en secreto sus puntos de vista. En octubre de 1539, un profesor de la Sorbona, de ochenta años de edad, admitió en su lecho de muerte que había sido ateo desde los veinte y que no creía en Dios, pero había mantenido ocultas sus convicciones durante todo ese tiempo porque no deseaba que lo quemaran por hereje[25]. Corría el rumor de que uno de los cardenales del Vaticano también hubo de admitir en su lecho de muerte que siempre había sido ateo.

El escritor protestante inglés John Foxe sostenía puntos de vista no ortodoxos respecto de la quema de herejes. En 1563, publicó la primera edición de su Book of Martyrs (Libro de los mártires), en el que registró los nombres de los mártires protestantes que habían sido quemados durante el reinado de la reina católica María Tudor y describió sus sufrimientos. Foxe no había estado de acuerdo con Isabel I cuando la reina protestante hizo arder a los anabaptistas por herejes, y trató infructuosamente de convencerla de que los perdonase. Admitió, un poco avergonzado, que tenía el corazón demasiado débil, y que ni siquiera podía soportar que atormentaran y mataran animales[26].

En la década de 1540, Richard Hilles, un mercader protestante de Londres, se arriesgó aún más. Cuando partió de la Inglaterra de Enrique VIII en viaje de negocios a la feria de Fráncfort, Alemania, tuvo la audacia de escribir cartas a sus amigos protestantes de Suiza que jamás se habría animado a escribir estando en Inglaterra. No estaba de acuerdo con que se enviara a la hoguera a nadie por hereje, por más extrañas y escandalosas que fueran sus opiniones; no aprobaba que se colgara, cortara y descuartizara a los traidores, o que las propiedades de los traidores convictos pasaran a manos del rey, lo que significaba castigar a los hijos inocentes por el delito de su padre[27].

Las personas que sostenían estas convicciones avanzadas en favor de la tolerancia religiosa se veían obligadas a cuidarse de manifestar sus puntos de vista. Si se las hubiera descubierto, habrían sido castigadas con mucha mayor severidad que la que se aplicaba a los masones que asistían a las reuniones de los sindicatos ilegales.

Una vez que los protestantes llegaron al poder en Inglaterra, Escocia y los Países Bajos, infligieron crueles castigos a los fanáticos católicos que obedecieron a Felipe II de España y al Papa cuando éstos llamaron a asesinar

a los soberanos herejes. En Inglaterra, Isabel I aceptó a regañadientes el consejo de su secretario de Estado, lord Burghley, según el cual era ilegal imponer una forma de muerte más cruel que colgar, cortar y descuartizar; pero quedó satisfecha cuando Burghley le aseguró que, con un verdugo eficiente, ese tipo de muerte podía llegar a ser muy dolorosa y prolongada[28]. En Escocia, los católicos que asesinaron a los regentes protestantes fueron despedazados en la rueda.

Cuando Guillermo el Silencioso, príncipe de Orange, fue asesinado por el fanático católico romano Balthazar Gérard, en 1584, los calvinistas, partidarios de Guillermo, torturaron a Gérard durante cuatro días antes de ejecutarlo. Primero le arrancaron trozos de piel con las puntas de plumas de escribir y vertieron sal y vinagre en las heridas; después, lo torturaron retorciendo sus miembros en el potro. Por fin, el día en que iba a ser ejecutado, le cortaron las manos y aplicaron hierros al rojo vivo en las heridas antes de quitarle la vida haciendo que caballos salvajes tiraran de él después de cuatro horas de torturas. Antes, y con la intención de que creyera que sus sufrimientos habían sido en vano, lo engañaron diciéndole que su intento de asesinar a Guillermo había sido infructuoso[29]. Veintiséis años después, otro fanático católico, François Ravaillac, asesinó a Enrique IV de Francia porque, aunque el soberano había renunciado al protestantismo y se había convertido al catolicismo romano, había puesto fin a treinta años de guerra civil mediante el Edicto de Nantes, que otorgaba tolerancia religiosa a los protestantes. Después de torturar a Ravaillac para obligarlo a delatar a sus cómplices, y de quebrarle los huesos de las piernas, lo amenazaron con que, si persistía en su negativa, irían a buscar a sus ancianos e inocentes padres a Angoulême y los torturarían delante de él. Cuando lo llevaron al sitio de la ejecución, le quemaron la mano derecha, que había sostenido la daga con que había matado al rey, y vertieron plomo caliente, agua y aceite hirviendo sobre el muñón. Lo dejaron vivo, agonizante, durante media hora, antes de atarlo a los caballos que lo desmembrarían. Los caballos eran lentos, pero al tercer intento lo desgarraron en pedazos y murió[30].

En 1610, para la misma época del martirio de Ravaillac, surgió en Alemania una nueva secta religiosa que más tarde se hizo conocida como los Rosacruces. Sus doctrinas aparecieron expuestas por primera vez en un libro, The Universal and General Reformation of the Whole Wide World (La reforma universal y general del mundo entero), que probablemente ya circulara en forma de manuscrito en 1610, aunque se publicó por primera vez en Kassel, Renania, en 1614[31]. La obra narraba la historia de un miembro de

la secta que, mientras vagaba por el bosque, se había topado en medio de la espesura con la tumba de Christian Rosenkrantz. Al lado de la tumba, sobre una pequeña mesa, halló tres libros que Rosenkrantz había escrito. En ellos descubrió que éste había nacido en 1384 y que había vivido hasta los ciento seis años, una edad en ese entonces inaudita, para morir en 1490, después de haber viajado a Oriente y haber absorbido su sabiduría. En sus libros, Rosenkrantz describía su visión de un Paraíso futuro en el que los hombres creerían en un Dios, o Ser Supremo, que no daba ninguna importancia a las sutilezas de las controversias religiosas de los siglos XVI y XVII, y a quien podrían adorar personas de diferentes religiones, ya que habría tolerancia religiosa para todos.

Son muchos los que piensan que Christian Rosenkrantz jamás existió y que toda la historia del hallazgo de la tumba, así como los tres libros en los que Rosenkrantz había expuesto su teoría eran, en realidad, obra de Johann Valentin Andreae, un teólogo luterano alemán. Por cierto, las doctrinas de Rosenkrantz, sus fantásticas ideas visionarias y su deísmo parecían tener algunos nexos con el luteranismo, y sus libros entrañaban un feroz ataque contra la Iglesia católica romana como la gran perseguidora religiosa. Pocos años después de la publicación de los libros, acontecida en 1614 y 1615, algunos rosacruces alemanes visitaron Inglaterra, donde conocieron a unos pocos filósofos ingleses que simpatizaban con sus ideas.

El más entusiasta de estos simpatizantes ingleses era Robert Fludd, un joven caballero de Bearsted, Kent, que había estudiado medicina en el St. John's College de Oxford. También estaba interesado en las matemáticas, la alquimia, la filosofía y la teología. Era muy amigo de otro estudiante de su misma facultad, William Laud. Tanto Fludd como Laud pertenecían a la Iglesia de Inglaterra y no tenían ninguna intención de convertirse al catolicismo; pero a diferencia de muchos protestantes no odiaban a los católicos romanos, y no entendían por qué protestantes y católicos no podían ser amigos. En 1598, cuando tenía veinticuatro años, Fludd viajó al extranjero y durante seis años vivió con familias aristocráticas en Francia, Italia, España y Alemania. Descubrió que podía establecer una relación muy amable con ellos sin tener que aceptar sus opiniones religiosas. Cuando regresó a Inglaterra se graduó de doctor en medicina, pero pasaba gran parte de su tiempo leyendo y escribiendo sobre alquimia, filosofía y religión.

Las doctrinas de los rosacruces le resultaban atractivas. En 1616, un año después de la publicación del segundo de los libros de Rosenkrantz, The Reputation of the Brotherhood (La reputación de la hermandad), escribió dos

folletos en apoyo de los rosacruces. Ahora no sólo creía que los protestantes y católicos podían ser amigos, sino que sus dogmas debían ser reemplazados por una religión simple que meramente aceptara la existencia de Dios y la necesidad de llevar una vida moral y hacer el bien.

Laud, su amigo de Oxford, se dedicó a la política eclesiástica y, a su debido tiempo, llegó a ser obispo de Londres y arzobispo de Canterbury. No fue ni el primero ni el último de los intelectuales progresistas asqueados por la intolerancia de los grupos de la oposición revolucionaria, y se transformó en su perseguidor como agente del despotismo real. Como arzobispo de Canterbury de Carlos I, tomó su lugar en la Corte de la Cámara de la Estrella, el tribunal de inquisición, y sentenció a los autores puritanos y a sus seguidores a ser azotados en las calles de Londres desde Temple Bar hasta el patio del palacio de Westminster, a ser puestos en la picota y a que les cortaran las orejas. Después de la revolución de 1640 fue arrestado, condenado como traidor y decapitado, para alegría de todos los que se oponían a la tiranía de Carlos. Su amigo Fludd no vivió para ver su caída; había muerto en 1637[32].

En esa época ya eran más que en el siglo XVI quienes se escandalizaban por las horribles crueldades cometidas por ambos lados en nombre de la religión. A principios del siglo XVII, después de treinta años de salvajes contiendas a causa de la religión en Francia, los Países Bajos e Irlanda, parecía que Europa ya estaba harta de las guerras religiosas y que católicos y protestantes podrían llegar a ponerse de acuerdo y vivir juntos y en paz. Pero en ese momento estalló en Bohemia otra conflagración religiosa, la guerra de los Treinta Años, que asoló Alemania entre 1618 y 1648, hasta que católicos y protestantes aceptaron ponerle fin firmando una paz de compromiso que disponía que algunos estados quedarían en manos de los católicos y otros corresponderían a los protestantes. Aunque para entonces alrededor de un tercio de la población de Alemania ya había muerto en la guerra.

En Inglaterra, Escocia e Irlanda, la guerra civil entre el rey y el Parlamento, que había empezado como una contienda religiosa y se prolongó con esas características durante largo tiempo, causó muchas menos víctimas que la guerra de los Treinta Años de Alemania, pero alteró profundamente a la sociedad británica. Terminó en 1660, con la restauración de Carlos II, cuando un gobierno intolerante formado por partidarios de la Iglesia de Inglaterra se entregó a perseguir a los católicos romanos y a los protestantes no conformistas, mientras al mismo tiempo florecían, bajo el patronazgo real, sociedades intelectuales como la Royal Society, dedicadas a la investigación

científica y a los intereses no religiosos. Las personas que creían en la tolerancia religiosa, en la posibilidad de la amistad entre hombres de religiones diferentes y en una simple fe en Dios y una moral sin complicaciones teológicas seguían siendo una pequeña minoría; pero estaban alcanzando una fuerza creciente entre los intelectuales. Algunos de ellos se hicieron rosacruces; otros no se unieron a ningún movimiento ni organización, y hubo quienes se volvieron francmasones.

III



El siglo XVII

Aproximadamente entre 1550 y 1700, los francmasones cambiaron. Dejaron de ser un sindicato ilegal de masones trabajadores que aceptaba todas las doctrinas de la Iglesia católica, y se transformaron en una organización de caballeros intelectuales partidarios de la tolerancia religiosa y la amistad entre hombres de religiones diferentes y convencidos de que las doctrinas teológicas polémicas debían ser reemplazadas por una creencia simple en Dios. En el idioma de la época, los «masones operativos» fueron reemplazados por «masones aceptados» o «caballeros masones», como se los solía llamar en Escocia. En épocas posteriores, a estos masones aceptados se los llamó «masones especulativos», pero este término no fue utilizado antes de 1757[33].

En realidad, no se sabe cómo se produjo este cambio. Algunos historiadores masónicos han escrito voluminosos y eruditos libros cuyas explicaciones han sido refutadas por otros historiadores masónicos en libros igualmente voluminosos y eruditos, mientras que los ensayistas antimasónicos, con sus populares *bestsellers*, han expuesto sus propias teorías al respecto. Algunas de las explicaciones son rocambolescas y casi ridículas. Otras resultan muy convincentes y están fundamentadas en una gran cantidad de pruebas aceptables, pero existe una buena cantidad de pruebas igualmente fidedignas que sugieren que esas explicaciones son erróneas.

Existía una larga tradición de gremios que aceptaban como miembros a hombres que no tenían ninguna relación con el oficio en cuestión. Las asociaciones de trabajadores de la ciudad de Londres —la más antigua era la de los Tejedores, fundada en 1155—, estaban integradas, en un principio, por miembros de la profesión. Pero desde los primeros tiempos, los hijos de los

miembros que habían nacido después de que su padre se incorporara al gremio podían ser miembros por herencia. En la Edad Media, era común que un hombre siguiera la profesión de su padre, aunque no siempre era así, lo que no le impedía afiliarse al gremio. Además, las asociaciones de trabajadores podían admitir como miembros a hombres que no tenían ninguna relación con el oficio, ni por nacimiento ni por ocupación, y muchas veces lo hacían.

En el siglo XIV, la más importante de estas asociaciones, la de los Sastres y Confeccionistas de Lino (que más tarde cambió su nombre por el de «Sastres Mercaderes»), aceptaba como miembros a caballeros del campo que les vendían lana para exportarla a los Países Bajos. Incluso llegaron a admitir como miembro al rey Eduardo III, después de haberle prestado dinero para solventar sus guerras, que sabían que jamás recuperarían. Para los caballeros, era ventajoso tener una relación más cercana con la ciudad de Londres, mientras que el gremio obtenía un gran prestigio social si entre sus miembros había caballeros, especialmente en una sociedad tan estratificada como la de la Inglaterra del siglo XIV, con sus distinciones de clase. A diferencia de quienes estaban por debajo de ellos en la escala social, esos caballeros, si poseían tierras por valor de 20 libras anuales, tenían permitido usar anillo de oro, una camisa de seda y vestimentas rojas o de terciopelo.

En Escocia, era muy habitual que se invitara a los caballeros influyentes a incorporarse a un gremio de comercio. Se volvió tan común que los masones escoceses invitaran a los caballeros de la familia St. Clair de Rosslyn a unirse a su asociación, que los St. Clair reclamaron injustamente el derecho hereditario de ejercer autoridad sobre los masones de Escocia. En 1505, el rey Jacobo IV se unió al Gremio de los Mercaderes de Edimburgo; y, sesenta años más tarde, el conde de Moray, el medio hermano ilegítimo de María, reina de los escoceses, cuando era regente del rey infante Jacobo VI, se incorporó a la Compañía de Panaderos de Glasgow[34].

Para los siglos XVI y XVII, era la lectura de la Biblia lo que causaba que tantos caballeros desearan incorporarse a las logias masónicas. La Iglesia católica consideraba, con razón, que la traducción de la Biblia al inglés y el hecho de que la gente la leyera en ese idioma eran las mayores amenazas a su autoridad. Tomás Moro y los otros perseguidores oficiales habían puesto gran celo en quemar copias de la Biblia en inglés y a los protestantes que las distribuían. Si la gente leía la Biblia, terminarían por considerar que era la Biblia, y no la Iglesia, la autoridad a la que tenían que obedecer.

A la Iglesia no le alcanzaba decir a la gente que debía obedecer al Papa porque estaba estipulado en los Evangelios que Cristo le había dicho a san Pedro: «*Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam*»[35], un juego de palabras que se perdía en la traducción al inglés «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia[36]». Los lectores de la Biblia podrían preguntarse por qué ese pasaje quería decir que mil quinientos años más tarde, el Obispo de Roma era el Jefe Supremo de la Iglesia. Señalarían que no había nada en la Biblia que indicara que Pedro alguna vez estuvo en Roma, o que la Navidad no debía celebrarse como una fiesta de la Iglesia porque nada en la Biblia daba a entender que Nuestro Señor nació el vigésimo quinto día de diciembre. Había pasajes en la Biblia que poseían implicaciones revolucionarias, como hizo notar John Knox en sus extensos comentarios al margen de la traducción al inglés que él y sus colegas publicaron en Ginebra en 1560. Estos pasajes narraban que los profetas de Dios habían depuesto a reyes malvados y que, según las palabras de Knox, «Jehu mató a dos reyes siguiendo las órdenes de Dios[37]».

Los protestantes leyeron cada una de las 860 000 palabras de la Biblia en busca de textos que denigraran las doctrinas y autoridad de la Iglesia católica. En el Libro Segundo de las Crónicas, leyeron que el rey Salomón había decidido construir un templo, y que le había pedido a Hiram, rey de Tiro, que le enviara arquitectos y masones para trabajar en el templo, y que el trabajo había sido terminado. También encontraron la longitud, anchura y altura de ese templo[38]. Como todo lo que estaba en la Biblia era palabra de Dios, estas medidas no habían sido consignadas porque sí, o para satisfacer la curiosidad del lector; seguramente tenían profundas implicaciones teológicas.

Aunque los extremistas presbiterianos y protestantes rechazaban todo lo que no estuviera en la Biblia, los masones estaban dispuestos a agregar muchas narraciones, que no aparecían en el Libro de las Crónicas, respecto de la edificación del templo de Salomón. Relataban la historia de Hiram, no el rey de Tiro sino Hiram Abiff, quien conocía el secreto del templo. Tres villanos lo secuestraron y amenazaron de muerte si no lo revelaba y, como no quiso traicionar su honor, lo asesinaron. Cuando Salomón se enteró del hecho, se preguntó cuál sería el secreto de Hiram Abiff, y si éste había muerto con él. Envió a tres masones a encontrar el cuerpo de Hiram y el secreto, y les dijo que, si no podían descubrirlo, lo primero que vieran cuando hallaran el cadáver sería, de allí en más, el secreto del templo. Por fin, los masones encontraron el cuerpo de Hiram, y cuando abrieron el ataúd, lo primero que hallaron fue su mano. Entonces, como no pudieron encontrar el secreto, el

apretón de manos y las otras señales de reconocimiento que los masones adoptaron de allí en más se transformaron en el nuevo secreto[39].

Como parte de la ceremonia en la que pasa al tercer grado y se convierte en un maestro masón, un francmasón debe participar en la reconstrucción de la historia del homicidio de Hiram Abiff. Realiza un juramento según el cual, al igual que Hiram, promete no revelar el secreto de los francmasones, y acepta que, en caso de violarlo, sería justo que le quitaran la vida arrancándole el corazón, el hígado y otras entrañas. Los horribles castigos que el candidato aceptaba que se le infligieran si violaba su juramento de mantener el secreto tienen una gran semejanza con la pena que recibían los traidores, ya que a éstos se los destripaba cuando se cumplía la condena y eran colgados, cortados y descuartizados.

La tradición masónica narra otras historias sobre el origen y desarrollo de la francmasonería. En 1723, después de la formación de la Gran Logia Inglesa, James Anderson, un francmasón prominente, las publicó en su Book of Constitutions (Libro de las constituciones). Pero es casi seguro que ya circulaban y se creía en ellas antes del fin del siglo XVII. El propio Dios era masón. ¿Acaso no había construido el cielo y la tierra en seis días? Adán era masón. Fueron los masones quienes construyeron la Torre de Babel; y cuando Dios ordenó que los pueblos hablaran en idiomas diferentes, les había dicho a los masones que se comunicaran a través de señales secretas con los masones que hablaran otras lenguas. Noé era masón, aunque había construido el arca con madera, no con piedra. Abraham era masón. Inventó la geometría, y cuando estuvo en Egipto conoció a un esclavo griego de nombre Euclides. Abraham le enseñó a Euclides la geometría, éste escribió lo que aquél le había enseñado, y a través de esos escritos el mundo conoció la geometría.

La historia continuaba: la masonería había ingresado en Gran Bretaña en la época romana, de la mano de san Albano; pero después de la muerte de los Cuatro Mártires Coronados, desapareció del país hasta ser reintroducida por el rey Athelstan en York, en el siglo X. Luego había sido protegida por otros soberanos. A la reina Isabel no le caían bien los masones debido a que, al ser mujer, no podía ser admitida como uno de ellos; pero Jacobo I, Carlos I, Carlos II y Guillermo III fueron masones. Era obvio que los masones eran muy especiales y los favoritos de Dios; así como Dios había creado a los hombres por encima de los animales, también había creado a los masones con el propósito de que estuvieran por encima de los otros hombres[40].

Nada de eso tenía sentido. Pero a los oídos de los masones, que creían lo que deseaban creer sonaba halagador.

Los hombres cultos del siglo XVII estaban muy interesados en el templo de Salomón. Teólogos, filósofos y otros estudiosos escribieron extensos libros en latín sobre el tema. El matemático y científico Isaac Newton estaba particularmente impresionado por el templo. Gran parte de sus 470 libros y escritos trata de tópicos teológicos, y varios de ellos están dedicados al templo. Consideraba que Salomón era el filósofo más grande de todos los tiempos. Es probable que creyera que sus lecturas sobre las medidas del templo de Salomón lo habían ayudado a formular su ley de gravedad y estaba seguro de que a partir de esas medidas era posible predecir que la Segunda Venida de Cristo tendría lugar en 1948, así como las fechas de otros sucesos portentosos que ocurrirían durante los siguientes cuatrocientos años[41].

Y también estaba la «palabra masónica». La gente había oído hablar de la palabra masónica, y se preguntaba cuál sería. No había ninguna buena razón para que estuvieran interesados en conocer la palabra clave que los masones escoceses habían inventado para poder distinguir entre los maestros masones y los aprendices ingresados; pero después de que la gente hubiera leído y oído hablar del templo de Salomón y conocido todas las historias sobre la ceremonia secreta de iniciación y el juramento de los francmasones, la palabra masónica adquirió un fascinante cariz entre romántico y siniestro. También habían oído hablar de los rosacruces —la hermandad de la «Cruz de la Rosa», como se los llamaba—, y no advertían las diferencias entre los francmasones, los rosacruces y la hechicería. Un poema publicado en 1638 en Edimburgo se refiere a los francmasones de Perth:

Porque nosotros somos la hermandad de la Cruz Rosa;
Poseemos la Palabra Masónica y vemos más allá;
Lo que está por suceder podemos predecir sin dudar[42].

En 1695, el ministro presbiteriano de una parroquia de Kirkcudbrightshire estaba preocupado por la relación entre la francmasonería y la brujería. Se le había informado que un masón local había tenido un encuentro con el diablo, y que le había entregado su primer hijo a cambio de que le dijera la palabra masónica. Pero, después de investigar el caso, el sacerdote quedó convencido de que la acusación era falsa, que el masón jamás se había encontrado con el diablo, y que no sabía la palabra masónica[43].

Sir Robert Moray era uno de los pocos hombres que tenían conexión tanto con los rosacruces como con los francmasones. Era un buen presbiteriano, pero, como otros caballeros escoceses de espíritu aventurero, había ido a Francia en 1630 y se había ofrecido como voluntario para integrar el ejército

del rey católico Luis XIII. El cardenal Richelieu, primer ministro del rey Luis, lo envió a combatir junto al ejército francés del lado de los protestantes en la guerra de los Treinta Años, porque pensaba que servía al interés nacional de Francia oponerse al Sacro Imperio romano de los Habsburgo y al rey de España. Después de prestar servicios distinguidos en el ejército francés, Moray regresó a Escocia y combatió junto a los pactistas escoceses cuando éstos se rebelaron contra los intentos de Carlos I y del arzobispo Laud de obligarlos a adoptar una liturgia menos protestante que la establecida en el libro de servicios de John Knox. Los escoceses obtuvieron la victoria e invadieron Inglaterra. Mientras el ejército estaba apostado en Newcastle, Moray, que ya era intendente general del ejército, fue iniciado el 20 de marzo de 1641 en una logia masónica de Edimburgo, algunos de cuyos miembros estaban en Newcastle con el ejército. Fue el primer caso registrado de admisión a una logia militar, lo que más tarde pasó a ser una práctica común dentro de las fuerzas militares[44].

Los escoceses ganaron la guerra contra Carlos I y la derrota de éste precipitó la revolución de 1640 y el estallido de la guerra civil inglesa. Al principio, los escoceses se mantuvieron neutrales. Más tarde combatieron del lado del Parlamento y contra el rey bajo la condición de que aquél hiciera que Inglaterra fuera un estado presbiteriano; pero Robert Moray, como el marqués de Montrose, pertenecía a la minoría de los presbiterianos que, después de haber combatido contra Carlos I en la guerra de 1640, luchaban en su bando en la guerra civil inglesa. Después de la derrota y captura de Carlos, Moray huyó a Francia, pero volvió a Inglaterra durante la Restauración de Carlos II y fue uno de los fundadores de la Royal Society. Moray era amigo y protector de Thomas Vaughan, el rosacruz galés que publicó la primera traducción al inglés de Fama Fraternitatis, supuestamente escrito por Christian Rosenkrantz[45].

Elias Ashmole, el anticuario inglés cuya colección sentó las bases del Ashmolean Museum de Oxford, era un procurador de Londres. Combatió en el bando de Carlos I durante la guerra civil, y, en 1646, al final de la contienda, fue hecho prisionero en Lancashire por los *Roundheads*[46]. Fue iniciado como francmasón el 16 de octubre de 1646, mientras estaba en prisión en Warrington. Su suegro, el coronel Henry Mainwaring, oficial del ejército de los Roundheads y terrateniente de Cheshire, fue iniciado en la logia en la misma época. Ashmole continuó interesado en la francmasonería durante toda su vida y registró en su diario haber asistido, en 1682, a una

reunión de la logia de los francmasones en la sala de la Compañía de los Masones de Londres[47].

Las logias masónicas, que aceptaban a masones como miembros, se estaban extendiendo por toda Inglaterra. Robert Plot, conservador del Ashmolean Museum y profesor de química en la Universidad de Oxford, que no era francmasón, escribió sobre la francmasonería en su condado natal en el libro The Natural History of Stafford-shire (Historia natural de Staffordshire), de 1686. Allí señalaba que se estaba propagando a lo largo de Inglaterra, pero con mayor velocidad en las tierras yermas de Staffordshire que en cualquier otra parte:

> […] ya que aquí he encontrado a personas de la más alta alcurnia que no desdeñaban formar parte de su *Sociedad*, lo que, por cierto no necesitaban, de no ser por la *antigüedad* y *honor* que dicen está en un gran volumen de pergaminos que ellos poseen, y que contiene la *Historia* y las *Reglas* del *arte* de la *masonería*[48].

En Londres, algunos eminentes intelectuales, y varios miembros de la Royal Society, eran masones; pero muchos no lo eran. Ashmole, *sir* Robert Moray, y tal vez Iñigo Jones, eran francmasones; pero Isaac Newton, no. Existe una gran discusión sobre la condición de masón de *sir* Christopher Wren y las pruebas al respecto son contradictorias; pero un documento que se encontró hace muy poco tiempo parece confirmar que fue iniciado como francmasón en 1691, aunque jamás tuvo un papel activo en los asuntos de la sociedad[49].

También en Escocia se incorporaban cada vez más caballeros. John Boswell, terrateniente de Auchinleck, quien fuera iniciado como miembro de una logia de Edimburgo el 8 de junio de 1600, puede haber sido aceptado sólo porque los masones pensaron que sería útil tener un caballero en su logia. Pero, en 1670, en una logia de Aberdeen, de los cuarenta y nueve maestros masones, sólo diez eran masones operativos; cuatro eran nobles, tres eran caballeros, ocho eran abogados y profesionales, nueve eran mercaderes y quince eran comerciantes[50].

Surgió otra teoría para explicar el crecimiento de la francmasonería en Escocia. Sostiene que los francmasones eran Caballeros Templarios, la orden militar que había sido formada para defender el reino cristiano en Palestina. En 1094, el Papa lanzó la primera Cruzada, convocando a la Europa cristiana a liberar Jerusalén, la ciudad donde Cristo había vivido y fallecido, de los

infieles musulmanes. En julio de 1099, los cruzados capturaron Jerusalén y mataron a la mayoría de los habitantes musulmanes de la ciudad. Después, establecieron un reino cristiano en Jerusalén y en la región que la rodeaba al que llamaron Outremer.

Por supuesto, era necesario defender el Reino de Outremer contra los intentos de los musulmanes de volver a capturarlo. Entonces, en 1118, el Papa autorizó la formación de un cuerpo de caballeros militares que fueron llamados los Caballeros Templarios. Durante ciento sesenta años, los Caballeros Templarios protegieron a Outremer contra los musulmanes, pero sólo con éxitos parciales. En 1187, los musulmanes, liderados por Saladino, arrasaron Outremer y capturaron Jerusalén; y todos los intentos posteriores de los cruzados por reconquistarla fueron infructuosos. La última Cruzada fue abandonada en 1276. Desde ese momento, a los Caballeros Templarios no les quedaba nada por hacer.

Durante su estadía en Outremer, los templarios habían estado en contacto con musulmanes y judíos y se interesaron en sus leyendas. Aprendieron las historias referidas a la construcción del templo de Salomón en Jerusalén. Algunos, como los miembros de otras órdenes monásticas de la Edad Media, se corrompieron. Corrían rumores de que se dedicaban a vicios antinaturales, entre ellos la homosexualidad, y de que se entregaban a prácticas satánicas y anticristianas. Se decía que, cuando se les unían reclutas nuevos, escupían sobre el crucifijo durante las ceremonias de iniciación. También que negaban a Cristo.

En 1305, el rey Felipe IV de Francia (Felipe el Hermoso) decidió disolver a los templarios y confiscar todas sus propiedades de valor. Dos templarios confesaron a las autoridades que se habían entregado a prácticas inmorales y satánicas. El Papa se mantuvo al margen; durante dos años, se negó a aceptar las acusaciones del rey contra los templarios. Sin embargo, cuando supo que eran cada vez más los arrestados que confesaban sus crímenes, accedió a ordenar una exhaustiva investigación de la Orden. En Francia, los inquisidores interrogaron a más de quinientos templarios y otros testigos; pero también extendieron sus averiguaciones a otros países, entre ellos Inglaterra, donde investigaron a sesenta y ocho testigos en Londres, Lincoln y York. En Escocia, dos templarios y cuarenta y un testigos más fueron interrogados por el obispo de St. Andrews.

Se declaró a los templarios culpables de la mayoría de los crímenes de los que se les acusaba. El anciano Gran Maestro, Jacques de Molay, y tres de sus lugartenientes de mayor jerarquía finalmente confesaron y, después de ser

retenidos durante varios meses en prisión, el 11 de marzo de 1314 se los hizo comparecer ante los cardenales en la catedral de Notre Dame de París, donde recibieron una sentencia de cadena perpetua. Dos de ellos aceptaron el veredicto de la corte, pero Molay y el Gran Maestro Provincial de Normandía se retractaron de sus confesiones, se proclamaron inocentes de todos los crímenes de los que se les acusaba, y sostuvieron que debían morir por haber acusado falsamente a su Orden. Los cardenales aplazaron los procedimientos para el día siguiente, con el argumento de que en esa ocasión tratarían el caso de los dos templarios obstinados. Pero la noticia del suceso llegó a oídos del rey, que estaba en el cercano palacio del Louvre. Ordenó que Molay y el Gran Maestro Provincial de Normandía fueran quemados vivos de inmediato, por herejes reincidentes, en una pequeña isla del Sena, entre los jardines reales y la iglesia de los Hermanos Ermitaños de San Agustín; y la sentencia se llevó a cabo esa misma tarde[51].

Aunque muchos de los Caballeros Templarios fueron ejecutados, sentenciados a largos años de prisión o indultados después de confesar sus crímenes, no cabe duda de que algunos desaparecieron y escaparon. ¿Qué se hizo de ellos? Lo único que se sabe con certeza es que el rey de Portugal, a diferencia de otros soberanos de Europa, consideró que los templarios no eran culpables de los cargos que había contra ellos. Otorgó asilo político a aquellos que alcanzaron Portugal y les permitió iniciar una nueva vida bajo otro nombre.

Pero, en siglos posteriores, corrieron otros rumores sobre los Caballeros Templarios. Se decía que el anciano Jacques de Molay, a pesar de haber sido torturado, mantuvo en sus últimos días, antes de ser enviado a la hoguera, la plena posesión de sus facultades mentales. Y habría conseguido convocar una reunión secreta de sus oficiales de mayor jerarquía en su celda, en la que designó a cuatro delegados que debían continuar gobernando la Orden en el sur, el norte, el este y el oeste. El sur sería gobernado desde París, el norte desde Estocolmo, el este desde Nápoles y el oeste desde Edimburgo[52]. Algunos de los templarios escaparon a Escocia, donde Robert Bruce estaba comandando la guerra de independencia contra el rey Eduardo II de Inglaterra y había sido excomulgado por el Papa por haber asesinado a su rival en el trono, Comyn, en una iglesia. En secreto, Bruce otorgó asilo a los Caballeros Templarios.

El 24 de junio de 1314 —tres meses después de que Molay y su compañero ardieran en la hoguera—, Bruce derrotó a Eduardo II en la batalla de Bannockburn. Lo que sabemos de lo que realmente sucedió en

Bannockburn es un poco vago, ya que el informe más antiguo que ha sobrevivido hasta hoy fue escrito por un cronista escocés casi sesenta años más tarde; pero, según su narración, en el momento decisivo de la batalla, los ghillies escoceses —los sirvientes que llevaban a cabo las tareas de rutina en el campamento escocés— subieron a lo alto de la colina que daba al campo de batalla para ver lo que sucedía. Los ingleses los vieron, creyeron que un nuevo ejército escocés estaba a punto de sumarse a la contienda y huyeron. Según otra teoría, este nuevo ejército no estaba formado por los ghillies, sino por los Caballeros Templarios a los que Bruce había otorgado asilo, quienes ahora demostraban su gratitud combatiendo a su lado en Bannockburn.

Después de la batalla, los Caballeros Templarios se refugiaron en una de las islas cercanas a la costa oeste de Escocia. Permanecieron allí ochenta años, pero, a fines del siglo XIV, se mudaron a la costa este y se establecieron en Aberdeen, donde se llamaron a sí mismos francmasones. Para el siglo XVI habían vuelto a mudarse, en dirección al sur, a Edimburgo[53]. Por cierto, la historia de su participación en la batalla de Bannockburn es un disparate; y aunque no es imposible, es muy improbable que los francmasones aceptados de Escocia hayan sido descendientes de los Caballeros Templarios.

Tanto los francmasones como sus enemigos han estado dispuestos a creer que los Caballeros Templarios eran los antepasados de los francmasones. Algunos de éstos han considerado que era más romántico ser descendiente de una perseguida orden religiosa de caballería que de los sindicatos obreros de los masones operativos. Por otra parte, el abate Barruel, un ensayista católico que en 1797 escribió un libro en el que culpa a los francmasones de los horrores de la Revolución francesa, argumentaba que los francmasones de 1789 eran herederos de los templarios del siglo XIV, quienes habían sido justamente castigados por su rey y el Papa. Creía que, al condenar a la guillotina a su descendiente, el santo rey Luis XVI, los francmasones se estaban vengando de Felipe el Hermoso[54].

Barruel señalaba que los templarios fueron condenados al cabo de un proceso legal que duró varios años; que al principio el Papa se negó a creer que eran culpables y que se convenció sólo cuando las pruebas eran abrumadoras. Los templarios confesaron que habían escupido sobre el crucifijo, que habían adorado una estatuilla del diablo en vez de a Cristo, que se habían entregado a fiestas alcohólicas y orgiásticas el Viernes Santo y que arrojaban a las llamas a bebés recién nacidos. Aunque la tortura era un procedimiento habitual en la Francia del siglo XIV, sólo uno de ellos confesó bajo tormentos, y dijo exactamente lo mismo que los otros doscientos que

habían confesado libremente, sin ser torturados. Barruel sostenía que los templarios eran culpables, o bien demasiado cobardes para negar su culpa. «¿Qué gloria encuentran los francmasones en reclamar como sus padres a estas personas que, si no eran los más monstruosos criminales, eran al menos los más cobardes entre los hombres?»[55].

En el siglo XVIII, otro escritor antimasónico católico, el abate Larudan, creía que los templarios, cuando estaban defendiendo Outremer, habían sufrido la influencia de los Comedores de Hashish, la secta árabe que, bajo el efecto de la droga hashish (cannabis), cometía asesinatos en masa, e introdujo una nueva palabra, «asesino», en los idiomas europeos. Larudan sostenía que los Caballeros Templarios y sus descendientes, los francmasones, habían aprendido sus actividades homicidas de la secta de los Asesinos[56].

No parece quedar duda alguna de que en los interrogatorios de los templarios se adoptaron los procedimientos habituales. Primero, se interrogaba a los sospechosos sin torturarlos; después, se los amenazaba con los tormentos y se les mostraban los instrumentos de tortura; y sólo si en ese momento seguían negándose a confesar, finalmente se les aplicaba la tortura. Es evidente que en la mayoría de los casos la presión moral sufrida en la primera etapa y la mera amenaza de tortura habían bastado para convencer a los templarios de que confesaran. Pero también está claro que en algunos pocos casos sí se aplicó tortura, y seguramente en la actualidad pocas personas quedarán satisfechas con el argumento de que aquellos que confesaron bajo la amenaza de tortura, o incluso sólo después de interrogatorios prolongados sin que se los hubiese amenazado, eran por fuerza culpables de los crímenes de los que se les acusaba.

En los últimos tiempos, un autor cuyo estilo y vívida imaginación no están, desgraciadamente, sostenidos por el suficiente conocimiento histórico como para hacer plausible su teoría, ha dado a conocer una versión aún más absurda de la historia de los templarios. Según esa historia, Jacques de Molay no fue quemado en la hoguera sino crucificado, y la cara que se ve en la mortaja de Turín, que hasta hace muy poco la Iglesia católica sostenía que se trataba del rostro de Jesús, es la de Molay[57]. En realidad, aunque en la Edad Media la Iglesia católica romana recurrió a toda clase de prácticas crueles, no utilizó la crucifixión, porque jamás habría permitido que los malvados pecadores y herejes tuvieran el honor de sufrir la misma muerte que Cristo.

No es imposible que algunos templarios hayan huido a Escocia después de 1314, que sus descendientes se trasladaran a Aberdeen y más tarde a Edimburgo y que se incorporaran a las logias masónicas; pero de ninguna

manera participaron del desarrollo de la francmasonería especulativa en Escocia e Inglaterra. Aunque existen semejanzas significativas entre las reglas y procedimientos de los Caballeros Templarios y los de los francmasones, también hay diferencias importantes[58]; y las ideas de los francmasones especulativos del siglo XVIII no tienen nada en común con las de los templarios. Los templarios del siglo XIV no eran deístas; ni siquiera eran herejes protestantes. Pero es cierto que la historia de los templarios influyó en las ideas de los francmasones de la Europa continental del siglo XVIII; y en este aspecto, el abate Barruel no estaba del todo equivocado. El martirio de Jacques de Molay era un ejemplo más de la injusticia y la opresión que caracterizaron al absolutismo católico y una de las razones para reemplazarlo por un deísmo tolerante e iluminado y para destronar las monarquías católicas.

IV

La Gran Logia

La Restauración de 1660 trajo al poder a los Cavaliers, partidarios de Carlos I, o partido *Tory*, como se los conoció más tarde, y dio lugar al dominio de la Iglesia de Inglaterra, que persiguió tanto a los católicos romanos como a los protestantes no conformistas. Los disidentes no eran quemados —en Inglaterra, nadie fue enviado a la hoguera por herejía después de 1612—, pero de todas maneras la persecución era severa, y muchos católicos y no conformistas sufrieron prisión y muerte. Aunque el rey mismo era católico en secreto, permitió que su gobierno protestante de Inglaterra mandara colgar, cortar y descuartizar a los jesuitas y otros sacerdotes católicos bajo falsas acusaciones de alta traición. Los eclesiásticos no conformistas perdían sus prebendas y sus hogares, ya que la Ley de las Cinco Millas disponía que era un delito que un ex ministro no conformista residiera a menos de cinco millas (ocho kilómetros) de cualquier pueblo en el que hubiera obtenido alguna prebenda.

En Escocia, la persecución religiosa fue más severa, debido a que en esa zona los presbiterianos armaron una revuelta contra el gobierno anglicano y asesinaron al arzobispo de St. Andrews. El gobierno envió soldados a los bastiones presbiterianos del sudoeste para aplastar la rebelión. Las tropas detenían personas al azar en las calles, los caminos rurales y los campos y les ordenaban decir «Dios salve al rey». Aquellos que se negaban eran fusilados de inmediato sin ningún tipo de juicio. A veces los soldados ataban a los prisioneros presbiterianos a postes que habían clavado en la orilla, durante la marea baja: cuando el mar subía, las víctimas morían ahogadas.

Una de las más famosas canciones folclóricas escocesas da testimonio de esta práctica.

Oh, yo tomaré el camino del alto,
pero tú tomarás el camino del bajo,
Y yo estaré en Escocia antes que tú;
Mi amor y yo jamás volveremos a encontrarnos
En las bonitas, bonitas costas del lago Lomond.

Habían ido a Inglaterra a reunirse con sus aliados no conformistas al otro lado de la frontera y en el viaje de regreso a Escocia ella tomó el camino del alto, que atraviesa las colinas Cheviot y llegó a salvo; pero él tomó el camino del bajo, que bordea la costa, lo atraparon los soldados del gobierno, lo ataron a un poste en la orilla y murió ahogado.

Otros presbiterianos habían sido atrapados en el castillo Dunnottar, en la costa este, en las cercanías de Stonehaven, donde fueron torturados, ya que si bien la tortura había sido abolida en Inglaterra, en Escocia perduró durante treinta años más. Muchos prisioneros murieron de inanición en los calabozos de Dunnottar. Tiempo después, las personas de más edad recordaban esos años terribles como «la época de la matanza».

En 1685 Carlos II murió y fue sucedido por su hermano Jacobo que, aunque no ocultaba su condición de católico romano, defendió la preponderancia de la Iglesia de Inglaterra, de la cual era Gobernador Supremo. Jacobo suspendió las leyes contra los católicos romanos de Inglaterra, pero aumentó la severidad de la persecución en Escocia. Después cambió su política; utilizó su poder real de dispensa para otorgar tolerancia religiosa tanto a los católicos romanos como a los no conformistas. Tenía la esperanza de ganarse el apoyo de estos últimos —cuyos aliados políticos estaban comenzando a ser conocidos bajo el nombre de Whigs— contra los que atacaban a la Iglesia de Inglaterra. No obstante, el único líder no conformista que cayó en la trampa de Jacobo y le dio su apoyo fue el cuáquero William Penn. Los otros sospechaban demasiado de los católicos romanos: recordaban la persecución que los protestantes de Inglaterra habían sufrido ciento treinta años antes bajo el reinado de María Tudor y, en tiempos más recientes, las que habían tenido lugar en el extranjero, en los países gobernados por soberanos católicos. En cambio, crearon un frente unido con la Iglesia de Inglaterra en contra de Jacobo e invitaron a su yerno, Guillermo de Orange, a acudir desde los Países Bajos con un ejército para librarse de él. Guillermo desembarcó en Devon y en diciembre de 1688 Jacobo huyó a Francia. Fue una revolución incruenta y «gloriosa». En 1690, la resistencia armada de los católicos en Escocia e Irlanda ya había sido sofocada.

La revolución de 1688 introdujo la tolerancia religiosa, y los únicos que quedaron excluidos fueron los católicos romanos y los unitarios. Los católicos no fueron perseguidos como en épocas anteriores, pero sólo podían participar en la vida pública —como parlamentarios, jueces, oficiales del ejército, o en las universidades—, si juraban no creer en la doctrina católica de la transubstanciación. Cualquiera que aspirara a un cargo público debía prestar este juramento. También se requería que el candidato jurara que el Papa no le había dado una dispensa que le permitiera jurar en falso que rechazaba la transubstanciación. Se trataba de una cláusula notablemente estúpida, ya que si se le había otorgado una dispensa papal para jurar falsamente que no creía en la transubstanciación, también se le podía haber otorgado una dispensa para jurar que no se le había otorgado una dispensa.

No era sorprendente que muchos católicos creyeran que los francmasones habían jugado un papel importante en la eclosión de la revolución de 1688 y en años posteriores los mismos francmasones hicieron suyo ese reclamo. Pero, de hecho, los francmasones no tuvieron ninguna clase de participación en la revolución. Ninguno de los líderes principales de la revolución era francmasón: ni Guillermo III; ni lord Somers, su lord canciller whig; ni lord Churchill, el comandante en jefe del ejército de Jacobo II, que lo abandonó en un momento crítico de la revolución y fue recompensado por ello con el nombramiento de conde de Marlborough; ni los siete obispos que, al ser absueltos por un jurado de Londres en el juicio por sedición que les había iniciado Jacobo II encendieron la chispa de la revolución; ni George Savile, marqués de Halifax; ni los otros dignatarios importantes que firmaron la invitación a Guillermo de Orange en la que le pedían que invadiera Inglaterra y se proclamara rey. Mientras se desencadenaba la revolución, los francmasones se dedicaban a asistir tranquilamente a las reuniones de sus logias; pero, después del éxito de aquélla, pudieron sacar ventaja de la nueva situación, que les era mucho más favorable.

John Toland, un presbiteriano irlandés de Londonderry, que no era francmasón, llegó más lejos que cualquiera de ellos a la hora de defender el deísmo. Después de estudiar en Oxford y de viajar al extranjero, en 1690 publicó un libro que no podría haber sido publicado antes de la revolución. En Christianity not Mysterious (Cristianismo no misterioso), defendía una creencia simple en Dios y en las enseñanzas morales de Jesucristo y evitaba discutir la transubstanciación o cualquier otro tema que causara polémicas entre los protestantes y los católicos.

Aunque en Inglaterra mucha gente rechazó con vehemencia ese libro, no se tomó ninguna medida en su contra; pero los colegas de Toland, los presbiterianos del Ulster, fueron menos tolerantes en el año en que Guillermo III y la causa protestante derrotaron definitivamente a Jacobo II en la batalla del Boyne, y comenzaron a aplicar con rigor las leyes discriminatorias contra los católicos. Toland fue juzgado por blasfemia en las cortes irlandesas, pero el proceso se estancó, hasta que, por fin, él y sus editores retiraron el libro. No recibieron ningún otro castigo.

Toland fundó una sociedad filosófica en Oxford, la Sociedad Sócrates, y escribió otro libro, Panchristicon, en el que explicaba la posición de la sociedad.

> *Pregunta:* ¿Bajo qué auspicios abrimos esta Sociedad?
> *Respuesta:* Bajo los auspicios de la Filosofía.
> *Pregunta:* ¿A quién debe estar dirigida continuamente esta asamblea, a quién todos nuestros pensamientos, palabras y acciones?
> *Respuesta:* A la triple meta de los sabios: Verdad, Libertad, Virtud[59].

Los francmasones estaban volviéndose impopulares en ciertos lugares. En 1698, se distribuyó en las calles de Londres un folleto que los atacaba. El autor firmaba como «*Mr*. Winter», pero no se ha podido descubrir nada respecto de él; y su folleto tuvo un efecto tan insignificante que desapareció sin dejar rastro hasta que unos historiadores masónicos lo descubrieron en 1937. Parece haber poca duda de que el autor fue un *tory* anglicano de alta jerarquía.

El folleto se dirigía «a todas las personas devotas de la ciudad de Londres» diciendo que debía advertirles «de los perjuicios y maldades practicados a la vista de Dios por aquellos que se hacían llamar masones liberados […] Ya que esa diabólica secta efectúa reuniones secretas en las que estos hombres se juramentan contra todos los que no son sus partidarios. Ellos son el Anticristo que va a venir a alejar a los hombres del temor a Dios». Era la actitud de ocultamiento de los masones, así como sus juramentos secretos, lo que alarmaba al señor Winter, como iba a alarmar a todos los antimasones durante los trescientos años siguientes. Si los francmasones eran una sociedad legal y respetable, ¿por qué el secreto? Los hombres no ocultan sus virtudes y sus buenas acciones; son sus vicios y crímenes lo que desean esconder[60].

Pero así como la actitud de ocultamiento de los masones despertaba las sospechas de sus adversarios, también fascinaba a los mismos masones. Les gustaba creer que ellos, y sólo ellos, conocían importantes secretos. El siglo XVII fue un período de nuevos descubrimientos en geografía, medicina y ciencia. ¿Acaso había descubrimientos novedosos más importantes que Dios había revelado solamente a los francmasones? Hubo quienes llegaron a abrigar la convicción de que los secretos masónicos eran los que ellos siempre habían deseado descubrir. Goronwy Owen, clérigo y poeta galés, creía que si se unía a una logia de francmasones descubriría las leyendas de los antiguos druidas galeses. El distinguido anticuario del siglo XVIII doctor William Stukeley escribió en su autobiografía que se había unido a los francmasones por curiosidad, «sospechando que poseían los restos de los misterios de los antiguos[61]».

En 1714, a la muerte de la reina Ana, Georg Ludwig, el elector de Hanover, se transformó en el rey Jorge I de Inglaterra, Escocia e Irlanda, conforme a las disposiciones de la Ley de Sucesión al trono de 1701, que investía la corona sobre los descendientes de la nieta protestante de Jacobo I, la electora Sofía de Hanover, siempre que fueran protestantes; pero si uno de sus descendientes se hacía católico romano, o se casaba con un católico romano, no podía ser sucesor del trono, ni continuar en él. Fue el triunfo de lo que la gente llamó «la Casa de Hanover y la sucesión protestante». Al año siguiente los partidarios del hijo católico romano de Jacobo II, que estaba refugiado en Lorena y sostenía ser el rey Jacobo III de Inglaterra, lanzaron en Escocia una rebelión jacobita que fue reprimida sin grandes dificultades. Se ejecutó a un pequeño número de jacobitas escoceses.

Los francmasones decidieron que había llegado la hora de dar un paso delante de envergadura y en 1717 cuatro logias de Londres resolvieron fundar la Gran Logia. Había más de cuatro logias en Londres, y también las había en York y en todo el resto de Inglaterra; pero estas cuatro londinenses decidieron actuar por su cuenta y fundaron una Gran Logia nacional que tendría autoridad sobre todas las logias de Inglaterra. Ellas eran: la que más tarde sería llamada Logia número 1, que se reunía en la cervecería Goose and Gridiron, en el patio de la iglesia de St. Paul; la Logia número 2, que se reunía en la cervecería Crown, de Parker’s Lane, cerca de Drury Lane; la Logia número 3, que se reunía en la taberna Apple Tree de Charles Street, Covent Garden; y la Logia número 4, que se reunía en la taberna Rummer and Grapes de Channel Row, Westminster. Cada una de las tres primeras tenía alrededor de quince miembros. La mayoría de ellos eran masones operativos, o

carpinteros, o estaban conectados de alguna manera con el rubro de la construcción, aunque había también unos pocos caballeros. La Logia número 4 tenía setenta miembros; casi todos eran caballeros, y había unos pocos nobles.

En febrero de 1717, los miembros de las cuatro logias mantuvieron una reunión en la taberna Apple Tree de Charles Street, Covent Garden, sitio de encuentro de la Logia número 3, y decidieron formar La Gran Logia. El día de San Juan Bautista, 24 de junio de 1717, se reunieron en la cervecería Goose and Gridiron del patio de la iglesia St. Paul, sitio de encuentro de la Logia número 1, y por mayoría de manos levantadas eligieron a Anthony Sayer, «caballero» de la Logia número 3, como Gran Maestro[62].

Parece que fueron dos hombres, un escocés y un francés, quienes jugaron el papel principal en la fundación de la Gran Logia, aunque no existen registros escritos de que ninguno de ellos haya sido iniciado como masón hasta unos pocos años más tarde. El escocés era el reverendo James Anderson, de Aberdeen, donde nació y se educó hasta convertirse en ministro de la Iglesia presbiteriana de Escocia en 1702, a los veintitrés años de edad. En 1709 se mudó a Londres, y pasó a ser ministro de capillas no conformistas de Glasshouse Street, Swallow Street, Piccadilly y Lisle Street de Leicester Fields. Escribió un extenso libro, Royal Genealogies, or the Genealogical Tables of Emperors, Kings and Princes from Adam to this time (Genealogías reales, o las tablas genealógicas de emperadores, reyes y príncipes desde Adán hasta nuestros días). Se trata de la traducción de una obra alemana con algunos agregados tomados de otro autor inglés. Ninguno de sus escritos tiene valor o interés con la excepción de su *Book of Constitutions of the Antient and Honounrable Fraternity of Free and Accepted Masons* (Libro de constitución de la antigua y honorable Fraternidad de Masones Libres y Aceptados), que escribió en 1723 por encargo de la Gran Logia y mejoró en una segunda edición en 1738[63].

El francés era una figura más importante. Jean Théophile Desaguliers era el hijo de Jean Desaguliers, pastor de una congregación protestante francesa de la villa de Aitré, cerca de La Rochelle. Había sido un fuerte distrito protestante durante más de cien años. Cuando el líder protestante Enrique de Navarra se convirtió al catolicismo romano porque pensaba que París bien valía una misa y pasó a ser el rey Enrique IV, otorgó tolerancia religiosa a sus partidarios protestantes de la mayor parte de Francia; pero bajo el reinado de su nieto, Luis XIV, los protestantes perdieron gradualmente sus derechos, y en 1685 Luis revocó el Edicto de Nantes. Muchos protestantes franceses

huyeron al extranjero, y llegaron como refugiados a Inglaterra y a los cantones protestantes de Suiza. Entonces Luis prohibió que emigraran sin un permiso del gobierno. Quien fuera atrapado tratando de salir ilegalmente del reino sería sentenciado a cumplir cinco años como esclavo en las galeras. Se autorizó a salir a los pastores protestantes, pero no se les permitió llevarse a sus hijos. Los niños debían permanecer en Francia para educarse como católicos romanos.

Jean Desaguliers y su mujer, que obtuvieron permiso para salir de Francia, sabían que no les sería permitido llevarse a su hijo de dos años, Jean Théophile, y decidieron sacarlo del país de contrabando. Cuando subieron a bordo de un barco inglés en La Rochelle, llevaban un tonel que contenía ropa. El niño estaba durmiendo, oculto debajo de la ropa. En silencio, rezaron por que no despertara y comenzara a gritar mientras, en calma, sin dar la menor señal de nerviosismo, pasaban junto a la hilera de soldados que estaban en el muelle. Jean Théophile siguió durmiendo profundamente y no fue descubierto, y los tres navegaron a salvo en el barco inglés rumbo a Guernsey, en las islas del Canal.

Vivieron unos años en Guernsey, donde Jean Desaguliers ofició de pastor para los refugiados franceses protestantes. Después se mudó a Londres junto a su familia. Fue ordenado en la Iglesia de Inglaterra y pasó a ser ministro de una congregación de refugiados franceses protestantes en Swallow Street, Piccadilly. Más tarde se desempeñó como maestro de escuela en Islington. Su hijo, Jean Théophile, tenía dieciséis años cuando su padre murió, en 1699. Completó su educación con un tutor en Sutton Coldfield y luego ingresó en el Corpus Christi College de Oxford. Estudió teología, pero también estaba interesado en proyectos científicos.

En 1702, Inglaterra y los Países Bajos, junto con el Imperio austriaco de los Habsburgo, entraron en guerra con Luis XIV porque éste apoyaba los reclamos de su nieto al trono de España. En la guerra de la Sucesión española, los ejércitos de Luis fueron derrotados por primera vez por el general austriaco, el príncipe Eugenio de Saboya, y por los británicos al mando de John Churchill, duque de Marlborough. Después de vencer a los franceses en Blenheim, Ramillies y Oudenarde, Marlborough y Eugenio invadieron el norte de Francia y obtuvieron una nueva victoria sobre los franceses en Malplaquet. En el sur de Francia, los protestantes aprovecharon la oportunidad para rebelarse, pero fueron brutalmente reprimidos por las tropas de Luis.

En esa época, a John Théophilus Desaguliers le resultaba difícil concentrarse en sus estudios teológicos. Deseaba incorporarse a la lucha contra Luis XIV. Aplicando sus conocimientos científicos, diseñó un nuevo tipo de arma para ser utilizada durante los sitios y envió su proyecto a la Oficina de Guerra, en Londres. Los expertos en artillería quedaron impresionados, el arma se fabricó y el ejército de Marlborough la usó contra los fuertes franceses de Flanders. Cuando Luis XIV se vio forzado, por primera vez, a firmar una paz insatisfactoria, Desaguliers sintió que había realizado una aportación a la derrota del absolutismo papal.

Fue ordenado en la Iglesia de Inglaterra y, a través de sus contactos de Oxford, se le asignaron prebendas en Middlesex, Norfolk y Essex, hasta que se convirtió en capellán del duque de Chandos. Dio conferencias sobre filosofía experimental en Oxford. Antes de cumplir treinta años de edad se casó y adquirió una casa en Londres, ciudad en la que dictó conferencias sobre filosofía natural y sobre las teorías de Isaac Newton. En 1714 fue admitido como miembro por la Royal Society y más tarde fue nombrado curador de esa Sociedad. En 1717 dio una conferencia ante el rey Jorge I en Hampton Court[64].

Es probable que la razón por la que comenzó a interesarse en la masonería haya sido su convicción de que ésta representaba el camino más adecuado para que la religión se convirtiera en el deísmo tolerante en el que él creía. Además, poseía una sutil comprensión de la sociedad que la revolución de 1688 y la ascensión de la Casa de Hanover habían establecido en su país de adopción; sabía que Inglaterra se había convertido en una nación dirigida por la gran aristocracia terrateniente. Si se pudiera persuadir a los miembros de la nobleza de que se volvieran francmasones, la francmasonería florecería como una sociedad de deístas, libre de persecuciones y ataques.

No le fue difícil convencer a sus muchos amigos de la aristocracia inglesa de que se unieran a la francmasonería, una institución que respetaba las tradiciones de la aristocracia y la clase dirigente. Durante siglos, la Iglesia católica había sostenido la estructura de clases de la sociedad y enseñado, al mismo tiempo, que los hombres de todas las clases sociales eran iguales a los ojos de Dios. En Su infinita sabiduría, Dios había ordenado que algunos de Sus amados hijos fueran príncipes y gobernantes y que otros, a quienes Él amaba por igual, debían ser súbditos; algunos debían ser ricos y otros debían ser pobres, algunos amos y dueños de esclavos, y otros esclavos; pero los dirigentes debían darse cuenta de que era Dios quien les había dado su posición privilegiada y debían humillarse frente a Él. Por ello, a lo largo de

los siglos, los reyes cristianos se habían «arrastrado hacia la cruz» los Viernes Santos, avanzando de rodillas hacia una estatua de Cristo y habían lavado los pies a los mendigos los Jueves Santos. Una organización en la que todos los miembros eran hermanos, pero que trataba a los aristócratas con halagos obsequiosos, ofrecía un gran atractivo a muchos aristócratas ingleses, famosos en toda Europa por su disposición a confraternizar con los de las clases inferiores. Les gustaba la idea de incorporarse a una sociedad que tenía nexos históricos con famosos personajes bíblicos, que aceptaba la Casa de Hanover y la sucesión protestante, pero que también evitaba las polémicas religiosas y políticas y en la que se organizaban reuniones donde los partidarios de religiones en conflicto podían encontrarse como amigos personales.

En 1723, Anderson publicó los principios de la masonería en Constitutions; pero aunque lo había escrito de acuerdo con instrucciones que había recibido de la Gran Logia, su boceto fue discutido y corregido por un comité de catorce de los principales miembros de la Gran Logia, entre ellos, Desaguliers[65]. Es improbable que Anderson haya sido personalmente responsable de los principios de la francmasonería registrados en Constitutions. Éstos estipulaban la lealtad de los francmasones a la Casa de Hanover; pero, sin perjuicio de ello, evitaban cualquier declaración de obediencia política y prohibían las discusiones políticas en las logias. Daban especial importancia al rol dominante de la aristocracia en la francmasonería y, en cuanto a la religión, presentaban principios cercanos al deísmo.

Las Constitutions estipulaban que «el rey Jorge I ingresó en Londres en toda su magnificencia el 20 de septiembre de 1714 y, después de que la rebelión fue sofocada, en 1716», los miembros de las cuatro logias resolvieron fundar la Gran Logia. En referencia a 1716, Anderson estaba utilizando el calendario juliano antiguo según el cual, hasta 1752, el año empezaba el 25 de marzo. La reunión en la que se decidió formar una Gran Logia tuvo lugar en febrero de 1717. Luego, Anderson declara que en esa primera reunión los miembros presentes decidieron «elegir a un Gran Maestro entre ellos mismos, hasta que tuvieran el honor de que un Hermano Noble fuera su Jefe[66]».

El 24 de junio de 1717, en el primer encuentro anual de la nueva Gran Logia, Sayer fue elegido Gran Maestro y los miembros presentes «le rindieron homenaje». Al año siguiente, el 24 de junio de 1718, se eligió al hermano Payne como Gran Maestro, con el capitán Josiah Elliot, oficial del ejército, y el señor Jacob Lamball, carpintero de la ciudad de Londres, como Grandes Vigilantes. El 24 de junio de 1719 se eligió a John Theophilus

Desaguliers como Gran Maestro y en 1720 Payne fue elegido Gran Maestro por segunda vez. Ésa fue la última ocasión en que un ciudadano común accedió a esa posición. El 24 de junio de 1721 el duque de Montagu fue elegido Gran Maestro y, de allí en adelante, durante 278 años, todos los Grandes Maestros han sido o nobles o miembros de la familia real. En la reunión anual de la Gran Logia de 1720, se decidió que ya no se elegirían Grandes Vigilantes, sino que éstos debían ser designados por el Gran Maestro, quien podía nombrar un Maestro Delegado y dos Grandes Vigilantes para que lo asistieran, «según las costumbres antiguas, cuando los Hermanos Nobles eran Grandes Maestros». En la reunión siguiente de la Gran Logia, el 25 de marzo de 1721, el señor Payne propuso que su sucesor en el cargo de Gran Maestro fuera «nuestro muy Noble Hermano John, duque de Montagu», quien debía asumir el 24 de junio; y «todos expresaron gran alegría ante la feliz perspectiva de ser otra vez regidos por Grandes Maestros nobles, como en los tiempos prósperos de la Masonería Libre[67]».

John Montagu, segundo duque de Montagu, tenía treinta y un años de edad, pero ya era uno de los grandes personajes del Estado. Había desempeñado el papel de alguacil mayor en la coronación de Jorge I, y era coronel de un regimiento de la Guardia Montada. Un año después de que fuera elegido Gran Maestro, lo nombraron gobernador de las islas de Santa Lucía y San Vicente, en las Indias Occidentales, pero permaneció en Londres y nombró un delegado para llevar a cabo las obligaciones de ese puesto. Cuando era un muchacho de quince años había combatido en el sitio de Menim junto a Marlborough, con cuya hija menor, *lady* Mary Churchill, más tarde se casó. Tenía la reputación de ser el hombre más rico de Inglaterra[68].

Los francmasones no fueron tan afortunados con la elección para Gran Maestro de 1722. Escogieron a Philip Wharton, duque de Wharton, aunque sólo contaba veinticuatro años de edad. Su padre, Thomas Wharton, primer marqués de Wharton, había sido un whig fanático, defensor de la revolución de 1688. También había escrito la letra de la canción Lillibullero, a la que adecuó la música de una canción de The Indian Queen (La reina india), la ópera de Purcell. Su composición, que describía los planes de los católicos irlandeses de conquistar Inglaterra para Jacobo II y asesinar a los protestantes ingleses, se transformó espontáneamente en la canción de la revolución. Thomas Wharton sostenía que había «echado cantando a un rey de tres reinados». Cuando nació su hijo Philip, Guillermo III fue el padrino y la princesa Ana, la futura reina, fue la madrina.

Pero Philip Wharton había crecido en Europa continental, donde entró en contacto con los jacobitas, incluyendo al aspirante al trono, Jacobo III, quien le ofreció hacerlo duque si recobraba el reino de Inglaterra. Cuando Wharton regresó al país, se casó; pero poco después se separó de su esposa y se creó una reputación de notorio libertino y socio del Hellfire Club, cuyos miembros se entregaban a orgías escandalosas. Ocultando sus relaciones con los jacobitas, ocupó un puesto en la Cámara de los Lores de Irlanda, aunque, con sus diecinueve años, todavía no tenía la edad suficiente. En sus declaraciones en el Parlamento irlandés se mostraba fuertemente partidario de la Casa de Hanover, y, poco después de suceder a su padre como marqués de Wharton, Jorge I lo nombró duque.

Tenía un gran encanto personal y sabía cómo fascinar a las mujeres. Le gustaba participar de la vida de sociedad y se convirtió en un miembro activo de la Compañía de Fabricantes de Velas de Cera. Se propuso llegar a ser Gran Maestro de los francmasones y utilizó todas sus influencias y encanto para asegurar su elección. Los francmasones no estaban demasiado contentos con él, pero, después de todo, se trataba de un duque, y en 1722 fue elegido Gran Maestro. El duque de Montagu cuestionó la legitimidad de la elección; pero Desaguliers lo persuadió de que no pusiera en peligro la unidad de los francmasones con sus protestas, y Montagu accedió a aceptar a Wharton con la condición de que éste designara a Desaguliers como su Gran Maestro Delegado. Al año siguiente, fue elegido como Gran Maestro el conde de Dalkeith. Wharton cuestionó la validez de esta elección, pero la Gran Logia apoyó a Dalkeith y expulsó a Wharton del gremio. Entonces, Wharton fundó otra sociedad, la de los Gormogones, con la esperanza de que rivalizaran con los francmasones; pero nadie la tomó en serio.

Poco tiempo después, Wharton se marchó al extranjero para escapar de sus acreedores y retomó el contacto con los jacobitas. En Parma, se encontró con Jacobo III, quien lo nombró duque de Northumberland. Entonces, Wharton fue a España, donde convenció al rey español de que declarara la guerra a Inglaterra. El rey de España lo nombró coronel de un regimiento irlandés del ejército español y Wharton participó de un ataque contra Gibraltar, en el que resultó herido. En Inglaterra fue acusado de traición; lo expulsaron de la Cámara de los Lores y se confiscaron sus propiedades. A pesar de sus disputas con los francmasones ingleses, fundó la primera logia masónica de España. Realizó un infructuoso intento de volver a cambiar de bando, para lo cual decidió ofrecer sus servicios a Horace Walpole, el embajador británico en París, que era un francmasón activo; pero éste se negó

a recibirlo. Wharton se convirtió al catolicismo romano y cuando murió, en un monasterio franciscano de París, en 1731, tenía apenas treinta y tres años de edad[69].

A pesar de su desafortunada experiencia con Wharton, los francmasones continuaron floreciendo bajo otros Grandes Maestros nobles que lo sucedieron. Cuando el doctor William Stukeley decidió convertirse en francmasón, poco después de la formación de la Gran Logia, al principio le resultó difícil encontrar la cantidad de francmasones suficiente para la ceremonia de iniciación. Pero las cosas cambiaron después de que en Londres se supo que una sucesión de duques y lores habían sido Grandes Maestros. El número de logias bajo la autoridad de la Gran Logia aumentó desde las cuatro originales de 1717 a ciento veintiséis en 1735[70].

Con la protección de la aristocracia, los francmasones podían declarar sin peligro sus principios religiosos. Aunque algunos historiadores masónicos han negado que el libro Constitutions, de Anderson, defendiera el deísmo, lo cierto es que se acerca bastante. Sus declaraciones sobre religión son completamente diferentes de las cargas de los masones operativos católicos romanos de la Edad Media.

> Por su cargo, un masón está obligado a obedecer la ley moral; y si entiende el Arte correctamente, jamás será un ateo estúpido, ni un libertino sin religión. Pero, aunque en épocas antiguas en cada país se forzaba a los masones a pertenecer a la religión de ese país o nación, cualquiera que fuera ésta, ahora es más propio obligarlos solamente a profesar esa religión que admiten todos los hombres, reservándose para sí mismos sus opiniones particulares; es decir, ser hombres buenos y sinceros, u hombres de honor y honestidad, en cualquiera de las denominaciones o convicciones que los distingan; por medio de lo cual la Masonería se convierte en el centro de unión, y en el medio para consolidar una amistad verdadera entre personas que de otra forma hubieran mantenido una distancia infranqueable[71].

Así, las logias de los francmasones estaban abiertas a cualquiera que creyera en Dios, o «El Gran Arquitecto del Universo», como se le denomina en las Constitutions de Anderson[72]. Los católicos romanos no estaban excluidos. No podían ser miembros del Parlamento, oficiales del ejército, ni tener ningún cargo público en el Estado; pero eran bienvenidos en las logias de los francmasones. Los judíos también lo eran, aunque al principio

vacilaron un poco en incorporarse. Hubo judíos admitidos quizá ya a partir de 1724, y con toda seguridad en 1732[73].

El artículo respecto de la obligación de prestar obediencia al rey y su gobierno era poco común.

> Un masón es un súbdito en paz con las autoridades civiles, donde fuere que resida o trabaje, y jamás se mezcla con intrigas y conspiraciones contra la paz y el bienestar de la nación. Si un hermano se rebelara contra el Estado, no debe ser apoyado en su rebelión, por más que se pueda sentir lástima por él en su adversidad; y si no se le condena por ningún otro delito, aunque la hermandad debe, en ese momento, desaprobar su rebeldía y no dejar sombra de duda ni terreno para la sospecha política por parte del gobierno, no puede ser expulsado de la logia y su relación con ella sigue siendo irrevocable[74].

Al mismo tiempo que repudia con total claridad la traición, la sedición y la rebelión contra el Estado, esta cláusula demuestra una comprensión muy tolerante hacia aquellos que se niegan a obedecer el gobierno existente: los francmasones estaban decididos a que no se discutieran dentro de la logia los aciertos y errores de las actividades de los rebeldes. Era una actitud muy diferente de la que sostenían las acusaciones violentas y abusivas de traición que tenían lugar en la época de los Tudor, y en las que después recaerían las dictaduras totalitarias del siglo XX.

La prohibición de los debates religiosos y políticos dentro de la logia atraía a muchas personas que estaban asqueadas de la virulencia de las polémicas del siglo XVII.

> La siguiente cuestión que debo recordaros es la de evitar la política y la religión. No tengáis nada que ver con éstas, y ocupaos de vuestro propio bienestar[…] Nuestra política es la mejor: la honestidad. Es la política del sagrado Jesús, quien jamás molestó a los gobiernos, sino que los dejó tal y como los encontró, y le dio al César lo que era del César. […] Lo mismo sucede en relación con la religión que profesamos, que es la mejor que existió jamás, y que existirá y puede existir. […] Porque es la ley de la Naturaleza, que es la ley de Dios, porque Dios es la Naturaleza. Consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos; ésa es la

religión verdadera, primitiva, católica y universal, según se ha acordado en todas las épocas[75].

La sucesión de hermanos nobles que ocuparon el cargo de Gran Maestro en los años posteriores a 1723 logró en gran medida convencer a la opinión pública de que los francmasones no eran una organización peligrosa y subversiva. En ocasiones, se sugería que sus logias podrían ser un sitio de encuentro de agentes jacobitas, pero muy pocos tomaban en serio esta acusación. En 1732, el intendente de Canterbury redactó una proclama contra los francmasones; pero se trataba de un caso excepcional y el funcionario fue muy criticado por esa medida[76]. Todavía había muchos críticos de los francmasones, pero se mostraban más propensos a ridiculizarlos que a temerles.

A diferencia de lo que ocurriera en años anteriores, en esta época los francmasones se esforzaban por atraer la atención pública. En el día de su celebración, todos los 24 de junio, marchaban en procesión por las calles de Londres y Westminster, vestidos con sus túnicas y mantos masónicos, encabezados por el Gran Maestro. Alquilaban un teatro londinense para una función especial de una obra de Shakespeare, o The Recruiting Officer (El oficial de reclutamiento), de Farquhar, a la que asistían el Gran Maestro y los otros hermanos. Se escribía un prólogo y un epílogo especial para la función, que eran recitados por un actor y una actriz famosos, en los que se elogiaba a los francmasones y se declaraba que era un gran honor actuar ante el noble duque Gran Maestro y sus hermanos. Los francmasones ya se dedicaban a una buena cantidad de obras de caridad. Pero lograron establecer la reputación de ser lo que de hecho eran en buena medida: un club social en el que caballeros y comerciantes de la clase media confraternizaban con miembros de la aristocracia.

Las críticas ridiculizaban a los francmasones por sus ceremonias, por las túnicas que utilizaban en las procesiones, por sostener que descendían de los masones que habían construido el templo de Salomón y por las otras afirmaciones históricas que aparecen en las Constitutions de Anderson. En esa época se sumó otra acusación contra los masones. No admitían mujeres en las logias, y muchas veces se les imputaba odiarlas. Se trataba de una acusación importante. En 1720, nadie esperaba que se admitieran mujeres en el Parlamento, en los cuerpos gubernamentales locales, en los jurados, en la profesión legal y médica, o en las universidades. Pero las mujeres tenían un papel central en la vida social, en particular dentro de los círculos

aristocráticos; eran el centro de atención en bailes, cenas y otras actividades sociales. Si la gente se sorprendía de que se excluyera al sexo femenino de las logias masónicas, era porque consideraba que sus encuentros no eran reuniones políticas o educativas, sino ocasiones sociales.

Los francmasones explicaban que no admitían mujeres en las logias debido a que, históricamente, las mujeres jamás habían sido masones operativos; porque la presencia de las mujeres podía distraer a los hombres de los asuntos serios de la logia; y para evitar que alguien sugiriera que se realizaban actividades inmorales dentro de éstas. A veces se agregaba un motivo extra: que no se podía confiar en que las mujeres, con su tendencia a la murmuración, guardaran los secretos de la logia.

Los francmasones se esforzaban por refutar la acusación de que odiaban a las mujeres o de que eran malos maridos. El 30 de diciembre de 1728, cuando contrataron el teatro Royal de Drury Lane para una función especial de Enrique IV, Parte II de Shakespeare, el epílogo, compuesto para la ocasión, estuvo a cargo de la actriz, la señora Thurmond. Ella explicaba que al principio había quedado desconcertada cuando se enteró de que su esposo era francmasón; pero agregaba que cuando él volvía a su casa después de las reuniones de la logia, siempre se mostraba particularmente amable y afectuoso.

Oíd, mujeres casadas, es una vida feliz,
creedme, la de la esposa de un francmasón.
Aunque guardan los secretos de sus amigos
con amor y verdad nos recompensan plenamente[77].

Los críticos preguntaban qué era lo que los francmasones hacían en sus logias que no querían que sus esposas supiesen. Un poema difamatorio y muy obsceno, titulado *The Free Masons: an Hudibrastick Poem* (*Los francmasones: un poema hudibrástico*)[78], los acusaba de tener sexo con Sally Salisbury, una famosa prostituta[79]. Otros sugerían que eran homosexuales que se entregaban a la sodomía en las logias.

Una crítica más sutil apareció en The Free Masons' Accusation and Defence (Acusación y defensa de los francmasones), publicado anónimamente en 1726. Se trataba de supuestas cartas de un caballero del campo a su hijo, un joven que estudiaba leyes en el Temple de Londres, y las respuestas del hijo. El padre escribe alarmado porque se ha enterado de que el hijo pretende convertirse en francmasón. Le hace la pregunta habitual: si las prácticas de los francmasones son buenas y no diabólicas, ¿por qué se

esfuerzan tanto por mantenerlas en secreto? También le informa al hijo que los francmasones siempre fueron un grupo de agitadores y que en 1425, bajo el reinado de Enrique VI, se aprobó una Ley del Parlamento en contra de ellos. El hijo responde que los francmasones de hoy no son agitadores, sino caballeros y nobles de la más alta jerarquía, y que él ha sido invitado a unírseles por su amigo *sir* Thomas, quien es Maestro de una logia. Entonces, el padre cambia el ángulo de su argumentación. Puede estar bien que los nobles y los caballeros pudientes, que poseen grandes fortunas, las derrochen alegremente en las logias de francmasones; pero los esforzados estudiantes de derecho deberían evitar tales tonterías. La correspondencia termina con una carta en la que el hijo manifiesta respetuosamente su desacuerdo con la evaluación que su padre hace de los francmasones, pero promete que, debido al respeto que debe a los deseos del padre, no se incorporará a la logia**[80]**.

No cabe duda de que las cartas, tanto del padre como del hijo, fueron escritas por el mismo autor, quien tenía la intención de que el peso de la argumentación se inclinara contra y no a favor de los francmasones. Pero cuesta entender por qué esa publicación, con sus declaraciones razonadas, enojó tanto a los francmasones**[81]**.

Desaguliers marchó a Edimburgo para establecer contactos con los francmasones escoceses y fue admitido como hermano en una logia de Escocia. Una vez allí, utilizó sus conocimientos de ciencia e ingeniería para aconsejar al preboste de Edimburgo sobre cómo mejorar el suministro de agua de la ciudad. A su regreso a Londres sugirió mejoras en la ventilación de la Cámara de los Comunes. Fue nombrado tutor del hijo de Jorge II, Federico, príncipe de Gales**[82]**.

La Gran Logia de Inglaterra había empezado a organizar logias entre los residentes ingleses en el extranjero, a quienes se les unían los nativos de esos países que se sentían atraídos por la francmasonería. En 1731, Desaguliers y el conde de Chesterfield fueron a La Haya, donde Desaguliers presidió una reunión de una logia en la que Francisco, duque de Lorena, quien tenía una relación de parentesco con el sacro emperador romano, Carlos VI, fue iniciado como francmasón**[83]**. Meses más tarde, el duque de Lorena fue a Londres y, cuando los francmasones lo agasajaron con un banquete en la Devil’s Tavern, cerca de Temple Bar, llevó como invitado al príncipe de Gales. Los francmasones se ocuparon de que la presencia de Su Alteza Real el príncipe de Gales y Su Alteza Serena el duque de Lorena fueran adecuadamente consignadas en el periódico *The Daily Post* el 4 de diciembre de 1731**[84]**.

Los francmasones obtuvieron un triunfo aún mayor el 5 de noviembre de 1737, cuando el Gran Maestro, el conde de Darnley, junto a Desaguliers y otros hermanos importantes de la Gran Logia, se dirigieron al palacio que el príncipe de Gales poseía en Kew y lo iniciaron como francmasón[85]. El año siguiente, cuando el príncipe estaba de vacaciones en Bath, Darnley, Desaguliers y los demás fueron a esa localidad y organizaron una Logia Extraordinaria en la Bear Tavern, dedicada al príncipe, el día del cumpleaños del rey, evento que fue debidamente consignado en la edición del *St. James's Evening Post* del 30 de octubre de 1738[86].

Los francmasones recurrían a todos los medios para obtener una opinión favorable de la prensa y para revelar la identidad de los hermanos nobles y pertenecientes a la realeza que se incorporaban; pero, al mismo tiempo, continuaban sosteniendo que tenían secretos que jamás revelarían a los que no eran miembros. No abandonarían el secreto, porque éste era uno de los factores que hacía que los hombres desearan convertirse en francmasones. La idea de sumarse a una sociedad que albergaba los secretos vitales del universo, que Dios había revelado sólo a los masones, era tan atractiva como la posibilidad de sentarse a cenar junto a un duque o algún otro noble.

Algunos de los críticos de la francmasonería se preguntaban si realmente existía algún secreto. Hubo quienes le sugirieron esta idea al filósofo John Locke, quien, a diferencia de muchos de sus colegas, no era francmasón. «Incluso si éste fuera el único secreto —dijo Locke— es decir, que no tienen ningún secreto, de todas maneras, no es tarea fácil mantener eso en secreto[87]».

Los francmasones tenían el hábito de cantar en sus banquetes. De hecho, en las Constitutions de Anderson se incluyen cuatro de sus canciones. Se refieren a la relación de los masones con los grandes personajes bíblicos, con Adán y Noé, así como con muchos reyes ingleses:

Grandes reyes, Duques y Señores han jurado por sus espadas
Defender nuestro misterio;
Y jamás avergonzarse por oír que los señalan
Como masones libres o aceptados[88].

Otras canciones fueron publicadas en diversos cancioneros. Algunas de ellas repudian la idea de que a los masones no les gustan las mujeres. «Ningún mortal puede adorar más a las damas que un masón libre y aceptado». «Amamos a nuestra nación y a nuestro rey. Brindamos por las damas, danzamos y cantamos[89]».

En sus canciones, afirmaban que:

He de probar que Dios mismo fue
El primer Gran Maestro de la Masonería.
Él tomó su compás con mano maestra,
Extendió la línea y midió la tierra,
Estableció los cimientos de la tierra y el mar
Siguiendo las primeras reglas de la masonería[90].

Los francmasones se sentían muy seguros de sí mismos. Cuando sus enemigos los acusaban de sodomitas, no se molestaban en negar esas mentiras. ¿Por qué preocuparse? Así como Dios había creado al Hombre por encima de los animales, también había creado a los masones por encima de los otros hombres[91]. Los masones eran «hermanos de príncipes y camaradas de reyes[92]». ¡Entonces, que vuelva a circular la botella! ¡Llenad las copas hasta el borde!

Seremos libres y alegres
Bebiendo oporto y jerez
¡Y que circule, que circule alrededor de la mesa!
¡Mientras la envidia confunde a los enemigos de los masones[93]*!*

La masonería había cambiado desde aquellos días en que los esforzados masones operativos dejaban de trabajar en las fachadas de las catedrales y bajaban a disfrutar de una cena abundante pero simple en la choza de madera a la que llamaban «logia». Iba a volver a cambiar durante los siguientes ciento cuarenta años. En esa época, dos francmasones franceses compusieron dos canciones que eran muy distintas de las melodías sobre las bebidas que aparecían en las Constitutions de Anderson y en los otros cancioneros de la década de 1730. «Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé» escribió el hermano Rouget de Lisle en 1791; y en 1872 el hermano Eugène Pottier escribió: «C'est la lutte finale, groupons-nous et demain, L'Internationale sera le genre humain!»[94]. Estas dos canciones masónicas, La Marseillaise y L'Internationale, a su turno despertarían un entusiasmo y temor sin precedentes a todo lo largo de Europa como himnos de la revolución internacional.

V



La bula papal

La noticia de la formación de la Gran Logia, así como las actividades de los francmasones ingleses se difundieron rápidamente por toda Europa. En la década de 1730, ya se habían formado logias masónicas en los Países Bajos, Francia, Alemania, el Imperio austriaco, España, Suecia y en varios estados de Italia. Muchas de ellas eran creadas directamente por representantes de la Gran Logia de Inglaterra que viajaban a los países extranjeros con ese propósito; otras eran fundadas independientemente de la Gran Logia por residentes locales, pero bajo la inspiración del ejemplo inglés. Algunos historiadores alemanes posteriores intentaron probar que las logias masónicas alemanas del siglo XVIII tenían origen alemán; pero eso no es cierto. Los francmasones del siglo XVIII de Alemania y Francia no tenían ninguna relación con los steinmetzen alemanes o la Compagnonnage francesa, que para ese entonces habían dejado de existir como las logias medievales de masones operativos de Inglaterra.

La aristocracia y las clases medias europeas sentían por la francmasonería el mismo atractivo que sus homólogas de Inglaterra; pero en Europa continental se agregaba otro factor. La francmasonería era inglesa; y, si bien en Inglaterra la protección de la aristocracia aseguraba su respetabilidad y en gran medida desalentaba las sospechas sobre sus actividades, en los otros países de Europa eso era tanto un atractivo como un motivo para temer a los francmasones. Para los intelectuales europeos, Inglaterra era el país de la revolución de 1688, en la que un gobierno constitucional y la ley habían reemplazado el despotismo arbitrario de un monarca absolutista. En Francia, Luis XIV había dicho «El Estado soy yo». En Inglaterra, la división de poderes entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial aseguraba que ninguno

de los tres pudiera sostener que era, por sí solo, el Estado. El rey y su gobierno podían gobernar el reino sólo sujetos a las leyes que habían sido aprobadas por el Parlamento; y ni el rey ni el Parlamento, sino sólo los jueces, decidían si los agentes del ejecutivo habían actuado dentro de las leyes que había dictado el poder legislativo. En Francia, el rey podía emitir una lettre de cachet ordenando que cualquiera fuera enviado a prisión sin juicio durante muchos años, a la Bastilla o a alguna otra cárcel; en Inglaterra, la institución del *habeas corpus* aseguraba que nadie podía ser encarcelado si no era condenado por un jurado, o por algún otro procedimiento legal establecido por el poder judicial independiente en los tribunales. En Inglaterra, el poder del rey había sido reemplazado por el poder de la aristocracia.

La mayoría de los filósofos y otros intelectuales extranjeros que admiraban tanto la Constitución inglesa no habían estado jamás en Inglaterra. Los mismos intelectuales ingleses, que conocían la realidad, no tenían una impresión tan favorable al respecto. Sabían que había corrupción en la vida pública, lo que había llevado al primer ministro, *sir* Robert Walpole, a decir respecto de los parlamentarios de la Cámara de los Comunes: «Todos esos hombres tienen su precio». Conocían la tosquedad sin freno de la prensa libre inglesa, llena de difamaciones, de las cuales el ataque a los francmasones del poema hudibrástico era sólo un ejemplo, el tráfico impropio de influencias que la aristocracia ejercía en la administración de justicia y en los tribunales que Henry Fielding, él mismo juez de paz en Middlesex, consignó en sus novelas; sabían del submundo criminal, y sus relaciones con abogados y guardias de prisión corruptos, que Gay retrató con liviandad en su Beggar's Opera (Ópera del mendigo), de la pobreza y degradación de los pobres de Londres, que el francmasón William Hogarth describió en sus cuadros. La mayoría de los admiradores extranjeros de Inglaterra no estaban al tanto de esas cosas. Los que sí las conocían, pensaban que, con todas sus fallas, la Inglaterra dominada por una aristocracia corrupta era mejor que los despotismos de los reyes de Europa.

Por lo tanto, los intelectuales y nobles extranjeros estaban entusiasmados con la idea de incorporarse a la francmasonería inglesa; pero sus gobiernos estaban preocupados. Además de la sospecha generalizada sobre las sociedades secretas, había un temor especial ante una sociedad secreta que estaba relacionada con la Inglaterra protestante y constitucional. En Inglaterra, la presencia de la nobleza era garantía de la respetabilidad de los francmasones; en Europa, el rey y sus funcionarios sabían que la nobleza a

veces hacía revoluciones contra los reyes, como habían hecho los nobles ingleses en 1688.

El primer gobierno que actuó contra los francmasones no fue un despotismo católico sino la Holanda protestante, después de que en Amsterdam una muchedumbre enfervorizada atacara una logia francmasónica. Cuatro años después de que Desaguliers y el conde de Chesterfield llevaran a cabo una reunión de logia en La Haya en la que había sido iniciado el duque de Lorena, el Presidente y el Concejo de Holanda, Zelanda y Frieslanda, reunidos en La Haya el 12 de diciembre de 1735, redactaron una proclama en la que se declaraba que «ciertas personas, aquí en La Haya, bajo la engañosa pretensión de pertenecer a una así denominada Fraternidad de Francmasones, reunidos bajo la dirección de un Gran Maestro» habían formado una asociación ilegal; ya que «no debe suponerse de ninguna manera que el estudio de la arquitectura sea el único y principal objetivo de sus reuniones». El verdadero objetivo eran las actividades facciosas y el libertinaje, que eran ilegales. Las autoridades debían impedir que se sostuvieran esas reuniones y cualquiera que permitiera que se utilizara una sala de su casa para un encuentro de francmasones estaba cometiendo una contravención[95].

Los francmasones ingleses levantaron lanzas en defensa de los francmasones de La Haya. El 30 de diciembre remitieron una protesta formal en la que intentaban identificar a los francmasones con la casa real de Nassau. Escribieron que el Concejo de Holanda, Zelanda y Frieslanda era republicano, heredero de la facción de De Witt que había sido derrocada por Guillermo de Orange en 1672, antes de convertirse en rey de Inglaterra, cuando estableció su gobierno personal en los Países Bajos sustituyendo a la república. Acusaron al Concejo de actuar contra los francmasones porque creía que éstos planeaban defender la autoridad del príncipe de Orange[96].

En diversos estados de Italia, las logias masónicas fueron establecidas por refugiados jacobitas ingleses, muchos de los cuales eran católicos romanos. La revolución de 1688 había estallado porque Jacobo II había proclamado una Declaración de Indulgencia que otorgaba tolerancia religiosa a los católicos romanos y no conformistas; durante su corto reinado en Irlanda, en 1689, había instaurado la tolerancia religiosa; y Jacobo III les aseguró repetidamente a los protestantes ingleses que si se convertía en rey de Inglaterra no quemaría ni perseguiría de ninguna otra manera a los protestantes. Pero éstos no le creyeron; pensaron que era un truco, una táctica política de su parte. Era una actitud comprensible, a la luz de la historia de

persecuciones que habían emprendido los soberanos católicos romanos desde Felipe II de España a Luis XIV de Francia; pero, en realidad, el «Viejo Pretendiente», como llamaban a Jacobo III, era verdaderamente sincero. Si hubiera recobrado su reino no habría perseguido a los protestantes, y hasta podría haberse convertido al protestantismo para ganarse la popularidad de la mayoría de sus súbditos.

Con sinceridad o sin ella, durante treinta años los líderes jacobitas habían estado diciendo que creían en la tolerancia religiosa, lo que hizo más factible la posibilidad de que sus partidarios pudieran incorporarse a una logia francmasónica y aceptar la doctrina de los francmasones a propósito de la amistad con los protestantes y la tolerancia religiosa sin traicionar la causa jacobita o su fe católica romana. Uno de los líderes jacobitas más prominentes, Charles Radclyffe, conde de Derwentwater, era un francmasón activo. Su hermano, el anterior conde de Derwentwater, había sido un personaje importante en la rebelión jacobita de 1715, en la que el mismo Charles también había participado cuando aún era muy joven. El conde fue sentenciado a muerte por traición y decapitado en Tower Hill. Charles también fue encarcelado en la Torre, pero consiguió escapar de la prisión con algunos de sus jóvenes amigos. Ahora llevaba el título de su hermano, conde de Derwentwater, aunque en Inglaterra se le conocía como Charles Radclyffe el traidor y, después de su huida, fue sentenciado a muerte por una Ley de Proscripción.

Derwentwater y los otros francmasones jacobitas se asombraron al enterarse de que el 28 de abril de 1738 el papa Clemente XII había emitido una bula contra los francmasones. Allí se declaraba que los francmasones habían formado logias «en las que los hombres, sin importar de qué religión o secta sean, contentos con una cierta pátina de virtud moral, están unidos entre sí en una liga cerrada y exclusiva», y juraban sobre la Biblia preservar sus secretos bajo amenaza de castigos horribles si quebraban su juramento. Como los otros antimasones, el papa Clemente preguntaba: ¿por qué los francmasones necesitan el ocultamiento si están haciendo el bien y no el mal? Eran libertinos y sinvergüenzas, «porque sin duda alguna si tales personas no estuvieran haciendo el mal jamás odiarían tanto la luz». Por lo tanto, el Papa prohibía a los católicos convertirse en francmasones bajo pena de excomunión[97].

La bula papal comenzó a aplicarse en varios países católicos, pero no en todos. El mismo Papa, por supuesto, la ejecutó en los Estados Papales de Italia. En Portugal entró en vigor de inmediato. Se había formado una logia de

refugiados católicos irlandeses en Lisboa. Apenas se enteraron de la bula, disolvieron la logia y se lo informaron a la Inquisición. Ésta designó, en julio de 1738, una comisión cuya tarea era investigar la conducta de los miembros de la logia. Los comisionados informaron que todos eran buenos católicos y que no habían hecho nada inmoral dentro de la logia, y que sus juramentos masónicos no se aplicaban a cuestiones de religión, ni interferían con la lealtad al rey y al Estado. Como los miembros habían disuelto la logia tan pronto se enteraron de la bula del Papa, la Inquisición decidió perdonarlos y no castigarlos. En España, el gobierno actuó con más lentitud, pero en 1740 se prohibió la francmasonería y la logia que había formado el duque de Wharton se desbandó[98].

La logia francmasónica de Florencia había sido creada en 1733 por Charles Sackville, conde de Middlesex (más tarde duque de Dorset). Era un firme partidario de la Casa de Hanover y de la sucesión protestante y amigo de Federico, príncipe de Gales; pero la logia, en su mayoría, estaba compuesta por refugiados católicos jacobitas ingleses que residían en Florencia, aunque había unos pocos hermanos italianos, y se disolvió apenas se emitió la bula papal. El secretario, Tommasso Crudeli, que era florentino, fue arrestado por la Inquisición e interrogado sobre las actividades masónicas. En Inglaterra se creía que había sido torturado, pero aunque eso no era cierto, sí sufrió dos años en pésimas condiciones en las prisiones de la Inquisición. No les contó a los inquisidores nada que ellos ya no supieran[99].

Mientras la Inquisición llevaba a cabo su ataque contra los francmasones en Toscana, había aparecido un nuevo gran duque. No era otro que el hermano Francisco, duque de Lorena, cuya iniciación como francmasón a cargo de Desaguliers, en La Haya, en 1731, había sido ampliamente recogida por la prensa de Inglaterra. El sacro emperador romano, Carlos VI, había estado haciendo planes para su sucesor en el cargo. En teoría, el emperador era elegido por nueve príncipes y arzobispos alemanes que eran electores del Sacro Imperio romano; pero durante más de doscientos años siempre habían escogido a un príncipe de la Casa de los Habsburgo. Si Carlos VI hubiera tenido un hijo, habría arreglado que los electores lo escogieran como emperador; pero sólo tenía una hija, la princesa María Teresa. Ella tenía el derecho de heredar el reinado de Hungría, ya que éste, en ausencia de un heredero varón, podía ser regido por una mujer; pero ninguna mujer podía participar de la sucesión del Sacro Imperio romano. Por lo tanto, Carlos VI planeaba casar a María Teresa con su pariente, Francisco, duque de Lorena,

quien sería elegido Emperador después de la muerte de Charles. Su esposa, María Teresa, llevaría el título de reina de Hungría.

Poco antes, Carlos VI había sufrido un revés. Había apoyado al noble polaco Stanislaus Leszczynski, cuya hija estaba casada con el rey Luis XV de Francia, para que fuera coronado rey de Polonia, elección que, a la muerte del rey anterior, realizaba un Concejo de nobles polacos. Pero mientras Francia y el Emperador apoyaban a Stanislaus, otros nobles polacos, junto con Rusia, intentaban asegurar la elección de Augustus, elector de Sajonia, que era hijo del último rey. Ambas partes cuestionaron la validez de la elección, y, en 1733-1734, la disputa causó una guerra que la historia ha recordado como la guerra de la Sucesión polaca, en la que el ejército ruso arrasó Polonia, y el Elector de Sajonia se convirtió en el rey Augusto III de Polonia.

En esas circunstancias, Carlos VI sugirió a Francisco, duque de Lorena, que renunciara a su ducado hereditario independiente para poder concederle Lorena a Stanislaus Leszczynski como premio consuelo. La compensación de Francisco sería su casamiento con la hija del Emperador, y, a su debido tiempo, la posibilidad de convertirse en el próximo sacro emperador romano. Mientras tanto, Francisco pasaría a ser gran duque de Toscana, que era un estado vasallo de los Habsburgo, tan pronto como el anciano gran duque, el último de la casa de los Medici, falleciera sin dejar heredero.

Las cosas no salieron exactamente como habían sido planeadas. En 1735 Francisco renunció al ducado de Lorena y Stanislaus tomó el puesto. En febrero de 1736, Francisco se casó con María Teresa, y se instaló con ella en Viena. Después de unos meses, se fueron a vivir a Florencia y, al año siguiente, cuando murió el anciano gran duque, Francisco se convirtió en gran duque de Toscana, el 5 de julio de 1737. A veces residía en Florencia y a veces en Viena.

Carlos VI murió en octubre de 1740. Federico el Grande, que un mes más tarde se convirtió en rey de Prusia, reclamó de inmediato el ducado de Silesia, que era parte de los territorios de los Habsburgo, mientras los nobles y el pueblo de Hungría apoyaban a María Teresa para el trono. La guerra entre Federico y María Teresa, que duró ocho años, se transformó no sólo en una guerra europea —la guerra de la Sucesión austriaca—, en la que Francia apoyaba a Federico y Gran Bretaña a María Teresa, sino que se extendió a India y América del Norte, donde se enfrentaron los británicos y franceses. Durante la guerra, Federico el Grande convenció a los electores de que desecharan el plan de Carlos VI, y de que nombraran al Elector de Bavaria, que luchaba en el bando de Federico, como sacro emperador romano

Carlos VII, en enero de 1742. Pero la ambición de Francisco se vio frustrada sólo por un tiempo. En 1745, cuando Carlos VII murió, él fue elegido sacro emperador romano Francisco I. Mientras tanto, su mujer lo había designado coregente de Hungría, junto a ella, y de todos los territorios heredados por los Habsburgo. Francisco vivió la mayor parte del tiempo en Florencia, hasta su fallecimiento en 1765.

Había sido gran duque de Toscana dos años cuando la Inquisición de Florencia arrestó al hermano Tommasso Crudeli por haber sido secretario de la ahora disuelta logia de los francmasones. Era la oportunidad para que el gran duque, en su condición de hermano masón hiciera algo para ayudar a un hermano en la adversidad. Pero, al igual que otros francmasones importantes, el gran duque Francisco no se tomaba muy en serio los juramentos masónicos. En cualquier caso, no debía permitir que éstos pusieran en peligro su posibilidad de transformarse en Emperador. Por lo tanto, mientras la Gran Logia de Inglaterra contribuyó con 21 libras para aliviar los sufrimientos de Crudeli, y la opinión pública inglesa se indignó ante los falsos informes de que había sido torturado, el Gran Inquisidor de Florencia, que había interrogado repetidamente a Crudeli, ni hizo ni dijo nada acerca de la condición de francmasón del gran duque; y, a su turno, el gran duque no hizo nada para auxiliar a Crudeli.

El duque de Newcastle, secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, hizo mucho más por Crudeli que el gran duque. Newcastle no era francmasón, pero sabía que él y su primer ministro, *sir* Robert Walpole, ganarían popularidad política en Inglaterra si se veía que él actuaba con vigor para ayudar a una víctima de la Inquisición, perseguido nada más que por pertenecer a la francmasonería, una sociedad a la que pertenecían muchos nobles ingleses. Así pues, pidió al gobierno de Toscana que liberara a Crudeli. El gobierno transmitió la solicitud británica a la Inquisición, que informó cortésmente al duque de Newcastle que no entendían por qué el gobierno británico se interesaba por Crudeli, ya que éste no era un súbdito de Gran Bretaña. Newcastle, igualmente cortés, replicó que si bien era cierto que Crudeli no era súbdito británico, y que el gobierno de su país no tenía ningún derecho de interferir en su caso, él esperaba que el gobierno de Toscana entendiera las ventajas de mantener una relación amistosa con Gran Bretaña, donde la opinión pública se indignaría si se creyera que la Inquisición estaba maltratando a Crudeli. Como la solicitud inglesa fue infructuosa, Newcastle presentó los mismos argumentos al Papa, quien intervino ante la Inquisición de Florencia a favor de Crudeli. En 1741, Crudeli fue liberado después de

haber pasado dos años en prisión, y se marchó de Florencia a su pueblo natal. Algunos años más tarde, se le permitió regresar a Florencia, donde murió después de una pacífica vejez en la que no volvió a relacionarse con los francmasones[100].

Las actividades de los hermanos masones de Francisco I serían motivo de vergüenza para él tanto en Austria como en Toscana. Para la década de 1730, se habían establecido logias de francmasones en Bohemia, y pocos años más tarde en Austria y Hungría[101]. La primera logia francmasónica de Viena se fundó en 1742. Sus miembros decidieron organizar una reunión especial para el 7 de marzo de 1743, en la que estarían presentes algunos distinguidos hermanos extranjeros. Pero alguien se enteró y avisó a la policía, que consideró que eso sonaba peligroso y subversivo: nada menos que una reunión de una sociedad secreta de hombres que admiraban la Inglaterra constitucional y protestante y que habían sido condenados por el Papa.

El jefe de policía convenció a María Teresa de que enviara una tropa de soldados completamente armados a allanar el sitio y arrestar a los malhechores. Sin golpear ni esperar a que les dieran permiso de entrar, derribaron las puertas y entraron con las espadas desenvainadas. Exigieron a los francmasones que depusieran sus armas de inmediato y todos ellos entregaron sus espadas al Gran Maestro, quien se las dio al comandante de los soldados. Éste se mostró asombrado y visiblemente desconcertado cuando descubrió que, de los veinte francmasones que estaban presentes, trece eran nobles austriacos o extranjeros, entre ellos el príncipe alemán de Hesse-Rheinfeld, el conde Starhemberg de Bohemia, lord Hamilton de Inglaterra y un caballero francés, *monsieur* du Vigneau.

Los soldados se apoderaron de la insignia masónica y la llevaron al cuartel de policía. Liberaron al príncipe de Hesse, a lord Hamilton, a Du Vigneau y a todos los príncipes y extranjeros, y ordenaron a Starhemberg y los otros nobles austriacos que permanecieran en sus hogares bajo arresto domiciliario. Los masones de clases inferiores fueron arrestados y llevados a la cárcel de la ciudad, donde estuvieron doce días; pero el 19 de marzo, día del santo del hijo infante de María Teresa (el futuro emperador José II), ella lo celebró otorgando una amnistía y todos los francmasones fueron liberados de los arrestos domiciliarios y de la cárcel. María Teresa impidió que volvieran a reunirse, bajo amenaza de duros castigos. Se cuidaron de cumplir la orden, y la logia jamás volvió a reunirse, ni siquiera para disolverse[102].

Los francmasones creían que eran los jesuitas quienes habían incitado a María Teresa a ordenar el allanamiento de la logia, y es muy probable que así

fuera. Durante toda su vida, ella estuvo sujeta a la influencia de los sectores más reaccionarios de la Iglesia católica y mantuvo una política antiliberal en cuestiones religiosas y civiles. Por otra parte, introdujo nueva legislación discriminatoria contra los judíos, que quedaron excluidos de la mayoría de las profesiones.

John Coustos era suizo de nacimiento[103]; había nacido en 1703, hijo de una familia protestante de Berna, que primero emigró a Francia y después a Inglaterra, donde llegaron cuando John tenía trece años de edad. Adoptó el oficio de cortador de diamantes, se casó con una inglesa, y antes de 1730 fue iniciado como francmasón en una logia inglesa; pero en 1735 se marchó a París, donde vivió cinco años. Se convirtió en maestro de una logia de París e inició al duque de Villeroy como masón.

En 1740 decidió emigrar a Brasil y se dirigió a Portugal con la intención de embarcar en Lisboa; pero le gustó la ciudad y se quedó allí, donde siguió ejerciendo su oficio de cortador de diamantes. Fundó una logia francmasónica en Lisboa; todos los miembros eran extranjeros, la mayoría franceses. Más tarde dijo que no sabía que las logias de francmasones eran ilegales en Portugal; pero es difícil creer que estuviera diciendo la verdad, incluso si se tiene en cuenta que no estaba en Portugal cuando se publicó el decreto, con mucha difusión, después de la bula papal de 1738.

Como cortador de diamantes, le fue lo suficientemente bien como para despertar los celos de *madame* Leruitte, la mujer de un orfebre del mismo distrito de Lisboa, y en octubre de 1742 ella lo denunció ante el «Santo Oficio» (la Inquisición) como francmasón que estaba organizando una logia. La Inquisición no entró en acción de inmediato; pero en 1743 el gobierno portugués lanzó otro ataque contra los francmasones, y se promulgó un nuevo decreto que castigaba la francmasonería con la muerte[104]. Entonces, la Inquisición actuó contra Coustos, que fue arrestado el 5 de marzo de 1743. Se le interrogó extensamente sobre los procedimientos y otros secretos de la logia masónica. Más tarde sostuvo que, al igual que Hiram Abiff, se mantuvo fiel a su juramento masónico y que no les dijo nada a los inquisidores; pero los registros oficiales muestran que, en realidad, les dijo bastante.

Sin embargo, los inquisidores querían más datos y creían que él no les había contado todo lo que sabía; así que decidieron torturarlo. Después de que el cirujano oficial de la Inquisición certificó que tenía la salud suficiente como para soportar los tormentos, la institución obtuvo una orden de sus superiores permitiéndole torturarlo, la que le fue leída. Entonces, el 25 de abril de 1744, a las 10 de la mañana, se le trasladó a la cámara de torturas.

Los registros oficiales de la Inquisición, escritos por el Señor Inquisidor, sus delegados y el dependiente, narran lo que sucedió allí.

> Se le tomó el juramento de los Santos Evangelios, sobre los que colocó la mano, y se le instó a decir la verdad y a mantenerla en secreto, todo lo cual se comprometió a hacer, y de inmediato se le dijo que, por la naturaleza de la cámara en la que se encontraba, y los instrumentos allí presentes, no tardaría en entender cuán arduo y exhaustivo sería su interrogatorio, el que podía evitar si confesaba sincera y fielmente sus pecados, y al declarar él que no tenía nada más que decir fue enviado abajo, y el doctor y cirujano y los otros ministros de la tortura se aproximaron al banco donde se les tomó el juramento de los Sagrados Evangelios, sobre los que colocaron sus manos, y prometieron llevar a cabo sincera y fielmente sus obligaciones, y entonces se ordenó que se ejecutara la tortura prescripta para el acusado, y, una vez que le quitaron las ropas que pudieran impedir la ejecución adecuada de los tormentos, se le ubicó en el potro y comenzaron a atarlo, y en ese momento yo, el notario, le informé que si fallecía durante la operación, o si se quebraba un miembro, o si perdía cualquiera de sus sentidos, la culpa sería de él, y no de los Señores Inquisidores ni de los otros ministros, quienes habían juzgado su caso de acuerdo con sus méritos, y, una vez que estuvo atado para la ocasión, se le aplicó la totalidad de la tortura prescripta, que duró más de un cuarto de hora, todo lo cual tuvo lugar y está testificado por los mencionados Señores Inquisidores y delegados.
>
> Escrito por Alexandre Henrique
> Manoel Varejão e Tavora
> Joachim Jansen Moller
>
> Felipe de Abranches
> Dependiente[105]

Los inquisidores dictaron sentencia el 21 de junio de 1744. Sostuvieron que Coustos, siendo un hereje protestante residiendo en Portugal, había ofendido a todos los buenos católicos portugueses formando una logia de francmasones en la que se proclamaba la herejía de que poseían la mejor

religión porque creían en la tolerancia religiosa. En vista de su tardía retractación, no fue sentenciado a muerte, pero se le ordenó efectuar una retractación pública, tras la cual debería cumplir cinco años de esclavitud en las galeras. También se le exigió que firmara una declaración según la cual no revelaría nada de lo que le sucedió mientras era prisionero de la Inquisición[106].

Entonces intervino en su defensa el embajador británico. A pesar de que en un principio había puesto en duda que Coustos fuese súbdito británico, como insistía el embajador, el gobierno portugués aceptó el reclamo de los británicos. Al mismo tiempo, el abogado portugués de Coustos rogó a la Inquisición que fueran piadosos con él, teniendo en cuenta que se trataba de un extranjero, que no sabía que según las leyes portuguesas la francmasonería era ilegal, y que su familia, que vivía en un país lejano, sufría pobreza debido a su ausencia. El abogado escribió al cardenal Gran Inquisidor que Coustos «confiando en la enorme caridad con que este sagrado y piadoso tribunal actúa, espera que se eleven plegarias a Nuestro Señor por la vida y salud de Su Eminencia y de los otros caballeros» de la Inquisición[107].

Una sentencia de destierro de Portugal sustituyó los cinco años en galeras y Coustos fue liberado. Regresó a Inglaterra y rompió su promesa de no revelar lo que le había sucedido en prisión. Escribió un libro que se publicó en Londres en 1746. En The Unparalleled Sufferings of John Coustos (Los sufrimientos sin igual de John Coustos), describió, con lujo de detalles, cómo había sido torturado por la Inquisición. El libro causó gran sensación en Inglaterra. Aumentó el odio de los británicos contra la Inquisición y los déspotas católicos romanos del extranjero, e incrementó la popularidad de los francmasones en Gran Bretaña[108].

La bula papal significó una gran decepción para Charles Radclyffe; pero, a pesar de todos sus intereses en la francmasonería, él era primero católico y jacobita, y sólo en segundo lugar francmasón. Abandonó Italia y se fue a vivir a París, quizá porque la persecución a los francmasones era menos intensa allí. No pasó mucho tiempo hasta que se involucrara en la segunda rebelión jacobita, la de 1745. Poco después de que el «bonito príncipe Charlie» desembarcara en Escocia y marchara de Edimburgo a Inglaterra, el conde de Derwentwater envió un barco francés con nuevos suministros de armas a los jacobitas. Navegó hacia la costa este, con la intención de desembarcar en Montrose, pero el barco fue capturado por un buque de la armada británica y Derwentwater fue hecho prisionero. Las autoridades no tenían demasiadas dudas de que las armas del barco estaban destinadas a los jacobitas, pero

como podría haber dificultades en probarlo, se le trasladó a Londres y fue ejecutado en Tower Hill en diciembre de 1746 conforme a la vieja Ley de Proscripción, que había sido sancionada en su contra después de que escapara de la Torre treinta años antes.

El gobierno francés trató de auxiliarlo. Sostuvo que se había naturalizado francés después de su larga residencia en ese país, y que por lo tanto no podía ser considerado traidor por llevar armas en un buque francés para los aliados del rey de Francia. El gobierno británico rechazó esa apelación[109].

Algunos de los francmasones jacobitas creían que se podía salvar a Derwentwater, y que algunos de sus hermanos nobles de Inglaterra, que detentaban puestos influyentes tanto en la Gran Logia como en el gobierno británico, ayudarían a un colega masón; pero, por supuesto, ninguno de ellos tenía intención de hacerlo. ¿Acaso el hijo de Jorge II, el duque de Cumberland, que había dirigido el ejército que derrotó la rebelión, no era él mismo francmasón, al igual que Derwentwater? Cumberland se había ganado el mote de «El carnicero Cumberland» porque había ordenado la masacre total de los prisioneros jacobitas después de su victoria en Culloden. No se habría abstenido de matarlos si alguien le hubiera dicho que había francmasones entre ellos.

A Derwentwater, por ser noble, se le otorgó el privilegio de morir decapitado y no colgado, cortado y descuartizado. El gobierno británico consideraba que se trataba de un acto de gran generosidad de su parte, ya que, según la ley inglesa, él ya no era un noble, porque su título de conde de Derwentwater había sido revocado por la Ley de Proscripción de 1716. Pero, en cualquier caso, en esa época la sentencia de colgar, cortar y descuartizar se conmutaba automáticamente por la de morir bajo el hacha o simplemente ahorcado. En Inglaterra no se colgó, cortó y descuartizó a nadie después de los sacerdotes papistas que participaron en el denominado «complot papal», en 1679-1681.

Una vez en el cadalso, Derwentwater, en las últimas palabras que un condenado a muerte siempre tenía derecho a pronunciar, declaró su devoción inquebrantable a la fe católica y la causa jacobita. Murió, como era de esperarse, con gran serenidad y valentía[110].

VI



Alemania y Francia

La francmasonería floreció en Alemania y despertó el interés de Federico, príncipe coronado de Prusia, quien más tarde se convertiría en el rey Federico II de Prusia, conocido históricamente como Federico el Grande. Su padre, el rey Federico Guillermo, era hijo del primer rey de Prusia, quien había convertido el ducado electoral de Brandeburgo en un reino. El rey Federico Guillermo era un hombre extraño, de carácter violento, y casi con certeza mentalmente desequilibrado. Tenía gran interés en coleccionar gigantes; formó un regimiento dentro de su ejército compuesto por hombres de entre dos metros diez y dos metros ochenta de altura que reclutó en todos los países de Europa. Su meta era organizar un ejército fuerte que transformara a Prusia en una de las naciones militarmente más poderosas de Europa; pero sabía que eso llevaría tiempo y que tendría que dejar en manos de su hijo Federico la tarea de hacer uso de la maquinaria bélica que con tanta paciencia estaba construyendo.

Pero su hijo no le procuró más que decepciones. El rey pensaba que era un intelectual afeminado y decadente, no un varonil soldado prusiano. El príncipe coronado prefería hablar francés en vez de alemán, disfrutaba de la lectura de libros franceses, obras francesas y ensayos franceses sobre filosofía y política liberal. Le gustaba tocar la flauta y quedarse sentado en su cuarto ataviado con un camisón de seda en vez de andar a caballo, cazar u observar maniobras del ejército vestido con uniforme militar. Lo peor de todo era que mantenía una intensa amistad con algunos jóvenes oficiales del ejército, en especial con el teniente Katte. El padre estaba convencido de que era homosexual y de que estaba manteniendo un romance con Katte.

El rey se volvió cada vez más impaciente con su hijo. Una mañana, muy temprano, irrumpió en el dormitorio del príncipe coronado, desgarró su camisón de seda, y arrojó la flauta y los libros en francés al fuego. Después de ese episodio, el príncipe Federico y Katte decidieron huir. Planeaban escapar juntos cuando fueran enviados a unirse con el rey en las maniobras del ejército cerca de la frontera prusiana. Pero alguien los delató ante Federico Guillermo. El príncipe y Katte fueron arrestados, juzgados y condenados a muerte por una corte marcial por intentar desertar del ejército. En el caso del príncipe, la sentencia se conmutó por la de cadena perpetua en una fortaleza; en cuanto a Katte, el rey estaba dispuesto a ejecutar la sentencia.

El teniente fue decapitado en el patio que estaba justo debajo de la ventana de la sala de la prisión en la que estaba encerrado el príncipe. Siguiendo órdenes del rey, los guardias arrastraron a Federico a la ventana y lo mantuvieron allí por la fuerza, obligándolo a mirar la ejecución de su amigo. Lo saludó con la mano y gritó: «Perdóname, Katte». «No hay nada que perdonar, príncipe» replicó Katte. Cuando el hacha cayó, y la cabeza seccionada de Katte fue levantada para que Federico la viera, el príncipe coronado se desmayó.

Pero Federico Guillermo no tenía ningún otro hijo, ni pariente cercano a quien dejarle el reino; por lo tanto, después de unas pocas semanas, liberó a Federico de prisión y más tarde le devolvió su puesto de príncipe coronado en la corte. Federico decidió no arriesgarse a volver a despertar la ira de su padre; ocultó sus sentimientos hacia él, mientras esperaba que muriera. Fingió haber perdido todo interés en la cultura francesa y en la música; pero no estaba fingiendo cuando demostró gran interés en los proyectos militares de su padre y buena disposición para usar el ejército con el objetivo de extender la grandeza de Prusia cuando llegara al trono. El rey creyó que su hijo había aprendido la lección y que se había reformado.

En el verano de 1738, Federico Guillermo y el príncipe coronado viajaron a Holanda y se encontraron con el conde Van der Lippe-Bückenburg y otros invitados en una cena en La Haya. La conversación derivó hacia el tema de la francmasonería. Federico Guillermo la atacaba con ferocidad, mientras el conde Lippe intentaba defenderla. El príncipe Federico también dijo unas pocas palabras en apoyo de los francmasones, pero desistió rápidamente cuando advirtió que su actitud irritaba a su padre. Mas poco después se acercó en privado a Lippe y le dijo, en el más estricto secreto, que le gustaría ser iniciado como francmasón si eso podía hacerse sin el conocimiento del rey Federico Guillermo. Lippe sugirió que la iniciación debería tener lugar en

Brunswick, durante el viaje de regreso del rey y del príncipe hacia Berlín. El doctor Bielfeld, famoso francmasón, iría con ellos y tomaría parte en la iniciación y portaría los mantos y ornamentos masónicos que necesitarían para la ceremonia.

Cuando alcanzaron la frontera entre Holanda y Brunswick, los funcionarios de la aduana les pidieron que abrieran el equipaje. Era una situación muy embarazosa, ya que si los funcionarios veían los elementos masónicos sería difícil impedir que el rey se enterara y descubriera lo que estaba sucediendo. Lippe adoptó una actitud altanera. Le dio un ducado al funcionario y le preguntó si se daba cuenta de que estaba tratando con personajes de alto rango que jamás estafarían a la aduana de Brunswick pero que naturalmente se ofenderían si se dudaba de su palabra y se les requiriera que abrieran el equipaje. El funcionario los dejó pasar sin más.

Decidieron realizar la reunión de la logia en la que tendría lugar la iniciación en el hotel Kron de Brunswick, la noche del 14 al 15 de agosto de 1738. Encontraron una habitación que les pareció adecuada; pero sólo la separaba un delgado tabique de madera de la de al lado, que era el dormitorio de un noble de Hanover. Los francmasones temían que el noble oyera lo que estaba sucediendo en el cuarto contiguo y lo contara, lo que llegaría a oídos del rey Federico Guillermo. Pero alguien les dijo que el noble de Hanover acostumbraba beber copiosamente y emborracharse con bastante facilidad. Varios francmasones lo visitaron en su cuarto, uno detrás del otro. Él les ofrecía una copa de vino a cada uno y él mismo bebía junto a ellos. Pronto quedó completamente ebrio. Cayó profundamente dormido, no despertó durante varias horas y jamás se enteró de lo que sucedió en la habitación contigua.

El príncipe coronado fue admitido por Bielfeld mediante la ceremonia habitual de iniciación; Federico insistió en que no se saltara ninguna parte por deferencia a él. Lo acompañaba su amigo, el capitán Wartensleben, quien también deseaba unirse, y que fue iniciado al mismo tiempo que el príncipe[111].

El rey Federico Guillermo jamás supo que su hijo se había convertido en francmasón. Dos años más tarde falleció. Entonces, un francmasón de fuertes instintos homosexuales, que amaba la cultura francesa y la filosofía especulativa, con ideas liberales y progresistas en materia de religión y política, y que también era uno de los grandes comandantes militares de su época, se convirtió en rey de Prusia.

En Francia, la reacción a la bula papal fue complicada. Luis XV, al igual que su bisabuelo Luis XIV, se enorgullecía de ser «el más cristiano de los reyes»; pero en Francia la tiránica y perseguidora Iglesia católica era una Iglesia gala, que sostenía tener autoridad nacional independiente, y el rey no le permitía que estuviera demasiado subordinada al Papa. Los reyes de Francia habían establecido con firmeza, y habían forzado al Papa a aceptarlo, que ninguna bula papal tendría vigor en Francia hasta que el rey lo consintiera.

La posición de la nobleza francesa se había modificado mucho durante los cien años anteriores. En el siglo XVI las grandes casas nobles de Guise y Borbón, cuyo poder estaba centrado en el este y en el sudoeste de Francia, habían desgarrado la unidad del reino a través de treinta años de guerra civil. Y las luchas entre los nobles habían vuelto a comenzar en los días de la Fronda, cuando Luis XIV era todavía un niño. Pero una vez que alcanzó la mayoría de edad y estableció su autoridad real, destruyó el poder político de los nobles haciéndolos renunciar a él mediante sobornos. Los alentó a ir a la corte de Versalles, para asumir prebendas y puestos oficiales honoríficos y bien pagados: trinchar la cena del rey, o asistirlo en su petit levé cuando se vestía por las mañanas, alcanzándole la camisa, el abrigo y la peluca. Esperaba que, cuando los nobles no estuvieran ocupados en la corte con estas obligaciones, permanecieran en sus grandes mansiones de París. Deseaba impedir en la mayor medida posible que vivieran en sus tierras, donde podían enrolar a sus arrendatarios y formar ejércitos privados, y comenzar una nueva guerra civil.

El rey gobernaba Francia a través de funcionarios civiles de clase media que eran, en su mayoría, abogados. Los parlements provinciales tenían poderes limitados, muchos de los cuales eran judiciales más que legislativos; pero el rey podía vetar todos sus decretos. El gobierno estaba administrado por los intendants, que detentaban autoridad absoluta en sus distritos y sólo estaban sujetos a las directivas de sus superiores, los surintendants, quienes a su vez respondían sólo al Concejo del rey, que éste presidía en persona, y cuyas sugerencias podía aceptar o rechazar.

Los nobles tenían el privilegio de poseer sus tribunales señoriales en los que ejercitaban una jurisdicción civil y penal sobre sus arrendatarios; pero los jueces que presidían esas cortes eran los mismos abogados de clase media de las cortes del rey, las que, mediante una apelación, podían revocar las decisiones de las cortes señoriales. Los nobles también tenían el privilegio de que se les permitiera pedir al rey que encarcelara a cualquiera que no les

cayera bien por el tiempo que quisieran en la Bastilla o alguna otra prisión, aunque era decisión del rey aceptar o denegar esa solicitud. Por lo general la aceptaba sólo cuando un noble le pedía que encarcelara durante un corto tiempo a su hijo, para evitar que se fugara con una joven que el noble no aprobaba.

Con mucho, el mayor privilegio de la nobleza consistía en la exención de la obligación de pagar impuestos. Eso los transformaba en la clase más rica de Francia. El rey consideraba que valía la pena pagar ese precio si así se impedía que desencadenaran una guerra civil.

La actitud de la nobleza se estaba modificando. Si bien disfrutaban de sus privilegios, sentían culpa al respecto, y estaban empezando a considerar a las clases inferiores de una manera más compasiva. En 1699, Charles Perrault publicó un libro de cuentos sobre hombres y mujeres que se encontraban con hadas buenas y malas. Puso de título Cenicienta a uno de esos relatos. Narraba la historia de una joven que trabajaba en la cocina, entre las cenizas, obligada por sus feas y groseras hermanas. Un hada madrina amable consigue hacerla ir a un baile en el palacio del rey, donde su hijo, el príncipe, se enamora de ella a primera vista. Al partir del baile, ella pierde una de sus sandalias[112]. El príncipe la encuentra, y recorre todo el reino hasta que descubre a Cenicienta entre las cenizas de la cocina, comprueba que el zapato sólo entra en el pie de ella y le propone casamiento de rodillas en la cocina. Y viven felices y comen perdices.

De hecho, la Cenicienta no es una joven de la clase trabajadora; es la hija maltratada de una familia de clase media. Pero este detalle parece haber sido completamente pasado por alto por los lectores de Perrault. La historia fue interpretada como la revelación de que una niña buena y amable de la clase social más baja podía ganar el amor de un apuesto príncipe a través de sus virtudes y que ese amor podía superar los prejuicios de clase. Cien años antes la aristocracia hubiera considerado ridículo el relato, y quizá subversivo; pero a los nobles franceses de 1699 Cenicienta les resultó una narración muy conmovedora y de inmediato se convirtió en uno de los cuentos más populares de todos los tiempos.

Los nobles de Francia también leían libros más serios: los escritos de Montesquieu, que expresaban las ventajas de la Constitución inglesa en comparación con la monarquía absoluta francesa, las obras satíricas de Voltaire, y más tarde las de Rousseau, y la obra de los enciclopedistas, que publicaron la primera Enciclopedia en la década de 1760. Es natural que muchos de ellos solicitaran convertirse en francmasones; pero la actitud

oficial al respecto era de confusión e incertidumbre. El rey y su gobierno no objetaban que los miembros de la nobleza asistieran a reuniones de logias masónicas y debatieran sobre filosofía; hasta podría considerarse algo positivo, si los apartaba de hacer maldades y complotar contra la monarquía. Pero si los intelectuales de clase media —abogados, periodistas, maestros de escuela y profesores universitarios— y los sastres y otros artesanos formaban sociedades secretas que llevaban a cabo reuniones secretas y se aliaban entre sí mediante juramentos secretos, eso podría constituir una seria amenaza para el gobierno y el régimen, en especial si los francmasones seguían las enseñanzas de la Inglaterra constitucional y protestante. En cualquier caso, el rey Luis XV estaba seguro de una cosa: hiciera lo que hiciese respecto de los francmasones, sería lo que él y su gobierno querían hacer, no lo que el Papa ordenase.

En 1737, un año antes de la bula de Clemente XII contra los francmasones, Luis XV anunció que los nobles que se afiliaran a una logia masónica no serían recibidos en la corte. Pero dos años más tarde, justo después de que el Papa hubiera emitido la bula y la francmasonería hubiera sido prohibida en Toscana, Austria, España y Portugal, el joven duque de Antin, que se sentía muy atraído por la francmasonería, persuadió a Luis XV de que le permitiera asumir el título de Gran Maestro de la Grande Loge Anglaise, como se conocía la Gran Logia de Francia. Hubo varios nobles más que se incorporaron a los francmasones. Incluso se rumoreaba en la alta sociedad que el mismo Luis XV deseaba afiliarse, aunque en realidad el rumor era falso. A diferencia de los francmasones ingleses y sus imitadores de otros países de Europa, muchas logias francesas aceptaban mujeres; y algunas de las más hermosas y codiciadas damas de la alta sociedad de Francia fueron admitidas como francmaçonnes.

El jefe de la policía de París estaba mucho más preocupado por la situación que el rey y sus ministros; y la Iglesia no estaba contenta con el hecho de que en Francia no se le prestara atención a la bula papal. En 1744, la policía realizó un allanamiento en una logia masónica parisina durante una reunión y detuvo a los francmasones presentes. Muchos de ellos eran nobles, por lo que fueron liberados de inmediato con las disculpas del caso. Los hermanos de clase media y baja fueron trasladados a la prisión, pero se les liberó poco después, quizá por la intervención de algunos de los hermanos nobles ante la policía y las autoridades. La policía salvó su reputación levantando cargos contra el dueño de las instalaciones donde se había llevado a cabo la reunión, quien fue sentenciado a pagar una multa. No se realizaron

otros procedimientos contra los francmasones[113]. Eso irritó a la Iglesia, pero no podía hacer nada al respecto. En 1745, los doctores de la Sorbona emitieron una declaración contra los francmasones, pero no lograron nada con ello[114].

No serían los francmasones quienes constituirían la mayor amenaza a la autoridad de la Iglesia y a la monarquía absolutista de Francia. François Marie Arouet de Voltaire no era francmasón; era demasiado individualista como para incorporarse a una sociedad. A temprana edad se metió en problemas cuando se arriesgó a escribir un artículo en un periódico en el que se burlaba de un noble. Sus lacayos molieron a palos a Voltaire en la calle, y él obtuvo del rey una lettre de cachet que envió a Voltaire a la cárcel de la Bastilla durante un breve período. Cuando fue liberado se marchó a Inglaterra y, al igual que otros intelectuales franceses, prefirió la aristocracia inglesa, con sus vicios, a la tiranía del Estado y la Iglesia de Francia. Creía en la libertad de palabra sobre todas las cosas, y suya es la famosa frase: «No estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero estoy dispuesto a morir por defender su derecho a decirlo[115]».

El ingenio algo irreverente y cínico de Voltaire no lo hacía un cruzado por naturaleza, pero un episodio que tuvo lugar cuando ya contaba sesenta y ocho años de edad lo hizo cambiar de actitud. En 1761, vivía en Toulouse una familia protestante de nombre Calas. Desde la revocación del Edicto de Nantes, se les prohibía llevar a cabo o asistir a ningún servicio religioso protestante; pero nadie podía evitar que realizaran liturgias protestantes en la privacidad de sus hogares. Bajo la atmósfera más tolerante de mediados del siglo XVIII, las medidas persecutorias de la época de Luis XIV habían caído en desuso, para desilusión de los católicos más intolerantes.

La familia Calas estaba formada por un padre, una madre y dos hijos adolescentes. Pero una criada católica que trabajaba en la casa se había encariñado con el hijo más joven y lo convenció de convertirse al catolicismo romano. Él continuó viviendo en su hogar con sus padres, aunque el hijo mayor se había marchado a buscar trabajo en otra región de Francia. Un día, cuando el hijo menor contaba dieciséis años de edad, fue encontrado muerto, ahorcado, en su habitación. Quizás el padre se había mostrado poco amable respecto de su conversión; quizás el conflicto de lealtades entre su familia y su nueva fe era una experiencia demasiado difícil de soportar y, al igual que otros adolescentes infelices de otros siglos, había elegido la salida fácil. La población católica de Toulouse tenía otra explicación. Los padres y el hermano lo habían asesinado porque se había vuelto católico. Se produjeron

airadas manifestaciones frente a la casa de los Calas, y *monsieur* y *madame* Calas fueron puestos bajo custodia.

La Iglesia católica avivó las llamas de la ira popular. Los sacerdotes locales declaraban desde los púlpitos que el muchacho había sido asesinado por los protestantes. Fue enterrado solemnemente como un mártir de la fe católica. *Monsieur* Calas fue juzgado por homicidio y *madame* Calas como cómplice. Cuando Calas negó con vehemencia su culpa, el fiscal exigió que fuera interrogado bajo tortura. Él apeló la sentencia de tortura ante el Parlement de la provincia de Toulouse; pero cuando los sacerdotes y el obispo denostaron a los asesinos protestantes con más fuerza que nunca, el Parlement desechó la apelación. Calas y su familia escribieron a París, al Concejo del rey, pero éste no quiso intervenir.

Calas fue torturado en el potro, pero seguía negándose a confesar. Entonces la corte dictó sentencia: era culpable de homicidio y herejía, y fue condenado a ser quebrado en la rueda, a que le rompieran todos los huesos a golpes de martillo y a que luego lo dejaran agonizando todo el tiempo que Dios quisiera. Luego habría que quemar el cadáver. Otra vez, Calas apeló la condena y la sentencia ante el Parlement de Toulouse y otra vez solicitó al gobierno parisino que interviniese. Nadie se animaba a desafiar el clamor popular y el 9 de marzo de 1762 se llevó a cabo la sentencia, sin contemplaciones. El único consuelo de Calas fue que la corte declaró a su mujer inocente del cargo de cómplice del asesinato. El hijo mayor fue encontrado culpable de complicidad, aunque no estaba en el hogar en el momento de la muerte; pero, en su caso, la sentencia fue el destierro de Francia.

Madame Calas no dejó así las cosas. Sabía que se había condenado a un hombre inocente a sufrir una muerte dolorosa y estaba decidida a luchar para que lo exoneraran póstumamente. Se acercó a todos los amigos que, supuso, podrían tener alguna influencia y estarían dispuestos a ayudarla, pero sus esfuerzos fueron en vano. Hasta que alguien le sugirió que escribiera a Voltaire. Éste analizó el caso, y cuanto más estudiaba las pruebas, más convencido estaba de que se había producido un grosero error de la justicia. Escribió al Concejo del rey en París; visitó a todos los cortesanos y aristócratas que le habían dicho que admiraban sus libros. Tardó cinco años en convencerlos, pero en 1767 el Concejo del rey, en su función de Corte Suprema de Apelaciones, proclamó que Calas era inocente y que había sido condenado injustamente. Era una reivindicación completa, pero había llegado demasiado tarde.

Voltaire, como otros intelectuales del período, había creído que los peores días de las persecuciones religiosas habían quedado atrás y que los crueles castigos de los siglos XVI y XVII ya no se aplicaban en la práctica; pero ahora estaba claro que el mal sólo había estado latente, que seguía presente y estaba listo para levantar la cabeza en cualquier momento. Ya había pasado el momento de escribir libros y había llegado la hora de una cruzada. Fue en ese entonces que lanzó su famoso lema «Ecrasez l’infâme», aplastad lo infame. Voltaire siempre negó que con «l’infâme» se estuviera refiriendo al cristianismo, la religión católica o incluso la Iglesia católica; él se refería a «la ortodoxia persecutoria y privilegiada[116]». Pero todos sabían cuál era «la ortodoxia persecutoria y privilegiada» que dominaba Europa en la década de 1760. Lo «infâme» que había que aplastar era la Iglesia católica.

VII



La Gran Logia inglesa: «¡Wilkes y libertad!»

En 1750, los hombres que habían fundado la Gran Logia ya estaban muertos. Anderson falleció en 1739 y Desaguliers en 1743. A sus funerales concurrieron el Gran Maestro y gran cantidad de sus hermanos masónicos y la prensa realizó una completa cobertura de ambos y también publicó extensos obituarios[117]. Los últimos días del primer Gran Maestro, Anthony Sayer, no fueron tan felices. Había quedado empequeñecido por la sucesión de hermanos nobles que lo precedieron como Grandes Maestros a partir de 1720, y terminó sus días con el cargo relativamente humilde de Retejador[118], de pie haciendo guardia ante la puerta de su logia local. En varias ocasiones, solicitó una pensión a la Gran Logia, pero tuvo que reiterar el pedido muchas veces antes de que le otorgaran 15 libras (unas 450 libras según los valores actuales, algo menos de 800 dólares) en abril de 1730.

Cuatro meses más tarde, fue convocado a comparecer ante la Gran Logia bajo los cargos de haber cometido graves irregularidades «a pesar de los grandes favores que últimamente había recibido por orden de la Gran Logia[119]». Aparentemente, su crimen había consistido en haber fundado una logia en secreto y sin la autorización de la Gran Logia. El 15 de diciembre de 1730 fue interrogado por los miembros de la Gran Logia, incluyendo a Desaguliers. Algunos de ellos consideraron que era culpable de actividades clandestinas; pero como la mayoría concluyó que su conducta había sido meramente irregular, se limitaron a advertirle que «no hiciera nada tan irregular en el futuro[120]».

Pasaron once años hasta que Sayer se arriesgó a solicitar dinero a la Gran Logia, y en esa ocasión se le otorgaron dos guineas más de la Caridad General. Pero a él le iba razonablemente bien como librero en Covent Garden[121], y en 1742, cuando murió, los francmasones le dispensaron, al menos, un buen funeral. La carroza avanzó seguida «de un gran número de caballeros de esa Honorable Sociedad de la más alta alcurnia», desde la Shakespeare Head Tavern a la iglesia de Covent Garden[122].

Había una nueva generación de masones dispuesta a hacerse cargo. Tampoco había escasez de filósofos y eruditos masones ni de miembros de la aristocracia preparados para ocupar el cargo de Gran Maestro. Año tras año, un hermano noble era sucedido por otro. Entre los estudiosos de filosofía, William Preston y Thomas Dunckerley tuvieron un papel importante. Dunckerley había nacido en 1724[123]. Su madre era esposa de un sirviente del personal del duque de Devonshire en la residencia londinense del duque, ubicada en Somerset House, en el área del Strand. Dunckerley era un joven inteligente y emprendedor, y se incorporó a la Armada Real como artillero. Hizo carrera allí, y se convirtió en un respetado suboficial. Se hizo francmasón y formó logias navales en varios barcos en los que sirvió, así como en Canadá, donde permaneció varios meses. Llegó a ser un líder prominente de la francmasonería.

En ocasiones, a lo largo de su carrera naval, personas importantes intervinieron y usaron sus influencias en favor de él; pero sólo cuando tuvo treinta y seis años de edad su madre, antes de morir, le contó su gran secreto. El padre del joven era el príncipe de Gales, quien luego se convirtiera en el rey Jorge II. El príncipe la había visto y se había enamorado de ella en una ocasión en que estaba de visita en la residencia del duque de Devonshire. Después, había ido repetidas veces a Somerset House, y había pasado la noche con ella en quince ocasiones. Jorge II murió en octubre de 1760, pocos meses después de la muerte de la mujer que había sido su amante. Cuando Dunckerley abandonó la Armada, Jorge III le otorgó una pensión y varios miembros de la familia real lo ayudaron económicamente.

Dunckerley escribió libros sobre la francmasonería, y ayudó a extender su desarrollo, utilizando sus contactos con la familia real y la aristocracia para asegurar que se mantuviera su patronazgo. Usó sus influencias para mejorar el tono moral de las logias y para contrarrestar la mala reputación de los masones, a quienes se solía acusar de entregarse a la gula y a orgías alcohólicas.

Dunckerley introdujo una ordenanza que prohibía fumar en las logias[124]. En 1717, la aristocracia fumaba tabaco en largas pipas de barro, y fumar en pipa era una característica habitual en los banquetes de las logias de los francmasones. Pero en la década de 1770, George Brummell —el Bello Brummell—, amigo del príncipe de Gales, se convirtió en el árbitro de la moda de la alta sociedad de Londres, Tunbridge Wells y Bath. Brummell pensaba que fumar era vulgar y consiguió transformarlo en una práctica inaceptable en la sociedad durante ochenta años. El hábito de fumar desapareció también de las logias de los francmasones. Durante la guerra de Crimea, los oficiales británicos adquirieron de sus aliados franceses el hábito de fumar cigarros, y en 1860, éstos ya se habían hecho populares entre muchos miembros de la aristocracia, y en especial a través de Eduardo, príncipe de Gales y futuro Eduardo VII. De inmediato, el hábito se introdujo en las logias francmasónicas. Tanto en éste como en otros aspectos, si la realeza y la aristocracia marcaban el camino, los francmasones lo seguían.

En el siglo XVIII, la francmasonería se tornó complicada. Alrededor de 1750 se había desarrollado un nuevo rito, la Bóveda Real. Su origen es oscuro. Algunos creen que fue inventado por el chevalier Ramsay. Andrew Ramsay[125] había nacido en 1686 en Ayr; su padre era un panadero escocés. De joven sirvió en el ejército de Marlborough en Flandes durante la guerra de la Sucesión española, y después de abandonar el ejército permaneció en los Países Bajos, donde cultivó la amistad del famoso escritor francés François de Salignac de La Mothe Fénelon, arzobispo de Cambrai, quien lo convirtió al catolicismo romano. Ramsay tenía contactos con muchos jacobitas católicos ingleses de Italia, y una vez fue tutor en Roma de los hijos infantes del Viejo Pretendiente; pero no era un agente jacobita activo, y declaró su lealtad a la Casa de Hanover. En 1716 se instaló en París, pero a veces iba de visita a Inglaterra y, durante uno de esos viajes, en 1730, se inició como masón en Westminster.

En París pasó a ser conocido como chevalier de Ramsay. El duque de Orleans le había otorgado el título de chevalier de la Orden de San Lázaro. Fue designado Orador ante la Gran Logia francesa, y en 1737 escribió el discurso que debía decir como Orador; y aunque, en realidad, no fue él el encargado de pronunciar el discurso, éste se imprimió y leyó ampliamente en París durante la década de 1740. Allí, sostenía que los francmasones eran descendientes de los Caballeros Templarios del reino medieval de Outremer.

Aunque el nombre de Ramsay ha estado muy conectado con la Bóveda Real, algunos historiadores masones creen que este rito se originó en Irlanda,

en tanto que otros piensan que comenzó en Francia[126].

En la ceremonia de admisión a la Bóveda Real, se le revela al iniciado el nombre de Dios, el Gran Arquitecto del Universo. Se trata de uno de los secretos más celosamente guardados de los francmasones. En los últimos años, han publicado una gran parte de los secretos que han mantenido durante siglos, pero no el del nombre de Dios, que se revela a los miembros de la Bóveda Real. Algunos renegados de la francmasonería sí lo publicaron, y hoy en día está bastante aceptada la idea de que el nombre es Jahbulon, en el que «Jah» representa a Jehová, «Bul» a Baal y «On» a Osiris.

Los antimasones se han entretenido bastante con el culto que los masones rendían a Jahbulon. El dios egipcio, Osiris, puede ser aceptable, pero la veneración a Baal los enfurece. Se pide a los obispos de la Iglesia de Inglaterra que se han hecho francmasones que expliquen cómo pueden conciliar sus creencias cristianas con la adoración a Baal, quien en la Biblia es considerado el mal absoluto; y los obispos se sienten muy avergonzados por la pregunta.

En el Antiguo Testamento las referencias a Baal son vagas y confusas. El autor del Libro de los Números tiene gran dificultad en encontrar palabras que expresen la maldad de los madianitas que idolatran a Baal. Mientras que otros actos malvados de algunos israelitas equivocados, como los adoradores del Becerro de Oro, están descritos completamente, cuando se reprueba el pecado inigualado de los madianitas, su culto a Baal, se evitan todos los detalles, ya que habían desobedecido el Primer Mandamiento, el más importante de todos: «Yo soy el Señor tu Dios… Tú no tendrás dioses ajenos delante de mí… Porque Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso». Ése era el pecado imperdonable de los madianitas. Adoraban a Baal, no a Jehová.

En consecuencia, Moisés decidió exterminar a los madianitas. Les dijo a los judíos que los mataran a todos, incluyendo a las mujeres y los niños. Pero los israelitas sufrían de ese fallo que en el siglo XX Himmler y Mussolini llamaron «humanitarismo sentimental». Mataron a todos los hombres, pero perdonaron la vida de mujeres y niños. Moisés estaba muy enojado. «Y Moisés fue llevado frente a los oficiales del grupo. Y Moisés les dijo: “¿Habéis dejado vivas a todas las mujeres? […] Entonces, ahora matad a todos los niños varones, y matad a toda mujer que haya conocido hombre por yacer junto a él. Pero a todas las niñas que no hayan conocido hombre por yacer junto a él, mantenedlas vivas para vosotros”». Esa vez, los israelitas obedecieron la orden[127].

Al incluir a Baal en el nombre compuesto de Dios, los miembros de la Bóveda Real se estaban identificando con las víctimas del salvajismo de Moisés. Estaban realizando una protesta contra la violencia judeocristiana y la persecución religiosa que habían sido las responsables de tanto sufrimiento durante los últimos tres mil años. Nadie sabe quién ideó el nombre «Jahbulon»; pero es improbable que haya sido Ramsay, debido a su simpatía por el catolicismo romano y por los Caballeros Templarios cristianos de Outremer.

Se desarrollaron además una gran cantidad de nuevos grados. En un principio, había tres grados masónicos. Un iniciado era admitido como masón aprendiz, luego ascendía a aprendiz ingresado (o compañero) y en la tercera ceremonia pasaba a ser maestro masón. En esta época, se agregaron cargos hasta que llegaron a ser treinta y tres los grados que podía alcanzar un masón, aunque únicamente los tres primeros estaban bajo el control de la Gran Logia, y el Gran Maestro mismo podía haber llegado sólo al tercer grado.

Durante el siglo XVIII se desarrollaron otros ritos masónicos en distintos lugares del mundo, de los cuales el más importante es el llamado Rito Escocés. En realidad, jamás había existido en Escocia, sino que se había originado en Francia, y se lo conocía como el Rite Ecossais —el Rito Escocés— porque se pensaba que había sido el chevalier Ramsay, escocés, quien lo había creado. Si se suman todos los grados de los distintos ritos, existen hasta mil cuatrocientos grados, con sus propios procedimientos y diferencias[128]. Algunos, como los Caballeros Templarios, son específicamente cristianos, y sus rituales contienen referencias expresas a Cristo; otros grados utilizan el concepto deísta del Gran Arquitecto del Universo. La Logia de Israel es una versión judía de la masonería. Los hermanos, con sus distintos rituales y prelaciones, tienen una cosa en común: son todos francmasones. Todos deben creer en alguna clase de Dios, un Gran Arquitecto del Universo; y en todas las reuniones de las logias el Libro de la Ley Sagrada debe estar abierto durante la totalidad de los procedimientos. En Inglaterra, el Libro de la Ley Sagrada es la Biblia; pero puede ser el Nuevo Testamento católico romano, el Antiguo Testamento judío, el Corán musulmán o el libro sagrado de cualquier religión.

La francmasonería se desarrolló en Escocia e Irlanda a través de los mismos parámetros que en Inglaterra, con una Gran Logia escocesa y otra irlandesa, y Grandes Maestros que eran miembros de alta alcurnia de la aristocracia. Según la leyenda, una de las primeras logias masónicas de Irlanda se organizó en la casa del vizconde Doneraile, en las cercanías de

Cork, en 1710. Durante una reunión de la logia en esa casa, Elizabeth St. Leger, la hija de diecisiete años de lord Doneraile, entró en la sala; y los miembros de la logia decidieron que, como ella había presenciado los procedimientos y había descubierto muchos de sus secretos, convenía que fuera iniciada como miembro de la logia, y así se convirtió en la única mujer francmasona. Después de su casamiento con Richard Aldworth, pasó a ser conocida entre los francmasones como «nuestra hermana Aldworth» y continuó protegiéndolos y ayudándolos hasta que murió, a la edad de ochenta años[129].

Existen varias historias similares de mujeres que fueron admitidas por accidente en una logia francmasónica y que se convirtieron así en «la única mujer de la masonería». La señorita Havard, en Hereford, en 1770; Isabella Scoon en Newstead, cerca de Melrose, Escocia, en el siglo XVIII, y la señora Bell, dueña de la hostería Crown de Newgate, Londres, quien el día de año nuevo de 1770 entró por la fuerza en un cuarto de su hostería en el que se estaba realizando una reunión de una logia militar. A principios del siglo XIX, Mary Sproule, de Sussex, New Brunswick, Canadá, oyó accidentalmente los rituales de una reunión de una logia de francmasones estadounidenses que habían apoyado a Jorge III durante la guerra de Independencia y se habían trasladado a Canadá al finalizar la contienda. Cuando se dieron cuenta de lo que había hecho, le gritaron: «¡Usted estaba escuchando la ceremonia de iniciación!». «Yo no estaba escuchando —respondió ella—, pero ustedes hablaban demasiado fuerte». Decidieron admitirla en la logia, y se transformó en la única mujer masona de Canadá.

En 1861, en la hostería de Chatham Pier, durante una reunión de una logia, una mujer se ocultó en un armario. En 1907, Catherine Sweet, de Brading Green, Virginia, observó en secreto todas las reuniones durante un año, hasta que por fin la descubrieron. Los masones la encerraron en su cuarto un mes entero mientras discutían qué hacer. Finalmente decidieron hacerla masona, para que, en caso de que violara el juramento de iniciación y revelara sus secretos, pudieran aplicarle todos los terribles castigos que se mencionaban en la ceremonia de iniciación.

Es probable que todas estas historias, casi idénticas, sean apócrifas. Pero la historia de la condesa Hadig Barkoczy es verdadera. En 1875 se unió a una logia de Hungría bastante abiertamente y los hermanos la aceptaron; pero cuando el Gran Oriente de Hungría, el organismo de control del país, se enteró, la expulsaron de la logia y de la institución, y suspendieron a todos los hermanos de esa logia por tres meses, como castigo por haberla admitido. En

todos estos relatos, se destaca el hecho de que la mujer que, inadecuadamente, lograba ser admitida en una logia, pasaba a ser la única mujer masona del mundo; pero, en cualquier caso, eso es falso, porque en Francia las logias masónicas admitieron muchas mujeres desde mediados del siglo XVIII[130].

Entre la serie de hermanos nobles que fueron Grandes Maestros de la Gran Logia de Irlanda estaba Garret Wesley —más tarde, su familia cambió la escritura del apellido por Wellesley—, segundo barón y primer conde de Mornington, quien fue Gran Maestro en 1776. Su hijo mayor, Richard Colley Wesley, el segundo conde, quien más tarde se convirtió en gobernador general de la India y marqués de Mornington, fue Gran Maestro en 1782-1783. Arthur, el hijo menor del primer conde y hermano del segundo, posteriormente fue duque de Wellington y el triunfador de Waterloo. El 7 de diciembre de 1790, fue iniciado como francmasón en Trim, Irlanda, el país en el que su padre y hermano habían sido Grandes Maestros[131].

No todas las logias de Inglaterra admitían de buen grado la autoridad de la Gran Logia. Algunas protestaban, pero aceptaban la situación y no cuestionaban el control de la Gran Logia y su noble Gran Maestro. Pero unas pocas se rebelaron, se separaron de las otras logias masónicas y continuaron su existencia independientemente de aquélla. La mayor parte de estas logias independientes desaparecieron pocos años más tarde.

En 1751 la Gran Logia se enfrentó con una revuelta más seria. Con el argumento de que la tradición y las Constitutions de Anderson afirmaban que el rey Athelstan había establecido una logia de masones en York en el siglo X, ese año la logia de este condado declaró que era más antigua que la Gran Logia de Londres y que por lo tanto no aceptaría su autoridad. A lo largo de toda Inglaterra, varias logias se separaron de la Gran Logia londinense y se adhirieron a la Gran Logia de York, incluyendo la Logia número 1 de Londres, una de las cuatro que en 1717 habían formado la Gran Logia. La Gran Logia de York y sus seguidores se llamaban a sí mismos La Antigua Gran Logia y se referían con desprecio a la Gran Logia de Londres y a sus seguidores como «los Modernos».

La división entre los Modernos y los Antiguos, entre Londres y York, duró sesenta años[132]. Los Antiguos de York tomaron la precaución de invitar a duques y otros hermanos nobles a ser sus Grandes Maestros. El duque de Atholl, que fue Gran Maestro de los Antiguos durante veintiocho años, podía equipararse a los Grandes Maestros nobles de los Modernos de Londres. Cada tanto, se planteaba la sugerencia de que sería deseable que hubiera una reconciliación que devolviera la unidad al movimiento masónico; pero las

animadversiones personales y el rechazo a acercar posiciones impidieron cualquier avance hacia la reunificación.

En varias ocasiones la Gran Logia de Londres se vio enfrentada a situaciones incómodas. A lo largo de casi trescientos años, desde 1717 hasta 1999, los francmasones ingleses han demostrado su interés en evitar involucrarse en política y, en especial, en política revolucionaria, como los masones de Europa continental y los de América del Norte y del Sur; pero estuvieron a un pelo de no lograrlo en el caso de John Wilkes. Nacido en 1727, hijo de un exitoso destilador de Camberwell, sur de Londres, en su juventud Wilkes adquirió la reputación de ser algo licencioso. Después de seguir la sugerencia de su padre y casarse con una mujer diez años mayor que él, y adquirir, a través de ella, una propiedad en Buckinghamshire, se separó, y se vio envuelto en un juicio que ella le inició por no haber cumplido con los términos financieros del acuerdo de separación. Mantuvo amistad con nobles de mala reputación, y se incorporó a sus clubes de bebedores; si los rumores son ciertos, en algunos de esos clubes se llevaban a cabo ceremonias satánicas. Pero Wilkes también se hizo periodista, y el ascenso de Jorge III provocó un cambio en su carrera y tal vez en su personalidad.

El francmasón Federico, príncipe de Gales, murió en 1751, antes de alcanzar el trono; pero en 1760 su hijo se coronó como Jorge III a los veintidós años de edad, cuando falleció Jorge II. Jorge III terminó con el liderazgo de los whigs, que había durado cuarenta y seis años. A diferencia de su tatarabuelo y su abuelo, Jorge I y Jorge II, hablaba un inglés perfecto y jamás usaba el alemán. Creía que un rey tenía que gobernar a la vez que reinar, y estaba resuelto a no permitir que su reino fuera gobernado por una sucesión de ministros whigs mientras él quedaba fuera de la política.

A diferencia de muchos de sus contemporáneos y de otros miembros de su familia, Jorge III era virtuoso. En los cuatrocientos cincuenta años transcurridos desde el reinado de Enrique VIII, quince reyes habían sido jefes supremos o gobernadores supremos de la Iglesia de Inglaterra. Nueve de ellos, y posiblemente diez —el caso de Jorge V es dudoso—, fueron adúlteros y tuvieron amantes. De los otros seis, Eduardo VI murió a los quince años de edad, y Jacobo I era homosexual y se entregó a la sodomía, no al adulterio. Los otros cuatro no tuvieron amantes porque eran virtuosos y fieles a sus cónyuges; se trata de Carlos I, Jorge III, Jorge V, tal vez, y Jorge VI.

Jorge III se dio cuenta de que en 1760 ya no se podía no prestarle atención al Parlamento y gobernar sin el apoyo de la Cámara de los Comunes, como habían intentado soberanos anteriores. En consecuencia, se dedicó a edificar

un partido político en la Cámara de los Comunes formado por parlamentarios que se hicieron conocidos como «los Amigos del rey». Mediante sobornos y ofertas de honores, que el rey estaba autorizado a dispensar, consiguió ganar el apoyo de esos parlamentarios y desalojar del gobierno a los whigs. Despidió al secretario de Estado, William Pitt, que había sido el organizador de la victoria de la guerra de los Siete Años y designó en el cargo de primer ministro a lord Bute, primero, y más tarde a lord North, ambos *tories*. Para indignación de Pitt y los whigs, Jorge III y el nuevo gobierno *tory* comenzaron negociaciones de paz con Francia, y en noviembre de 1762 firmaron el Tratado de París en términos menos ventajosos para Gran Bretaña que los que Pitt había esperado obtener. El aliado de Gran Bretaña, Federico el Grande, aunque abandonado por ésta, había tenido un éxito militar tan importante en Alemania que pudo imponer muy buenos términos en el Tratado de Hubertusburg, que puso término a la guerra de los Siete Años en febrero de 1763.

Gracias a la influencia de los whigs, Wilkes había obtenido una banca en la Cámara de los Comunes representando a la ciudad de Aylesbury, y también había abierto un periódico al que llamó The North Briton (El britano del norte). Adoptó ese título como una picardía para irritar a los escoceses, ya que se burlaba de ellos en muchos artículos del periódico. También enfureció al doctor Samuel Johnson al ridiculizar algunos de los solemnes pronunciamientos de su Dictionary; pero aplacó su indignación cuando utilizó sus influencias para liberar a su sirviente negro, que había sido enrolado en la marina por la fuerza.

El artículo de Wilkes en el notorio número 45 de The North Briton era mucho más serio. Comentaba el discurso pronunciado por Jorge III durante la inauguración de las sesiones parlamentarias de 1763, ocasión en la que el rey había dicho que, gracias al Tratado de París, Federico el Grande había obtenido términos favorables en el Tratado de Hubertusburg. Wilkes escribió que se trataba de una mentira deliberada; y, mientras criticaba a los ministros *tories* del rey, presumiblemente los redactores del discurso, daba a entender con claridad que el propio soberano había dicho una mentira a sabiendas.

Jorge III estaba furioso. Ordenó que arrestaran y juzgaran a Wilkes bajo la acusación de haber publicado un libelo sedicioso. Wilkes fue detenido cuando regresaba a pie desde el Temple a su casa de Westminster y encarcelado en la Torre. Los oficiales del rey irrumpieron en sus cuartos y los revisaron en busca de documentos incriminatorios. Wilkes pidió un *habeas corpus* en la Corte de Apelaciones Comunes, sosteniendo que los funcionarios del rey

habían actuado fuera de la ley ya que él, como miembro del Parlamento, no podía ser juzgado por libelo sedicioso, y que los funcionarios no tenían una orden que los autorizara a revisar sus aposentos. La corte ordenó que se lo liberase y le otorgó una sustanciosa suma en concepto de indemnización por arresto ilegal; pero el partido de los Amigos del rey de la Cámara de los Comunes aprobó una resolución en la que se condenaba el artículo publicado en el número 45 de The North Briton como libelo sedicioso y ordenó que se quemara toda la edición. También lo expulsaron de la Cámara de los Comunes y declararon vacante su puesto.

Aunque Wilkes, al dejar de ser miembro del Parlamento, no podía ampararse ya en sus fueros parlamentarios, volvió a imprimir el artículo. Otra vez, fue juzgado por libelo sedicioso. Después de resultar herido en un duelo con uno de los partidarios del rey, huyó a París, donde fue recibido con los brazos abiertos por Diderot y los intelectuales franceses del Iluminismo; pero regresó a Inglaterra en 1768 y se sometió al juicio de la corte. Fue sentenciado a veintidós meses de prisión en la cárcel de King’s Bench.

Mientras estaba allí, se presentó como candidato en una elección parlamentaria de Middlesex y resultó ganador. La Cámara de los Comunes volvió a expulsarlo y declaró vacante el cargo. Aunque seguía en King’s Bench, volvió a presentarse y a ser elegido. Cuando lo expulsaron, fue reelegido por tercera vez. La Cámara de los Comunes declaró nula la elección. En esta época, se había lanzado en todo el país una campaña en apoyo de Wilkes. El lema que enarbolaban sus partidarios era: «¡Wilkes y libertad!».

Por cuarta vez, se realizó una elección para cubrir la banca correspondiente a Middlesex. Los Amigos del rey presentaron como candidato al coronel Luttrell. Lo apoyaban la familia Fox y un importante sector de los whigs que estaba comenzando a cansarse de los continuos problemas con Wilkes. Luttrell y sus partidarios gastaron una cantidad sin precedentes de dinero del gobierno en la campaña electoral, en un firme esfuerzo por derrotar a Wilkes. Pero cuando se conocieron los resultados, Luttrell había obtenido 296 votos contra 1149 para Wilkes. Entonces, la Cámara de los Comunes declaró que Luttrell había sido elegido miembro del Parlamento de Middlesex. La indignación pública contra el gobierno *tory* y el rey alcanzó su punto más alto, y el grito «¡Wilkes y libertad!» volvió a hacerse oír con más fuerza que antes.

En ese momento, Wilkes solicitó ser admitido en la francmasonería. Los funcionarios y miembros de la Logia Jerusalén de Londres lo aceptaron sin

reservas. La Gran Logia de Londres no estaba tan entusiasmada, pero no quería oponerse a la presión de la opinión de la Logia Jerusalén, especialmente porque el maestro de la logia, Thomas Dobson, había sido Gran Maestro Asistente de la Gran Logia. El Gran Maestro Provincial, hermano Maschall, y el Gran Secretario, hermano French, también eran ardientes defensores de Wilkes. Por lo tanto, la Gran Logia otorgó una dispensa a la Logia Jerusalén para que admitiera a Wilkes mientras éste estaba en prisión, y el 3 de marzo de 1769, Maschall y French, ambos Grandes Oficiales de la Gran Logia, se presentaron junto a Dobson y otros miembros de la Logia Jerusalén en la cárcel de King's Bench y Wilkes fue admitido. La noticia salió en The Gazeteer and New Advertiser el 6 de marzo[133].

El episodio despertó la preocupación de algunos miembros de la Gran Logia. Una demostración de ese tipo a favor de Wilkes no era la forma de ganarse el favor del rey y del gobierno *tory* ni de convencer a más miembros de la familia real de que se volvieran francmasones. Por ello, el 10 de marzo, The Gazeteer and New Advertiser publicó una declaración de la Gran Logia en la que se negaba que se hubiera otorgado una dispensa especial a Wilkes para ser iniciado en prisión o que algún Gran Oficial hubiera estado presente en la ceremonia.

Pero Dobson quería que todos se enterasen de que los francmasones apoyaban el lema «¡Wilkes y libertad!». El mismo día, 10 de marzo de 1769, publicó una declaración en el *Lloyd's Evening Post*:

> Considero correcto poner en conocimiento del público que yo, en presencia de dos Grandes Oficiales y por virtud de una Dispensa fechada el 2 de febrero de 1769, firmada por el Gran Maestro delegado, sí convertí al señor Wilkes en un Masón Libre y Aceptado. La Dispensa se encuentra a disposición de cualquier masón en la Logia Jerusalén número 24, en una noche de logia.
>
> Thomas Dobson, Maestro[134]

La Gran Logia no hizo nada al respecto. Doce años más tarde, en noviembre de 1781, cuando un capitán del ejército que era maestro de una logia de regimiento y ex funcionario de la Gran Logia, inició e hizo ascender de grado a algunos prisioneros de la cárcel de King's Bench, la Gran Logia dictaminó que era «incongruente con los principios de la masonería» que se

admitieran masones, o que se los ascendiera a puestos más altos, en cualquier prisión o lugar de confinamiento[135]. Pero ninguno de esos prisioneros era Wilkes.

Después de cumplir su sentencia, Wilkes fue liberado de la cárcel de King's Bench. Se lo nominó para el cargo de lord intendente de Londres. La Corte de Regidores, que no quería oponerse al rey, se negó a elegirlo. Eso inició una tormenta de protestas en la ciudad, donde había un gran apoyo a «¡Wilkes y libertad!». Finalmente, la Corte cedió ante las presiones y Wilkes accedió al cargo de lord intendente.

Fue un triunfo para Wilkes, y puso fin a los intentos de Jorge III y sus Amigos de hacerle daño. Seguían odiando a Wilkes y hablaban mal de él; lo tacharon de licencioso y libertino por publicar Essay on Woman (Ensayo sobre la mujer) de su amigo Thomas Potter, un libro sexualmente explícito, que consideraban obsceno. Pero no podían hacer más y su resistencia se diluyó. Cuando terminó su período como lord intendente, fue elegido lord chambelán vitalicio de la ciudad. En las elecciones de 1774, volvió a ser elegido parlamentario por Middlesex; esta vez, la Cámara de los Comunes no lo expulsó y se mantuvo en el puesto durante dieciséis años. En 1782 los whigs obtuvieron la mayoría en la Cámara de los Comunes, y el recinto votó la rescisión y nulidad de todas las resoluciones que había aprobado contra Wilkes cuando la controlaban los Amigos del rey, en la década de 1760.

Se retiró de la política en 1790, y vivió en paz hasta su muerte, acontecida siete años después. No sólo se había enfrentado con éxito a la tiranía de Jorge III sino que fue, entre 1717 y 1797, quien más cerca estuvo de arrastrar a los francmasones ingleses a la actividad política radical que llevaban a cabo los masones de otros países del mundo.

VIII



Problemas y escándalos

Después de haber sobrevivido a John Wilkes, los francmasones no esperaban verse involucrados en ninguna controversia similar cuando iniciaron al doctor William Dodd[136]. Había nacido en 1729, hijo de un vicario de Bourne, Lancashire. Después de una exitosa carrera universitaria, en la que se graduó de Licenciado en Artes, con honores en matemáticas, Dodd fue ordenado en la Iglesia de Inglaterra y recibió otros títulos académicos. Se convirtió en tutor de los hijos de varios miembros de la aristocracia y obtuvo tres prebendas eclesiásticas, así como una canonjía en la iglesia de St. John, Brecon. Dio conferencias en colegios eclesiásticos y fue autor de varios libros teológicos, entre ellos Commentary on the Bible (Comentarios sobre la Biblia) y Sermon to a Young Man (Sermón a un joven). También se creó una reputación de predicador popular. Se mostró interesado en proyectos de caridad y fundó el Hogar Magdalena, en Streatham, para «mujeres caídas», es decir, prostitutas a las que se convencía de abandonar la prostitución e ir a vivir en el Hogar. En 1763 alcanzó el cargo de capellán de Jorge III.

Pero quienes conocían bien al doctor Dodd no estaban muy contentos con su forma de vida. Pensaban que gastaba más de lo que podía. Tenía que mantener a su esposa, que no poseía ingresos independientes; tenía una residencia en Southampton Row y una casa de campo en Ealing. Organizaba fiestas extravagantes y se creó una reputación de ostentoso. Cuando ganó 1000 libras en la lotería estatal, las gastó en construir una capilla a su nombre. Parecía difícil que pudiera afrontar los costos de su estilo de vida.

Escribió una novela llamada The Sisters (Las hermanas). Algunos de sus colegas del clero, y otras personas convencionales, quedaron asombrados de

que él, un hombre de iglesia, hubiera escrito una novela en la que el sexo tenía un lugar tan importante. Un escritor comentó que «había caído tan bajo que bien podría convertirse en director de un periódico[137]». Comenzaron a circular rumores adversos sobre él. Se hablaba de una bella muchacha que trabajaba como sirvienta en su casa, y de sus relaciones con una conocida prostituta de Londres.

La extravagancia no era el único defecto del doctor Dodd. A pesar de sus estudios teológicos y de su capacidad intelectual, a veces podía cometer actos muy estúpidos. En febrero de 1774 se enteró de que el vicario de St. George, en Hanover Square, había sido elegido obispo de Bath y Wells. Por lo tanto, el puesto en Hanover Square, tan bien dotado, estaba vacante. El doctor Dodd pensó que era justo lo que él necesitaba. La asignación del puesto era una atribución del lord alcalde, lord Apsley. Entonces Dodd escribió una carta anónima dirigida a *lady* Apsley, en la que ofrecía pagarle 3000 libras si convencía a su marido de que otorgara la prebenda a una persona cuyo nombre se le revelaría más adelante. *Lady* Apsley estaba indignada ante este intento de sobornarla. Se lo contó a su marido, quien ordenó una investigación para intentar rastrear al autor de la carta. Dodd no había tomado ninguna precaución eficaz para ocultar el hecho de que él la había escrito y fue ubicado en su casa. Cuando lo interrogaron al respecto, contestó con tantas evasivas que a los investigadores no les quedó duda de que él había sido el autor. El lord alcalde le contó la historia al rey, quien insistió en que echaran a Dodd de su puesto de capellán real.

Es extraordinario que Dodd haya podido sobrevivir a la vergüenza. Lo cierto es que recurrió a uno de sus amigos más cercanos, su ex alumno Philip Stanhope, que acababa de suceder a su padre y detentaba por ello el título de conde de Chesterfield. Stanhope se mantuvo leal a su tutor y le adjudicó otra prebenda, la vicaría de Wing, Bedfordshire, nombramiento que su rango le permitía realizar. Dodd se vio envuelto en un altercado que, quizás, haya actuado en su favor y le haya ganado compasión. En una ocasión, mientras regresaba de Barnet a Londres con su esposa, fueron atacados cerca de St. Pancras por un asaltante que efectuó un disparo al carruaje. El tiro hizo trizas el vidrio de la ventanilla, pero no hirió a ninguno de los dos. El asaltante fue atrapado, y después de que Dodd testimoniara para la fiscalía en el juicio, fue sentenciado a morir en la horca.

Dodd consiguió silenciar tan bien el escándalo de su intento de soborno a *lady* Apsley, que cuando solicitó su incorporación a la logia francmasónica de San Albano los hermanos no vacilaron en aceptarlo; y casi de inmediato la

Gran Logia le confirió una distinción especial. La logia había decidido construir un salón en el predio de la hostería de Queen Street, Covent Garden, que había sido su sede principal desde la formación de la Gran Logia, en 1717. El 1 de mayo de 1775 se colocó la piedra basal del nuevo salón. Ese mismo día, se anunció que el doctor Dodd había sido nombrado Gran Capellán de los francmasones; era un cargo nuevo, que había sido creado especialmente para él. El nuevo salón quedó terminado en un año y el 23 de mayo de 1776 se llevó a cabo la ceremonia de inauguración. Dodd fue el encargado de predicar el sermón, que causó una impresión muy favorable. Once días más tarde, durante la Gran Fiesta del 3 de junio, fue reelegido Gran Capellán por un año más.

Entonces, Dodd se fue de vacaciones a París. Los rumores de que estaba llevando una vida disipada llegaron a Londres; lo cierto era que había estado gastando una buena cantidad de dinero. Cuando regresó a Inglaterra, traía una abultada deuda. Al llegar a Londres, en enero de 1777, dio una fiesta en la que uno de los invitados era Wilkes, lo que fue consignado por la prensa. El 2 de febrero predicó un sermón en el Hogar Magdalena que había fundado en Streatham para las mujeres caídas. Se trató de un sermón particularmente conmovedor y ninguno de sus admiradores sabía que sería el último que daría. Dos días más tarde, se puso en contacto con un prestamista para pedirle un préstamo de 4200 libras, ofreciendo como garantía un bono emitido por lord Chesterfield. En realidad, Dodd había falsificado la firma de Chesterfield en el bono.

El prestamista le dio las 4200 libras; pero ciertas circunstancias lo hicieron sospechar del bono y se lo llevó a lord Chesterfield, quien le dijo que la firma era falsificada. Dodd se ofreció a devolver el dinero, con la esperanza de que se silenciara la cuestión, pero Chesterfield estaba furioso. Había tratado a Dodd como a un amigo, le había otorgado varias prebendas lucrativas y había continuado ayudándolo incluso después de su intento de sobornar a *lady* Apsley. Aún así, Dodd había agradecido su gentileza tratando de estafarlo en 4200 libras. Insistió en que Dodd fuera llevado a juicio.

Dodd fue juzgado por falsificación en la corte de King’s Bench ante tres jueces y un jurado que lo declararon culpable. Fue sentenciado a la horca, ya que la falsificación era un delito penado con la muerte. Treinta mil personas firmaron una petición en la que solicitaban su indulto; pero los jueces advirtieron al rey que si perdonaba a Dodd —que había gozado de una posición prominente en la sociedad—, estaría dando un mal ejemplo y, además, podía ser acusado de favoritismo. Y tal vez Jorge III no veía con

buenos ojos a Dodd porque la prensa había informado que Wilkes había asistido a su fiesta de enero. Algunos dijeron que los francmasones utilizarían sus influencias para salvarlo; pero, después de haber sido condenado, la Gran Logia anunció que, el 7 de abril de 1777, se había «resuelto por unanimidad que dicho doctor fuera expulsado de esta sociedad[138]». El mayor esfuerzo para salvar a Dodd no partió de los francmasones sino del doctor Johnson, quien ayudó a organizar la petición del indulto. Johnson no era francmasón, pero sí lo eran muchos escritores del siglo XVIII: Pope, Gibbon, Boswell —el amigo de Johnson—, Robert Burns y *sir* Walter Scott[139].

El 27 de junio, una gran multitud se acercó a Tyburn para ver cómo colgaban a Dodd. Circuló una historia que aseguraba que, después de que quitaron el cadáver de la horca, los francmasones se habían apoderado de él y lo habían trasladado a una casa en la que Dodd, que no estaba muerto del todo, volvió a la vida, y que luego los francmasones lo enviaron en secreto a Francia[140]. Otras versiones aseguraban que los miles de espectadores que habían ido a presenciar la ejecución bloquearon las rutas e impidieron que el carruaje de los francmasones, que llevaba el cuerpo de Dodd, llegara a la casa a tiempo para salvarlo[141].

La historia del doctor Dodd finalizó trágicamente; pero la opinión pública tuvo una buena oportunidad de reírse de los francmasones con el caso del chevalier d’Éon[142]. Charles Geneviève Louis Auguste André Timothée Déon de Beaumont —o d’Éon, como se acostumbraba llamar a la familia— nació el 5 de octubre de 1728, en el seno de una respetada familia de la petite noblesse de Tonnerre, Borgoña. De joven había sido enviado a estudiar leyes en París, pero en 1755 se le ofreció un puesto en el servicio diplomático en la embajada francesa de San Petersburgo. Allí, se le confió una tarea importante y secreta. El gobierno francés estaba alarmado por el éxito del embajador británico, *sir* Charles Hanbury Williams, que había logrado extender la influencia británica en Rusia a través de sus contactos con personas influyentes de la corte de la emperatriz Isabel. Se encargó a D’Éon que espiara a Williams, que descubriera sus contactos, y, si era posible, que encontrara la forma de comprometer su posición con el gobierno ruso.

D’Éon cumplió su encargo con eficiencia; pero cuando estalló la guerra de los Siete Años pidió ser transferido al ejército. Se le dio el mando de un regimiento del ejército francés que estaba combatiendo en Alemania en el bando de María Teresa contra Federico el Grande y se distinguió por su valentía en varias misiones. En abril de 1757 participó de la batalla de Praga, a la que Federico el Grande llamó la batalla más sangrienta de esos tiempos.

Finalmente, Federico obtuvo la victoria, después de que tanto los prusianos como los austriacos sufrieran grandes pérdidas. D'Éon fue quien llevó la noticia de la derrota al gobierno de París. En el viaje sufrió una caída y se quebró la pierna; pero se la hizo tratar de inmediato y continuó su marcha con la pierna entablillada. Llegó a París treinta y seis horas antes que el oficial austriaco que traía la misma noticia al embajador de Austria en esa ciudad.

En 1762 comenzaron en Londres las conversaciones entre los gobiernos de Gran Bretaña y Francia para poner fin a la guerra. D'Éon era uno de los miembros de la delegación francesa. Pitt y los whigs deseaban continuar la lucha en América del Norte y la India hasta que Gran Bretaña y Prusia hubieran derrotado por completo a los franceses y austriacos; pero los *tories* estaban dispuestos a aceptar una paz de compromiso inmediatamente. Algunos de los líderes *tories* mantuvieron contactos secretos con el gobierno francés y aceptaron sobornos de parte de éste. A D'Éon se le asignó la tarea de realizar una reunión secreta en Londres con esos *tories* a fin de pagarles una suma de dinero. Los *tories* llegaron al poder y firmaron con Francia el Tratado de París.

Después de la guerra, se retomaron las relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y Francia y D'Éon fue nombrado primer secretario de la embajada francesa en Londres. Luis XV también le otorgó una alta condecoración por su valentía durante la guerra: la Cruz de la Orden Militar de St. Louis. Pero D'Éon estaba en malas relaciones con el embajador, conde de Guerchy, y el odio mutuo creció tanto que finalmente D'Éon abandonó la embajada, llevándose importantes documentos. Entre ellos había cartas que revelaban los nombres de los parlamentarios *tories* y otras figuras influyentes de Inglaterra a quienes D'Éon había pagado sobornos en nombre del gobierno francés. También incluían los planes de una invasión de Francia a Inglaterra, aunque la paz se había declarado antes de que ese plan fuera puesto en marcha.

Guerchy exigió que D'Éon devolviera los documentos. Éste se negó y, después de romper relaciones con el gobierno francés, se dedicó a llevar una vida de caballero en Londres. Sabía que los parlamentarios a quienes había sobornado estarían tan ansiosos como el gobierno francés de impedir que publicara los documentos y tenía la intención de guardarlos por el momento y, más adelante, venderlos al mejor postor. Los parlamentarios *tories* le ofrecieron 40 000 libras por los documentos, pero D'Éon rechazó la oferta. Tenía la esperanza de obtener más de parte de Luis XV.

Guerchy envió agentes a la casa de D’Éon para que robaran los documentos, pero sin éxito. Luego intentó secuestrarlo y llevarlo a la embajada francesa, pero volvió a fracasar. D’Éon inició una demanda penal contra Guerchy ante un Gran Jurado de Middlesex por tentativa de secuestro; Guerchy alegó inmunidad diplomática y el juez la aceptó.

Pero en esa época comenzaba a circular un extraño rumor en Londres: que el chevalier D’Éon era una mujer que durante años se había hecho pasar por hombre. El rumor apareció por primera vez en 1764, pero pasaron cinco años hasta que fue la comidilla de Londres. Indignado, D’Éon negó, y se burló de la sugerencia. Nadie sabe cómo se originó, pero D’Éon estaba seguro de que era producto de la malicia de Guerchy.

D’Éon cultivaba la amistad de muchos nobles y caballeros de Inglaterra, y quería hacer lo que estaba de moda: incorporarse a la francmasonería. Presentó su solicitud en la Logia de la Mortalidad, que se reunía en la taberna Crown and Anchor, del Strand; era la logia favorita de los residentes franceses en Londres. Como todas las logias masónicas, ésta había establecido reglas sobre quiénes eran elegibles y quiénes no. Las personas admitidas como miembros de una logia debían ser «hombres buenos y sinceros, libres de nacimiento, de edad madura y discreta; ni fiadores, ni mujeres, ni hombres inmorales o escandalosos, sino de buena reputación […] Sano y fuerte, ni deformado ni desmembrado al momento de la iniciación; ni mujer ni eunuco[143]». Este aspecto estaba basado en las reglas de los masones operativos de la Edad Media, que excluían a los lisiados, ya fuera porque serían físicamente incapaces de realizar la tarea de un masón operativo, o por el prejuicio medieval contra los lisiados y jorobados, a quienes se consideraba una manifestación del mal.

En la Logia de la Mortalidad nadie dudó de la conveniencia de admitir a D’Éon.

Pero un año más tarde el rumor de que D’Éon era una mujer ya había corrido como un reguero de pólvora. El tema era la comidilla de todo Londres, y la gente comenzó a hacer apuestas. De inmediato se transformó en una moda apostar al respecto, y en 1769 y 1770 se arriesgaban sumas cada vez más altas. Se decía que la cantidad total que se había apostado respecto del sexo de D’Éon alcanzaba las 120 000 libras. Para evadir las restricciones legales, las apuestas se hacían pasar, de acuerdo con las prácticas habituales, como pólizas de seguro. Se creó una organización que ofrecía lo que ellos llamaban «Pólizas de seguro sobre el sexo de *monsieur* le chevalier (o *mademoiselle* la chevalière) D’Éon».

Los que creían que era un hombre se basaban en dos argumentos principales: su historial de valentía como oficial del ejército francés durante la guerra de los Siete Años, y el hecho de que era francmasón, porque se sabía que los francmasones no admitían mujeres. Por otra parte, los que pensaban que era una mujer señalaban que no se había casado y que no se le conocían amantes. Jamás iba tras mujeres, lo que era, por cierto, muy poco común para un oficial y un caballero del siglo XVIII.

¿Cómo saber si uno había ganado o perdido la apuesta? ¿Cómo se podía comprobar que D'Éon era hombre o mujer? La única forma, y la más obvia, era pedirle que se sometiera a un examen médico; pero D'Éon, indignado, rechazó la sugerencia. Se le ofreció la suma de 25 000 libras si aceptaba, pero se negó. Entre los que habían apostado grandes cantidades de dinero no faltaron los que pensaron en secuestrarlo y examinarlo por la fuerza. D'Éon, temiendo lo peor, dejó su casa repentinamente y se esfumó. Esa actitud suscitó más rumores; se decía que había desaparecido para que nadie descubriera que era una mujer. Había quienes se preguntaban si no habría sido él mismo el que había echado a correr el rumor, para apostar en secreto: tal vez un día accediera a que lo examinaran los doctores y establecieran su sexo, a fin de poder cobrar el dinero que había ganado con su apuesta.

Después de desaparecer durante algunos meses, D'Éon reapareció a fines de junio de 1771, y presentó una declaración jurada ante el lord alcalde. En ella aseveraba que jamás había apostado sobre su sexo, que siempre había objetado las apuestas que se llevaron a cabo, y que se había negado a aceptar 25 000 libras para probar de qué sexo era. Pero los rumores y las apuestas continuaron. De vez en cuando, alguien desafiaba públicamente a D'Éon a que demostrara que era un hombre, pero él jamás respondía.

Mientras tanto, el gobierno francés seguía esforzándose por recuperar los documentos que D'Éon se había llevado de la embajada. Con ese fin, presentaron solicitudes de extradición en las cortes inglesas, pidiendo que fuera enviado a Francia para ser juzgado por robo y traición; pero la solicitud fue rechazada. Entonces Luis XV autorizó a sus agentes a que intentaran secuestrar a D'Éon; pero, una vez más, el intento fracasó.

Finalmente, los acontecimientos se precipitaron; en 1777, un hombre que había apostado que D'Éon era una mujer y quería recuperar su dinero, presentó una demanda con el argumento de que podía probar que había ganado la apuesta. La ley sobre las apuestas era en ese entonces tan complicada como en la actualidad, pero no era ilegal demandar para recuperar el dinero de una apuesta, como estableció más tarde la Ley de Juego de 1845.

El caso se presentó ante el lord Juez en Jefe, lord Mansfield, y un jurado, en la corte de King's Bench, el 1 de julio de 1777. La cuestión era simple: ¿el demandante podía presentar pruebas lo suficientemente inequívocas para que el jurado dictaminara que D'Éon era una mujer? El demandante presentó el argumento habitual: jamás se había sabido que D'Éon intentara conquistar a una mujer; pero, principalmente, se basó en los testimonios de dos testigos franceses —un periodista y un médico— que afirmaron bajo juramento que D'Éon era una mujer.

Contra eso, el defensor sólo podía argumentar que el hecho de que D'Éon hubiera combatido tan valientemente en la guerra de los Siete Años, y de que fuera francmasón, probaban que era hombre; pero no era un argumento muy convincente a la luz de los testimonios en contrario aportados por los dos testigos franceses. El hecho de que D'Éon se negara a subir al sitial de los testigos y no aportara pruebas para la defensa parecía sugerir que temía que le pidieran someterse a un examen médico porque sabía que eso probaría que había engañado al mundo haciéndole pensar que era un hombre cuando, en realidad, era una mujer.

El veredicto del jurado fue que D'Éon era una mujer, y lord Mansfield proclamó ganador al demandante. El defensor apeló a la cámara plenaria de King's Bench, que dio lugar a la apelación por una cuestión técnica, ya que un estatuto reciente había establecido que las apuestas de este tipo no podían considerarse pólizas de seguros. Para la opinión pública, en cambio, aquello no tenía importancia. Antes de que la audiencia de apelación se llevara a cabo, el mundo había aceptado el veredicto según el cual D'Éon era una mujer.

El nuevo rey de Francia, Luis XVI, aprovechó la oportunidad para atacar a D'Éon. El 19 de agosto de 1777 emitió un decreto real, «De Par le Roi», en Versalles, en el que se ordenaba que «de ahora en más se requerirá que [D'Éon] abandone el uniforme de dragoneante que ella ha tenido por costumbre usar, que retome las vestimentas de su sexo, y que se le prohíba presentarse en ninguna parte del reino a menos que esté vestida con ropas adecuadas al sexo femenino[144]».

Por supuesto, el decreto de Luis XVI no tenía ningún poder legal en Inglaterra; pero ahora D'Éon estaba dispuesto a aceptar el veredicto de que era una mujer. Realizó una negociación con Luis XVI, a través del escritor francés Pierre Augustin Caron de Beaumarchais. D'Éon aceptaba entregar todos los documentos que había tomado de la embajada en Londres, si el gobierno francés le pagaba 3000 libras y también la pensión que le

correspondía por sus servicios como oficial y diplomático francés. También aseguraba que jamás volvería a vestirse con ropa de hombre en ningún país del mundo.

Ya antes del decreto de Luis XVI, el 6 de agosto de 1777, D'Éon apareció en Londres vestido de mujer. Luego regresó a Francia. El 13 de agosto se puso su uniforme de dragoneante para el viaje, pero ésa fue la última vez que usó ropas de hombre. Se retiró a las propiedades de su familia en Borgoña, donde vivió durante ocho años vistiendo siempre de mujer.

La revelación, universalmente aceptada, de que D'Éon era una mujer no sólo permitió a muchos jugadores cobrar gran cantidad de dinero, sino que fue una espléndida oportunidad para que los críticos se burlaran de los francmasones. Los masones, tan famosos por negarse a admitir mujeres en sus logias, habían sido engañados al aceptar a un oficial y caballero famoso que resultó ser una mujer disfrazada. Un autor escribió burlonamente: «[…] nuestros hermanos (quiero decir, hermanas)» los masones, quienes, en una de sus logias del Strand, «hubieron de admitir a una mujer llamada *madame* D'Éon[145]». Pero los francmasones ya habían expulsado a D'Éon con el argumento de que era una mujer; lo hicieron tan pronto se enteraron del veredicto del jurado de la corte de King's Bench.

En Francia, «la chevalière D'Éon», como ahora se hacía llamar, se volvió muy religiosa. Ingresó en una de las órdenes de monjas más devotas y respetadas. En 1785 le pidió permiso a Luis XVI para ir a Londres a fin de saldar las deudas en que había incurrido durante su estancia allí. Quizá la historia de las deudas haya sido una excusa para obtener el permiso del rey, ya que, una vez en Londres, se instaló allí y, desde entonces, nunca más regresó a Francia. Fueron veinticinco años, durante los cuales vistió siempre ropas de mujer. Hacia el fin de su vida vivió sumida en la pobreza y postrada en cama. Murió el 21 de mayo de 1810.

Dos médicos la atendieron durante la última etapa de su enfermedad. Uno de ellos era un famoso cirujano francés, Père Elisée. Había pasado a Inglaterra como refugiado durante la Revolución francesa; cuando regresó a Francia, tras la Restauración de los Borbones, se convirtió en cirujano del rey Luis XVIII.

Elisée y su colega quedaron asombrados cuando dispusieron el cuerpo de D'Éon para el funeral. Comprobaron que era un hombre: un hombre completo, sin ninguna deformidad en sus órganos sexuales masculinos. Su masculinidad quedó inequívocamente demostrada, como sin duda habría

ocurrido si el chevalier, en vida, hubiera aceptado someterse a un examen médico como el que se practicó a su cadáver.

Elisée se dio cuenta de que nadie le creería si informaba que D'Éon era hombre. Insistió en convocar a las autoridades inglesas, para que pudieran verificarlo por sí mismas antes del entierro. El cuerpo fue inspeccionado por el conde de Yarborough y por el distinguido almirante *sir* Sidney Smith, que era francmasón; estaban acompañados por veinte testigos más. Todos vieron con sus propios ojos que D'Éon era un hombre, pero invitaron a un testigo independiente, el eminente cirujano Thomas Copeland, a que examinara el cuerpo y confirmara el sensacional hallazgo.

La revelación no puede haber sorprendido a ninguno de los miembros sobrevivientes de la logia francmasónica que estuvieron presentes cuando D'Éon fue aceptado. Debieron haber sabido que era hombre. Durante la ceremonia de iniciación, se le pide al nuevo miembro que desnude el pecho; y aunque eso no se hace a fin de comprobar su sexo, sino por razones de simbolismo masónico, todos los presentes habrían podido ver que D'Éon era un hombre, no una mujer. Sin embargo, los francmasones guardaron silencio al respecto, y lo expulsaron cuando él mismo admitió que era mujer y aceptó vestir ropas femeninas, en la época en que la opinión pública se burlaba del engaño al que D'Éon había sometido a los masones. Este caso demuestra el afán de los masones por preservar los secretos de la ceremonia de iniciación y su aversión a provocar mayor oposición desafiando a la opinión pública dominante.

El misterio al que sus contemporáneos no encontraron explicación sigue en pie hasta el día de hoy: ¿por qué D'Éon aceptó que se le declarara públicamente impostor, y se avino a vestir ropas de mujer durante los últimos treinta y tres años de su vida, cuando en cualquier momento podría haber probado que era hombre? Se ha sugerido que estaba tan presionado por las continuas acusaciones de que era una mujer, que terminó por creerlo él mismo. Pero la psicología moderna puede ofrecer explicaciones más plausibles. Parece estar claro que son los estudiantes de las fantasías sexuales, más que un historiador, quienes pueden explicar el misterio del chevalier D'Éon.

IX



La revolución norteamericana

Durante el siglo XVII, colonos ingleses se instalaron en las colonias de América del Norte. Algunos se afincaron en Virginia, donde se entregaron al cultivo del tabaco utilizando como mano de obra esclavos negros que habían sido secuestrados en África y vendidos por los jefes locales a los ingleses y a otros traficantes de esclavos; otros eran puritanos, como los Padres Peregrinos, que se negaban a vivir en la Inglaterra anglicana de Jacobo I y desembarcaron en las cercanías de Boston en 1620. Los presbiterianos eran tan intolerantes en Massachusetts como lo habían sido en Escocia e Irlanda; perseguían a las sectas protestantes más radicales, del mismo modo que los presbiterianos de Inglaterra habían perseguido a los independientes de Cromwell.

Los independientes se marcharon hacia Rhode Island y Massachusetts siguió siendo un estado presbiteriano intolerante. Allí, los presbiterianos fueron más lejos que otros regímenes opresores al introducir la pena de muerte para los cuáqueros, y colgaron a seis de ellos. En 1692 condenaron a la hoguera a varias mujeres inocentes en Salem, después de acusarlas falsamente de brujería en lo que más tarde sería considerado uno de los casos más escandalosos de injusticia provocados por histeria masiva.

Es muy posible que algunos de los inmigrantes ingleses de América del Norte en el siglo XVII hayan sido francmasones y que abrieran logias en esa región; pero no existen registros de francmasonería en América del Norte anteriores al establecimiento de la Gran Logia de Inglaterra. Después de 1717, la Gran Logia inglesa exportó la francmasonería tanto a América del Norte como a Europa continental. Cuando los pobladores de las colonias norteamericanas se enteraron de que la francmasonería inglesa se estaba

poniendo de moda entre los estratos más altos de la sociedad, quisieron seguir el ejemplo inglés y decidieron establecer sus propias logias masónicas. En 1730 ya había logias en Boston y Filadelfia[146].

La difusión de la francmasonería en Norteamérica se vio facilitada por la formación de logias militares, que habían tenido un notable desarrollo desde los días en que *sir* Robert Moray fuera iniciado en una logia militar durante la ocupación de Newcastle por el ejército presbiteriano escocés, en 1641. Luego de la creación de la Gran Logia, se establecieron logias militares que se mudaban de un lado a otro con su respectivo regimiento. Los francmasones estaban decididos a ser tan respetables en lo que concernía a las logias militares como lo eran al escoger hermanos nobles para ocupar el cargo de Gran Maestro. Antes de crear una logia militar se debía obtener el consentimiento del comandante del regimiento y él podía ordenar su clausura[147]. El comandante decidía quién podía ser admitido en la logia, y en el siglo XVIII eran pocos los que permitían el ingreso de militares de otro rango; consideraban contrario a la buena disciplina militar que en las logias se permitiera la confraternización de militares de distinta jerarquía.

La Gran Logia dictaminó que los civiles no podían ingresar en las logias militares, porque deseaban que los habitantes locales fueran iniciados en sus propias logias fijas; pero en la práctica esta reglamentación se pasaba por alto y muchas logias de regimientos invitaban a sumarse a las fuerzas vivas locales. Cuando el regimiento se trasladaba, los residentes locales continuaban llevando a cabo sus reuniones; tiempo después, le pedían a la Gran Logia que los constituyera como una nueva logia afiliada. Debido a la gran cantidad de regimientos británicos asentados a lo largo de la costa atlántica de América del Norte, desde Nueva Escocia y Canadá a Carolina del Sur y Georgia, las logias crecieron rápidamente en las colonias norteamericanas.

Con el fin de garantizar su control sobre las logias norteamericanas, la Gran Logia inglesa nombraba un Gran Maestro Provincial, quien, en virtud de la autoridad que en él delegaba la Gran Logia de Londres, podía crear logias locales y ejercer control disciplinario sobre ellas. El primer Gran Maestro Provincial fue designado el 5 de junio de 1730, y su jurisdicción abarcaba Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania. En abril de 1733 se nombró otro Gran Maestro Provincial para Nueva Inglaterra[148], y en los cuarenta años siguientes se designaron Grandes Maestros Provinciales para Virginia, Georgia, Carolina del Norte y Carolina del Sur.

Benjamin Franklin había nacido en Boston, en 1706, apenas catorce años después de los juicios por brujería de Salem. Su padre, fabricante de velas, había emigrado a Boston desde Inglaterra. Benjamin comenzó a trabajar como aprendiz de tipógrafo con su hermano James, que además era periodista. Cuando se rebeló contra la intolerancia de los presbiterianos de Massachusetts y los criticó en su periódico, James fue arrestado y la publicación, clausurada. Entonces Benjamin decidió marcharse de Boston a Filadelfia, donde los cuáqueros habían establecido una forma mucho más tolerante de no conformismo, aunque poseían esclavos negros, como todos los otros residentes blancos de las colonias.

Cuando Benjamin Franklin tenía dieciocho años de edad, se trasladó a Londres. Llegó en la Nochebuena de 1724 y se quedó dieciocho meses. No debemos tomar muy en serio la afirmación de que llevó una vida disipada sólo porque admitió que en una ocasión «sintiéndome en esa época libre de ataduras religiosas» intentó seducir a una joven: en un hombre joven que viviese en Londres en 1725, aquello no habría constituido una rareza. Lo cierto es que no disfrutó demasiado su estadía en esa ciudad; su esperanza de conocer al anciano Isaac Newton, por ejemplo, nunca se concretó. Fue con alegría que, en julio de 1726, inició el viaje de dos meses y medio que lo llevaría a Filadelfia[149].

No se incorporó a la masonería en Londres, pero después de regresar a Filadelfia ingresó, en 1731, en la logia St. John, que se reunía en la Tun Tavern de la calle Water, y en 1734 ya era maestro. Continuó desempeñándose como tipógrafo en Filadelfia y el mismo año de 1734 publicó una edición norteamericana de las Constitutions de Anderson de 1723, «Reimpresa por B. Franklin en el año de la Masonería 5734. Precio fijado en 2 ch, 6. Encuadernado, 4 ch[150]». La fecha masónica estaba basada en los cálculos del arzobispo James Ussher, teólogo del siglo XVII que había llegado a la conclusión de que Dios había creado el mundo en el 4004 a. C., salvo que los francmasones no prestaron atención a los cuatro años y establecieron la creación del mundo y el comienzo del calendario masónico en el 4000 a. C. El precio de dos chelines y seis peniques (12 peniques) para la edición en rústica y de cuatro chelines (20 peniques) para la de tapa dura estaba expresado, por supuesto, en libras esterlinas inglesas, que era la divisa vigente en todas las colonias británicas en América.

Franklin pasó a ser un masón muy activo y entusiasta, y ocupó varios cargos dentro de la masonería. En 1749 fue Gran Maestro Provincial de Pensilvania. Durante dieciséis años, de 1737 a 1753, estuvo a cargo de la

oficina postal de Filadelfia. Como otros caballeros educados del siglo XVIII, la amplitud de sus intereses y estudios no admitía la escisión entre las ciencias y las artes. En 1751 inventó el pararrayos. Además, escribió y publicó muchos libros pensados para mejorar la educación popular[151].

Del mismo modo que en Gran Bretaña, en América del Norte la francmasonería tenía sus oponentes. Las sectas protestantes más estrictas no aceptaban el deísmo tolerante y, al igual que en Inglaterra, se las criticaba por sus secretos y se las ridiculizaba por sus ceremonias y rituales. Poco después de su creación, la logia de Filadelfia se vio involucrada en un desafortunado escándalo. Un farmacéutico de Filadelfia, Evan Jones, tenía un joven aprendiz, Daniel Rees, que ansiaba convertirse en francmasón y descubrir los misteriosos secretos de la agrupación. Jones y sus otros aprendices decidieron gastarle una broma a Rees. Fingieron ser masones y se disfrazaron de diablos; después de hacer que Rees prestara juramento de obediencia al diablo y besara los traseros de los otros aprendices, Jones le arrojó *brandy* hirviendo. Rees sufrió quemaduras a consecuencia de las cuales murió días después.

Jones fue juzgado por homicidio preterintencional, y le marcaron la mano. Cuando, durante las audiencias del juicio, se conoció la historia, muchos culparon a los masones y a sus ceremonias de la muerte de Rees. Franklin estaba más involucrado en el caso de lo que habría deseado. Jones le había contado lo que pensaban hacer y, al principio, Franklin lo consideró una buena broma. Después se dio cuenta de que era una chanza de mal gusto y decidió advertir a Rees, pero no pudo localizarlo. Franklin declaró para la fiscalía en el juicio por homicidio contra Jones[152], y publicó una declaración en la prensa negando que éste y los otros fueran francmasones, a la vez que criticaba con vehemencia su conducta[153]. Los francmasones sobrevivieron al escándalo y a las burlas de sus críticos, y en 1740 ya estaban bien establecidos en Filadelfia.

En América del Norte, como en Inglaterra, los francmasones atraían dos clases diferentes de personas: los intelectuales filosóficos y los caballeros que pensaban que una logia masónica era un lugar de reuniones sociales amables y útiles. Franklin pertenecía al primer grupo, y sus ideas de libertad de culto y de tolerancia religiosa se acercaban más al deísmo que las de cualquiera de los principales hermanos de la Gran Logia inglesa de las décadas de 1720 y 1730. Pero en noviembre de 1752, un hombre de una clase muy distinta fue iniciado como francmasón en Fredericksburg, Virginia.

George Washington, de la cercana localidad de Mount Vernon, era, en realidad, demasiado joven para convertirse en masón, ya que había nacido

(según el antiguo calendario, que en ese entonces regía en las colonias de América del Norte y en Inglaterra) el 11 de febrero de 1731, fecha que, según el nuevo calendario gregoriano, que acababa de ser introducido en septiembre de 1752, era el 22 de febrero de 1732. Hasta los veinte años, Washington nunca había tomado en serio a los francmasones; para él, como para muchos otros caballeros coloniales, no era, en principio, más que un club social. Después de ser ascendido al tercer grado, en agosto de 1753, no asistió más que a otras dos reuniones de la logia de Fredericksburg. Sólo en 1793, después de la revolución, cuando ya era presidente de Estados Unidos y se consideraba que los francmasones eran los hombres que habían hecho la revolución, asistió, con su mandil masónico, a la instalación de la piedra basal del capitolio en la nueva ciudad de Washington, D. C.[154]

Era un perfecto caballero, un dueño de esclavos que se mostraba siempre considerado con ellos, muy alto, alrededor de un metro noventa y tres de altura, como le hizo saber al sastre de Londres que le hacía sus ropas. Bien plantado y ancho de espaldas, pesaba alrededor de cien kilos, pero se movía con tanta dignidad que jamás parecía desproporcionado, incluso a pesar de sus enormes manos que, según decía su amigo La Fayette, eran las más grandes que había visto en su vida. Estaba interesado en la agrimensura, y, además de supervisar sus tierras, fue empleado por el gobierno de Virginia para realizar estudios topográficos en la tierra no cultivada del oeste del estado, cerca de la frontera con Ohio, que marcaba el comienzo de ese vasto territorio inexplorado conocido como «el oeste». Más tarde se le otorgó una comisión en el ejército y combatió bajo el mando británico contra los franceses y sus aliados «indios» (los nativos norteamericanos) en la Guerra de los Siete Años, que en Estados Unidos se conoce como guerras francesa e india.

En 1757, Benjamin Franklin volvió a Londres por una razón muy distinta de la que lo había llevado treinta y dos años antes. Ahora representaba los intereses del estado de Pensilvania. Durante cinco años residió en Craven Street, cerca de Charing Cross, Westminster, relacionándose con los francmasones ingleses y cultivando la amistad de eminentes intelectuales de Inglaterra. También fue a Edimburgo, donde conoció a Adam Smith y otros eruditos escoceses y recibió un doctorado honorario de la Universidad de St. Andrews. En 1762 regresó a Filadelfia, pero dos años más tarde volvió a partir hacia Londres. Esta vez se quedó diez años, abocado a difíciles y polémicas negociaciones con el gobierno británico; estas tratativas —aunque en ese momento nadie se dio cuenta— culminarían con la Revolución

norteamericana y la Declaración de Independencia. Durante las negociaciones, demostró ser un duro e implacable defensor de la causa norteamericana y un adversario de la monarquía británica.

Franklin y los norteamericanos defendían el principio que el Parlamento inglés había adoptado en su lucha contra Carlos I: nada de impuestos sin representación. Jorge III, que se había visto obligado a admitir a regañadientes que sólo podía gobernar Inglaterra si creaba un partido que lo apoyara en la Cámara de los Comunes, no estaba de ninguna manera dispuesto a ceder sus poderes monárquicos de gobierno en las colonias de América. El conflicto llegó a su punto más alto cuando el Parlamento aprobó la Ley de Sellos, que establecía que cada documento legal de las colonias americanas debía llevar un sello por el que se debía pagar un impuesto al gobierno inglés. En América estalló la resistencia contra la Ley de Sellos y Franklin la alentó desde Londres.

El gobernador británico de Massachusetts, Thomas Hutchinson, estaba a favor de tomar medidas más firmes para reprimir la resistencia en las colonias que las que estaba dispuesto a emprender el gobierno en Londres. Hutchinson escribió cartas privadas a un amigo parlamentario londinense, en las que expresaba estas opiniones y deslizaba comentarios adversos sobre políticos prominentes de Massachusetts y Pensilvania. Franklin consiguió hacerse con esas cartas y envió copias de los pasajes provocativos a sus partidarios de Norteamérica, quienes las publicaron. Aquello provocó un estallido de indignación contra Hutchinson y violentas manifestaciones, en especial en Boston. Aunque estas marchas, así como la oposición de los whigs en Inglaterra, convencieron al gobierno de Jorge III de revocar la Ley de Sellos, la corona retuvo el derecho de imponer impuestos en Norteamérica si así lo deseaba. Las protestas en las colonias llegaron a su punto más alto en la Fiesta del Té de Boston de diciembre de 1773, ocasión en que el gobierno británico aplicó un impuesto a todo el té importado por las colonias americanas y envió tres barcos cargados de esa infusión al muelle de Boston. Algunos hombres vestidos como «pieles rojas» (nativos norteamericanos) abordaron los barcos y arrojaron el cargamento al agua.

En Londres, Franklin fue convocado a comparecer ante el Concejo del rey donde lo acusaron de ser el responsable de todos los problemas de las colonias americanas. En 1775, los colonos ya estaban dispuestos a la resistencia armada. Franklin decidió que era hora de abandonar Inglaterra y, en marzo, salió rumbo a Filadelfia. Cuando llegó, el 5 de mayo, se enteró de que los combates habían comenzado dos semanas antes.

Una leyenda bien establecida en Estados Unidos afirma que fueron los francmasones quienes hicieron la revolución; que fueron los francmasones de Boston quienes instigaron la resistencia violenta a las autoridades británicas; que fueron los francmasones quienes, disfrazados de pieles rojas, arrojaron el té al agua en la Fiesta del Té de Boston; que fueron los francmasones quienes firmaron la Declaración de Independencia, encabezaron la lucha revolucionaria durante la guerra de la Independencia y, en 1787, después de la victoria, redactaron la Constitución de Estados Unidos. Esta teoría no cae muy bien a algunos francmasones británicos, quienes admiran a Jorge III, o, al menos, simpatizan con él, y están casi tan avergonzados de ver a la francmasonería relacionada con los revolucionarios norteamericanos como con los revolucionarios decimonónicos de Francia, Italia, España y América del Sur. Aunque tampoco tienen muchas ganas de ofender a sus aliados estadounidenses en la OTAN, y se cuidan muy bien de criticar a ese francmasón revolucionario, George Washington[155]. Pero algunos estudios objetivos recientes han demostrado que la influencia de los francmasones en la revolución norteamericana ha sido exagerada.

Existen tres razones para ello. Algunos hombres que en realidad no eran francmasones pero que, con razón o sin ella, habían sido acusados de estar relacionados con la organización, fueron registrados como francmasones. También se incluyó a otros que más tarde se volvieron francmasones pero que aún no lo eran cuando se involucraron en las actividades revolucionarias. Y no se ha tenido en cuenta el papel de los francmasones antirrevolucionarios. De hecho, de los cincuenta y cinco hombres que firmaron la Declaración de Independencia, sólo nueve eran masones certificados; y de los treinta y nueve que aprobaron la Constitución de Estados Unidos en 1787, sólo trece eran, o se volvieron, masones; dos de ellos lo hicieron después de 1787, y sólo tres eran masones antes del estallido de la revolución, en 1775[156]. Muchos se incorporaron a la masonería durante la guerra, porque para esa época ya corría el rumor de que los francmasones habían iniciado la revolución; y el ejército revolucionario mantuvo la práctica del ejército inglés de tener logias militares sin límites territoriales. Treinta y tres generales del ejército continental norteamericano y ocho de los asistentes y secretarios militares de Washington eran francmasones[157].

Existen un interés y una controversia especiales respecto del papel jugado por los francmasones en la Fiesta del Té de Boston. Al anochecer del jueves 16 de diciembre de 1773, o 60 o 200 hombres vestidos de nativos norteamericanos —los registros no concuerdan en cuanto al número—

salieron de la Green Dragon Tavern, cerca del puerto de Boston, lugar donde, un jueves por mes, se reunía la Logia francmasónica St. Andrews. Los «indios» abordaron los tres buques británicos que estaban anclados en el muelle Griffins. Abrieron 340 arcones de té y arrojaron su contenido al agua. El valor del té era alrededor de 10 000 libras (300 000 libras en precios de 1999). Luego los «indios» volvieron a la taberna y jamás se los volvió a ver. Mucha gente creyó que eran los francmasones de la Logia St. Andrews, que habían llegado a su reunión habitual en la Green Dragon munidos de sus bolsos que, esta vez, no contenían los tradicionales mandiles masónicos sino los trajes de pieles rojas, que se llevaron consigo después de volver a la taberna[158].

Algunas investigaciones recientes desmienten esta conocida historia. La Logia St. Andrews de Boston se había creado en 1752 y sus miembros se reunían con regularidad en la Green Dragon Tavern. El jueves 9 de diciembre de 1773 llevaron a cabo su habitual reunión mensual a la que asistieron catorce miembros y diez visitantes, pero, como no habían completado las actividades, llamaron a un receso de una semana hasta el 16 de diciembre. Pero en esa fecha sólo se presentaron cinco miembros. Las leyes de la logia del 16 de diciembre registran esos cinco nombres, y debajo hay una nota: «Logia cerrada (por la escasa cantidad de miembros presentes) hasta mañana por la noche».

Se ha sugerido que esta nota se agregó más tarde, con el objeto de ocultar el hecho de que la logia se había reunido el 16 de diciembre y sus miembros, en vez de dedicarse a cuestiones de la masonería, habían abordado los barcos ingleses en el muelle y habían destruido el té; pero un análisis del libro de actas original ha convencido a un versado historiador masónico de que eso es improbable. Su teoría es que, como los miembros de la Logia St. Andrews no se reunieron el 16 de diciembre, la sala en la que deberían haberse reunido había sido utilizada por otra organización, el comité noreste de la organización local Hijos de la Libertad, un grupo político compuesto en su mayoría por artesanos radicales. Admite que algunos miembros de la Logia St. Andrews pertenecían a los Hijos de la Libertad, y que algunos de los que asaltaron los barcos podrían haber pertenecido a la logia; pero fueron los Hijos de la Libertad, y no la Logia masónica St. Andrews, quienes planearon y llevaron a cabo la Fiesta del Té de Boston[159].

Las ideas revolucionarias se propagaban a lo largo de las colonias. Patrick Henry, en Virginia, era particularmente vehemente. Ya en 1765 convocaba voluntarios que estuviesen dispuestos a recibir entrenamiento militar y a

combatir por la libertad. Además, inspiraba e impresionaba a los miembros de la legislatura de Virginia con su fogosa oratoria. «Tanto Tarquino como César tuvieron cada cual su Bruto. Carlos I tuvo a Cromwell, y Jorge III […]» Había leales al rey en la legislatura que en este punto interrumpieron a Henry con indignados gritos de «¡Traición!». Pero Henry prosiguió: «[…] y Jorge III podría beneficiarse de esos ejemplos. Si eso es traición, aprovechémosla». Diez años después arengaba a las gentes de Virginia instándolas a luchar contra los británicos, por la libertad. «¿Acaso la vida es tan querida y la paz tan dulce que deba comprárselas al precio de cadenas y esclavitud? ¡Dios Todopoderoso no lo permita! No sé qué rumbo tomarán los demás, pero en cuanto a mí, ¡dadme la libertad o dadme la muerte!». Esa vez nadie lo interrumpió con gritos de «¡Traición!». Probablemente Patrick Henry no fuera masón, pero no sólo los francmasones eran revolucionarios.

En 1774, se reunió en Filadelfia el Congreso Continental, en el Carpenters' Hall; no podían reunirse en la legislatura porque funcionarios británicos leales al rey tenían sus oficinas allí[160]. El Congreso proclamó un boicot contra las mercaderías británicas y creó una «Asociación Continental» destinada a vigilar su cumplimiento. Para desilusión de los extremistas, no llegaron a declarar la independencia. Pero en abril de 1775, mientras los norteamericanos se preparaban para la lucha, el general Gage, comandante en jefe de Gran Bretaña en América del Norte, envió tropas de Boston a Lexington y Concord para atacarlos, y la guerra comenzó. Gage ofreció una amnistía a los líderes revolucionarios, pero exceptuó al francmasón de Massachusetts, John Hancock, porque era «demasiado facineroso y corrupto para otorgarle esa consideración». Los revolucionarios de Boston se enteraron de la ofensiva británica y enviaron al francmasón Paul Revere en su famosa misión a Lexington, a fin de prevenirlos. En junio de 1775 las tropas británicas chocaron con voluntarios norteamericanos en Bunker Hill y hubo intercambio de disparos. Los norteamericanos retrocedieron, pero los británicos perdieron un tercio de sus hombres. Había comenzado la guerra.

Benjamin Franklin tenía una mente clara y lógica. Sabía que si se llegaba a una guerra abierta, los norteamericanos no podrían derrotar fácilmente al ejército británico. Por eso, esperaba poder convencer a los franceses de que intervinieran en favor de los norteamericanos. No eran pocos los que dudaban de la conveniencia de esta alianza. En Inglaterra había gran simpatía por la causa norteamericana y la mayoría de los whigs la apoyaban. Uno de los partidarios más ardientes era el francmasón Edmund Burke. Este apoyo británico se perdería si los norteamericanos se aliaban con Francia, el

enemigo nacional de Gran Bretaña. Pero Franklin no tenía dudas de que las armas francesas serían más útiles que la simpatía británica.

El gobierno francés estaba aplicando la política a la que las grandes potencias suelen recurrir cuando quieren perjudicar a un estado hostil sin arriesgarse. En la guerra de los Siete Años, Francia había perdido Canadá y la India a manos de los británicos. El conflicto en América del Norte era la oportunidad que los franceses necesitaban para recuperar lo que habían perdido. Cuando se enteraron de lo que estaba ocurriendo, enviaron a Julien Achard de Bonvouloir a alentar la resistencia de los norteamericanos; pero no querían involucrarse hasta estar seguros de que éstos ganarían.

Después de retornar a Filadelfia desde Londres, Franklin y su colega John Jay mantuvieron tres reuniones secretas con Bonvouloir en diciembre de 1775 en el Carpenter's Hall[161]. Bonvouloir se mostraba alentador, pero no quería comprometer al gobierno de Francia.

Hacia el verano de 1776 el Congreso Continental había emitido la Declaración de Independencia, inspirándose en gran medida en las ideas del revolucionario radical inglés Thomas Paine, que había llegado a Norteamérica desde Inglaterra y había escrito el libro Common Sense (Sentido común), en el que arengaba a los norteamericanos a derrocar la monarquía de Jorge III y declarar la república. Contrariamente a lo que se ha dicho, Paine no era francmasón, aunque estaba interesado en la francmasonería, y en años posteriores escribió un libro al respecto en el que repetía el mito inexacto de que sus orígenes se remontaban a los antiguos druidas galeses[162].

Como los funcionarios británicos ya se habían marchado, el Congreso se reunió en la legislatura, que hoy se conoce como Salón de la Independencia. La Declaración de Independencia se proclamó el 4 de julio de 1776. Fue redactada por Thomas Jefferson, que no era masón. El presidente del Congreso, Hancock, firmó en primer lugar. Se le preguntó por qué había firmado con una letra tan grande. Respondió que era para que Jorge III pudiera leerla sin ponerse los lentes[163].

Franklin persuadió al Congreso de que enviara delegados a Versalles, a fin de negociar con el gobierno francés. Él y sus colegas emprendieron el viaje en barco, y llegaron a Francia sin sobresaltos en diciembre de 1776.

El rey Luis XVI halló una manera fácil de ayudar a los norteamericanos. Había un joven noble, Marie Joseph Paul Yves Roch Gilbert du Motier, marqués de La Fayette, que era un típico miembro de la aristocracia joven y progresista cuyos ideales eran la libertad, el gobierno constitucional y la tolerancia religiosa; y que se había convertido en francmasón. El rey le

autorizó a reunir un grupo de voluntarios para luchar por la libertad de Norteamérica. Franklin, realista implacable, se dio cuenta de que eso no sería suficiente; debía intentar convencer al gobierno francés de que declarara la guerra a Inglaterra.

Necesitó dieciocho meses de discusiones para lograr su objetivo. Su personalidad, su encanto y su vinculación con algunos de los francmasones franceses le habían procurado cierta popularidad en la sociedad parisina y en Versalles; pero eso solo no habría alcanzado para involucrar a Francia en la guerra si no hubiera llegado la noticia de la rendición del general Burgoyne y su ejército ante los norteamericanos en Saratoga. Ese hecho convenció al gobierno francés de que el ejército revolucionario norteamericano era una fuerza combatiente seria; y el que poco después el general británico *sir* William Howe capturara Filadelfia pareció un mero revés temporal luego del triunfo de Saratoga. En febrero de 1778 Francia declaró la guerra a Gran Bretaña, y en junio de 1779 España entró en la guerra del lado francés, aunque el gobierno español no reconoció a Estados Unidos como país aliado pues no se fiaba de las intenciones norteamericanas en lo tocante a los territorios españoles de Florida y Louisiana.

Los líderes de mayor jerarquía de la francmasonería norteamericana eran leales al rey. De los siete Grandes Maestros Provinciales, cinco apoyaban a Jorge III y condenaban la agitación revolucionaria contra la autoridad establecida**[164]**.

Joseph Galloway, abogado de Pensilvania que probablemente era francmasón, era un gran amigo de Benjamin Franklin. Cuando éste marchó a Londres, confió sus documentos a Galloway. En 1775, a su regreso a América, Franklin visitó a Galloway, quien se había retirado a sus propiedades en el campo, y lo instó a unirse a la lucha revolucionaria contra Jorge III. Pero, por primera vez, Galloway no estuvo de acuerdo con Franklin y le dijo que permanecería leal al rey. Cuando las fuerzas británicas marcharon sobre Filadelfia, Galloway se presentó en el cuartel de Howe y ofreció sus servicios; y cuando Howe capturó la ciudad nombró a Galloway superintendente de policía a cargo del gobierno civil. Los británicos retuvieron Filadelfia sólo nueve meses, y cuando la evacuaron, Galloway se fue con ellos y se embarcó hacia Inglaterra. Jamás regresó a Estados Unidos; residió en Inglaterra hasta su muerte, en 1802. En 1788 la Asamblea de Pensilvania lo declaró culpable de alta traición y ordenó que se confiscaran sus propiedades**[165]**.

No es sorprendente que los oficiales del ejército inglés que se habían incorporado a logias de regimiento en las colonias norteamericanas cumplieran con sus obligaciones y fueran leales al rey. Un masón prominente de la administración británica era *sir* William Johnson, quien probablemente haya sido uno de los responsables de propagar el denominado Rito Escocés en el continente norteamericano. En la década de 1750, se le asignó la tarea de contactar las tribus de nativos norteamericanos del oeste, más allá del río Ohio, que seguían siendo independientes y habían tenido pocos contactos con los norteamericanos blancos. Algunas de esas tribus contaban con feroces luchadores, en especial los mohawk, y el gobierno británico tenía la esperanza de sumar su apoyo contra los franceses en la guerra de los Siete Años.

Johnson era un hombre imaginativo y emprendedor y se hizo íntimo amigo del jefe de los mohawk. La hija del jefe se convirtió en amante de Johnson —quien le dio el nombre inglés de Molly— y éste se interesó en su joven hermano Thayendangea[166]. Le dio al muchacho el nombre de Joseph Brant. Joseph fue criado en la casa de Johnson y Molly, y cuando creció combatió junto a Johnson en varias batallas contra los franceses. Johnson lo nombró su secretario, y antes de que aquél muriera, en 1774, Joseph Brant había sido completamente aceptado por el gobierno inglés en Norteamérica. En 1775 partió a Inglaterra y el año siguiente fue invitado a ingresar como francmasón en una logia inglesa; fue el primer nativo norteamericano en convertirse en masón. Después regresó a América del Norte para alzar en armas a los mohawk y luchar, del lado del ejército británico, contra los rebeldes norteamericanos[167].

Otro norteamericano leal a los ingleses fue el coronel *sir* John Johnson, un francmasón que había sido iniciado en una logia militar. Después de la guerra, los revolucionarios victoriosos confiscaron todas sus propiedades. Se marchó a Inglaterra y más tarde fue enviado a Canadá y nombrado Superintendente General de Asuntos Indios en América del Norte. Alcanzó el grado de Gran Maestro de la Gran Logia Provincial de Quebec en 1787[168].

Los británicos tenían otro funcionario imaginativo y atrevido para lidiar con las tribus nativas norteamericanas. Es probable que el coronel John Butler se haya convertido en francmasón en una logia militar británica apostada en Nueva York; pero, debido a su actitud poco convencional y su deseo de establecer contactos fuera de los círculos militares británicos, se incorporó a una logia civil en Albany, estado de Nueva York, y más tarde se convirtió en secretario de la prestigiosa Logia St. Patrick de Johnstown, Nueva York.

Cuando estalló la guerra de la Independencia, el coronel Butler se ofreció a formar una unidad compuesta de algunos soldados británicos y nativos norteamericanos mohawk para luchar como guerrilleros contra los revolucionarios norteamericanos. Se hicieron conocidos como los «Rangers de Butler». Su hijo, el capitán Walter Butler, era uno de sus oficiales; pero él confiaba principalmente en Joseph Brant y los mohawk. Butler no se sentía obligado a observar las reglas de cortesía del arte de la guerra del siglo XVIII; estaba sosteniendo una guerra contra rebeldes, y alentó a los mohawk a luchar con sus métodos habituales, con arcos y flechas y tomahawk, así como a matar y torturar a sus prisioneros**[169]**. Los norteamericanos blancos estaban indignados, y pensaban que la acción del gobierno británico al servirse de los mohawk era incluso más vil y criminal que la utilización de los «salvajes de Hesse», mercenarios alemanes que habían reclutado en los territorios que Jorge III poseía en Hanover y otros lugares de Alemania.

Butler y los mohawk atacaron y mataron a los norteamericanos en varios choques sanguinarios; los prisioneros que eran capturados vivos eran entregados a los mohawk, que los torturaban hasta la muerte. Pero, según la historia publicada unos treinta años más tarde, cuando el coronel del ejército revolucionario norteamericano John McKinstry, que era francmasón, fue capturado por los mohawk de Brant y, atado a un árbol, esperaba que le aplicaran el sacrificio ritual de los aborígenes, tuvo la ocurrencia, como último recurso, de realizar el gesto masónico de reconocimiento. Brant lo vio y ordenó que lo desataran. Después, lo trasladó a Canadá, donde fue liberado y enviado a reunirse con el ejército norteamericano. Terminada la guerra, Brant lo visitó en su casa de Greendale, Nueva York, y en 1805 fueron juntos, acompañados por el autor William Stone, a una reunión de una logia masónica en Hudson, Nueva York. Stone, que narra la escapatoria de McKinstry en el libro The Life of Joseph Brant (La vida de Joseph Brant), declara que McKinstry siempre habló bien de Brant y no dejó de expresar su gratitud hacia él.

La historia es un poco sospechosa, porque según Stone tuvo lugar en la batalla de los Cedros, el 20 de mayo de 1776, cuando Brant aún estaba en Inglaterra; y, para hacerla creíble, se sugirió que sucedió no en los Cedros sino en la batalla de Oriskany, en lo que ahora es el estado de Nueva York, el 4 de agosto de 1777, fecha en la que Brant estaba presente con seguridad al mando de sus mohawk, formando parte del ejército del francmasón *sir* John Johnson. Existe una historia casi idéntica respecto del teniente Jonathan Maynard y el mayor John Wood, que fueron capturados por los mohawk de

Brant el 30 de mayo de 1778 y el 19 de julio de 1779 respectivamente. En ambos casos, estaban a punto de ser torturados hasta la muerte cuando hicieron la señal masónica; Brant la reconoció, ordenó a los mohawk que los liberasen y los trasladó a Canadá, donde fueron retenidos como prisioneros de guerra unos meses, y después intercambiados por rehenes británicos en manos de los norteamericanos[170].

El simple y primitivo mohawk se tomaba muy en serio el juramento masónico; pero, desafortunadamente para el teniente del ejército revolucionario Thomas Boyd (que se había incorporado a la logia militar número 19 en Pensilvania, durante la guerra), el 13 de septiembre de 1779, cuando fue capturado por los Rangers de Butler y los mohawk de Brant, también estaba presente el coronel Butler. Boyd hizo la señal masónica, y, como era habitual, Brant ordenó que lo liberaran. Pero Butler sabía que el deber de un oficial del ejército de servir a su rey estaba por encima de las obligaciones masónicas, y que éstas no debían invocarse para proteger a los rebeldes. Butler le pidió a Boyd que revelara el paradero de las fuerzas del general norteamericano Sullivan. Como Boyd se negó, el coronel Butler ordenó a su hijo, capitán Walter Butler, que lo entregara a los mohawk para que lo torturaran. Boyd murió bajo tortura y los Rangers de Butler continuaron su avance, dejando el cadáver insepulto en el sitio donde había muerto. Más tarde los norteamericanos lo recuperaron y la Gran Logia de Pensilvania decidió que se ofreciera a Boyd un funeral masónico[171].

Los norteamericanos contaron muchas historias referidas a las atrocidades del coronel John Butler y a los revolucionarios capturados a los que él había ahorcado o dejado morir de inanición. No le habrían mostrado ninguna misericordia si hubiera caído en sus manos, pero Butler consiguió huir a Canadá, donde se transformó en un miembro certificado de la Logia de St. John de la Amistad número 2, y más tarde llegó al cargo de Maestro. Fue el primer Gran Maestro Vigilante de la Gran Logia Provincial de Alto Canadá. Inició a muchos de sus antiguos camaradas de los Rangers de Butler como miembros de la logia. Brant se unió a ella durante un tiempo, antes de volver a Ohio con su pueblo, los mohawk[172].

Además de conseguir el apoyo de los nativos norteamericanos en el oeste, los británicos intentaron sumar a los esclavos negros del sur. Los plantadores y dueños de esclavos de Georgia y las Carolinas estaban a favor de la guerra contra Gran Bretaña. Si prestaron atención a la Declaración de Independencia de Jefferson, en la que se dice que todos los hombres son iguales, supusieron que eso se refería a todos los hombres blancos y que excluía a los esclavos

negros de la misma manera que excluía a las mujeres. Se trataba de un serio error de su parte. La frase de Jefferson, «Todos los hombres son iguales», fue recordada por los hombres que liberaron a los esclavos y obtuvieron la igualdad de derechos para mujeres y negros. El año 1776 fue un requisito necesario para 1863, 1922 y 1964.

Cuando los británicos capturaron Savannah y Charleston, alentaron a los esclavos de amos rebeldes a huir y sumarse a ellos; los británicos podrían encontrar trabajo para ellos en las fortificaciones y como mano de obra y sirvientes para la guarnición. Recibían con los brazos abiertos a los esclavos que alcanzaban sus líneas, y hasta iniciaron a algunos de ellos en las logias militares francmasónicas[173], aunque hasta ese momento no se había permitido a ningún negro incorporarse a logia alguna en las colonias de América del Norte. Esto era una flagrante hipocresía de parte de los británicos. Poseían esclavos en sus territorios de las Indias Occidentales y seguían teniendo un rol importante en el tráfico, en ese comercio de tres vías que iba de Liverpool a la costa africana occidental con productos para los jefes africanos, luego desde la costa de África a las Indias Occidentales con los esclavos que los jefes africanos nativos les habían vendido y, finalmente, de regreso de las Indias Occidentales a Liverpool con azúcar. La Cámara de los Comunes rechazó proyectos que proponían abolir el tráfico de esclavos, y la Cámara de los Lores, por su parte, consideró que la abolición perjudicaría el comercio británico frente a los competidores del extranjero.

Cuando, durante la última etapa de la guerra, norteamericanos y franceses sitiaron Yorktown, los soldados de la guarnición inglesa, que sufría escasez de alimentos, echaron a todos los negros del pueblo, con la intención de que murieran de hambre entre las líneas o fueran recapturados y castigados como esclavos fugitivos por sus amos de Georgia. En algunos casos, ciertos oficiales británicos trataban a los esclavos que huían hacia sus líneas como propiedad enemiga capturada, o botín de guerra, y los vendían a plantadores de las Indias Occidentales Británicas, donde eran tratados al menos con la misma dureza que en Georgia o en Carolina del Sur.

Por otro lado, el espíritu de libertad que animaba a los revolucionarios norteamericanos los hacía dudar, al menos hasta cierto punto, de la corrección de la esclavitud y la forma en que trataban a los negros. Se aceptaron esclavos negros en el ejército revolucionario y se les otorgó la libertad como recompensa por su servicio en combate. En 1779, el quince por ciento del ejército revolucionario estaba compuesto por negros. Al fin de la guerra se abolió la esclavitud en los estados norteños de Vermont, Massachusetts y

New Hampshire, y se habían aceptado planes para la emancipación gradual de esclavos en Connecticut, Rhode Island y Pensilvania[174].

El heroico Nathan Hale no era francmasón, aunque se trata de otro de los casos en los que los masones sostuvieron erróneamente que se trataba de un hermano; lo habían confundido con un segundo Nathan Hale que combatió en el ejército revolucionario y murió en 1780. El Nathan Hale que no era masón fue enviado por Washington a espiar detrás de las líneas británicas en Long Island. Los británicos lo capturaron, y el 22 de septiembre de 1776 lo ahorcaron en un lugar que hoy es el cruce de Market Street y East Broadway, en la ciudad de Nueva York. Pidió que se le facilitara una Biblia y se le permitiera hablar con un capellán antes de que lo colgaran; pero el general Howe, quien había ordenado la ejecución, rechazó la solicitud diciendo que no había tiempo que perder. Las últimas palabras de Hale fueron: «Lamento tener una sola vida que perder por mi país[175]».

Benedict Arnold era francmasón. Fue iniciado en una logia de New Haven, Connecticut, en 1763. Él fue el principal responsable de la primera gran victoria norteamericana en la guerra de la Independencia, cuando el ejército inglés bajo las órdenes del general Burgoyne se rindió en Saratoga, en 1777. Pero sus enemigos personales dentro de la administración política norteamericana en Filadelfia lo acusaron de actos de indisciplina y negligencia. Recibió críticas por ello y, exasperado, decidió desertar y unirse a los británicos.

El general Howe envió a un oficial británico, el mayor André, a entrevistarse con Arnold. André fue capturado detrás de las líneas norteamericanas y lo trataron como espía; pero sus captores apenas echaron una ojeada a sus documentos y, sin leerlos bien, se los enviaron a su general, Benedict Arnold. Éste se dio cuenta de lo que había sucedido y, sin perder el tiempo, cruzó a las líneas británicas. Los norteamericanos lo tacharon de architraidor y de inmediato fue expulsado de su logia de Connecticut, ya que la regla masónica de que una logia no debe involucrarse en política no se aplicaba en la Norteamérica revolucionaria.

Como André había sido capturado detrás de las líneas norteamericanas, fue tratado como espía; entonces Washington envió a Aaron Ogden, que era un dirigente político prominente entre los norteamericanos y francmasón, a proponerle al general inglés *sir* Henry Clinton la liberación de André y pedirle, como contrapartida, que entregara a Benedict Arnold a los norteamericanos. Pero Clinton rechazó la propuesta y André fue juzgado por una corte marcial. Uno de sus jueces fue el francmasón Samuel Parsons. Se le

sentenció a morir en la horca. Washington rechazó su pedido de que lo ejecutaran con un pelotón de fusilamiento y la sentencia, tal cual había sido dictada, se llevó a cabo bajo la supervisión del francmasón Jonathan Bancroft.

Después de la guerra, Benedict Arnold se trasladó a Londres. Los británicos le pagaron 6315 libras en compensación por la confiscación de sus propiedades de América; pero, al igual que los norteamericanos, lo despreciaban por traidor, y murió en el olvido en Londres, en 1801. Los norteamericanos declararon que murió lamentando amargamente su traición y que sus últimas palabras fueron: «Dejadme morir en el viejo uniforme con el que peleé mis batallas por la libertad. Dios me perdone por haberme puesto otro[176]».

John Paul Jones era francmasón. Nació en 1747 con el nombre de John Paul en Kirkbean, Escocia, hijo de un jardinero. De muchacho, ansiaba hacerse a la mar, y consiguió entrar a trabajar como aprendiz para el dueño de un barco en Whitehaven, Cumberland, que, como muchos otros, participaba del tráfico de esclavos. Paul comenzó a navegar desde muy joven. Estaba regresando de un viaje de tráfico de esclavos a las Indias Occidentales cuando tanto el capitán como el segundo de a bordo cayeron enfermos y fallecieron. La tripulación, abandonada sin líderes en un barco infestado, no sabía qué hacer; entonces el joven Paul se puso al mando y consiguió que el barco llegara al puerto de Whitehaven. A los veintitrés años de edad se hizo francmasón, uniéndose a una logia de Kirkcudbright en noviembre de 1770. Poco después se hizo a la mar nuevamente, navegando como oficial de cubierta en un barco que comerciaba con esclavos negros entre las islas de las Indias Occidentales, con base en la de Tobago.

Allí se ganó la reputación de osado y brutal. Ordenó que azotaran a un carpintero holgazán que se negaba a trabajar. El carpintero lo demandó por agresión en las cortes de Tobago, pero perdió. Se contaba la historia de que había encontrado al carpintero durmiendo y que le había arrojado trementina y le había prendido fuego. Es probable que la historia sea falsa; pero Paul se volvió muy impopular entre los negros de Tobago cuando mató a un marinero amotinado que lo había amenazado con un garrote. Se marchó deprisa de Tobago para evitar que los furiosos nativos lo lincharan. Navegó rumbo a Carolina del Norte, donde se hizo muy amigo de un masón local de nombre Jones. Paul cambió su nombre a John Paul Jones en homenaje a su amigo. Abandonó la marina mercante británica y se instaló en Carolina del Norte; pero sus esfuerzos por montar una empresa agrícola no dieron resultado y se

encontraba sumido en la pobreza cuando, en 1775, estalló la guerra de la Independencia[177].

Jones ofreció sus servicios a los norteamericanos, solicitándoles combatir en su armada contra los británicos. Lo nombraron oficial de cubierta de un buque de guerra y, después de que hubo dado pruebas de su habilidad y valentía, le dieron el mando de una nave, The Providence, en la que combatió con éxito contra la Armada británica. En el verano de 1777, fue designado capitán de The Ranger, una fragata de veintiséis cañones, y se le ordenó partir rumbo a Francia con la noticia de la victoria de Saratoga. Cuando Francia entró en la guerra, le dio el mando de un escuadrón de siete buques. Cambió el nombre de The Ranger por Le Bonhomme Richard, como tributo a Poor Richard's Almanack (El almanaque del pobre Richard), de Benjamin Franklin, que había sido traducido al francés y se había convertido en un *bestseller* en Francia. Pero en Le Bonhomme Richard flameaba la bandera norteamericana.

Los británicos acusaron a Jones de traidor y pirata; y probablemente lo habrían colgado si lo hubieran atrapado. Pero él no tenía intención de que lo capturaran. Sus proezas, que eran naturalmente exageradas por la propaganda de tiempos de guerra, despertaban el mayor entusiasmo en América del Norte. Los británicos habían combatido, destruido propiedades, ocupado ciudades y matado norteamericanos en tierra norteamericana, pensando que Gran Bretaña estaba a salvo de cualquier contraataque; pero ahí estaba John Paul Jones, golpeándolos en sus propios mares.

Muchas de sus tentativas fueron infructuosas, porque era demasiado aventurero, o los otros capitanes de su escuadra demasiado tímidos, o a veces sólo debido a la mala suerte. El plan de destruir los buques británicos anclados en Belfast Lough falló porque cambió el viento. Entró en el muelle de Whitehaven, que tan bien conociera en sus días de juventud, pero no alcanzó a prender fuego a los barcos. Luego fondeó en la isla St. Mary de la bahía de Kirkcudbright, con la intención de capturar al conde de Selkirk; pero éste no estaba en su casa y el ataque no le reportó otra ganancia que dar a sus hombres la oportunidad de saquear. Éstos robaron el plato de plata de *lady* Selkirk. Jones se lo compró y lo devolvió a su dueña.

Pero los norteamericanos y franceses celebraban sus éxitos, no sus fracasos. En Francia fue aclamado cuando capturó el buque británico Drake y lo llevó como trofeo a Brest; pasaron por alto el hecho de que los cuarenta cañones del Bonhomme Richard superaban fácilmente el poder de fuego del Drake.

Después de navegar alrededor de Escocia desde la costa oeste a la este y de eludir una escuadra británica de Cape Wrath, planeaba entrar en el puerto de Leith y bombardear la ciudad. Pero también fracasó, porque sus capitanes tardaron mucho en unírsele, y cuando llegaron ya había cambiado el viento. Navegando al sur desde Leith, decidió entrar en Tyne e incendiar los barcos que estaban allí; pero, otra vez, tuvo que esperar a sus capitanes, y cuando ellos llegaron el viento había vuelto a cambiar. Sin embargo, los reveses en Leith y Tynemouth fueron el preludio de su mayor triunfo.

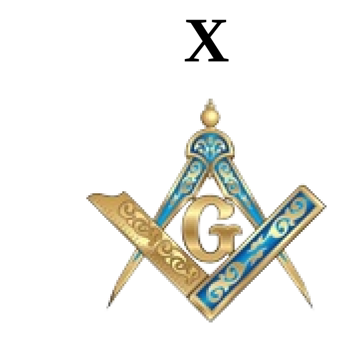
Continuó su travesía hacia el sur en el Bonhomme Richard, acompañado por el *Alliance* y el *Pallas*. El 23 de septiembre de 1779, a la altura de Flamborough Head, se topó con dos buques británicos, el *Serapis* y el *Countess of Scarborough*, al mando del capitán *sir* Richard Pearson, a quien habían enviado con la misión de interceptarlo. El *Alliance* huyó sin presentar batalla. El *Pallas* se enfrentó al Countess of Scarborough —los dos eran barcos más pequeños, de veinte cañones— y Jones, con los cuarenta cañones del Bonhomme Richard, quedó frente al Serapis, cuyos cuarenta y cuatro cañones tenían un alcance mayor que los de Jones. Se requerían audacia y temeridad para salvar la situación y ésas eran cualidades que Jones poseía. Después de tres horas y media de lucha, con el Bonhomme Richard muy maltrecho, se las arregló para acercarse tanto al Serapis que ya ninguna de las dos naves podía usar sus cañones. Saltó a bordo del Serapis y arrojó dos granadas de mano a la bodega; éstas provocaron que unos explosivos entraran en ignición, lo que causó un gran daño. Cuando el aterrorizado artillero del Serapis subió a cubierta, Jones lo mató de un golpe con la culata de la pistola. Entonces, *sir* Richard Pearson arrió los colores del Serapis y se rindió. El Countess of Scarborough ya se había rendido ante el Pallas. Como el Bonhomme Richard se estaba hundiendo, Jones transfirió su tripulación al Serapis y se alejó dejando allí a *sir* Richard Pearson, quien no tuvo otra opción que explicar lo sucedido en una corte marcial[178].

John Paul Jones tuvo una gran recepción cuando volvió a Filadelfia. Después, se marchó a París, donde también fue recibido como un héroe. El rey Luis XVI le regaló una espada con empuñadura de oro y la reina María Antonieta lo recibió en su palco de la ópera[179]. Pero después del fin de la guerra de la Independencia norteamericana, ya no le quedaba nada por hacer en Francia, por lo que se dirigió a Rusia y ofreció sus servicios a Catalina la Grande, quien lo nombró contralmirante de su armada y lo envió a luchar contra los turcos en el Mar Negro. Pero los almirantes rusos estaban celosos de él e inventaron la historia de que había atacado sexualmente a una niña de

catorce años. Él negó con firmeza esta acusación y, después de convencer a Catalina la Grande de que era falsa, ella lo recibió en audiencia y le otorgó la Orden de Santa Ana. Él retornó a París, donde en 1792, a los cuarenta y cinco años de edad, murió de hidropesía[180].

Es, por cierto, una extremada simplificación decir que los francmasones hicieron y dirigieron la Revolución norteamericana. Algunos revolucionarios eran francmasones y otros no. Thomas Jefferson, John Adams, Alexander Hamilton, Thomas Paine, Nathan Hale y Patrick Henry no eran francmasones. Y algunos masones apoyaron a Jorge III, entre ellos enemigos implacables de los norteamericanos como el coronel John Butler. Pero no es sorprendente que una hermandad a la que pertenecían Benjamin Franklin, George Washington, John Hancock, James Madison[181], James Monroe, Paul Revere, John Paul Jones y La Fayette haya recibido el reconocimiento, y haya sido culpada, por el papel que jugó en la Revolución norteamericana y en la creación de Estados Unidos de América.

X



La flauta mágica

Los francmasones franceses deseaban ser tan respetables como sus pares ingleses. Si la Gran Logia de Inglaterra podía tener Grandes Maestros nobles y hermanos de la realeza, ¿por qué no los masones de Francia? En 1738 eligieron al joven duque de Antin como Gran Maestro, y en 1743, cuando falleció, Louis de Bourbon-Condé, conde de Clermont y abate de St. Germain des Près, uno de los nobles más importantes de Francia, fue elegido Gran Maestro después de vencer a dos candidatos de la más alta jerarquía, el príncipe de Conti y el mariscal Saxe. Catorce meses más tarde, Saxe se convirtió en héroe nacional después de su victoria sobre los británicos en la batalla de Fontenoy. Los francmasones cambiaron su nombre, Loge Anglaise, por el de Grande Loge de France; y en 1773 volvieron a cambiarlo por el de Grande Loge Nationale, o Grand Orient[182].

En la década de 1770 tenían pretensiones más altas y estaban a la búsqueda de un Gran Maestro de la realeza. Habían hecho correr el rumor de que el mismo Luis XV era francmasón, lo que era falso. Tampoco pudieron convencer a Luis XVI de que se incorporara. Su hermano, el conde de Provenza, quien luego se convertiría en el rey Luis XVIII, se mostró interesado, y se ha dicho varias veces que era masón; pero las pruebas disponibles parecen indicar que jamás se incorporó. El hermano menor de Luis XVI, Carlos, conde de Artois, sí lo hizo. Se inició como francmasón en 1778[183].

Es notable que el conde de Artois, quien cuarenta y seis años más tarde se convertiría en el rey Carlos X, haya sido masón. En la época en que fue coronado rey, en 1824, no sólo en Francia sino también en muchos otros países, los francmasones eran considerados una fuerza revolucionaria e

izquierdista; pero Carlos X era un enemigo mortal de la revolución y un defensor de la extrema derecha. En muchos aspectos era más inteligente que otros miembros de su familia, y eso lo llevó a interesarse por la masonería, a comprender la lógica de su deísmo y el desafío intelectual que representaba. Esa misma inteligencia le hizo darse cuenta de que las concesiones y la debilidad alientan a la oposición, y que la mejor manera de que él y su familia retuvieran el trono era suprimir, desde el comienzo, cualquier intento revolucionario y todas las señales de resistencia al régimen. Por otra parte, ya había adoptado esa actitud en 1778. El conde de Artois fue el jefe del grupo de cortesanos y ministros que instaron a Luis XVI a que no hiciera concesiones y a que rechazara todas las demandas de reformas.

Los francmasones tenían la esperanza de convencer al conde de Artois de que aceptara la dignidad de Gran Maestro, pero él se negó. Entonces buscaron otro candidato apto para el cargo. Se acercaron al «Muy Respetable y Muy Ilustre Hermano, Luis Felipe de Orleans, duque de Chartres[184]». Era hijo del primo de Luis XVI, el duque de Orleans, y su tatarabuelo había sido regente de Francia cuando Luis XV era un niño. Cuando le pidieron al duque de Chartres que aceptara el cargo de Gran Maestro, en un primer momento se negó alegando estar demasiado ocupado. Volvieron a intentarlo, pero rehusó por segunda vez. La tercera vez que se lo pidieron, aceptó. Los francmasones estaban encantados. Tenían como Gran Maestro al primo del rey, duque de Chartres, que pronto sería además duque de Orleans. Pensaban que eso demostraría lo respetables que eran; pero resultó ser uno de los errores más grandes que jamás cometieron.

En Prusia, Voltaire estaba cultivando la amistad de Federico el Grande. Voltaire, a diferencia de Federico, no era francmasón, pero los dos sentían la misma tolerancia deísta y la misma simpatía por la libertad política e intelectual, y ambos deploraban la intolerancia de la Iglesia católica. También compartían el interés por los criptogramas, lo que tal vez tuviese relación con el interés de Federico por los rituales de la francmasonería.

Una vez que Federico invitó a Voltaire a cenar a su palacio de Sans-Souci, en Postdam, le escribió:

$$\frac{P}{\text{Venez}} \text{ à } \frac{6}{100}$$

Voltaire aceptó la invitación respondiendo en el mismo estilo:

G a[185]

La amistad entre Federico y Voltaire sólo duró dos años. Después, tuvieron una violenta pelea: tomaron posiciones diferentes en una disputa sobre un oficial que había sido acusado de corrupción. Voltaire escribió un artículo sarcástico ridiculizando a Federico y su corte. Esto enfureció a Federico, quien demostró que su tolerancia y su creencia en la libertad de palabra tenían un límite. Ordenó que Voltaire fuera arrestado y expulsado de Prusia. Éste se fue a vivir a Suiza y siguió escribiendo sus incisivos y brillantes libros. Más tarde, ambos se reconciliaron lo suficiente como para mantener una amable correspondencia sobre la libertad intelectual y su común oposición a la Iglesia católica.

En febrero de 1778, Voltaire llegó a París por primera vez en veintiocho años. Recibió una gran bienvenida de parte de todos sus admiradores de la intelectualidad parisina. Benjamin Franklin, quien cuatro días antes había visto sus esfuerzos coronados por el éxito cuando Francia le declaró la guerra a Gran Bretaña, instó a Voltaire a convertirse en masón; y aquél aceptó, quizá sólo para complacer a Franklin. Fue iniciado en una logia parisina el 7 de abril de 1778, a los ochenta y tres años de edad, menos de dos meses antes de su muerte, acontecida el 30 de mayo[186].

En 1751, el papa Benedicto XIV emitió otra bula contra los francmasones; en ella reiteraba los conceptos de la bula de 1738 de su predecesor Clemente XII. La bula se debió a una sugerencia de los reyes de España y Nápoles. El Reino de Nápoles, conocido oficialmente como Reino de las Dos Sicilias, era el estado más grande de la península italiana; se extendía desde la frontera con los Estados Papales, unos ciento sesenta kilómetros al sur de Roma, hasta Calabria y todo el sur de Italia, e incluía la isla de Sicilia. Estaba gobernado por el rey de España y su familia (el hijo del rey de España, heredero al trono de ese país, era rey de Nápoles en vida de su padre). En 1751 Fernando VI era rey de España, y su hijo era el rey Carlos VII de Nápoles. En 1759 Carlos VII se convirtió en el rey Carlos III de España, y su hijo pasó a ser el rey Fernando IV de Nápoles.

Habían corrido rumores de que algunos de los cardenales del Vaticano eran francmasones, y que el mismo papa Benedicto había sido iniciado en una logia masónica[187]. Aunque estas historias eran bastante falsas, al Papa le resultó difícil resistirse a la sugerencia de los reyes de España y Nápoles de que lanzara un nuevo ataque para eliminar a la francmasonería. La bula de abril de 1751 fue seguida pocas semanas más tarde por decretos que

reprimían a los francmasones tanto en Nápoles como en España[188]. El gobierno portugués, como había demostrado en el caso de John Coustos, ya los había tratado con rigor. El gobierno francés no prestó más atención a la bula papal de 1751 que la que había prestado a la de 1738.

En el Imperio austrohúngaro, María Teresa continuaba con su política de represión contra la francmasonería, aunque por lo general la policía hacía la vista gorda con respecto a las actividades de los aristócratas que se incorporaban a una logia. Su marido francmasón, el emperador Francisco I, murió en 1765. Entonces, María Teresa dispuso que su hijo José fuera elegido sacro emperador romano José II y lo nombró corregente junto a ella del Reino de Hungría y de todos sus territorios Habsburgo. José no pudo hacer mucho en vida de su madre; pero después de su muerte, en 1780, pasó a ser el único gobernante del Imperio austriaco. En ese carácter, revirtió las políticas católicas reaccionarias de su madre e introdujo reformas liberales progresivas.

En Viena, la capital imperial, la influencia de la francmasonería iba en aumento, no sólo entre los intelectuales sino también en todos los círculos de moda. Los mandiles masónicos y otros emblemas se incorporaron a las ropas de mujer y se puso de moda usar guantes blancos. Era una reacción a la represión que María Teresa había llevado a cabo durante tantos años contra la masonería.

La francmasonería era particularmente fuerte entre los músicos. Franz Joseph Haydn —el viejo «Papá Haydn», como le decía la gente— era francmasón. No pertenecía a la principal logia masónica de Viena, la Zur Wohltätigkeit, sino a una más pequeña, la Zur Wahren Eintracht. Fue Haydn quien persuadió a su joven colega, Wolfgang Amadeus Mozart, de que se hiciera francmasón y se incorporara, no a la famosa logia Zur Wohltätigkeit, sino a la de Haydn, la Zur Wahren Eintracht. Mozart llegó a Viena en 1783 y fue iniciado en la logia de Haydn el año siguiente. Había varios hermanos distinguidos en la logia, entre ellos los filósofos Reichfeld e Ignaz von Born.

Mozart, como Haydn, estaba muy interesado en la francmasonería. Ocho composiciones suyas tienen relación con el tema. Tres de ellas las escribió en 1785, poco después de haberse incorporado a la logia. Se trata de la canción Die Gesellenreise, la «Apertura y Cierre de la Logia», que probablemente fue compuesta especialmente para una logia nueva, la Zur Neugekrönten Hoffnung, y la cantata breve Maurerfreude, en honor de Ignaz von Born. Seis años más tarde, en 1791, compuso otra cantata breve cuya letra estaba escrita por su amigo y libretista, Johann Emanuel Schikaneder, para la consagración de un templo masónico el 15 de noviembre de 1791. Para la misma época

compuso la cantata *Die ihr des unermesslichen Weltalls Schöpfer ehrt* (Opus 619), y la Maurerische Trauermusik, en ocasión del fallecimiento del duque Francisco Augusto de Mecklenburg-Strelitz y del príncipe Esterhazy[189]. Pero más importante que cualquiera de esas composiciones fue su ópera La flauta mágica; mas, para la época en que ésta se produjo, el año 1791, los francmasones se enfrentaban a una situación muy diferente.

La política de José —introducir el liberalismo mediante los decretos de un soberano autocrático— no era completamente exitosa. Revocó las medidas de su madre contra los judíos, extendió la educación popular y avanzó en el establecimiento de la libertad de prensa. Se permitía que los periódicos comentaran con libertad las cuestiones políticas e incluso que criticaran algunas de las medidas del emperador. Pero sus políticas de reforma agraria y abolición de la servidumbre y sus medidas para restringir el poder de la Iglesia se toparon con la oposición de grupos poderosos y se vieron frustradas por la burocracia gubernamental. Él sentía que estaban saboteando sus planes reformistas.

Respecto de los francmasones, mantuvo una política amistosa. Declinó su invitación de convertirse en Gran Maestro, pero les manifestó que aprobaba sus actividades[190]. Aunque el emperador no se oponía a que aristócratas e intelectuales educados conversaran en logias de masones, al ministro del Interior y al jefe de policía les resultaba muy sospechoso que los periodistas de clase media baja y los artesanos de la clase baja asistieran a reuniones de una sociedad secreta. En el Imperio austriaco, como en Francia, eso provocaba contradicciones en la política del gobierno respecto de los francmasones.

El problema estaba exacerbado por el surgimiento en Bavaria de la sociedad secreta que se hizo conocida como los Illuminati (los Iluminados) [191]. Considerando el interés y temor que despertaron, es extraordinario que hayan sido tan insignificantes en número. En su origen, la organización contaba solamente con cinco miembros. Fue fundada por Adam Weishaupt, un judío que había sido bautizado en la Iglesia católica y había llegado a ser profesor de derecho canónico en la universidad católica romana de Ingoldstadt, Bavaria. Las conferencias de Weishaupt en la universidad eran algo sospechosas desde el punto de vista del clero católico ortodoxo; pero él era mucho más audaz en las publicaciones internas y privadas que dirigía a los Iluminados. Las escribía bajo el seudónimo de Espartaco, el nombre del gladiador romano que había dirigido una revuelta de esclavos en el primer siglo después de Cristo y que, después de alarmar seriamente a las autoridades

romanas y a los esclavistas, fue derrotado y muerto en una batalla; muchos de sus seguidores capturados fueron crucificados. Weishaupt creía que él y un puñado de sus Iluminados podían derrocar todos los gobiernos de reyes y obispos en el Estado y en la Iglesia, para después gobernar el mundo, ya que sólo los Iluminados podían dar a la tierra un régimen libertario y tolerante.

Los Iluminados de Weishaupt pronto aumentaron su número más allá de los cinco miembros originales, y en un momento dado alcanzaron la cifra de dos mil quinientos. Weishaupt decidió que debían infiltrarse en la francmasonería. Había nexos obvios entre los francmasones y los Iluminados; ambos desaprobaban la persecución religiosa, y abogaban por la tolerancia y entendimiento entre hombres de diferentes puntos de vista religiosos. Pero la mayoría de los francmasones no concordaban con todas las doctrinas de los Iluminados; muchos no tenían idea de cuáles eran esas doctrinas y algunos ni siquiera habían oído hablar de ellos. Cuando los francmasones se dieron cuenta de cuáles eran los objetivos principales de los Iluminados, algunos objetaron que se los relacionara con ellos.

Uno de ellos era el barón Adolf von Knigge, un prominente masón alemán. En un primer momento había sido amigo de Weishaupt, y uno de sus colaboradores más cercanos; pero no pudieron ponerse de acuerdo respecto de la dirección que debía tomar la francmasonería, y ese conflicto llevó a una violenta disputa que minó y ayudó a destruir a los Iluminados. Al mismo tiempo, las autoridades de Bavaria actuaron contra los Iluminados. Weishaupt fue acusado de agitador sedicioso y blasfemo; lo expulsaron de la universidad y huyó de Bavaria para evitar el arresto y el juicio. En su apurada huida dejó atrás algunos papeles, que fueron encontrados y publicados por el gobierno de Bavaria. Los documentos causaron sensación, porque demostraban que los Iluminados estaban planeando revoluciones contra todos los gobiernos establecidos de Europa; y, en el entusiasmo, se pasó por alto la verdadera insignificancia de los Iluminados, así como la imposibilidad de que alguna vez alcanzaran sus objetivos.

Cuando, quince años más tarde, estalló en Francia la revolución de 1789, algunos dijeron que había sido obra de los Iluminados; otros, por la relación entre los francmasones y los Iluminados, culparon a los masones. A principios del siglo XX, el interés por los Iluminados, así como aquella imagen según la cual eran el peligroso centro secreto de la revolución mundial, revivió después de la revolución rusa de 1917 y de otros estallidos revolucionarios que surgieron después de la primera guerra mundial.

Dos factores alentaron a los contrarrevolucionarios de la década de 1920 a ver a Weishaupt y su organización como la fuerza que se ocultaba detrás de cada una de las revoluciones que se desencadenaron entre 1776 y 1919: el hecho de que Weishaupt fuera judío, y de que el seudónimo Espartaco también fuera utilizado por los comunistas alemanes, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, cuya Liga Espartaco inició una fallida revolución en Berlín en enero de 1919. Uno de los primeros convencidos de la siniestra influencia de Weishaupt y los Iluminados fue la autora británica Nesta Webster[192], quien en 1920 fundó una organización llamada los Fascistas Británicos, algunos años antes de que *sir* Oswald Mosley fundara su Unión Británica de Fascistas y la eclipsara. Su libro sobre los Iluminados obtuvo al menos cierta aprobación del hermano Winston Churchill, que había sido iniciado como francmasón cuando era un joven parlamentario conservador por Oldham, en 1901, aunque jamás ocupó un papel activo en la agrupación y permitió que su membresía venciera en 1911. Durante su apasionada fase antibolchevique posterior a la revolución rusa, estaba bastante dispuesto a creer que Lenin y Trotski eran herederos de Weishaupt[193].

Los Iluminados influyeron sobre la política de José II respecto de los francmasones. A diferencia de su padre, José no se hizo masón, aunque era un reformista liberal mucho más activo que Francisco I; pero los francmasones tenían motivos para esperar que mantuviera una política amistosa hacia ellos y pareció que sus esperanzas se cumplían cuando abolió las leyes contra la francmasonería que había decretado María Teresa. Pero José II, como otros estadistas y monarcas progresistas y bienintencionados, atemperó sus creencias teóricas con realismo político después de haber asumido el poder y haberse enfrentado a potenciales amenazas. No podía desdeñar las advertencias del jefe de policía, que afirmaba que las reuniones de una organización secreta podían ser peligrosas y que los francmasones podían constituir una amenaza revolucionaria contra su autoridad. Tampoco podía olvidar la relación de éstos con los Iluminados.

Pero tenía una razón más importante y más calculada para desconfiar de los francmasones. Federico el Grande era tan progresista como José II y, como él, simpatizaba con los francmasones; de hecho se rumoreaba, y era cierto, que el mismo Federico era un francmasón. El reino prusiano de Federico era el gran enemigo del Imperio austriaco, que había sido derrotado dos veces por Prusia en una larga guerra. En el caso de que estallara otra guerra entre Austria y Prusia, ¿acaso los francmasones, amigos de Federico, actuarían como agentes de éste dentro del Imperio austriaco?

Para sorpresa de todos, y para consternación de los francmasones, José II emitió un edicto, el 11 de diciembre de 1785, que él mismo escribió de puño y letra[194]. Declaraba que, por toda la información que había recibido, creía que las actividades de los francmasones eran beneficiosas; pero que habían peligros obvios en la existencia de una organización secreta, algunas de cuyas logias podrían ser utilizadas para ocultar actividades revolucionarias y sediciosas. Por lo tanto ordenaba que no existiera más de una logia de francmasones en cada provincia del Imperio, con excepción de las tres capitales, Viena, Budapest y Praga, en cada una de las cuales se podía formar hasta tres logias. Los francmasones debían entregar a la policía los datos de los funcionarios, miembros y sitios de reunión de todas las logias francmasónicas.

Aunque en ese momento el edicto de José II les produjo consternación, más adelante los francmasones lo consideraron beneficioso, comparado con lo que sucedería pocos años más tarde. En 1790, cuando José murió, ya había comenzado la Revolución francesa y en todas partes ese hecho aumentaba la hostilidad de los gobiernos hacia los francmasones. Antes de 1789, a pesar de todo lo que se había hablado de los Iluminados, los reyes de Europa y los conservadores no estaban tan asustados por la francmasonería; pero después del estallido de la revolución, creían que se habían dado cuenta demasiado tarde de que los francmasones eran los responsables de esa calamidad y que la habían estado planeando durante varios años en las reuniones de las logias.

En el caso de la Revolución francesa, al igual que en la Revolución norteamericana, algunos de los líderes revolucionarios eran francmasones y otros no; y si bien los enemigos de la revolución sostenían que los francmasones eran responsables, algunos de los más implacables oponentes a la revolución también eran francmasones, así como durante la revolución en América del Norte hubo francmasones que apoyaban ardientemente a Jorge III. Debido a eso, los francmasones ingleses más importantes, tanto en el siglo XVIII como en la actualidad, han sostenido que los francmasones no tuvieron nada que ver con las revoluciones de Estados Unidos y Francia; pero la creencia popular de los católicos y conservadores de Europa según la cual los francmasones fueron responsables no está enteramente injustificada. Muchos revolucionarios eran francmasones y su lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad parecía coincidir con la actitud de los francmasones. Éstos reclamaban la libertad de adorar al Dios que quisieran. Duques y nobles, junto con hombres de rangos inferiores, eran todos miembros de las mismas logias,

por lo que demostraban así su creencia en la igualdad; y se llamaban a sí mismos «hermanos», porque creían en la fraternidad[195].

En febrero de 1790, José II falleció y fue sucedido como sacro emperador romano por su hermano Leopoldo II. Los francmasones no sabían qué esperar de Leopoldo. Había heredado a su padre, Francisco I, como gran duque de Toscana, y durante el reino de José había introducido reformas constitucionales liberales en Florencia y había tolerado la francmasonería; pero ahora, en la nueva actitud posterior a la Revolución francesa, se encontraba bajo fuertes presiones de muchos sectores para que derogara todas las reformas liberales. Le aconsejaron que tratara con firmeza a los francmasones no sólo la Iglesia católica y su jefe de policía, sino también su hermana, María Antonieta, a quien el gobierno de Mirabeau y el francmasón La Fayette, que habían conquistado Francia, mantenían virtualmente prisionera en su palacio de las Tullerías. Ella consiguió mantener correspondencia secreta con Leopoldo, en la que le confiaba sus problemas y su preocupación de que todavía faltaba lo peor.

El 17 de agosto de 1790, escribió a Leopoldo para advertirle sobre los francmasones. «Ten mucho cuidado, allí, con cualquier organización de francmasones. Ya debes de haber sido advertido de que todos los monstruos de aquí esperan lograr el mismo fin en todos los países a través de ese camino. Oh, Dios, protege mi país y el tuyo de adversidades como ésas[196]». Con «mi país» (ma patrie) se refería, obviamente, a Austria, la tierra donde había nacido, y no a Francia, el país del que era reina. ¿Se daría cuenta de que su propio padre, Francisco de Lorena, el emperador Francisco I, había sido francmasón?

Los francmasones consideraron que era hora de contraatacar. La coronación de Leopoldo como rey de Bohemia iba a tener lugar un año después en Praga, el 6 de septiembre de 1791; y se esperaba, desde luego, que la compañía de ópera produjera una obra de Mozart para la ocasión. ¿Sería posible que Mozart compusiera una ópera sobre la francmasonería que fuera propaganda promasónica?

La idea llegó a Mozart a través de su libretista Schikaneder, fervoroso masón. En el siglo XVIII, los libretistas aún no estaban limitados por las leyes modernas de derechos de autor, y Schikaneder pensó en crear una ópera basada en el popular cuento de hadas de Christoff Martin Wieland, Lulu, o la flauta mágica. Mozart no estaba nada entusiasmado con la idea. Estaba ocupado con sus cantatas masónicas y no podía verse a sí mismo escribiendo una ópera basada en un libreto sobre flautas mágicas.

Mozart consideraba que su tipo de música requería un libreto de estilo tradicional como el que siempre se adoptaba en las comedias y farsas. Debería ser una historia sobre esposas infieles ganándoles el punto a maridos infieles, con gente que sale y entra de armarios y que salta por ventanas a la vista de otras personas que de alguna manera se las arreglan para no darse cuenta de lo que pasa frente a sus ojos. Mozart estaba seguro de que eso era lo que esperaba el público de ópera y deseaba satisfacerlo. Era cierto que ya había compuesto una vez una ópera con un libreto más dramático —que podía ser considerado una tragedia y no una comedia— sobre una estatua que volvía a la vida para castigar a un pecador impenitente; pero Don Juan se basaba en la historia de un famoso galanteador, Don Juan, y sus 1003 mujeres. Él no creía que sus admiradores estuviesen dispuestos a ver una ópera basada en un libreto sobre flautas mágicas.

Schikaneder instó a Mozart a que cumpliera con su deber como francmasón y compusiera una obra que sirviera de propaganda para la francmasonería. Mozart se enojó ante la sugerencia de que estaba defraudando a los francmasones. La otra obra en la que estaba trabajando con tanto ahínco era una serie de cantatas dedicadas a los funerales masónicos de dos famosos hermanos, el duque de Mecklenburg-Strelitz y el príncipe Esterhazy. Pero Schikaneder señaló que una ópera masónica causaría un impacto mucho más grande en el público que sendas cantatas trágicas en dos funerales masónicos. Finalmente, Mozart accedió a regañadientes.

Schikaneder se encontró con nuevas dificultades cuando una compañía rival tuvo la misma idea de producir una ópera basada en el cuento de Wieland y presentó Kaspar der Fagottist oder die Zauberzither (Kaspar el fagotista o la cítara mágica). Schikaneder consideró que debería hacer al menos algunas pocas alteraciones al libreto; y, aunque estuvo trabajando en él horas extraordinarias, Mozart estaba aún más atrasado con la música. La ópera no estuvo lista el 6 de septiembre, aunque Schikaneder había completado el libreto. Mozart terminó la composición de la música el 28 de septiembre y La flauta mágica se estrenó en Viena dos días más tarde. La primera función no fue un gran éxito y Mozart pensó que sus peores temores se habían hecho realidad; pero pronto la ópera despertó el interés del público y durante el mes de octubre se presentó en veinticuatro aplaudidas funciones[197].

Esa explicación de cómo se compuso La flauta mágica es la historia que contó Schikaneder, de la que nunca se desdijo, y no hay buenas razones para dudar de ella; pero, aparte de todas las otras controversias sobre Mozart,

existe una disputa entre los francmasones respecto de la autoría de La flauta mágica. El francmasón Karl Ludwig Gieseke, editor de un periódico teatral publicado en Regensburg, sostenía que era él no Schikaneder, quien había escrito el libreto de La flauta mágica. En 1819 hizo mención de ese hecho al autor Julius Cornet, y en 1846 Cornet publicó la declaración de Gieseke en un libro que escribió sobre ópera alemana. Como Gieseke le contó la historia a Cornet veintiocho años después del suceso, y su declaración apareció escrita por primera vez cincuenta y cinco años más tarde, había muy pocas personas vivas que recordaban lo que había pasado en 1791 y que pudieran testificar quién decía la verdad. Pero una declaración del mismo Schikaneder confirma que Gieseke nunca dejó de sostener que él era el autor. En 1794, Schikaneder escribió el libreto para El espejo de Arcadia, la ópera de Süssmayer y en el prefacio mencionó que un periodista había sido lo suficientemente desvergonzado como para sostener que era el autor del libreto de La flauta mágica, cuando en realidad había sido él, Schikaneder, quien lo había escrito**[198]**.

La historia se asemeja a las conocidas disputas sobre quién tuvo la primera idea de una obra literaria y en este caso es muy difícil determinar la verdad porque todos los testigos están muertos; pero en una época en que muchas personas en Viena hablaban del cuento Lulu, o la flauta mágica de Wieland, no sería raro que a más de un francmasón se le ocurriera la idea de transformarlo en una ópera promasónica con música de Mozart. Quizás el periodista hizo algún comentario en ese sentido, y realizó sugerencias vagas para un libreto, y Schikaneder, el libretista profesional, fue quien se sentó y lo escribió.

La flauta mágica fue un éxito; pero Mozart estaba exhausto y había enfermado. Cuando su esposa regresó de unas vacaciones en Baden, lo encontró en un estado lamentable e insistió en que dejara de trabajar y se metiera en la cama de inmediato. Falleció el 5 de diciembre de 1791; tenía treinta y cinco años**[199]**. Poco después la gente empezó a decir que Mozart había sido asesinado, y esas historias siguen circulando hasta el día de hoy, aunque las teorías acerca de quién fue el asesino son de lo más variadas, y cada una más absurda que la anterior.

La primera versión sostenía que había sido asesinado por su rival, el compositor italiano Antonio Salieri. Cuando esta acusación perdió sustento se dijo que los asesinos eran la mujer de Mozart y su amante, o el marido de la amante de Mozart. No hace falta decir que no pasó mucho tiempo hasta que empezó a circular la historia de que había sido asesinado por los

francmasones porque en La flauta mágica él había revelado sus secretos. Se trata de una de las historias más ridículas inventadas por los antimasones. En La flauta mágica no se revela ningún secreto masónico, sino que se ensalzan los beneficios de un culto misterioso, como deseaban los francmasones.

El público se dio cuenta de que la ópera era una referencia a la francmasonería y reconoció a los personajes que aparecían retratados en escena. La malvada reina de la Noche, que persigue al héroe y a la heroína, es María Teresa. Los espíritus malignos que la alientan a hacerlo representan a la Iglesia católica. Sarastro, el dirigente sabio, justo y bondadoso que castiga a los malos y defiende a los buenos, es José II, o cualquier otro de los autócratas bienintencionados que protegieron a los francmasones.

Pero La flauta mágica estaba desactualizada antes de que fuera llevada a escena por primera vez. En 1791, la amenaza a la francmasonería en Austria, Rusia y Nápoles no provenía de una reina de la Noche. Provenía del mismo Sarastro, un Sarastro que había quedado completamente asustado por la Revolución francesa y por Marat, Danton y Robespierre.

XI



La Revolución francesa

En Francia, ya hacía tiempo que el *ancien régime* estaba en dificultades. El gobierno se enfrentaba a crisis financieras que una sucesión de ministros de Economía capaces y bienintencionados no habían podido paliar por verse obstaculizados por grupos e individuos con influencia en la corte. El problema principal era que la aristocracia no tenía obligación de pagar impuestos; se les había otorgado ese privilegio a cambio de que desistieran de ejercer influencia política. Ya no eran agresivos y crueles, como sus antepasados. Muchos de ellos tenían ideas moderadamente liberales, leían a Voltaire, y se convertían en francmasones. Pero no aceptaban los ruegos de los ministros del rey de que pagaran impuestos voluntariamente. Cuando se reunían en la Asamblea de los Notables, se negaban a hacer concesiones y obstruían todos los planes de reformas financieras.

En la corte comenzaban a aparecer aventureros extraños, que estaban relacionados con la francmasonería, o decían estarlo. El hombre que acostumbraba llamarse a sí mismo conde de St. Germain apareció por primera vez en la corte francesa en 1748; pero, después de recorrer Italia, Rusia y otras regiones de Europa, volvió a aparecer en París en la década de 1780. Nadie sabe quién era en realidad. En Venecia se hacía llamar conde de Bellamura; en Pisa, era el chevalier de Schoning; en Milán, el chevalier Welldone; en Génova, conde Soltikov. Decía que tenía quinientos años de edad, que conocía los secretos del antiguo Egipto, que podía transformar el carbón en diamante; y sostenía, falsamente, que era el francmasón de más alto rango, aunque en realidad ni siquiera era miembro de la organización. Pero tenía encanto, e incluso aquellos que se daban cuenta de que era un charlatán y un impostor lo toleraban. Se hizo amigo de Federico el Grande y durante un

tiempo vivió en su corte. Pero Federico pensaba que él era «un hombre que nadie ha sido capaz de descifrar[200]».

Giovanni Jacobo Casanova de Seingalt también se instaló en París después de una vida de escándalos y aventuras. Era un aristócrata veneciano que decidió tomar los hábitos e ingresó en un seminario; pero pronto lo expulsaron por conducta escandalosa. Aunque tuvo una seguidilla de romances con jóvenes hermosas, probablemente no era más mujeriego que muchos otros caballeros del siglo XVIII. Los padres y madres de Venecia que se quejaron de su conducta ante las autoridades no estaban preocupados por el hecho de que sedujera a sus hijas, sino por la posibilidad de que convenciera a sus hijos de volverse ateos y francmasones. Él mismo se hizo masón al incorporarse a una logia de Lyon durante una visita a Francia en 1750[201].

Para cuando tenía treinta años, en 1755, las autoridades venecianas estaban tan alarmadas que enviaron agentes secretos a vigilarlo y a ganar su confianza fingiendo ser sus amigos; y los informes de esos agentes convencieron a la Inquisición de Venecia de que era francmasón. A causa de sus relaciones con muchos extranjeros se sospechaba que estaba espiando para un gobierno foráneo; y aunque no pudieron encontrar ninguna prueba de espionaje, y su conducta sexual era demasiado común para ser considerada un delito serio, pudieron probar que era francmasón, lo que en Venecia era ilegal después de la bula papal de 1751. Para ser un hombre de reputada frivolidad, se mantuvo sorprendentemente firme y valiente durante el interrogatorio; a pesar de sus extenuantes esfuerzos, los inquisidores no pudieron hacerle revelar ninguno de los secretos masónicos. Fue sentenciado a cinco años de prisión[202].

Un año más tarde, huyó haciendo un agujero en la pared de la prisión después de chantajear y engañar al guardia para que fuera cómplice en su escapatoria[203]. Partió hacia París, donde fue bien recibido y nombrado director de la Lotería Nacional. Poco tiempo más tarde se entregó nuevamente a viajar y visitó todas las regiones de Europa. En Prusia se alojó con Federico el Grande, y en Suiza con Voltaire, antes de volver a París. Pero Luis XVI y su gobierno no aprobaban sus especulaciones financieras y su reputación de inmoralidad sexual, y lo expulsaron de Francia. Un conde de Bohemia, a quien había conocido en París, decidió protegerlo, y Casanova terminó sus días pacíficamente, desempeñándose como bibliotecario de su castillo.

Giuseppe Balsamo superó a St. Germain y a Casanova como charlatán plausible y exitoso. Había nacido en Palermo en 1743, pero nadie estaba seguro de su origen familiar; algunos decían que era judío portugués. Viajó

por toda Europa, y en 1776 llegó a Londres, donde se hizo llamar conde Cagliostro y fue iniciado como francmasón en una logia de esa ciudad. Sostenía ser el inventor de una nueva y superior francmasonería egipcia, con su propia historia, tradiciones y simbolismo. Viajó a Alemania y se puso en contacto con los Iluminados, y después a Lituania, San Petersburgo y Polonia, antes de regresar a París en 1785[204].

Durante sus viajes había conocido al cardenal Louis de Rohan en Estrasburgo. Los Rohan eran una de las familias más poderosas de Francia. Su lema familiar era «Roi ne puis, prince ne daigne, Rohan je suis». (No puedo ser rey, no me digno a ser príncipe, soy un Rohan). Cagliostro le cayó bien al cardenal, que lo puso bajo su protección. Rohan no era francmasón, pero veía con mucha simpatía la francmasonería, y él y su amigo Georges Louis Phélypeaux, el arzobispo de Bourges, intentaron sin éxito persuadir al Papa de que dejara de perseguir a los francmasones y de que llegara a un acuerdo con ellos a través del cual se podría modificar la francmasonería a fin de hacerla más aceptable para la doctrina católica[205].

María Antonieta detestaba a Rohan por algunas cosas que él había hecho y escrito años antes, cuando era el embajador francés en la corte de su madre María Teresa de Viena. Eso ofendía a Rohan, que se veía a sí mismo como un seductor de mujeres hermosas, y que hubiera deseado satisfacer sus deseos sexuales y sus ambiciones políticas transformándose en el amante de la reina. Una aventurera inescrupulosa, Jeanne de la Mothe, consiguió, a través de un elaborado fraude, convencer a Rohan de que María Antonieta estaba enamorada de él y que le otorgaría sus favores si él le daba un valioso collar de diamantes que había sido realizado por unos famosos y respetables joyeros de París. Jeanne de la Mothe tomó posesión del collar sin pagarlo; pero, finalmente, los joyeros, que estaban informados de que el collar era un regalo de Rohan a la reina, le pidieron al rey que les pagara, y toda la historia salió a la luz.

María Antonieta estaba furiosa, e insistió tanto que Rohan fue arrestado en la capilla real cuando estaba a punto de celebrar misa para la familia real. Se le acusó del crimen de lèse-majesté por haber intentado violar el honor de la reina. También arrestaron a Cagliostro. No tenía nada que ver con el asunto, pero las autoridades pensaban que, si su amigo Rohan estaba relacionado con un fraude financiero, Cagliostro debía estar involucrado.

Rohan fue llevado a juicio ante sus pares en el Parlement de París. Para indignación de María Antonieta, fue declarado inocente. Jeanne de la Mothe fue sentenciada a que la azotaran, marcaran y encarcelaran. Libraron de culpa

y cargo a Cagliostro, pero lo enviaron por un tiempo a la cárcel mediante una lettre de cachet y después lo desterraron de Francia[206]. Primero fue a Inglaterra, luego a Europa central y finalmente a Italia.

Durante un tiempo residió en distintas ciudades italianas y en mayo de 1789 llegó a Roma. Los francmasones romanos, que estaban prohibidos por el Papa y que tenían miedo de llevar a cabo reuniones de logias, se negaron a reunirse con él, porque creían que estaba relacionado con los Iluminados y que las autoridades papales lo vigilaban. De hecho, la Inquisición de Roma lo tenía bajo sospecha, en particular a la luz del desarrollo de los acontecimientos en Francia en el verano de 1789[207].

El 27 de diciembre de 1789 el papa Pío VI convocó a una reunión después de misa a la que asistieron su secretario de Estado, el cardenal Zelada, y tres funcionarios de alta jerarquía. Decidieron ordenar al gobernador de Roma que arrestase a Cagliostro[208]. Se le acusó de ser «instigador y propagandista de la secta de los francmasones» y miembro de los Iluminados, quienes tenían como objetivo «la destrucción total de la religión católica y de las monarquías[209]».

El mismo cardenal Zelada presidió el juicio. Cagliostro no negó ser francmasón ni miembro de los Iluminados. En realidad, sostuvo ser uno de los líderes de los Iluminados. El juicio duró más de quince meses, hasta que, en abril de 1791, el tribunal dio su veredicto. Declararon a Cagliostro culpable de ser francmasón y hereje y lo sentenciaron a morir en la hoguera, pero anunciaron que el Papa, en su misericordia, había conmutado la sentencia en prisión perpetua[210].

Cagliostro cumplió la sentencia en la terrible prisión papal de Fuerte San Leo, Urbano. Estaba confinado en una pequeña celda, sumamente calurosa en verano. La única luz provenía de un pequeño tragaluz. «No creo —dijo Cagliostro— que Dios castigue a los pecadores en el Infierno con una crueldad como ésta[211]». Enloqueció, y seis años después falleció en la cárcel, unos pocos meses antes de que Roma fuera ocupada por el ejército revolucionario francés, que lo habría liberado. Los francmasones y los radicales lo consideraron mártir y víctima de la tortura papal.

En Francia, en 1788, las dificultades financieras y la negativa de los aristócratas de la Asamblea de los Notables a ceder su privilegio de exención impositiva, llevaron a Luis XVI a convocar a los Estados Generales, que se habían reunido por última vez ciento setenta y cinco años antes, en 1614. Los

Estados Generales consistían en el Primer Estado, los representantes del clero, el Segundo Estado, los representantes de la nobleza, y el Tercer Estado, los representantes de la gente común o, con mayor exactitud, de aquellos miembros de la clase media e industriales y artesanos independientes que poseían suficientes propiedades para tener derecho a voto. Durante la campaña electoral de los Estados Generales, en la primavera de 1789, el abate Joseph Emmanuel Sieyès escribió un panfleto titulado *¿Qué es el Tercer Estado?*. Allí sostenía que se trataba del único cuerpo legislativo electivo que tenía el derecho de gobernar Francia. El escrito fue leído con muchísimo interés y entusiasmo. Los partidarios de la monarquía y del antiguo régimen decían que Sieyès era francmasón, lo que era falso.

Cuando los Estados Generales se reunieron en Versalles el 4 de mayo de 1789, de inmediato el Tercer Estado cuestionó el derecho del Primero y Segundo Estados, el clero y la aristocracia, de participar en el gobierno de Francia. Honoré Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau, se convirtió en el principal orador del Tercer Estado. Durante su tempestuosa juventud había sido encarcelado varias veces a través de lettres de cachet obtenidas por su padre a fin de impedir que se viera involucrado en romances comprometedores, y una vez había sido injustamente sentenciado a muerte por violación; pero había conseguido que se revocara la sentencia. En la época en que fue elegido diputado por el Tercer Estado, se había transformado en un orador y político de envergadura.

Mirabeau deseaba preservar la monarquía, pero aspiraba a que fuera como la de Inglaterra, una monarquía constitucional con poderes limitados. Se veía a sí mismo como amigo y protector del rey y la familia real; pero a María Antonieta no le caía bien; desconfiaba de él y se negó a cooperar. Mirabeau no era francmasón, aunque sí lo eran gran parte de sus partidarios, y muchas veces se le había acusado de serlo.

El conflicto entre los Estados Generales llevó a que el Tercer Estado se adjudicara el carácter de Asamblea Nacional con atribuciones legislativas plenas. Luis XVI no emprendió ninguna acción efectiva contra ellos, pero en París corría el rumor de que estaba preparando un golpe militar para disolver la Asamblea Nacional y arrestar a sus dirigentes. El pueblo de París respondió allanando los depósitos de armas de los Inválidos y, una vez que obtuvieron armas pequeñas, asaltó la Bastilla el 14 de julio de 1789. El ataque a la Bastilla fue dirigido por Camille Desmoulins, otro líder revolucionario erróneamente acusado de masón[212].

Sólo encontraron cinco prisioneros en la Bastilla, que casi ya no se utilizaba como prisión; pero su conquista por el pueblo de París fue considerada en todas partes como el derrocamiento del símbolo de la tiranía. El gobernador de la Bastilla, que se había rendido después de una corta resistencia, fue inmediatamente decapitado por sus captores; y las semanas posteriores se linchó y colgó en los postes de luz de las calles de París a algunos ministros y funcionarios que eran particularmente detestados por la gente. En agosto, la Asamblea Nacional aprobó la Declaración de los Derechos del Hombre y abolió todos los privilegios de la aristocracia.

En octubre de 1789, surgió otro rumor de golpe militar después de que oficiales de la guardia real de Versalles se mostraron entusiastamente leales a María Antonieta cuando ella se presentó en un banquete del que estaban participando. El pueblo de París, encabezado por las mujeres, marchó a Versalles y obligó al rey, la reina y sus hijos a volver con ellos a París, donde los mantuvieron como virtuales prisioneros en el palacio de las Tullerías.

La Asamblea Nacional había creado una Guardia Nacional para proteger el nuevo régimen y había nombrado comandante de la fuerza a La Fayette, que se había incorporado a la francmasonería antes de guiar a sus voluntarios a combatir junto a los norteamericanos en la guerra de la Independencia, y consideraba que la Guardia Nacional tenía dos funciones: proteger la Asamblea Nacional contra un golpe realista y proteger al rey y a su familia de la ira de la muchedumbre. Fue La Fayette quien convenció al rey y a la familia real de que se trasladasen de Versalles a París con las mujeres en octubre de 1789, y fue él quien proveyó la escolta para protegerlos durante el trayecto. El rey tenía mayores probabilidades de sobrevivir si cooperaba sin reservas con Mirabeau y La Fayette contra los revolucionarios más extremistas; pero la reina desconfiaba de ambos y persuadió al rey de que se mantuviera a distancia de ellos.

En la primavera de 1790 había estallado un conflicto entre los revolucionarios moderados y los extremistas. El gobierno de Mirabeau y La Fayette pretendía mantener la ley y el orden y reprimir los excesos revolucionarios; los extremistas los acusaban de traicionar la revolución y proteger la monarquía. Mientras Mirabeau y la Asamblea Nacional redactaban una Constitución según el modelo inglés, por la cual Luis XVI seguiría al frente del poder ejecutivo y conservaría el derecho a vetar la legislación, la Guardia Nacional de La Fayette protegía la propiedad de los aristócratas y abría fuego sobre los campesinos que reclamaban venganza

contra los opresores aristócratas y trataban de incendiar sus chateaux y sus títulos de propiedad.

En el verano de 1790 estallaron motines dentro del ejército en Nancy y Metz cuando algunos soldados que apoyaban la revolución se rebelaron contra la dura disciplina impuesta por oficiales aristócratas. Todavía se aplicaba el antiguo reglamento según el cual nadie podía llegar a ser oficial del ejército a menos que pudiera probar que descendía de una familia aristocrática. El gobierno de la Asamblea Nacional intentó reprimir los motines a través de una combinación de promesas y amenazas, pero fracasó. Entonces el comandante en jefe de las provincias orientales, François Claude Amour, marqués de Bouillé, que provenía de una antigua familia aristocrática y tenía una distinguida hoja de servicios en la guerra de los Siete Años, como gobernador de las Antillas y en la guerra de la Independencia de Estados Unidos, decidió actuar por su cuenta.

Bouillé envió tropas a que arrasaran Nancy y Metz y tomaran posesión de las ciudades. Ejecutó a veinticuatro amotinados y arrestó a muchos más. Los partidarios de la revolución se indignaron y Bouillé pasó a ser especialmente detestado por ellos. Poco después era nombrado en la canción La Marseillaise como uno de los ejemplos principales de «déspota sanguinario[213]». Pero el gobierno de la Asamblea Nacional se negó a destituir a Bouillé, y La Fayette aprobó con vehemencia la represión de los motines como paso necesario para la preservación de la ley y el orden y para salvar a Francia de caer en la anarquía.

Los principales críticos de Mirabeau y La Fayette eran Georges Jacques Danton y Jean Paul Marat, que contaban con el apoyo de Maximilien Robespierre, diputado de la Asamblea Nacional. Marat era francmasón; Danton y Robespierre no, aunque se ha dicho que Danton sí lo era. En la lucha entre los revolucionarios moderados y los extremistas, como en la Revolución norteamericana, había masones y no masones en ambos bandos. A nadie se oponía más el francmasón extremista Marat que al francmasón moderado La Fayette; y los no masones Danton y Robespierre denunciaron violentamente la política del no masón Mirabeau.

Marat era suizo; había nacido en el cantón de Neuchâtel en 1743. En 1789 tenía cuarenta y seis años de edad, era mayor que Mirabeau y más de diez años mayor que Danton, Robespierre y la mayoría de los hombres que desempañaron un papel principal en la Revolución francesa. Marat fue a Francia a estudiar medicina. Viajó por los Países Bajos, y pasó varios años en Londres, Newcastle, Edimburgo y St. Andrews. Escribió varios libros, tanto

sobre temas médicos como filosóficos, entre ellos un tratado sobre blenorragia (enfermedades venéreas) y otro sobre enfermedades de los ojos que fueron bien recibidos por las sociedades eruditas de Gran Bretaña[214]. Mientras estaba en Londres fue iniciado en una logia de francmasones[215].

Como muchos intelectuales radicales de Europa continental de su generación, Marat había crecido admirando la Constitución inglesa; pero, cuando en 1769 llegó a Londres, en el apogeo de la lucha por «Wilkes y libertad» y de los intentos del gobierno *tory* de reprimir la Revolución norteamericana, se le reveló la corrupción de la vida pública inglesa y la opresión que la nobleza ejercía sobre las clases inferiores, y se desilusionó en gran medida. Escribió dos libros, Reflexiones sobre los errores de la Constitución inglesa y Las cadenas de la esclavitud, en los que criticaba el sistema de monarquía constitucional inglés, aunque no llegaba a proclamar expresamente el establecimiento de una república. Durante la Revolución francesa circuló un rumor, del que se hicieron eco algunos historiadores del siglo XX, según el cual Marat fue condenado por delitos no políticos, como robo, y cumplió una sentencia de prisión en una cárcel inglesa; pero no existen pruebas confiables que fundamenten esa historia, que, casi con seguridad, era una calumnia inventada por los enemigos contrarrevolucionarios de Marat[216].

A su regreso a Francia alcanzó un éxito resonante en el ejercicio de su profesión, y se desempeñó como médico del conde de Artois y de muchas familias nobles[217]. Las historias difundidas por sus enemigos, según las cuales era un curandero charlatán, son tan falsas como los imaginativos relatos de los biógrafos que sostienen que le irritaba amargamente ser despreciado por los aristócratas a los que atendía, y que intentaba seducir a bellas damas aristocráticas pero éstas lo despreciaban y rechazaban. De hecho, como profesional de clase media disfrutaba de una buena posición en la sociedad parisina y cuando estalló la revolución de 1789 sacrificó esa posición y su cómoda existencia por el bien de la revolución en la que creía.

Sus ataques contra el gobierno de la Asamblea Nacional por sus políticas antirrevolucionarias, y en especial por la represión de los motines de Nancy y Metz, provocaron que se le juzgara por sedición. Después de cumplir un corto tiempo en prisión se ocultó en los sótanos de París, y, como resultado, contrajo una grave enfermedad de la piel. Encontró un simpatizante en Danton, un abogado de treinta años proveniente del norte de Francia. Danton habló en un número de actos públicos que tuvieron lugar en París, en los que

protestó contra el arresto de Marat. El gobierno ordenó que se le detuviera y enjuiciara por sedición, y Danton huyó a Inglaterra.

El rey había aceptado la Declaración de los Derechos del Hombre y la abolición de los privilegios de la aristocracia; pero se opuso a los revolucionarios en dos puntos. Muchos de los aristócratas más reaccionarios, amargados por la pérdida de sus privilegios, se marcharon de Francia y se instalaron en calidad de refugiados en Alemania, Inglaterra y otros países, e iniciaron una campaña de propaganda contra los revolucionarios franceses. Entre estos emigrados se contaban figuras ilustres, como el conde de Artois y el marqués de Bouillé. Muchos de ellos convocaban abiertamente a los gobiernos extranjeros a que declararan la guerra a Francia y derrocaran la revolución por la fuerza. Luis XVI se negó a emitir una declaración en contra de los emigrados.

La segunda dificultad tenía que ver con la Iglesia. Muchos sacerdotes parroquiales de Francia aprobaban la revolución; estaban en contacto cercano con los campesinos y con frecuencia ellos mismos eran hijos de familias de campesinos. Veían con buenos ojos la abolición de los privilegios aristocráticos y la liberación del campesinado de la opresión. Pero en abril de 1791 el papa Pío VI emitió una bula en la que condenaba la revolución que tenía lugar en Francia y convocaba a todos los católicos a que la combatieran. Este paso fatídico y desastroso fue el comienzo de casi doscientos años de disputas entre la Iglesia católica romana y los partidarios de las revoluciones radicales en todo el mundo. También dio lugar a que la hostilidad entre los elementos radicales de la francmasonería y la Iglesia católica fuera cada vez mayor.

En Francia, el efecto inmediato de la bula papal fue la división del clero entre aquellos sacerdotes que seguían la política del Papa y aquellos dispuestos a colaborar con el gobierno. La Asamblea Nacional procedió a reorganizar la administración y la situación financiera de la Iglesia en Francia. Se toleró y alentó a los sacerdotes dispuestos a aceptar la nueva situación; los otros fueron expulsados. El rey Luis se negó a condenar a los sacerdotes que rehusaban colaborar con el gobierno.

Mirabeau murió en abril de 1791, pero fue sucedido por Antoine Barnave, quien mantuvo la misma política. En junio, el rey y la reina trataron de escapar de Francia, para lo cual se proponían cruzar la frontera por Varennes en dirección a Renania, donde Bouillé los esperaba con un ejército, listo para rescatarlos. El rey y su familia llegaron a Varennes, pero un simpatizante de la revolución, que había reconocido a Luis durante el trayecto y exigiendo a

su cabalgadura y valiéndose de un atajo había logrado adelantarse a la comitiva real, no sólo estaba ya allí sino que había tenido tiempo de volcar al pueblo a las calles. Fueron tantos los habitantes de Varennes que ocuparon la plaza de la ciudad que el carruaje del rey se vio imposibilitado de recorrer el último kilómetro que lo separaba de la protección de las tropas de Bouillé, al otro lado de la frontera.

La familia real regresó a París bajo la protección de la Guardia Nacional. Pero La Fayette y el gobierno seguían insistiendo en mantener la autoridad de Luis XVI. El 17 de julio de 1791, un mes después del intento de huida por Varennes, se llevó a cabo una manifestación revolucionaria contra la monarquía en el Campo de Marte, París. La Fayette ordenó que la Guardia Nacional abriera fuego contra los manifestantes y muchos murieron. La oposición revolucionaria a la monarquía fue reprimida. Marat se mantenía oculto y Danton se quedó en Londres.

Mientras tanto, los gobernantes de otros países estaban muy alarmados por los acontecimientos que se desarrollaban en Francia. En julio de 1790, el gobierno español recibió un informe de su embajada en París en el que se afirmaba que los francmasones estaban planeando revoluciones en todos los países de Europa. El autor explicaba que los francmasones eran «una secta de distintas personas que profesan religiones diferentes», que se había originado en las logias de Inglaterra, y en la que participaban tanto judíos como cristianos. Adjuntaba un informe en francés sobre «la Logia Roja desenmascarada[218]». En Francia, los revolucionarios habían adaptado como emblema «el gorro rojo de la libertad», y por primera vez la palabra «rojo» se utilizaba para señalar a los revolucionarios. Se ha seguido usando en ese sentido durante más de doscientos años[219]. El gobierno de España recibió una advertencia muy semejante respecto de los planes revolucionarios de los francmasones de sus agentes en Turín[220].

En el verano de 1791 los soberanos europeos consideraban seriamente la posibilidad de emprender una acción conjunta para aplastar la revolución en Francia. En agosto de 1791 el emperador Leopoldo de Austria y el rey Federico Guillermo de Prusia se reunieron en Pilnitz para discutir esa posibilidad. El rey Gustavo III de Suecia pensaba que todos los países de Europa debían declarar la guerra a Francia. Su dictadura monárquica había restringido el poder de la nobleza sueca y se había ganado el apoyo de las clases medias y las fuerzas populares. Era francmasón, y había alentado la formación de logias masónicas en Suecia y se había convertido en Gran

Maestro de la Gran Logia sueca[221]. Pero creía que la revolución que se desarrollaba en Francia amenazaba a todos los reyes de Europa.

El plan de Gustavo III —organizar una cruzada contrarrevolucionaria para atacar a la Francia revolucionaria— se cortó de cuajo cuando fue asesinado por un grupo de nobles suecos. Lo mataron de un tiro durante el transcurso de un baile de máscaras en la ópera de Estocolmo, en marzo de 1792. Ese asesinato inspiró a Verdi el tema de su ópera Un Ballo in Maschera, en la que el héroe es el rey asesinado. Una verdadera ironía, ya que Verdi apoyaba con vehemencia el movimiento revolucionario de la Italia del Risorgimento. No tuvo en cuenta el hecho de que los nobles que por sus propias razones asesinaron a Gustavo III habían prestado con ello un servicio a la Revolución francesa.

La emperatriz Catalina la Grande de Rusia también estaba alarmada por los acontecimientos de Francia y, al igual que Gustavo III, creía que las potencias extranjeras debían intervenir para aplastar la Revolución francesa por la fuerza. Esta hija de un príncipe menor de Alemania que se había casado con un miembro de la familia imperial de Rusia anticipándose al plan de su marido, el zar Pedro III, de hacerla arrestar y asesinar, no sólo había sobrevivido al atentado: había convencido a la guardia imperial de que realizara un coup d’état a fin de deponer y matar a su marido y coronarla emperatriz. Se veía a sí misma como una gobernante progresista, que alentaba las ideas del iluminismo liberal, leía los libros de Voltaire y a los enciclopedistas, y recibía a los escritores progresistas en su corte. En consonancia con esta política, no había objetado el desarrollo de logias masónicas en Rusia. Pero era una estadista perspicaz. No deseaba enfrentarse a la nobleza rusa ni tomar ninguna medida que restringiera el poder de ésta sobre los siervos; y creía que los soberanos, por más progresistas que fueran, debían mantener el poder absoluto y reprimir con firmeza cualquier movimiento revolucionario. Se le atribuyen las palabras: «Los reyes y príncipes deberían seguir su camino, sin prestar más atención a los clamores de sus súbditos que la que la luna presta a los maullidos de los gatos».

De acuerdo con una versión tradicional muy aceptada, la francmasonería había sido introducida en Rusia por Pedro el Grande. Poco después de coronarse zar, Pedro visitó los Países Bajos e Inglaterra de incógnito, trabajó en astilleros y aprendió el estilo de vida de Europa Occidental. Cuando regresó a Rusia, en 1698, procedió a modernizar su imperio siguiendo los parámetros de la Europa que había conocido. Se dice que ingresó en una logia de francmasones durante su estancia en Londres, y que después de regresar a

Rusia, ordenó a su ministro de confianza, François Lefort, suizo de nacimiento, que fundara la primera logia masónica rusa en la recientemente construida capital, San Petersburgo, y que se hiciera Maestro de ella.

Es una historia bastante plausible. Es muy probable que Pedro se haya incorporado a una de las logias de masones aceptados que existían en Londres antes de la formación de la Gran Logia y que florecieron en los años posteriores a la revolución de 1688; y si introdujo la francmasonería en Rusia, ello estaría en consonancia con su política de desafiar y debilitar a la Iglesia ortodoxa rusa. Por cierto, los francmasones de principios del siglo XIX creían en esta explicación de su origen y la utilizaron para intentar persuadir al gobierno ruso de que no suprimiera una sociedad creada por Pedro el Grande. Sin embargo, los historiadores más eruditos de la francmasonería rusa rechazan esta teoría como mito.

No hay dudas de que para mediados del siglo XVIII, en el reino de la emperatriz Isabel, se habían formado en Rusia logias inglesas, suecas y de otros países extranjeros, y que bajo Catalina la Grande surgieron logias rusas. Pero aunque en un primer momento Catalina toleró a los francmasones, siempre sospechó de ellos, y después del estallido de la Revolución francesa los combatió con violencia. Los sujetó a todo tipo de restricciones y hostigamiento, confiscó parte de sus propiedades y ordenó a prominentes nobles que se habían hecho francmasones que se marcharan de San Petersburgo y permanecieran en sus propiedades rurales. Por fin, en 1794, suprimió todas las logias masónicas de Rusia[222].

En Austria, los peores temores de los francmasones se hicieron realidad bajo el reinado de Leopoldo II. A medida que se desarrollaba la Revolución francesa, el soberano abandonaba su actitud de simpatía hacia ellos. Propagandistas católicos y un francmasón renegado, Leopold Alajo Hoffman, que llegó a ser uno de los consejeros de confianza de Leopoldo, lanzaron ataques contra los masones[223]. Las cosas empeoraron después de la muerte de Leopoldo y la coronación de Francisco II. En 1794, Francisco prohibió la francmasonería y todas las logias del Imperio austriaco fueron clausuradas.

En Francia, los revolucionarios que querían llegar más lejos que Mirabeau y La Fayette estaban divididos en dos grupos: los girondinos, y los más extremistas jacobinos. Se denominaba así a los girondinos porque muchos de los diputados de esta tendencia provenían de la provincia de la Gironda, al sudoeste de Francia, y a los jacobinos se les puso ese nombre porque se reunían en el Club Jacobino de París. En abril de 1792 se formó un gobierno compuesto por miembros del sector más moderado de los girondinos. Éstos

respondieron a las amenazas de intervención foránea declarando la guerra a Austria y Prusia. Los jacobinos se oponían a la guerra, pero Luis XVI y María Antonieta la aprobaban en secreto, porque daba a los ejércitos de Austria y Prusia una excusa que justificaba que invadieran Francia, liberaran al rey y la reina y aplastaran la revolución. Luis XVI y María Antonieta mantenían una correspondencia secreta con los austriacos y rezaban por el éxito de sus ejércitos. El 20 de junio de 1792 una muchedumbre de revolucionarios invadió las Tullerías, se abrió paso hasta llegar a presencia del rey y lo obligó a encasquetarse el gorro rojo de la libertad en la cabeza.

El palacio de las Tullerías estaba defendido por la Guardia Suiza del rey. En París, los jacobinos decidieron que había llegado la hora de tomar las Tullerías por asalto, de arrestar y deponer al rey, y de proclamar la república. Solicitaron a la ciudad revolucionaria de Marsella que enviara hombres «que saben cómo morir» a fin de que encabezasen el ataque a las Tullerías. Seiscientos voluntarios partieron de Marsella; su líder, François Joseph Westermann, era francmasón. Cuando marchaban cantaban el Chant de l’armée du Rhin, que el francmasón Rouget de Lisle había compuesto un año antes en honor del ejército francés del Rin. Después de que los hombres de Marsella la cantaron en su marcha sobre París, la canción pasó a ser conocida como La marsellesa.

El ejército prusiano esperaba en la frontera norte de Francia. Su comandante era el mariscal de campo Karl Wilhelm Ferdinand, duque de Brunswick. Era un francmasón muy importante que había hecho mucho para alentar la francmasonería en Alemania. Dos días antes de que los marselleses arribaran a París, Brunswick publicó un manifiesto al pueblo francés. Previamente, había enviado en secreto un boceto a Luis XVI y María Antonieta; la reina lo había aprobado y, a regañadientes, también el rey. El manifiesto de Brunswick instaba al pueblo de París a tratar al rey con el respeto que se merecía; y advertía que él castigaría «el menor ultraje» a la familia real mediante «ejecuciones sumarias» y procediendo a «la destrucción total» de la ciudad[224].

El manifiesto tuvo un efecto opuesto al que Brunswick esperaba. Despertó la ira del pueblo de París contra los reyes, de cuya redacción se los consideró, no sin justicia, responsables. Marat salió de su escondite y fue el primero en acusar a su hermano masón Brunswick en su periódico L’Ami du Peuple. Llamaba al pueblo a responder a Brunswick arrestando a los reyes y a la familia real y reteniéndolos como rehenes contra los cuales se tomarían represalias si Brunswick llevaba a cabo sus amenazas.

El 10 de agosto, los hombres de Marsella, apoyados por luchadores revolucionarios jacobinos de París, atacaron las Tullerías después de que representantes de los jacobinos pusieran a resguardo a los reyes y a sus hijos. La Guardia Suiza repelió el primer ataque, pero en el segundo asalto los revolucionarios consiguieron entrar en el palacio y dominar a los suizos, a quienes ejecutaron sumariamente por el crimen de haber abierto fuego contra el pueblo. El rey, la reina y la familia real fueron encarcelados en la prisión del Temple. Al día siguiente la Asamblea Nacional depuso al rey y pocas semanas más tarde proclamó el establecimiento de la república.

La Fayette había sido nombrado comandante en jefe de los ejércitos que se enfrentaban a los invasores de Prusia y de Austria. Pero cuando se enteró de lo ocurrido en París el 10 de agosto, emitió una declaración en la que condenaba a los revolucionarios y expresaba su apoyo a la monarquía. El gobierno de París lo tachó de traidor y él desertó de su puesto y huyó al territorio neutral de Liège. Allí, las autoridades lo entregaron a los austriacos, quienes lo encarcelaron. El gobierno de Estados Unidos trató de intervenir en su favor, pero sin lograr nada. Y, mientras los revolucionarios franceses lo consideraban un traidor contrarrevolucionario, los austriacos lo mantuvieron cinco años en prisión como revolucionario que se había rebelado contra el rey.

Danton, convertido en ministro de Justicia del nuevo gobierno revolucionario que se formó después del 10 de agosto, convocó al pueblo a reprimir a los traidores contrarrevolucionarios escondidos mientras el gobierno se preparaba a repeler a los invasores foráneos que se proponían restaurar la monarquía. El 2 de septiembre, destacamentos revolucionarios irrumpieron en la prisión de la Conciergerie y mataron a muchos aristócratas y otros enemigos de la revolución que estaban encarcelados allí. Entre las víctimas se encontraba la hermosa princesa Marie Thérèse Louise de Lamballe, amiga íntima de María Antonieta. Se había incorporado a una logia francmasónica que admitía mujeres[225]. La noticia de las «masacres de septiembre» aumentaron la indignación de los conservadores de Europa contra los revolucionarios franceses y, en muchos casos, contra los francmasones, a quienes se culpaba cada vez más por la revolución y sus excesos.

Los ejércitos de Austria y Prusia invadieron Francia. Voluntarios franceses, revolucionarios que estaban resueltos a defender la revolución de sus enemigos, corrieron a alistarse. Varios batallones de hombres que tenían más entusiasmo revolucionario que experiencia militar marcharon deprisa

hacia la frontera. Los ejércitos se enfrentaron en la batalla de Valmy, el 20 de septiembre de 1792. Los voluntarios revolucionarios derrotaron y pusieron en fuga a las entrenadas tropas austriacas y prusianas. El escritor alemán Johann Wolfgang von Goethe que, como su colega Gotthold Lessing, era francmasón, visitó el ejército prusiano que estaba invadiendo Francia. En la víspera de la batalla de Valmy declaró: «Hoy comienza aquí una nueva época de la historia del mundo[226]».

La creencia de que los francmasones fueron responsables por la Revolución francesa quedó confirmada por la conducta del Gran Maestro del Gran Oriente de Francia. Los francmasones habían tratado por todos los medios de convencer al primo del rey, Felipe, duque de Chartres, de convertirse en Gran Maestro y habían estado muy complacidos cuando él, por fin, aceptó. Se pusieron todavía más contentos cuando su Gran Maestro, a la muerte de su padre, heredó el título de duque de Orleans. Pero, después de que estallara la revolución, Felipe, duque de Orleans, se unió a los jacobinos y fue elegido miembro de la Asamblea Nacional. Renunció a su título de nobleza y adoptó el nombre de Philippe Egalité[227]. El Gran Maestro de los francmasones era visto por sus enemigos como un traidor a su familia y a su clase y considerado un peligroso líder revolucionario.

En enero de 1793 el gobierno revolucionario francés decidió juzgar a Luis XVI por traición debido a que había mantenido correspondencia con los ejércitos enemigos que invadían Francia y les había prestado ayuda. El juicio al rey enfureció a la opinión conservadora de toda Europa; pero Danton declaró: «Los reyes de Europa están atacándonos; arrojémosles, como desafío, la cabeza de un rey». Luis fue juzgado ante más de setecientos diputados de la Asamblea Nacional, que ya había adoptado el nombre de la Convención. Alcanzaron el veredicto por voto de la mayoría. Las opiniones sobre qué hacer con Luis estaban divididas. Algunos querían declararlo culpable, pero sin imponerle la pena de muerte; otros deseaban trasladar la decisión al pueblo a través de un plebiscito; otros, posponer indefinidamente la cuestión; pero algunos estaban decididos a exigir que Luis fuera ejecutado de inmediato.

Durante el transcurso de la tercera semana de enero de 1793, la Convención votó cuatro veces sobre el tema. Una resolución que declaraba a Luis culpable de traición y rechazaba la idea de llamar al pueblo a un plebiscito ganó por 426 votos contra 278; la decisión de aplicar la pena de muerte ganó por 387 contra 314. Philippe Egalité votó por condenar a Luis y por la pena de muerte. Entonces un diputado propuso que se pospusiera

indefinidamente la cuestión de qué hacer con Luis. Este proyecto fue derrotado por 361 contra 360, un solo voto. Philippe Egalité votó contra la propuesta, de manera que su voto decidió la cuestión. El 20 de enero se resolvió que la sentencia de muerte se llevara a cabo de inmediato, por 380 contra 310, y Luis fue guillotinado el día siguiente[228].

Los partidarios realistas atacaron violentamente a Philippe Egalité por haber votado por la ejecución de su primo. Simplificando las cifras de la votación, declararon que la decisión de guillotinar a Luis había ganado por un solo voto: el de Philippe Egalité. Para los enemigos de la francmasonería, aquélla era la prueba definitiva de la responsabilidad que les cabía en la Revolución francesa. El Gran Maestro, Felipe, duque de Orleans, había ordenado a los francmasones que desencadenaran la Revolución francesa porque deseaba destronar y destruir a su primo, el legítimo rey, para poder reemplazarlo. Pero cuanto más aumentaban las acusaciones de los enemigos de la revolución a los francmasones, haciéndolos responsables de las revoluciones norteamericana y francesa, más revolucionarios se volvían los francmasones. Si las logias masónicas eran lugares en los que se planeaban revoluciones, entonces los ardientes jóvenes revolucionarios querían estar en ellas.

XII



Masones leales y revolucionarios

Para enero de 1793 la actitud de las personas políticamente conscientes de Gran Bretaña respecto de la Revolución francesa había cambiado. En 1789, cuando había estallado, la mayoría de los ingleses la vio con buenos ojos; pensaban que la monarquía absoluta sería reemplazada en Francia por una monarquía constitucional basada en el modelo inglés, en la que el rey tendría poderes limitados y estaría sujeto a los poderes del Parlamento y al imperio de la ley. Cuando el dirigente whig Charles James Fox se enteró de la toma de la Bastilla, declaró que era el suceso más importante que había ocurrido en la historia de la humanidad y, de lejos, el mejor. El francmasón Edmund Burke fue uno de los pocos observadores ingleses que expresó su desacuerdo. Burke había sido partidario de la Revolución norteamericana, pero desde el principio se había mostrado hostil a la revolución en Francia. Estaba seguro de que pronto sería controlada por los extremistas y de que Francia caería en la anarquía.

Cuatro años más tarde, la mayoría de los ingleses concordaba con la opinión de Burke. El gobierno británico se indignó y alarmó cuando, en noviembre de 1792, el gobierno revolucionario francés ofreció enviar sus ejércitos a combatir en el bando del pueblo de cualquier país que se levantara en rebelión contra los monarcas tiranos. También se alarmó cuando los ejércitos revolucionarios de Francia invadieron Bélgica y ocuparon los puertos del canal belga; y se asustaron y escandalizaron ante la ejecución de Luis XVI. En enero de 1793 Gran Bretaña declaró la guerra a Francia y se sumó a la coalición de soberanos europeos que combatían para destruir la Revolución francesa.

Los francmasones ingleses de la Gran Logia de Londres habían logrado un gran éxito en 1782 al persuadir a Enrique Federico, duque de Cumberland, hermano de Jorge III, de que se convirtiera en el primer Gran Maestro perteneciente a la realeza. Les fue aún mejor en 1790, cuando el príncipe de Gales (quien más tarde sería Jorge IV) accedió a suceder al duque de Cumberland como Gran Maestro; y el mismo año, los hermanos del príncipe de Gales, el duque de Kent y el duque de Sussex, se iniciaron como francmasones[229].

El príncipe de Gales no estaba en muy buenos términos con su padre, Jorge III. Su amistad con Charles James Fox y con otros whigs lo situaba en la oposición al gobierno *tory* de William Pitt el Joven, y el duque de Sussex tenía una posición aún más cercana a los whigs. Pero éstos no llevaron la oposición al gobierno *tory* al extremo de rechazar la política gubernamental de declarar la guerra contra la Francia revolucionaria, aunque una minoría de whigs más extremistas, entre los cuales se destacaba lord Grey, sí se opuso a la guerra. El gobierno sospechaba de ellos y dispuso que informantes y agentes los vigilaran. Thomas Paine apoyaba a los franceses, como había apoyado la Revolución norteamericana, y en 1792 publicó su libro The Rights of Man (Los derechos del hombre), por el cual fue juzgado como sedicioso. Durante el juicio, llevado a cabo en Londres, escapó a Francia, y allí fue elegido como representante de Calais ante la Convención.

Lo que más preocupaba a los whigs oficialistas era que no se los relacionara con Paine y con la minoría del partido whig que se oponía a la guerra contra Francia. Lo mismo les sucedía a los francmasones ingleses, a la luz del hecho de que los enemigos de la masonería los acusaban de haber fomentado la Revolución francesa. Un día después de que Gran Bretaña declarara la guerra a Francia, la Gran Logia solicitó a su Gran Maestro el príncipe de Gales que presentara, en su nombre, una carta al rey, en la que se aseguraba la lealtad de los francmasones a él y a su trono y su apoyo en la guerra contra Francia[230].

Aunque los enemigos de la revolución criticaban a los francmasones como peligrosos revolucionarios, los revolucionarios más extremos que llegaron al poder en Francia tachaban a los francmasones de demasiado moderados. Poco después de la ejecución de Luis XVI, las discrepancias entre girondinos y jacobinos llegaron a su apogeo. Danton intentó reconciliar a los dos sectores, pero los girondinos se negaron a realizar ninguna concesión. Detestaban particularmente a Marat, quien los atacaba en su periódico L’Ami du Peuple y en la Convención, para la que había sido elegido. Allí, las

relaciones se volvieron muy agrias. Cuando Marat subió a hablar a la tribuna, se convirtió en el blanco de una violenta demostración de hostilidad de parte de los diputados girondinos; muchos de ellos intentaron impedirle llegar al estrado, mientras lo insultaban a gritos y le escupían en la cara. La disputa llegó a su punto culminante cuando los girondinos acusaron a Marat de haber traicionado la revolución y exigieron a la Convención que lo juzgara por ello; pero el pueblo de París se levantó para apoyarlo e irrumpió en la sesión de la Convención, que absolvió a Marat. Poco después muchos de los dirigentes girondinos fueron arrestados.

En julio de 1793, una joven girondina, Charlotte Corday, consiguió entrar en el domicilio de Marat con el pretexto de darle una lista de nombres de girondinos para que fueran ejecutados en la guillotina. Lo encontró, como era habitual, en la bañera —los baños eran el método que empleaba para curarse la enfermedad de la piel— y lo mató a puñaladas. Ella fue guillotinada y el partido girondino, reprimido.

En Lyon, los girondinos habían obtenido el control de las logias francmasónicas. En el verano de 1793 los girondinos de esa ciudad desafiaron la autoridad del gobierno jacobino de París y guillotinaron a uno de los dirigentes jacobinos locales. Los francmasones de Lyon desempeñaron un papel destacado en la revuelta contra los jacobinos parisinos; pero éstos reprimieron la rebelión y muchos de los líderes girondinos francmasones de Lyon fueron guillotinados[231].

Los acontecimientos de Lyon constituyeron uno de los factores que provocaron que el gobierno jacobino se enemistara con los francmasones. Demasiados girondinos eran francmasones, y eso recordó a los jacobinos que la estructura de la francmasonería, con sus Grandes Maestros y sus rangos jerárquicos, era antidemocrática y opuesta al ideal revolucionario de la igualdad. Philippe Egalité decidió no nadar contra la corriente. En febrero de 1793 renunció a su puesto de Gran Maestro del Gran Oriente, con el argumento de que era un cargo inapropiado para un revolucionario[232].

El número de víctimas de la guillotina aumentó. El artefacto llevaba ese nombre por Joseph Guillotin, un doctor en medicina que era miembro de la Convención. Era francmasón. Había declarado, en un discurso en la Convención, que era esencial obtener un instrumento que sirviera para ejecutar la pena de muerte de la manera más rápida e indolora posible, aunque no fue él, sino unos técnicos, quienes construyeron el artefacto. Las palabras «la guillotina» despertaron temor y horror en toda Europa; pero muchos de los enemigos de la revolución que se estremecían ante la mención de «la

guillotina» habían estado a favor de ejecutar revolucionarios quebrándolos en la rueda o a través de otras formas de tortura.

En octubre de 1793 guillotinaron a María Antonieta. En noviembre, les tocó el turno a los líderes girondinos. Se acusó a Philippe Egalité de apoyarlos y también él fue guillotinado. A comienzos de 1794 Robespierre había obtenido el control del gobierno. En marzo, hizo guillotinar a Jacques Hébert por ser demasiado extremista y por adorar a la Diosa Razón en vez de al Ser Supremo al que Robespierre había proclamado Dios. En abril, Danton, Desmoulins y sus partidarios fueron guillotinados por ser demasiado moderados.

Thomas Paine fue acusado de ser girondino y encarcelado en la prisión de Luxemburgo. El fiscal público, Antoine Fouquier-Tinville, que había estado a cargo de la acusación contra María Antonieta, Danton y la mayoría de las otras víctimas del reinado del Terror, decidió, el 24 de julio de 1794, que Paine debería ser guillotinado después de pasar por la habitual formalidad de un juicio. Al día siguiente, siguiendo las instrucciones de Fouquier-Tinville, el carcelero hizo una marca en la puerta de la celda de Paine para indicar que estaba entre las próximas víctimas. Pero no se dio cuenta de que había hecho la marca en el interior de la puerta, no en el exterior; los guardias, al no ver señal alguna en la puerta, no se llevaron a Paine[233].

Dos días más tarde, Robespierre cometió un grave error táctico. En medio de una sesión de la Convención anunció que tenía una lista de diputados que eran traidores a la república y que daría sus nombres después del receso del almuerzo. Los miembros de la Convención se asustaron por la posibilidad de que sus nombres figuraran en la lista y decidieron destruir a Robespierre antes que él pudiera destruirlos a ellos. Después del receso, apenas comenzó a hablar su discurso fue interrumpido por los diputados, que lo acallaron con sus gritos y lo acusaron de traidor. La Convención ordenó su arresto y fue guillotinado el día siguiente.

La caída de Robespierre sobrevino el 24 de julio de 1794 que, según el calendario que la revolución había impuesto en Francia, era el 9 de Termidor. Fue el comienzo de lo que dio en llamarse la reacción termidoriana. Durante el transcurso del año siguiente fueron guillotinados una gran cantidad de líderes revolucionarios, entre ellos Fouquier-Tinville; y el gobierno de fanáticos y fervorosos revolucionarios fue reemplazado por un gobierno de políticos corruptos y amantes del lujo a quienes les gustaba el dinero, la buena vida y las amantes hermosas. El gobierno que ellos instalaron pasó a ser conocido como el Directorio. La vigencia del Directorio llegó a su fin el 18 de

Brumario (9 de noviembre) de 1799, cuando Napoleón Bonaparte lo derrocó y se designó a sí mismo Primer Cónsul; cinco años más tarde adoptaría el título de emperador. Bajo el liderazgo del Directorio y de Napoleón, la francmasonería volvió a revivir y pasó a ser otra vez, primero legal y después influyente.

El hecho de que en las etapas finales de la Revolución francesa los francmasones hayan sido perseguidos por los revolucionarios extremistas no impidió que sus enemigos los acusaran de ser responsables de la revolución. En 1792, el ensayista católico francés Le Franc escribió el libro El velo levantado para los inquisitivos o El secreto de la revolución revelado con la ayuda de la francmasonería, en el que atribuía a los francmasones todos los males de la revolución. Le Franc acababa de escribir su libro cuando fue arrestado por el gobierno revolucionario, encarcelado en la Conciergerie y asesinado en las masacres de septiembre[234]. El abate Barruel, en cambio, consiguió escapar de Francia a Inglaterra. En 1797, cuando vivía en Londres, escribió las Memorias dedicadas a la historia del jacobinismo. Fueron publicadas en francés por una editorial francesa con sede en el 128 de la Wardour Street, Oxford Street, Londres[235], que editaba libros destinados a los franceses leales refugiados en Inglaterra. El libro de Barruel no fue traducido al inglés, pero constituyó la base de un libro en inglés de John Robison, profesor de filosofía natural y secretario de la Sociedad Real de Edimburgo, que fue publicado unos meses después, también en 1797. El libro de Robison se llamaba *Proofs of a Conspiracy against all the Religions and Governments of Europe carried on in the Secret Meetings of Free Masons, Illuminati and Reading Societies* (*Pruebas de la conspiración contra todas las religiones y gobiernos de Europa llevada a cabo en las reuniones secretas de francmasones, Iluminados y sociedades de lectura*).

El abate Barruel informaba a sus lectores que «a mediados del siglo en el que vivimos, se encontraron tres hombres. Los tres estaban llenos de un profundo odio contra el cristianismo. Esos tres hombres eran Voltaire, d’Alembert y Federico II rey de Prusia[236]». Según Barruel, durante ese encuentro, Voltaire y el filósofo Jean Le Rond d’Alembert, uno de los editores de la Enciclopedia, planearon los sucesos que llevarían a la Revolución francesa. Como el ataque a la Iglesia era el preludio al ataque a la monarquía, el asalto al altar era un paso preliminar necesario para el asalto al trono.

Barruel creía que Federico el Grande tal vez no percibió que el trono no podría sobrevivir si caía el altar, y no comprendió que al destruir la

cristiandad y la Iglesia católica también destruiría las monarquías de Europa. Eso llevó al triunfo de los jacobinos, «que pisotearon los altares y tronos en nombre de la igualdad y de esa libertad que convoca a los pueblos a los desastres de la revolución y a los horrores de la anarquía[237]».

Si bien creía que la Revolución francesa había sido planeada en primer término por Voltaire, d’Alembert y Federico el Grande, Barruel pensaba que los francmasones habían tenido un rol importante en ella. Explicaba que, durante muchos años, los francmasones habían tenido sus palabras secretas y sus objetivos ocultos. La gente se había preguntado cuáles serían esas palabras y objetivos, pues los francmasones siempre los habían escondido cuidadosamente. Pero el 12 de agosto de 1792, dos días después de que los hombres de Marsella irrumpieran en las Tullerías y derrocaran a la monarquía francesa, los francmasones corrían por las calles de París anunciando abiertamente sus secretos, que ya podían ser revelados. Las palabras secretas eran «Libertad, Igualdad y Fraternidad» y el objetivo oculto era el derrocamiento de la monarquía francesa y el establecimiento de la república. El abate Barruel había oído en persona a los victoriosos francmasones hacer alarde de sus secretos el 12 de agosto de 1792; pero en otros países, las palabras y objetivos masónicos seguían manteniéndose en secreto, y ahora el abate Barruel los daba a la luz con el objeto de advertir a todos los gobiernos lo que los francmasones planeaban hacer[238].

En su libro, el abate Barruel manifestaba su gratitud hacia el gobierno británico por haberle otorgado asilo político en Gran Bretaña y consignaba que se daba cuenta de que sus acusaciones sobre las peligrosas actividades revolucionarias de los francmasones no se aplicaban a los respetables francmasones ingleses[239]. Robison también exceptuaba a los francmasones ingleses de lo que sostenía sobre los proyectos revolucionarios de los masones, pero creía que los francmasones revolucionarios de Europa continental tenían agentes en Inglaterra que estaban realizando preparativos para la revolución, aunque trabajaban en otras organizaciones secretas y no en las logias de los francmasones ingleses[240]. El gobierno de Pitt estaba de acuerdo con Robison. No le preocupaban las actividades de los francmasones ingleses, pero sí veía con recelo las de los francmasones de Irlanda.

En Irlanda, al igual que en Inglaterra, los francmasones habían sido, en un principio, muy respetables, y habían buscado aristócratas para que fueran sus Grandes Maestros. Pero en la década de 1790 se estaba creando un movimiento revolucionario en Irlanda que, a diferencia de muchos de los movimientos políticos irlandeses, no estaba basado en lealtades religiosas.

Tanto entre los católicos como entre los protestantes había revolucionarios que querían derrocar el gobierno del rey de Inglaterra y tenían la esperanza de que los revolucionarios franceses enviaran un ejército para liberarlos. En 1797 creían que los franceses estaban por llegar, y la gente cantaba esta canción:

Oh, los franceses se han hecho a la mar, dice Shan van Voght,
los franceses se han hecho a la mar, el sábado estarán aquí,
y entonces Irlanda será libre, dice Shan van Voght.

Algunos revolucionarios se unieron a logias de francmasones. El ocultamiento que las rodeaba podía proveer una buena protección para los preparativos de los revolucionarios irlandeses. Las doctrinas de la francmasonería, con sus ideas libertarias respecto de la religión, atraían a los revolucionarios de Irlanda del mismo modo que, en su momento, habían atraído a los revolucionarios del continente europeo. El hecho de que el Papa hubiera condenado a los francmasones no impedía a los jóvenes revolucionarios que eran nominalmente católicos convertirse en masones; y las acusaciones de los enemigos de la Revolución francesa en el sentido de que los francmasones habían sido responsables de ésta, acercaban a los revolucionarios irlandeses a la francmasonería. El gobierno recibía informes de que en muchos distritos de Irlanda los periodistas y artesanos de clase media baja se estaban incorporando a las logias francmasónicas para utilizarlas como fachada para esconder sus preparativos revolucionarios.

Las autoridades recibieron una denuncia según la cual John McBride, que vivía en Clay, cerca de Londonderry, era francmasón y miembro de la organización revolucionaria Irlandeses Unidos. El 21 de febrero de 1797 allanaron su hogar y encontraron insignias: de un lado estaban los símbolos masónicos, el cuadrado, los compases y el «Ojo que Todo lo Ve», y al otro lado se leían los lemas: «¡Arrancad vuestras cadenas y sed libres! ¡Irlandeses, uníos!»[241].

El secretario en jefe para temas de Irlanda, el honorable Thomas Pelham, era hijo de lord Pelham, quien más tarde se convirtió en conde de Chichester. No tenía dudas sobre la lealtad del conde de Donoughmore, el Gran Maestro, y de los otros miembros de la Gran Logia de Irlanda. El 24 de octubre de 1797 escribió a Donoughmore para pedirle que lo ayudara a lidiar con los revolucionarios que se habían infiltrado entre los francmasones. «Al no ser francmasón, no puedo explicar de qué manera su Señoría puede verificar las acciones de aquellos que desean transformar la francmasonería en una

maquinaria política, pero tengo la total seguridad de que cualquier paso que usted tome será mejor que lo que yo pueda sugerir[242]».

Lord Donoughmore informó al secretario en jefe que ya había iniciado acciones a fin de satisfacer su reclamo. Había enviado a un francmasón leal, mister Charles McCarthy, a inspeccionar las logias masónicas del norte de Irlanda y adjuntaba a la carta una copia del informe resultante. McCarthy había descubierto en las logias personas de una clase que «no contó con mi aprobación. Impulsado por el deseo de ser útil, por este medio someto a lord Donoughmore un plan que, en este momento crítico, me parece útil para impedir cualquier práctica desafortunada que los sectores más bajos de la población puedan llevar a cabo al iniciarse en los misterios de la masonería». Además, le decía a Donoughmore que un miembro, cuya lealtad estaba en duda, había sido expulsado de su logia[243].

Donoughmore envió a su Gran Maestro Delegado, el doctor Wade, a investigar las logias del norte. «Me fío de él —le dijo a Pelham— porque es un celoso defensor del gobierno». Wade y Donoughmore decidieron que sería aconsejable que la francmasonería de Irlanda suspendiera todas las admisiones nuevas hasta que pasara esa peligrosa crisis política. También instaron a todos los francmasones a que mantuvieran una cuidadosa vigilancia sobre las actividades de los hermanos masónicos, y que revelaran a las autoridades el nombre de cualquier francmasón que fuera sospechoso de revolucionario[244].

Los franceses no enviaron flota ni ejército a liberar Irlanda. En cambio, Napoleón Bonaparte decidió zarpar hacia Egipto a fin de conquistar la provincia egipcia del Imperio turco y cortar las comunicaciones británicas con la India. La revuelta que estalló en Irlanda en 1798 fue reprimida.

Aunque en Gran Bretaña los partidarios de la Revolución francesa no eran numerosos, y se podía refrenar sin grandes dificultades el rechazo a la guerra, el gobierno de Pitt mantuvo una fuerte vigilancia sobre la oposición revolucionaria. Lo instigaban a ello sectores *tories* patrióticos tales como la Asociación para la Preservación de la Libertad y la Propiedad contra los Republicanos y los Igualitarios, y periodistas *tories* como el francmasón George Canning, que fustigaba a los revolucionarios franceses y sus simpatizantes británicos en su periódico *The Anti-Jacobin*. Los motines en el seno de la marina en Spithead y The Nore, así como las actividades de los sindicatos, que se habían formado poco antes, aumentaron la alarma del gobierno. El Parlamento aprobó dos leyes para afrontar la situación: la Ley de Juramentos Ilegales de 1797 y la Ley de Sociedades Ilegales de 1799, a partir

de las cuales se consideraba delito prestar ciertos juramentos, entre ellos el de no revelar los secretos de una sociedad, y también el pertenecer a una sociedad cuyos miembros prestaran ese tipo de juramento[245].

La Ley de Juramentos Ilegales y la Ley de Sociedades Ilegales se podrían haber interpretado fácilmente como aplicables a los francmasones y como una prohibición de sus juramentos y reuniones. Pero el príncipe de Gales, el Gran Maestro, intervino en apoyo de los masones ante Pitt. Fue asistido por el Gran Maestro Delegado, Francis, lord Rawdon, quien poco antes había heredado de su padre el título de conde de Moira. Nadie podía sospechar que Moira fuera partidario de la Revolución francesa. Es probable que hubiese sido iniciado como francmasón en una logia de regimiento cuando servía en el ejército británico en América del Norte durante la guerra de la Independencia; había combatido en las filas de Jorge III en la batalla de Bunker Hill y había defendido con lealtad la causa británica durante el transcurso de la guerra. Después de heredar el título de su padre, había sido promovido al rango de mayor general y combatió a las órdenes del duque de York en la campaña contra los ejércitos revolucionarios franceses en los Países Bajos[246].

El príncipe de Gales y Moira aseguraron a Pitt que los francmasones eran leales y afirmaron que nadie podría sospechar que una sociedad que incluía miembros de la familia real fuera sediciosa. Pitt estuvo de acuerdo. Moira informó a la Gran Logia que el primer ministro había «expresado su opinión favorable respecto de la sociedad y que estaba dispuesto a recomendar alguna cláusula que impidiera que la nueva Ley afectara a la sociedad, siempre que se evitara que su nombre pudiera ser utilizado por personas de disposición malvada para ocultar propósitos sediciosos[247]». Se pactó la inclusión en la Ley de una cláusula que exceptuara expresamente a los francmasones de la prohibición impuesta a las sociedades secretas siempre que todas las logias masónicas suministraran a los jueces de paz locales los nombres de sus miembros y los lugares y horarios de sus reuniones.

Moira estaba profundamente indignado por el hecho de que en otros países hubiera francmasones involucrados en actividades revolucionarias. En su discurso ante la Gran Logia del 3 de junio de 1800 dijo que esas personas habían «recurrido al artificio de tomar prestada la denominación de francmasones para ocultar reuniones de propósitos sediciosos». Pero esas «doctrinas libertinas» jamás habrían sido toleradas en ninguna logia masónica inglesa.

> Por consiguiente, afirmamos que tal relajamiento de opinión no tiene ningún tipo de relación con los principios de la masonería, sino que es diametralmente opuesta al mandato que consideramos piedra basal de la logia, es decir, Temer a Dios y Honrar al rey. En confirmación de esta solemne aserción, qué prueba más irrefutable podemos ofrecer que el hecho de que tantos miembros de la ilustre familia de Su Majestad ahora pertenezcan a los más altos grados de la masonería[248].

Moira se desempeñó como Gran Maestro Interino durante veintitrés años, hasta 1813, cuando fue nombrado gobernador general de la India. En ese momento se le adjudicó el título de marqués de Hastings.

En Nápoles, el rey Fernando IV continuaba, cada tanto, emitiendo decretos contra los francmasones, volviendo a poner en vigencia los primeros decretos, que se basaban en la bula papal de 1751. Pero en 1768 se casó con María Carolina, la hermosa, intelectual y dominante hija de María Teresa de Austria. A diferencia de su madre en Viena y de su hermana María Antonieta en Versalles, María Carolina simpatizaba con las ideas liberales y utilizó su influencia para favorecer a los francmasones de Nápoles. No pudo impedir que Fernando IV emitiera nuevos decretos en contra de ellos, pero probablemente gracias a ella la persecución se relajó y los decretos no entraron en vigor. Varios miembros prominentes de la aristocracia de Nápoles se hicieron francmasones y María Carolina mantuvo amistad con algunos de ellos[249].

El liberalismo de María Carolina no era tan amplio como para aprobar cualquier intento de los liberales napolitanos de echar a su marido del trono; pero eso era lo que muchos de ellos querían hacer. Después de que estallara la Revolución francesa, se dirigieron a la Francia revolucionaria y a los jacobinos de París en busca de inspiración y ayuda. Muchos de ellos se volvieron francmasones, sin duda por la misma razón por la que lo hicieron los revolucionarios irlandeses: porque los enemigos de la revolución habían proclamado que los francmasones eran revolucionarios peligrosos.

María Carolina no fue ni la primera ni la última liberal que, en el transcurso de su vida, pasó de una posición liberal a un extremismo reaccionario. Cuando se dio cuenta de que los francmasones y los liberales planeaban derrocar la monarquía y establecer una república jacobina en Nápoles, y cuando se enteró de que los jacobinos de París habían guillotinado

a su hermana María Antonieta, adoptó una posición violentamente contraria a ellos y se culpó a sí misma por haberlos alentado con sus actitudes tolerantes.

Entre los jacobinos de Nápoles había varios aristócratas, pero la mayor parte de sus seguidores eran intelectuales de clase media: abogados, periodistas y profesores universitarios. También los apoyaban algunos artesanos urbanos de Nápoles; pero en los distritos rurales, el pueblo, que era devotamente católico, no sentía simpatía por los revolucionarios jacobinos y mantenía su lealtad a la monarquía. Algunos oficiales del ejército y la marina simpatizaban en secreto con los jacobinos. El más importante era el almirante príncipe Francesco Caracciolo, el oficial de más alto rango de la marina napolitana.

Las esperanzas y el entusiasmo revolucionario de los jacobinos napolitanos se acrecentaron cuando se enteraron de la noticia de los triunfos de los ejércitos revolucionarios, al mando del joven general Napoleón Bonaparte, sobre los ejércitos austriacos al norte de Italia. Después, en 1798, estalló una revolución jacobina en Roma, y tropas francesas acudieron en su auxilio y ocuparon la ciudad. No dañaron al Papa, ni le quitaron la autoridad sobre los Estados Papales, pero lo mantuvieron virtualmente prisionero en el Vaticano y lo obligaron a aceptar las directivas del comandante de la guarnición francesa. Para los jacobinos napolitanos, la revolución se estaba acercando.

María Carolina convenció a su marido de que declarara la guerra a Francia. Gran Bretaña, Rusia y Turquía ya estaban en guerra con ese país y en el verano de 1798 las marinas británica, rusa y turca acudieron en auxilio del rey de Nápoles contra los franceses. La flota británica estaba bajo el mando del contralmirante *sir* Horatio Nelson, nombrado pocos meses después lord Nelson, quien se enamoró de Emma, *lady* Hamilton, esposa de *sir* William Hamilton, el embajador británico en Nápoles; ella correspondió su amor. *Lady* Hamilton era una íntima confidente de la reina María Carolina.

El rey Fernando marchó contra la guarnición francesa en Roma y consiguió conquistar la ciudad; pero poco tiempo después los franceses regresaron, lo echaron y avanzaron rápidamente sobre Nápoles. En enero de 1799 los jacobinos y francmasones napolitanos proclamaron la República Partenopea y llegaron tropas francesas para ayudarlos.

El almirante príncipe Caracciolo escoltó al rey y a la reina de Nápoles a Palermo, Sicilia, y después regresó a Nápoles para luchar contra los rebeldes. Los reyes no sabían que era francmasón en secreto. Cuando llegó a Nápoles,

en vez de combatirlos, se pasó al bando de los jacobinos, que lo eligieron como su líder.

En Palermo, Nelson estaba desplegando sus planes para aplastar la república jacobina que se había instalado en Nápoles. Se ha dicho más de una vez que su famoso romance con Emma Hamilton influyó decisivamente en la política que Nelson aplicó hacia los jacobinos a partir de la suposición de que María Carolina, que ahora los odiaba, convenció a *lady* Hamilton de que lo incitara a actuar en contra de ellos. Pero, mucho más allá de su romance con Emma, Nelson era un *tory* convencido. Ya en 1794, cuando estaba combatiendo contra los revolucionarios franceses en Tolón, Francia, había demostrado su odio al jacobinismo al arrancar con sus propias manos, en el territorio francés que estaba ocupado por las fuerzas británicas, los Árboles de la Libertad plantados por los revolucionarios[250]. Su implacable política contra los jacobinos napolitanos contaba con la aprobación del gobierno *tory* de Pitt, desde Londres.

El cardenal napolitano Fabrizio Ruffo, que había ido a Palermo con los reyes, se le anticipó mientras Nelson se preparaba para derrocar la República Partenopea. Ruffo convocó a los campesinos católicos de las zonas rurales a marchar contra los ateos jacobinos y francmasones que habían tomado el poder en la ciudad de Nápoles. Sus fuerzas de fanáticos contrarrevolucionarios —que se llamaban a sí mismos el Ejército Cristiano de la Sagrada Fe— obtuvieron la victoria en todas partes y los revolucionarios se vieron obligados a refugiarse en la fortaleza de Nápoles.

Caracciolo ofreció a Ruffo su rendición bajo la condición de que se perdonara la vida a sus hombres y que se les permitiera navegar hacia Francia. Ruffo aceptó los términos, a los que se avinieron también los almirantes ruso y turco, y el capitán Edward Foote, que estaba al mando de la escuadra británica en Nápoles. Pero cuando llegó Nelson desde Palermo, rechazó los términos de la rendición; dijo que ni Ruffo ni Foote tenían autoridad para aceptarlos, e insistió en que aquél le entregara a Caracciolo.

La reina María Carolina, a través de *lady* Hamilton, instaba a Nelson a que fuera implacable con los jacobinos napolitanos. Odiaba especialmente a Caracciolo, porque sentía que era culpable de una traición personal, al haber estado tan cerca de ella y del rey, para luego desertar y pasarse al enemigo.

Nelson creó una corte marcial formada por oficiales navales napolitanos a bordo de su barco The Foudroyant, en la bahía de Nápoles, a fin de juzgar a Caracciolo por traición. Éste adujo que los oficiales de la corte marcial eran sus enemigos personales y pidió ser juzgado por oficiales británicos

imparciales; pero Nelson rechazó la solicitud. Caracciolo pidió entonces un receso que le diera el tiempo suficiente para convocar testigos dispuestos a declarar en su defensa, a lo que Nelson también se negó. Luego invocó la promesa de Ruffo —que él y sus hombres quedarían libres—, pero la corte no aceptó su apelación. Después de un juicio que duró casi toda la noche fue declarado culpable y sentenciado a muerte. Nelson ordenó que fuera ahorcado en las velas de The Foudroyant. Caracciolo pidió ser fusilado, como oficial naval, por un pelotón; pero, una vez más, Nelson rechazó su pedido y, al amanecer, fue colgado del velamen[251].

El ahorcamiento de Caracciolo, una violación de los términos de rendición acordados con Ruffo, perduró en la memoria de los radicales italianos durante doscientos años como un acto vergonzoso que marcó a Nelson como un villano de la historia. Por otra parte, muchos biógrafos y admiradores de Nelson han defendido o excusado su conducta con mucha acuidad, pero sin resultar del todo convincentes. El argumento principal es que él había repudiado los términos de rendición de Ruffo antes de que fueran cumplidos y que Caracciolo ya sabía, cuando se rindió, que Nelson no aceptaría ese acuerdo. Pero esa teoría ha sido cuestionada.

María Carolina y el gobierno napolitano llevaron a cabo ejecuciones en masa de rebeldes, y muchos otros fueron encarcelados en los calabozos napolitanos que más tarde se hicieron notorios. Ciento diecinueve fueron colgados, entre ellos varios intelectuales y francmasones prominentes. Algunos no habían cometido mayor delito que haber aceptado cargos menores en la administración del gobierno rebelde en el transcurso de los cinco meses que duró la República Partenopea[252].

En esa época y, en gran medida también en la actualidad, las opiniones sobre la conducta de Nelson han estado divididas según alineamientos nacionales y políticos. La ensayista radical inglesa, Helen Maria Williams, la condenó en su momento con la misma vehemencia con que lo hicieron, desde entonces, los radicales franceses e italianos. Eso no disminuyó la admiración que los *tories* ingleses, los marineros y muchos otros patriotas ingleses tributaron a Nelson.

XIII



Napoleón

La disputa entre la Iglesia católica romana y la Revolución francesa había alcanzado su punto máximo en la revuelta de los campesinos católicos de la Vendée, oeste de Francia, que entre 1793 y 1795 provocó una salvaje guerra de exterminio entre los habitantes de aquella región y los jacobinos, en la que ninguno de los bandos dio cuartel al otro. En 1794, tanto la Iglesia católica como los francmasones habían sido reprimidos en Francia. Pero los católicos, así como sus enemigos francmasones, volvieron a ser tolerados bajo el gobierno del Directorio y la situación de ambas instituciones mejoró todavía más después de que Napoleón Bonaparte se proclamara primer cónsul mediante el golpe de estado del 18 de brumario, en noviembre de 1799.

Napoleón estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con el papado y la Iglesia católica. Conocía la influencia que la Iglesia tenía sobre las mentes del pueblo de Francia e Italia y deseaba evitar otro alzamiento católico como la guerra de la Vendée. Pensaba que la religión ejercía una disciplina útil en el pueblo, y condenaba el ateísmo como «una doctrina que destruye todas las organizaciones sociales y priva al hombre de todos sus consuelos y todas sus esperanzas[253]». Pero no deseaba que la Iglesia católica se volviera demasiado poderosa y que constituyera una amenaza a su cargo; por lo tanto, decidió permitir a los masones que existieran, porque sabía que eran enemigos de la Iglesia y podrían refrenar y contrabalancear el poder de aquélla. Al igual que la Iglesia, tampoco los francmasones podían adquirir demasiado poder. Él decía que si toleraba a los francmasones podría utilizarlos; si los alentaba demasiado, ellos terminarían usándolo a él[254].

De todas maneras, tanto como primer cónsul como más tarde en la posición de emperador, alentó bastante a los francmasones. Se ha sostenido

que él mismo era francmasón, y que había sido iniciado en una logia militar en Malta, en 1798, cuando esta región estaba temporalmente ocupada por Francia y él la visitó de camino a Egipto; pero no existe ninguna prueba confiable al respecto, y la posibilidad es altamente improbable[255]. La historia de que una vez, cuando era emperador, entró de incógnito en una reunión de una logia masónica de París también es, casi seguramente, un mito[256].

Cuando estuvo prisionero en Santa Elena, se expresó sobre muchos temas con más libertad que durante sus años en el poder. Se hizo amigo de Barry O'Meara, el cirujano irlandés de The Bellerophon, el buque que lo había llevado a Santa Elena, y lo utilizó como confidente en conversaciones que tenían lugar en la isla. El 2 de noviembre de 1816, O'Meara le preguntó qué pensaba de los francmasones. Respondió que eran «un hato de imbéciles que se reúnen para una buena comida[257] y cometer tonterías. Sin embargo, realizan buenas acciones». Admitía haber alentado a los francmasones «porque ellos luchan contra el Papa[258]».

Aunque él no se hizo francmasón, Napoleón permitió y alentó a sus parientes, comandantes militares y consejeros más cercanos a que se incorporaran a la agrupación. Después de convertirse en primer cónsul, designó para el cargo de segundo cónsul a Jean Jacques Régis de Cambacérès, un abogado capaz y cauto que había conseguido sobrevivir y no meterse en problemas mientras el poder estuvo en manos de los jacobinos y el Directorio. Cambacérès fue el principal responsable de la redacción del Code Napoléon, que modernizó el derecho del *ancien régime* y que, desde entonces, es la base del derecho de Francia y de muchos otros países que lo adoptaron como modelo. Cambacérès era un fervoroso francmasón. Cuando Napoleón abolió el Consulado y se proclamó emperador de los franceses, nombró a Cambacérès archicanciller. También lo nombró príncipe del Imperio y le dio el título de duque de Parma.

Muchos hermanos de Napoleón se habían convertido en francmasones en su juventud, durante los primeros tiempos posteriores a la revolución y antes de que Napoleón se volviese importante. Pero, como siempre, la policía sospechaba de los francmasones; una organización secreta que mantenía reuniones secretas podía ser una tapadera de actividades de los antiguos republicanos jacobinos o de los realistas, y ambos grupos se oponían al gobierno de Napoleón. Probablemente haya sido la influencia de Cambacérès lo que convenció a Napoleón de que rechazara las advertencias de su policía,

y de que, en vez de reprimir a los francmasones, los transformara en una organización de partidarios leales[259].

Cuatro hermanos de Napoleón eran francmasones: José, que se convirtió en rey de Nápoles y después de España, Luis, rey de Holanda; Luciano, príncipe de Cannino; y Jerome, rey de Westfalia, que irritó a Napoleón al casarse con Elizabeth Patterson, de Baltimore, Estados Unidos. Napoleón disolvió el matrimonio mediante un decreto imperial. Tanto su cuñado, el mariscal Joachim Murat, casado con su hermana Carolina y sucesor de José Bonaparte como rey de Nápoles, como su hijastro, Eugène de Beauharnais, hijo del matrimonio anterior de Josefina, la primera esposa de Napoleón, eran francmasones. También veintidós de los treinta mariscales principales de Napoleón, entre ellos Michel Ney, duque de Elchingen y príncipe de la Moskwa; André Masséna, duque de Rívoli y príncipe de Esseling; Jean Lannes, duque de Montebello; José, conde Soult; Jacques Macdonald, duque de Taranto; Jean Baptiste Bernadotte, quien se convirtió en el rey Carlos XIV de Suecia; y François de Kellermann, el triunfador de Valmy, que derrotara la insurrección girondina en Lyon. Este último, que había sido arrestado y, por un golpe de suerte, escapó a la guillotina, sobrevivió para servir a Napoleón, quien lo nombró duque de Valmy. También eran francmasones el archicanciller del Imperio, Cambacérès; el architesorero, Charles Le Brun; y el ministro general de policía, el duque de Choiseul-Preslins. José Bonaparte fue Gran Maestro, y los otros tuvieron distintos rangos masónicos[260].

En Francia se admitían mujeres en las logias masónicas desde el comienzo del siglo XVIII y esa tradición siguió vigente bajo Napoleón. Una logia de nombre Emperatriz Josefina se fundó en Milán y Estrasburgo. Josefina era la Gran Maestra de la logia[261].

Si bien los francmasones ingleses estaban orgullosos de sus lazos con la familia real y ensalzaban su lealtad al trono y su apoyo a la guerra contra Francia, los francmasones franceses los superaban en su devoción a Napoleón y a la familia Bonaparte, y en sus alabanzas a los triunfos militares del emperador. En 1805, Napoleón concentró su ejército en Boulogne en previsión de una invasión inglesa; después decidió que aquella iniciativa era demasiado arriesgada, teniendo en cuenta que la marina británica dominaba el canal, y marchó hacia Alemania contra los aliados británicos, Austria y Rusia. El 2 de diciembre de 1805, primer aniversario de su coronación como Emperador, derrotó a los austriacos y rusos en Austerlitz, Moravia; fue la más brillante de todas sus victorias.

Cuando los francmasones franceses estaban llevando a cabo su fiesta anual de diciembre —que, por una antigua tradición, se celebraba el 27 de ese mes, día de San Juan Evangelista—, ya había llegado a París la noticia de Austerlitz, y la fiesta fue ante todo una celebración de la victoria del emperador y no tuvo la menor relación con la masonería o con la fiesta invernal de San Juan. El momento culminante de la ocasión fue el recitado de un poema compuesto especialmente por el hermano Brunet:

¡Esto es lo que el oro y la traición han conseguido!
¡Aquí estás tú solo, orgulloso isleño!
¿Acaso deseas prolongar la lucha temeraria?
Tiembla, pues los dioses traen a Napoleón.
Ríndete, o pronto este noble grito de guerra penetrará en el pecho de Albión:
¡Viva Napoleón[262]*!*

Napoleón transformó en reino el norte de Italia. Dio a ese territorio el nombre de Reino de Italia y él mismo se proclamó rey; adoptó el título de emperador de los franceses y rey de Italia, y en todas sus proclamas oficiales se refería a sí mismo como «el Emperador y rey». Al sur de su Reino de Italia permitió que los Estados Papales siguieran existiendo durante un tiempo, pero mantuvo al Papa virtualmente prisionero en el Vaticano. Después, en 1810, harto de las quejas del Papa sobre la situación de la Iglesia católica en Francia, ordenó a José Bonaparte que invadiera los Estados Papales, que fueron anexados a Francia. La bandera tricolor francesa ondeó sobre el Vaticano y el Papa fue llevado a Francia como prisionero. Permaneció allí cuatro años, hasta que lo liberaron las avanzadas aliadas.

Después de Austerlitz, Napoleón decidió que no permitiría que el Reino de Nápoles continuara dentro del territorio italiano como un poder enemigo y aliado de Gran Bretaña. Difundió una proclama en la que llamaba a sus soldados a vengarse de los sucesos de 1799 y envió a su hermano José a dirigir la invasión a Nápoles. El rey Fernando y María Carolina huyeron a Palermo. Napoleón no hizo ningún intento por conquistar Sicilia, que estaba protegida por la armada británica, pero nombró a José rey de Nápoles.

Para los francmasones napolitanos era una liberación y un triunfo. El rey José alentó la formación de logias, que surgieron incluso en las villas de Calabria y otras regiones católicas.

Pero Napoleón, como todos los soberanos autócratas, siempre tuvo un poco de temor de los francmasones. Al igual que Catalina la Grande y José II, sentía que, si bien las logias francmasónicas podían ser leales, también podían

servir para ocultar deslealtad y oposición al régimen. En 1811 emitió un decreto según el cual la creación de una organización de más de veinte personas que se reunieran regularmente con objetivos religiosos, literarios, políticos o de otra índole era considerada un delito, a menos que esa organización obtuviera el consentimiento del gobierno y cumpliera sus directivas sobre el lugar y hora de reunión y otras cuestiones[263]. Uno de los artículos del decreto otorgaba permiso de reunión a los francmasones, pero Napoleón ordenó al ministro del Interior que condujera una investigación a fin de averiguar si estaban involucrados en actividades políticas en cualquier lugar de Francia.

Los prefectos llevaron a cabo la tarea y enviaron sus informes al ministro del Interior. Con una sola excepción, informaron que los francmasones de sus distritos eran leales y no se involucraban en actividades políticas. La excepción era el cantón de Ginebra. En 1798, las tropas francesas habían invadido Suiza para combatir a los ejércitos austriaco y ruso que estaban esperando allí la oportunidad de atacar Francia. Sobre el fin de la campaña, después de haber expulsado a los rusos y austriacos, las tropas francesas se retiraron de todas las regiones de Suiza excepto Ginebra, porque Napoleón había decidido que fuera anexada a Francia. El prefecto de Ginebra informó que en el cantón se usaban las logias para ocultar actividades revolucionarias[264].

El responsable de ello era el revolucionario toscano marqués Felipe Buonarroti, que ha sido llamado el padre del socialismo revolucionario. Había llegado a París durante la Revolución francesa, y había cultivado la amistad de Robespierre. Después, fue elegido para la Convención como partidario de aquél. Tras la reacción termidoriana y el establecimiento del Directorio, se relacionó con François Babeuf —Gracchus Babeuf—, que creía que la Revolución francesa debía ir más lejos e instalar un régimen basado tanto en la igualdad económica como en la política, un régimen socialista en el que la posesión de todos los bienes fuera compartida. En 1797, Babeuf y sus partidarios intentaron derrocar al Directorio y tomar el poder mediante una insurrección. La revuelta fue reprimida. Babeuf, considerado su líder, fue guillotinado. Buonarroti no estaba tan comprometido y se limitaron a desterrarlo.

Dedicó el resto de su vida a planear una revolución socialista, que creía la única forma de llegar al socialismo. Pensaba que las logias masónicas, con sus reuniones secretas y sus señales de identificación, serían una excelente pantalla para ocultar una organización revolucionaria. Y se propuso infiltrarse

en ellas. Creía que Ginebra, con su población de artesanos y relojeros independientes, sería un buen lugar para empezar. Pero, cuando Napoleón fue informado de lo que estaba sucediendo allí, deportó a Buonarroti del cantón y lo puso bajo custodia policial en Grenoble; y suprimió todas las logias francmasónicas de Ginebra. Buonarroti obtuvo mejores resultados en Italia, después de la caída de Napoleón, al infiltrar tanto a los masones como a la organización local de los carboneros, los Carbonari, una sociedad secreta con juramentos de silencio y señales secretas de reconocimiento. Tanto los Carbonari como los francmasones de Italia pasaron a ser una pantalla de actividades revolucionarias[265].

Durante la era napoleónica, comenzaron a circular historias de solidaridad masónica, en las que los masones se reconocían entre sí mediante señales secretas y procedían a ayudarse mutuamente. Esos relatos se parecen a los que se contaban en América del Norte sobre los «indios» masónicos que salvaban a los norteamericanos blancos cuando estaban a punto de ser ejecutados ritualmente, una vez que el prisionero había hecho la señal masónica secreta. En la Europa napoleónica los rumores acerca de la solidaridad masónica no llegan a plantear que la lealtad entre masones fuese lo suficientemente poderosa como para estar por encima de las lealtades nacionales o de la llamada del deber.

Existen historias de francmasones ingleses y franceses que permitían que prisioneros de guerra de esas nacionalidades escaparan una vez que habían hecho la señal secreta; otra, cuenta que un soldado francés, masón, permitió a un prisionero francmasón ruso que huyera durante la retirada de Napoleón de Moscú; y otra más, que un francmasón ruso, el general Platov, liberó a un prisionero de guerra francés en la campaña de 1807 porque los dos eran masones.

Se dice que, en Florencia, en 1807, en la corte marcial en la que se juzgaba a un oficial francés del ejército napoleónico por haber golpeado sin causa a un subordinado, el acusado fue declarado inocente por mayoría de uno, porque había hecho el signo secreto de reconocimiento masónico a uno de los miembros de la corte, que era masón. El comandante del regimiento descubrió lo que había sucedido y lo informó a Napoleón, quien ordenó que se respetara la decisión de la corte marcial, pero que se encarcelara durante un tiempo al oficial que había sido declarado inocente, que después se le diera de baja del ejército sin derecho a pensión, y que su hermano masón de la corte también fuera expulsado de la fuerza. Lo mismo sucedió en una corte marcial en Toulouse[266].

Estas historias bien pueden ser ciertas, pero demuestran que, aunque sin duda la solidaridad masónica existe, se podrían haber dado casos similares en los que las partes implicadas no fuesen masones. No es extraño que un soldado trate con piedad y camaradería a un soldado enemigo, aunque ninguno de los dos sea francmasón, y, en una corte marcial, puede ocurrir que un oficial demuestre una parcialidad injusta e incorrecta hacia un defendido de quien es amigo personal, o hacia alguien por quien siente compañerismo o afinidad porque ambos pertenecen a alguna asociación común, como el mismo club, o bien por solidaridad racial o regional. Pero cuando se trata de alta política, o de la carrera de individuos de alta jerarquía, la solidaridad masónica cede ante el deber nacional, el interés de clase o la ambición política.

En 1806, Napoleón, después de llegar a la conclusión de que era impracticable invadir Inglaterra, decidió arruinar el comercio británico mediante su Decreto de Berlín, que emitió en esa ciudad después de haber derrotado a Prusia y haber ocupado la zona. El decreto prohibía a todos los países de Europa el comercio con Gran Bretaña. Napoleón se dio cuenta de que la única manera de poner el boicot en vigor y de impedir el intercambio ilícito era ocupar toda la línea costera de Europa con tropas francesas o de estados satélite de Francia. Así, llegó a la conclusión de que tendría que ocupar España y Portugal, porque, aunque España había sido aliada de Francia contra los británicos en las primeras etapas de la guerra y había accedido a prohibir el comercio con Gran Bretaña, él sabía que el gobierno español consentiría el contrabando. Y eso era aún más probable en el caso de Portugal, que había sido aliado de Inglaterra durante más de cuatrocientos años.

En 1807, ordenó al mariscal Junot que cruzara los Pirineos, atravesara España e invadiera Portugal. Junot ocupó Lisboa y el rey de Portugal escapó junto a su familia en un buque británico hacia la colonia portuguesa de Brasil; pero los portugueses se alzaron en armas y echaron a los franceses. El ejército de Junot había suscitado el antagonismo de los españoles durante su marcha a través de España; entonces Napoleón decidió conquistar España y Portugal. Invitó al rey Carlos IV de España y a su hijo el infante Fernando a Bayona y obligó al rey Carlos a abdicar y al príncipe Fernando a renunciar a su derecho al trono de España. Mantuvo prisioneros a ambos en Bayona, invadió España e ingresó en Madrid. Instaló a su hermano José al frente del reino de España y dispuso que su cuñado Murat lo sucediera como rey de Nápoles. Luego ordenó a Soult que invadiera Portugal.

Tanto en España como en Portugal, la Inquisición había reprimido a los francmasones con la misma ferocidad que había exhibido cuando Carlos III emitió un decreto en contra de ellos después de las bulas papales de 1738 y 1751, y cuando la Inquisición portuguesa torturó a John Coustos. El rey José mantuvo a raya a la Inquisición española y alentó la formación de logias, como lo había hecho en su reinado anterior en Nápoles. Cuando Soult invadió Portugal, los francmasones portugueses lo saludaron como libertador, y bajo la protección del ejército de Soult formaron logias. Por primera vez en la historia de Portugal, la gente podía afiliarse abiertamente a la francmasonería.

Por desgracia, ni en España ni en Portugal el ejército francés demostró consideración alguna por los sentimientos nacionales del pueblo, sino que lo trató como a cualquier pueblo conquistado. Napoleón, desde que había presenciado las manifestaciones y revoluciones de París en la época de los jacobinos y el Directorio, siempre había actuado según el principio de que los disturbios debían ser reprimidos «con una ráfaga de metralla». Pensaba que Luis XVI era un cobarde por no haber abierto fuego sobre la multitud que entró en las Tullerías el 20 de junio de 1792: «Si hubiera apuntado los cañones hacia ellos y hubiera abatido a quinientos o seiscientos, el resto habría huido[267]». Napoleón, al reprimir sangrientamente a unos cientos de manifestantes en Madrid y en las otras ciudades y pueblos de España y Portugal en los que hubo intentos de resistencia contra los franceses, consiguió unir a los pueblos español y portugués en una lucha nacional contra Francia que terminó dando por tierra con todas las reformas liberales y el control de la Inquisición que llevaran a cabo el rey francmasón José Bonaparte y sus dos mariscales francmasones, Soult y Masséna.

Pero en junio de 1811, en la provincia de Extremadura, un oficial francés, capitán de Castillon, francmasón, permitió que algunos guerrilleros españoles francmasones que estaban ocultos en un monasterio escaparan. A cambio, ellos le dieron algunos emblemas masónicos que podría mostrar para salvar su vida si otros guerrilleros lo capturasen y hubiese masones entre ellos[268]. Esa historia es más creíble que muchas otras similares acerca de la solidaridad masónica durante las guerras napoleónicas, porque no cabe duda de que muchos francmasones franceses, entre ellos viejos revolucionarios de los días de la república, no aprobaban el método de Napoleón, que no era otro que oprimir a los pueblos vencidos después de «liberarlos» de sus antiguos gobernantes reaccionarios.

El gobierno británico envió a Portugal un ejército al mando del general *sir* Arthur Wellesley, quien se había distinguido durante la campaña en la India.

Wellesley organizó una fuerte posición defensiva a fin de proteger a Lisboa de los franceses y, después de repeler el ataque francés, consiguió tomar la ofensiva y hacer retroceder a Soult hasta obligarlo a atravesar España. Como recompensa por sus victorias fue nombrado vizconde Wellington. Algunos de los oficiales de su ejército eran francmasones que se habían iniciado en logias militares. Les desconcertó descubrir que, mientras liberaban Portugal de Soult, los francmasones portugueses, que habían formado logias bajo la protección del ejército francés, ahora eran arrestados por las autoridades portuguesas y entregados a la Inquisición, que estaba otra vez activa.

Ese invierno, en el día de San Juan, 27 de diciembre de 1809, algunos oficiales británicos que eran francmasones avanzaron en procesión por las calles de Lisboa desde la fortaleza donde estaba apostada la guarnición a la fábrica de tejidos de algodón de propiedad británica. La procesión alarmó a la Inquisición, al gobierno de Portugal y a muchos de los elementos más reaccionarios de la población de la ciudad. Cuando Wellington se enteró de lo que había sucedido, su enfado fue mayúsculo, porque la política del gobierno británico era mantenerse aliado a los portugueses intolerantes contra los franceses que toleraban la francmasonería.

El 4 de enero de 1810 escribió desde su cuartel en Coimbra al coronel Warren Peacocke, comandante de la guarnición británica de Lisboa, contándole que había recibido del secretario de Estado portugués una protesta relativa a la procesión masónica que había tenido lugar en esa ciudad. «Debo informarle que la procesión, las insignias y la existencia de la francmasonería son contrarias a las leyes de Portugal; y, considerando las circunstancias que han ocurrido recientemente en Lisboa y los informes que circulan sobre el encarcelamiento de diferentes individuos llevado a cabo por el gobierno, me habría parecido imposible que no se supiera ya que esos procedimientos eran ilegales». La procesión había ofendido a muchas personas en Lisboa «que están vinculadas a las leyes del país de la misma manera en que nosotros estamos vinculados a las del nuestro». Por lo tanto, Wellington ordenó al coronel Peacocke que informara a todos los comandantes de todos los regimientos británicos que las reuniones de las logias militares masónicas, la exhibición de sus emblemas y las procesiones deberían cesar mientras el ejército estuviese apostado en Portugal[269]. Es probable que Peacocke no supiera que Wellington, aunque era francmasón, no sentía ninguna solidaridad hacia los francmasones portugueses que habían sido arrestados por la Inquisición de Portugal después de la partida del francmasón Soult.

En España, el frente unido de todos los españoles contra los abusos del ejército francés y sus pelotones de fusilamiento causó más complicaciones a Wellington. Cuando hizo retroceder primero a Soult y después a Masséna hacia los Pirineos, la primera zona liberada fue la que tiene como epicentro a Cádiz, en el sur del país. En 1812, los liberales españoles, que estaban luchando contra los franceses, se reunieron en Cádiz y redactaron una Constitución liberal. En ella se abolía la Inquisición, se declaraban la libertad de palabra y de prensa y la tolerancia religiosa, se legalizaban las logias de francmasones y se establecía un Parlamento con poderes soberanos elegido conforme a un sistema de sufragio en el que podían participar casi todos los hombres.

Una vez que Wellington obligó a José Bonaparte y al ejército francés a cruzar los Pirineos, el rey Fernando regresó a España y se hizo cargo del gobierno. Repudió la Constitución de 1812 que los liberales habían proclamado en Cádiz y reestableció el absolutismo real. Se restauró la Inquisición, y los francmasones fueron arrestados y sentenciados a largos períodos de prisión.

Durante la lucha entre Fernando y sus anteriores aliados, los liberales españoles, el ejército británico tuvo una importancia fundamental. Wellington intervino decisivamente en favor del rey Fernando. Tanto sus propias simpatías *tories* como la política del gobierno *tory* de Londres a cargo de lord Liverpool lo llevaron a apoyar al rey contra los liberales y a permitirle a Fernando reinstaurar la monarquía absoluta, volver a dar poder a la Inquisición y arrestar a liberales y francmasones. El hecho de que Wellington también fuera francmasón resultó irrelevante.

Quizá porque había conocido en España y Portugal la faz liberal y revolucionaria de la francmasonería, Wellington estaba un poco avergonzado de ser él mismo francmasón. Los registros de la logia, que todavía se encuentran disponibles, demuestran claramente que Wellington, entonces Arthur Wesley —como su familia seguía escribiendo el apellido en esa época—, había sido iniciado como francmasón en una logia de Trim, condado de Meath, el 7 de diciembre de 1790. Siguió siendo miembro de la logia hasta que su membresía caducó en 1795. Pero los francmasones irlandeses recordaban que había sido su hermano y estaban orgullosos de que estuviera relacionado con ellos. En 1838, los miembros de una logia de Dublín quisieron ponerse el nombre de Logia Wellington, y el maestro, el señor Carleton, escribió a Wellington para pedirle su autorización.

Wellington respondió a Carleton en tercera persona pero de puño y letra. «El duque de Wellington presenta sus atentos saludos al señor Carleton. Recuerda perfectamente haber sido admitido en el grado inferior de la francmasonería en una logia formada en Trim, en el condado de Meath. Desde entonces, jamás asistió a una logia de francmasones». A la luz de ese hecho, darle su nombre a una logia francmasónica «sería equivalente a la ridícula suposición de que está relacionado con la francmasonería, lo que sería, además, una falsedad». Por ello tenía la esperanza de que no se le diera su nombre a la logia.

Wellington tenía sesenta y nueve años de edad cuando escribió esa carta. Trece años más tarde, en los últimos meses de su vida, llegó más lejos en su repudio a la francmasonería en una carta al señor J. Walsh, quien le había escrito respecto de su relación con la francmasonería. El 13 de octubre de 1851 respondió: «El mariscal de campo duque de Wellington presenta sus atentos saludos al señor Walsh. Ha recibido su misiva del 7 del corriente. El duque no recuerda haber sido admitido como francmasón. No tiene ningún conocimiento de esa asociación[270]».

XIV



La Restauración

Los francmasones franceses continuaron demostrando su entusiasmo por Napoleón a pesar de sus derrotas en España y Rusia. Después de la retirada de Moscú y la pérdida de 400 000 hombres en Rusia Napoleón se apresuró a dar los pasos necesarios para organizar un nuevo ejército, destinado a la campaña de 1813, y la Gran Logia del Gran Oriente aportó 5000 francos destinados a la adquisición de caballos para la caballería del ejército[271]. Pero, después de dos años consecutivos de derrotas, cuando los aliados invadieron Francia y coronaron a Luis XVIII como rey, la Gran Logia del Gran Oriente se volvió en contra de Napoleón. Lo mismo hicieron sus mariscales, que aceptaron nombramientos en el ejército de Luis XVIII y puestos en la Cámara de los Pares. Ney, Masséna, Soult y Macdonald se convirtieron en funcionarios de Luis XVIII.

La monarquía borbónica restaurada elevó al rango de héroe a Enrique IV, primer rey Borbón, porque había establecido la tolerancia religiosa mediante el Edicto de Nantes, había expresado su preocupación por el bienestar de los pobres y se había ganado la reputación de tolerante y benevolente. El gobierno decidió erigir una imponente estatua ecuestre de Enrique IV en la Ile de la Cité, cerca de la catedral de Notre Dame, en París, e invitó a las fuerzas vivas de la sociedad a aportar dinero para cubrir el costo. La Gran Logia del Gran Oriente contribuyó[272]. Había pasado poco más de un año desde que contribuyera con dinero a la compra de caballos para el ejército de Napoleón.

En abril de 1814, dos semanas después de que los aliados y Luis XVIII entraran en París, los francmasones de Marsella desfilaron por las calles con un busto de Luis XVIII[273]. La Gran Logia anunció que la celebración anual

del día de San Juan Bautista, el 24 de junio, se dedicaría a festejar el regreso del legítimo Rey[274].

El rey José, que había perdido su reino de España, estaba exiliado en Suiza. La Gran Logia francesa le escribió solicitándole su renuncia al puesto de Gran Maestro. Pero él se negó. Era una situación incómoda para la Gran Logia, porque sería difícil encontrar una razón para deponerlo, aparte de la verdadera, es decir, que la Gran Logia quería estar del lado de los vencedores. Decidieron designar un comité de tres funcionarios para que ejercieran las funciones del Gran Maestro. Uno de ellos era Macdonald, antes mariscal de Napoleón, que ahora apoyaba a Luis XVIII[275].

Entonces, el 1 de marzo de 1815, Napoleón partió de Elba y desembarcó en el sur de Francia. La primera reacción de los francmasones fue reafirmar su lealtad a Luis XVIII. El mariscal Ney se ofreció a ponerse al mando de las tropas para capturar a Napoleón; pero cuando él y sus hombres lo encontraron, cerca de Grenoble, el 7 de marzo, se unieron a él. El 20 de marzo Napoleón entró en París y Luis XVIII huyó a Bruselas.

Ney fue el único de los antiguos generales de Napoleón en unírsele. Los otros, al igual que los francmasones de la Gran Logia, se mantuvieron en silencio durante el transcurso de los Cien Días, esperando a ver qué sucedería. Napoleón ofreció la paz a los aliados, pero éstos se prepararon para la guerra, y como él, por su parte, también se preparaba para combatirlos, se volvió hacia las fuerzas revolucionarias y liberales que había reprimido durante sus quince años de gobierno como primer cónsul y emperador. Proclamó una Constitución liberal, abolió el tráfico de esclavos, y convocó al pueblo a rescatar el espíritu revolucionario de 1792 y estar listo para repeler los intentos de los soberanos extranjeros de invadir Francia y restaurar el reino de los Borbones. Más tarde, en Santa Elena, admitió que si hubiera derrotado a los aliados y se hubiera mantenido en el poder, habría anulado todas las concesiones que hizo a los liberales. Unos pocos francmasones que habían pertenecido a la oposición y habían sufrido durante su Imperio, se le unieron[276]; pero la Gran Logia y la mayoría de los masones esperaron a ver qué deparaban los acontecimientos. José Bonaparte, que había regresado de Suiza con el designio de unirse a Napoleón, no volvió a recibir ninguna solicitud más de aquéllos en las que se le pedía que renunciara. La Gran Logia canceló la celebración de la fiesta de verano de San Juan de 1815[277].

En la batalla de Waterloo, Napoleón fue casi el único de los protagonistas principales que no era francmasón. Durante ocho horas, en la tarde y noche del 18 de junio de 1815, trató en vano de destruir el ejército británico. Los

británicos, al mando del francmasón Wellington, mantuvieron firmemente la posición y resistieron el último y desesperado ataque que llevó contra ellos la Guardia Imperial comandada por el francmasón Ney. Poco antes de las nueve de la noche llegó el ejército prusiano para atacar a los exhaustos franceses y masacrarlos mientras huían derrotados. Conducía a los prusianos un comandante de setenta y tres años de edad, el mariscal de campo Gebhard von Blücher. Era francmasón[278].

Los aliados marcharon sobre París. El 3 de julio, cuando entraron en la ciudad, traían con ellos a Luis XVIII. Después de una vacilación fatal de trece días, Napoleón decidió intentar una huida a Estados Unidos; pero cuando su barco salía de Rochefort, fue interceptado por el buque de guerra británico The Bellerophon. Napoleón se rindió, y los gobiernos aliados lo desterraron a la isla de Santa Elena, en el Atlántico Sur.

Los aliados y Luis XVIII alcanzaron París demasiado tarde para que los francmasones celebraran el 24 de junio, el festival veraniego de San Juan; pero apenas arribó Luis los masones difundieron una declaración dando la bienvenida al legítimo rey[279]. A diferencia de Napoleón, José Bonaparte pudo llegar a Estados Unidos y pasó los últimos veintinueve años de su vida en su residencia de Point Breeze, New Jersey. Los francmasones franceses volvieron a escribirle pidiéndole que renunciase al puesto de Gran Maestro, pero él volvió a negarse. Los masones decidieron no elegir un Gran Maestro y se las arreglaron sin ese cargo durante treinta y ocho años[280].

Ney fue arrestado y acusado de alta traición por haber desertado al bando de Napoleón durante los Cien Días. Apeló, con el argumento de que estaba exceptuado del juicio en virtud de los términos de la capitulación que Wellington había otorgado a los soldados del ejército de Napoleón después de Waterloo según la cual quedaban exentos de todo castigo. Wellington argumentó que las cláusulas de la capitulación no se aplicaban a crímenes cometidos por un soldado contra las leyes de Francia. Aceptó tener una entrevista con *madame* Ney, pero se negó a interceder ante Luis XVIII. No sentía más simpatía por su hermano masónico Ney que la que había sentido por los francmasones de España y Portugal[281].

Ney fue juzgado en una corte marcial; los jueces eran sus antiguos colegas, entre ellos Masséna, Pierre Augereau y otros masones, aunque Masséna trató sin éxito de ser excusado de la corte. En cualquier caso, no fueron ellos quienes tuvieron que decidir el destino de Ney, porque éste reclamó el derecho, como par de Francia, de ser juzgado por la Cámara de los Pares. Allí también algunos de los jueces eran colegas mariscales y

francmasones; pero con una solitaria excepción, la Cámara lo declaró culpable por unanimidad y lo sentenció a morir frente a un pelotón de fusilamiento[282].

Varias personas solicitaron a Luis XVIII que mostrara misericordia y que conmutara la sentencia de muerte contra Ney; pero los gobiernos extranjeros y sus embajadores, incluyendo al primer ministro británico, lord Liverpool, el secretario de Asuntos Exteriores lord Castlereagh, y Wellington instaron al rey Luis a tratar con firmeza a los traidores de los Cien Días y a dar el ejemplo con Ney[283].

La duquesa de Angoulême, hija de Luis XVI y María Antonieta, utilizó su influencia sobre Luis XVIII para disuadirlo de conmutar la sentencia de muerte de Ney. Cuando niña, durante la revolución, había estado prisionera junto a sus padres y su hermano menor el Delfín, o Luis XVII, como lo consideraban los realistas. Sus padres habían sido guillotinados y su hermano había muerto a los nueve o diez años de edad a consecuencia de los maltratos sufridos en la cárcel. Sentía un amargo resentimiento contra todos los revolucionarios y sus herederos, entre ellos Ney, y presionó para que la sentencia de muerte se ejecutara. Años más tarde, leyó un libro que describía la retirada de Napoleón de Moscú en 1812 y el coraje que Ney había demostrado durante esa campaña. Declaró que, si hubiera leído el libro en 1815, habría intervenido a favor de la conmutación de la pena de muerte para Ney[284].

La sentencia se cumplió el 7 de diciembre de 1815.

Los francmasones franceses no disfrutaban de una posición demasiado cómoda bajo Luis XVIII, debido a su reputación de revolucionarios y a que habían apoyado a Napoleón durante el imperio. Estaban protegidos por Elie, duque Decazes, que era francmasón. Después de una callada y exitosa carrera de abogado bajo el gobierno de Napoleón, Luis XVIII lo nombró ministro de policía y más tarde ministro del Interior. El duque convenció al rey de aplicar una política liberal. Con el consentimiento de Luis, envió una circular a los prefectos y a la policía, en la que les informaba que el rey no consideraba que los francmasones fueran una organización peligrosa[285]. Se ha sugerido varias veces que el mismo Luis XVIII era francmasón, y que había sido iniciado en la década de 1770, mientras era duque de Provenza; pero no existen pruebas incontrastables de ese hecho[286].

En cambio, no hay duda de que el hermano del rey, el conde de Artois, sí era francmasón; pero era a su vez quien más se oponía a la política liberal de Decazes. Instaba a su hermano a reprimir a los liberales y criticaba a Decazes

por su debilidad. En esto lo apoyaban los gobiernos aliados, especialmente Austria y Rusia, que habían formado la Santa Alianza para sofocar las revoluciones y el liberalismo en toda Europa, si era necesario a través de la intervención armada.

El conde de Artois no era el único francmasón reaccionario. El ensayista Joseph de Maistre era masón[287]; había sido iniciado antes de la Revolución francesa. Los acontecimientos políticos de Francia y Europa lo habían convencido de que el peligro de la revolución debía ser combatido por gobiernos firmes y mediante una represión severa. Poseedor de una mente clara y una brillante capacidad de análisis, sentía un profundo desprecio por las enrevesadas teorías liberales, aunque no podía ocultar una rencorosa admiración por la determinación revolucionaria de los jacobinos. Se convirtió en el filósofo político conservador más importante de su tiempo.

El duque de Berry, hijo del conde de Artois, tenía ideas mucho más liberales que las de su padre; y Decazes y los francmasones tenían la esperanza de que aceptara el cargo de Gran Maestro del Gran Oriente. Pero en 1820, el duque de Berry murió apuñalado por un talabartero de nombre Louvel, quien aparentemente sostenía puntos de vista revolucionarios y liberales, aunque no estaba conectado con ninguna organización y actuó por propia iniciativa. Los conservadores clamaron de indignación y culparon a los liberales por el asesinato y a Decazes por haber alentado a éstos con su debilidad y su política proliberal. Decazes se vio obligado a renunciar. Los francmasones realizaron un servicio religioso público en memoria del duque de Berry, en el que expresaron su horror ante el asesinato. El homicidio acabó con la política liberal de Decazes y fortaleció la posición del conde de Artois, pero no provocó ninguna nueva medida contra los francmasones[288].

En 1824, cuando murió Luis XVIII, el conde de Artois se convirtió en el rey Carlos X. Su política fue más reaccionaria que la de Luis XVIII. Pero en ese momento reapareció en escena un francmasón, el ya anciano La Fayette, quien después de haber sido arrestado por los austriacos en los Países Bajos en 1792, había permanecido en prisión durante cinco años. Todos los esfuerzos del presidente George Washington y del gobierno de Estados Unidos en su favor habían sido infructuosos. Pero en 1797, cuando Napoleón derrotó a los austriacos en el norte de Italia, los obligó a firmar el Tratado de Campo-Formio. Una de las condiciones de la paz, insistió Napoleón, era la liberación de La Fayette. Se trataba sin duda de un acto de generosidad, pues Napoleón tenía una pobre opinión de La Fayette, como general y como político. No le ofreció ningún cargo bajo el Consulado ni bajo el Imperio, y

durante casi treinta años La Fayette vivió calladamente en Francia sin participar en política. Cuando Napoleón, durante los Cien Días, adoptó una transitoria política liberal y muchos liberales y francmasones que antes se le opusieran se volcaron en su favor, la gente se preguntaba si La Fayette haría lo mismo. Pero éste no se unió a Napoleón durante los Cien Días y permaneció recluido en su casa sin abrir la boca[289].

La Fayette volvió a participar activamente en política después de la coronación de Carlos X. En 1824 visitó Estados Unidos, donde sus servicios a la causa norteamericana durante la guerra de la Independencia no habían sido olvidados. En todo el país, y donde fuera que se presentara, era recibido como héroe, y fue invitado a pronunciar un discurso en una sesión conjunta de las dos cámaras del Congreso. Era la primera vez que se invitaba a un extranjero a hacer algo así, y durante muchos años La Fayette tuvo la distinción de ser el único hombre que había merecido ese honor, ya que hasta la segunda mitad del siglo siguió siendo una rareza que un estadista extranjero fuera invitado a hablar en el Congreso.

Cuando regresó a Francia La Fayette participó activamente en la vida política. Mientras crecía la insatisfacción ante la política de Carlos X y su gobierno, La Fayette se embarcó en un recorrido por distintas ciudades de Francia, en las que asistía a fastuosos banquetes masónicos. Se suponía que esos banquetes eran simples reuniones de masones, pero en realidad atraían a grandes multitudes de liberales opositores al gobierno. Y La Fayette, en los discursos que pronunciaba en esas celebraciones, criticaba la política oficial[290].

Sin embargo, cuando en julio de 1830 estalló la revolución contra Carlos X, ni La Fayette ni la Gran Logia tuvieron nada que ver. La revolución fue iniciada por francmasones jóvenes pertenecientes a logias que habían sido tomadas por grupos revolucionarios. La más importante era una organización secreta llamada Aide-toi, le ciel t’aidera (Ayúdate a ti mismo y el cielo te ayudará). La mayoría de sus miembros eran francmasones. Ellos fueron quienes ocuparon las barricadas que se alzaron para luchar contra la policía y el ejército durante los Tres Días Gloriosos, del 25 al 27 de julio de 1830. Luego de feroces luchas callejeras, y al costo de muchas vidas, primero controlaron los suburbios obreros, al este de París, el distrito tradicionalmente revolucionario de Faubourg St. Antoine, y finalmente tomaron el edificio de la municipalidad. Carlos X abdicó y huyó a Inglaterra[291].

Se cuenta una historia sobre Charles de Talleyrand, quien se había desempeñado como diplomático bajo el gobierno de los jacobinos, Napoleón

y Luis XVIII, y que pronto se convertiría en el embajador en Londres del nuevo rey Luis Felipe. Durante la revolución de 1830, mientras estaba en su casa con un amigo, vio por la ventana las luchas entre las fuerzas del gobierno y los revolucionarios, que tenían lugar justo en la calle en que él vivía. «¿Quién va ganando?» le preguntó el amigo. «Nosotros» respondió Talleyrand. «¿A quién te refieres con "nosotros"?», quiso saber el amigo. «Todavía no estoy seguro», dijo Talleyrand. La Gran Logia de francmasones adoptó una actitud muy similar durante los Tres Días Gloriosos de julio; pero después de que los estudiantes y jóvenes revolucionarios de Aide-toi, le ciel t'aidera y sus logias francmasónicas ganaron, la Gran Logia los saludó como heroicos combatientes de la libertad[292].

Los revolucionarios no proclamaron la república, lo que habría alarmado a los gobiernos de la Santa Alianza y a Gran Bretaña. En cambio, invitaron a Luis Felipe, duque de Orleans, hijo de Philippe Egalité, a convertirse en rey. Era un político más cauteloso y estable que su padre, pero mucho más liberal que sus primos Luis XVIII y Carlos X. Invitó a los liberales a formar parte de su gobierno y obtuvo el apoyo total de los francmasones.

En Italia, la caída de Napoleón había provocado la restauración de antiguos regímenes. Al norte, el Reino de Italia fue dividido entre Austria y los ducados de Parma, Modena y Lucca y el gran ducado de Toscana, que fueron otorgados a parientes Habsburgo del emperador de Austria. El Piamonte fue restaurado como reino bajo la égida de la Casa de Saboya. Sólo las repúblicas de Génova y Venecia quedaron sin restaurar, ya que a los aliados victoriosos no les gustaban las repúblicas. Génova fue anexada al Reino del Piamonte y Venecia a Austria.

En el sur, Murat fue expulsado del Reino de Nápoles, que fue devuelto a los Borbones. En 1815, Murat llegó a Calabria con la intención de provocar un levantamiento y recuperar su reino; pero un oficial del ejército Borbón lo capturó y fue fusilado. Se suprimieron las logias francmasónicas que, al igual que la organización con que se las relacionaba, la de los Carbonari, siguieron reuniéndose en secreto[293]. En Austria, el príncipe Clemens von Metternich fue canciller y ministro de Asuntos Exteriores durante treinta y nueve años. Adoptó una política coherentemente reaccionaria y los francmasones fueron sofocados por completo[294].

En Rusia, la represión que Catalina la Grande desplegó contra los francmasones amainó después de su muerte. Su hijo, Pablo I, un hombre tan errático e impredecible que finalmente sus cortesanos lo asesinaron, parecía, en un primer momento, estar a favor de los francmasones, pero luego volvió a

atacarlos. Pablo I fue sucedido por su hijo Alejandro I, un liberal que se proponía introducir grandes reformas en Rusia pero que, como todos los dictadores benevolentes, sospechaba de las sociedades secretas, que podrían estar complotando en contra de él.

A principios de su reinado promulgó el consabido decreto prohibiendo todas las sociedades secretas; pero en 1805 recibió la visita de Ivan Boeber, miembro de la Academia Imperial de Ciencias y prominente francmasón, quien le pidió que exceptuara a los masones de la ley contra las sociedades secretas y que autorizara las reuniones de las logias. Puso énfasis en la lealtad de los francmasones a Rusia y al Zar y en las buenas acciones que realizaban. Se supone que Alejandro le contestó a Boeber: «Lo que me cuenta respecto de esa institución me sugiere no sólo que otorgue mi protección, sino que incluso yo mismo debería solicitar ser admitido entre los francmasones». Por cierto, en esa época se creía que Alejandro había sido iniciado como francmasón, aunque eso está en tela de juicio. Muchos personajes importantes de la sociedad rusa eran francmasones, entre ellos el mariscal de campo Mikhail Larionovich Kutusov, comandante en jefe del ejército ruso en la guerra de 1812 contra Napoleón, y el general conde Alexander Ostermann Tolstoy, que se distinguió por su gallardía en la batalla de Borodino. El poeta Alexander Pushkin era francmasón[295].

La actitud de Alejandro I respecto de la francmasonería rusa se vio afectada por la posición de Polonia. La primera logia francmasónica polaca había sido fundada en 1735. Pero de inmediato los francmasones fueron atacados por los jesuitas y la Iglesia católica romana, muy influyente en Polonia, y en 1738 el rey Augusto II emitió un decreto prohibiéndolos. Su sucesor, el rey Estanislao Augusto Poniatovsky, sentía simpatía por los francmasones. Permitió la creación de la primera Gran Logia polaca en 1767 y diez años más tarde él mismo se hizo francmasón.

A la división de Polonia entre Catalina la Grande, Federico el Grande y María Teresa, que tuvo lugar en 1772, siguieron más divisiones en 1793 y 1796, que eliminaron a Polonia como país. Fue una época negra para los francmasones polacos. Sólo Federico el Grande y sus sucesores en Prusia los toleraban. En 1795 fueron reprimidos en la Polonia austriaca y en 1797 en la Polonia rusa. Algunos líderes de la resistencia polaca, cuya lucha contra los ejércitos invasores rusos despertaba la admiración de los liberales de todo el mundo, eran francmasones; pero el más famoso de todos los héroes de la independencia polaca, Tadeusz Kosciuszko, no era francmasón, aunque sí era amigo personal de La Fayette.

Cuando Napoleón derrotó a los rusos en Eylau y Friedland y estableció el gran ducado de Varsovia bajo protección francesa en 1807, autorizó y alentó la francmasonería y en marzo de 1810 se estableció el Gran Oriente de Polonia. Después de la derrota de Napoleón, Alejandro I no prohibió la masonería en esa parte de Polonia, que volvió a quedar en la órbita de Rusia. En noviembre de 1815 visitó Varsovia, y los francmasones polacos lo agasajaron con un banquete y lo convirtieron en miembro del Gran Oriente polaco. En 1816, el general Alexander Rojnezky pasó a ser Gran Maestro Delegado del Gran Oriente de Polonia y redactó una nueva constitución para los francmasones que sometía en gran medida la organización al control del gobierno ruso. Eso despertó el resentimiento de los patriotas polacos que no querían a los rusos. En 1819 el mayor Victor Lukacinsky formó una organización masónica rival. Era independiente del control ruso y sólo se admitían polacos[296].

Es probable que los acontecimientos de Polonia hayan sido uno de los factores que convencieron al zar Alejandro de modificar su actitud respecto de la francmasonería. Aunque otro fue el cambio de dirección general hacia una política reaccionaria que siguió a la formación de la Santa Alianza entre Rusia, Austria y Prusia en contra de la revolución. El zar solicitó al teniente general Egor Alexandrovich Kushelev, que era senador y prominente francmasón, que le informara sobre las logias masónicas que actuaban en Rusia.

El informe de Kushelev, de junio de 1821, consignaba que aunque los verdaderos francmasones eran súbditos leales y sus ideales y actividades dignos de elogio, las logias masónicas podían ser utilizadas como pantalla de actividades revolucionarias, como había sucedido en el Reino de Nápoles; y lo mismo estaba pasando en Rusia, especialmente en tres logias de San Petersburgo.

> Ése es el estado, mi Muy Gracioso Soberano, en el que están las logias masónicas en Petersburgo. En lugar del espíritu de mansedumbre cristiana y de las verdaderas reglas y docilidad de los masones, en ellas predomina un espíritu de autodeterminación, turbulencias y verdaderos actos de anarquía[297].

Al mes de recibir el informe de Kushelev, Alejandro I prohibió la publicación de canciones masónicas y de cualquier otro documento de la masonería. El 1 de agosto de 1822 emitió un decreto contra los francmasones

de toda Rusia. En noviembre dictó un decreto similar en el que prohibía la masonería y todas las otras sociedades secretas en la Polonia rusa. Estos decretos fueron puestos en vigor por su hermano más reaccionario, el zar Nicolás I, cuando sucedió a Alejandro y aplastó todas las organizaciones potencialmente revolucionarias después de la abortada insurrección de los decembristas, ocurrida en diciembre de 1825[298].

En Gran Bretaña, la francmasonería continuó floreciendo bajo la protección del rey. En 1811, los periódicos arrebatos de demencia de Jorge III eran cada vez más agudos y prolongados y el príncipe de Gales fue designado príncipe regente para ejercer el poder real en nombre de Jorge. Los francmasones consideraron inapropiado que el soberano o su regente ocuparan el cargo de Gran Maestro, porque éste debía atravesar la formalidad de ser reelegido cada tanto y sería impropio que alguien votara contra el rey. Entonces el príncipe regente renunció como Gran Maestro de la Gran Logia de Londres. Ese precedente se aplicó en 1901 y Eduardo, príncipe de Gales, renunció como Gran Maestro cuando se coronó como rey Eduardo VII a la muerte de la reina Victoria.

El príncipe regente fue sucedido como Gran Maestro de la Gran Logia de Londres por su hermano Augusto Federico, duque de Sussex, el sexto hijo de Jorge III. La rival Antigua Gran Logia de York, siempre ansiosa por emular a la Gran Logia londinense en su elección de Grandes Maestros, convenció a otro hermano del príncipe regente, el cuarto hijo de Jorge III, Eduardo Augusto, duque de Kent (quien más tarde sería el padre de la reina Victoria) de que se convirtiera en Gran Maestro de la logia. Los dos hermanos reales consiguieron poner fin a la división de las Grandes Logias rivales, que había durado sesenta años. Utilizando su influencia real, tuvieron éxito donde otros habían fallado y obligaron a las dos organizaciones a que olvidaran sus diferencias y se unificaran. En 1813 se formó la Gran Logia Unida. El duque de Kent no deseaba permanecer en el puesto de Gran Maestro y renunció, lo que permitió que el duque de Sussex se convirtiera en Gran Maestro de la Gran Logia Unida, cargo que desempeñó hasta su muerte, acontecida en 1843.

El duque de Sussex tenía una posición política cercana a los whigs y puntos de vista progresistas en muchos temas. Era vehemente partidario de la Emancipación Católica, y sentía simpatía por los judíos, ya que había estudiado documentos hebraicos. Utilizó su cargo de Gran Maestro para

alentar a los católicos romanos y a los judíos a que se volvieran francmasones[299].

Aunque el conde Moira, en sus esfuerzos por convencer a Pitt y a todos los demás de la lealtad de los francmasones al trono, había mencionado la presencia de miembros de la familia real en la Gran Logia, la lealtad del duque de Sussex hacia su hermano, Jorge IV, fue cuestionada en algunos casos después de que el príncipe regente ocupara el trono a la muerte de Jorge III, en 1820. Jorge IV perdió popularidad debido a sus intentos de divorciarse de su esposa, la reina Carolina, y a la manera en que la trataba. Durante el juicio de divorcio, el abogado de la reina y su mayor abanderado político fue Henry Brougham. Su apoyo a la reina, así como a otras causas liberales, le granjeó el odio de Jorge IV y del gobierno *tory*, pero lo transformó en héroe de los radicales. Después de la victoria de los whigs en las elecciones de 1830, fue nombrado lord canciller y jugó un papel importante en imponer el Reform Bill (proyecto de Ley de Reforma) de 1832. Brougham era francmasón[300].

El duque de Sussex fue criticado por su conducta cuando presidió una cena ofrecida por la Arts Society en 1823. Uno de los invitados, John Simmons, fervoroso *tory* y admirador de Jorge IV, pensaba que cuando se bebía a la salud del rey, había que acompañar el acto con «ruido», fuertes gritos, el tradicional «tres veces tres», el «¡hip, hip, hip, hurra!» repetido tres veces y después tres veces más en dos ocasiones posteriores. Consideraba que realizar ese brindis en silencio era un insulto. Durante la cena de la Arts Society el duque de Sussex propuso un brindis a la salud del rey, pero agregó «sin vivas». Simmons, indignado, gritó: «¿Qué? ¿Sin vivas?». «Sin vivas», replicó el duque de Sussex. John Simmons consideró que eso era un insulto al «mejor de los reyes», y elevó una indignada protesta por escrito a la Arts Society que le valió la expulsión[301].

Tanto el duque de Sussex como el duque de Kent estaban interesados en la obra e ideas de Robert Owen, el socialista propietario de una fábrica en Escocia en la que los obreros eran mucho mejor tratados que en la mayoría de las fábricas. Las primeras dos décadas del siglo XIX fueron testigo del período de la revolución industrial en que los trabajadores de las fábricas de Lancashire realizaban sus tareas en condiciones muy duras. Los sindicatos luchaban por lograr una legislación que prohibiera que los niños de siete años trabajaran quince horas diarias. Pero los dueños de las fábricas y el gobierno rechazaban esas demandas con el argumento de que limitar la jornada laboral

de los niños perjudicaría al comercio británico frente a la competencia extranjera.

El gobierno *tory* de lord Liverpool respondió a la agitación sindical con una política de severa represión. Se prohibieron los sindicatos y sus miembros fueron juzgados por infringir la Ley de Asociaciones y la Ley de Sociedades Ilegales. La destrucción de maquinarias por parte de los trabajadores «ludditas», que se oponían a las máquinas porque causaban desempleo, pasó a ser un delito capital penado con la muerte. Se suspendió el *habeas corpus* y las protestas contra el gobierno fueron silenciadas valiéndose de una ley que prohibía las reuniones públicas. Pero muchos miembros de la aristocracia simpatizaban con los puntos de vista de Owen; lo recibían muy amablemente, y le decían lo mucho que lamentaban no poder hacer nada para ayudar a los trabajadores oprimidos.

Owen visitaba con frecuencia al duque de Kent en su hogar del palacio Kensington, y en ocasiones el duque iba a la casa de Owen. El duque de Sussex deseaba conocer a Owen y solía presentarse en el palacio si sabía que aquél estaría allí. Algunos francmasones, conocidos de Owen, trataron de convencerlo de que se volviera francmasón. Owen se mostró interesado y prometió considerar la posibilidad. Pero el duque de Sussex se oponía a que lo invitaran a unirse a su sociedad. Dijo al duque de Kent:

> No, por lo que más quiera; si él llegase a presenciar nuestras ceremonias nos haría quedar en ridículo. Sus temas son demasiado serios y amplios para que se ocupe de nuestros frívolos divertimentos.

Por consiguiente, Owen no se convirtió en francmasón**[302]**.

Durante el período de represión política que caracterizó al gobierno de lord Liverpool, los francmasones fueron atacados desde un nuevo sector. Richard Carlile era hijo de un zapatero de Devon y se había educado en la escuela de su pueblo. Se convirtió en un librepensador convencido y temerario, dispuesto a sufrir persecuciones para defender su derecho de criticar a la Iglesia de Inglaterra y la religión establecida. Escribió varios panfletos atacando la religión, pasó a ser director de un periódico popular, The Republican, y abrió una librería en la que vendía sus propias publicaciones y las obras de otros librepensadores y rebeldes que criticaban a la monarquía y la Iglesia de Inglaterra y abogaban por el republicanismo y el ateísmo.

En 1813 se casó con Jane, hija de un jornalero rural de Gosport, Hampshire. Seis años más tarde acordaron separarse como marido y mujer, pero ella continuó asistiéndolo en su librería. Carlile declaró que jamás habría podido llevarla adelante de no ser por la ayuda de ella.

Carlile dio a la imprenta varias publicaciones en las que atacaba a los francmasones, pero no queda clara la razón de su crítica. Como muchos otros críticos, reprobaba sobre todo la actitud de ocultamiento de la organización, y sostenía que una sociedad secreta es algo siniestro, aunque una vez había declarado que creía que el secreto de los francmasones era que no tenían ningún secreto. Quizá se haya visto influido por el hecho de que tantos miembros de las altas jerarquías de la sociedad y de la familia del rey fuesen francmasones, ya que en sus escritos, y en la carta abierta que escribió a Jorge IV sobre ese tema, se burlaba del rey y de otros francmasones por pertenecer a la organización[303].

Sufrió varios juicios y fue sentenciado a cortos períodos de prisión por publicar y vender literatura atea. En 1819 fue nuevamente juzgado por vender en su librería una parodia del Libro de Oración, *The Age of Reason* (*La edad de la razón*) de Thomas Paine, en el que se critica a la religión, y otras publicaciones similares. Fue sentenciado a varios años de cárcel por cada delito, en sentencias que deberían cumplirse consecutivamente, y a un período más de cárcel por no haber pagado las tasas y multas de la Iglesia.

También juzgaron a su esposa por ayudarlo a manejar la librería y vender los libros. El fiscal general, *sir* John Copley (más tarde lord Lyndhurst), al abrir el caso para la acusación, la describió como «una persona de mentalidad y disposición malvadas y peligrosas». Ella apeló diciendo que era una mujer ignorante y sin educación que había actuado bajo la influencia de su marido. Cuando la acusaron de vender The Republican, declaró:

> Fui completamente guiada por mi marido. No me siento una jueza competente como para decidir sobre lo que es correcto o incorrecto, ya que he sido criada como la hija de un humilde jornalero en una región aislada de Hampshire. He alcanzado la madurez sin la menor educación[304].

Quizás estaba subestimando su inteligencia e independencia en la suposición de que el juez y el jurado de clase media aprobarían a una esposa que adoptaba esa actitud. Es probable que lo hubieran hecho en otros casos, pero no al tratar con rebeldes que atacaban a la religión, uno de los pilares del orden establecido de la sociedad. La sentenciaron a dos años de prisión.

En 1825, Richard Carlile seguía en la cárcel, después de haber cumplido casi seis años por vender libros ateos. El 30 de junio envió una petición a la Cámara de los Comunes, solicitando que lo dejaran en libertad. La petición fue presentada por el francmasón Henry Brougham.

William Cobbett, otro rebelde, elogió a Carlile: «Usted ha cumplido su deber con valentía, señor Carlile; si todos hubieran actuado como usted, las cosas estarían muy bien[305]». Carlile murió en 1843. En esa época, lord Brougham y Vaux se había vuelto reaccionario y advertía a sus pares y al mundo, en sus discursos ante la Cámara de los Lores, sobre el peligro que la democracia norteamericana representaba para la sociedad.

En política, hubo francmasones y antimasones en ambos bandos. Carlos X, Joseph de Maistre y los revolucionarios de París, Nápoles y España fueron francmasones; la Iglesia católica, los monarcas de la Santa Alianza, todos los antirrevolucionarios de Europa y el librepensador radical Richard Carlile fueron antimasones. El hecho de ser francmasón no determinaba las convicciones políticas de un hombre; pero las creencias políticas de los miembros de una logia definían si se trataba de una agrupación de realistas leales o de una organización de rojos revolucionarios.

XV



El caso de William Morgan

Es probable que en septiembre de 1826, en la región noroeste del estado de Nueva York, los francmasones hayan asesinado a William Morgan para impedir que revelara secretos masónicos. La credibilidad casi unánime de que gozó el hecho en esa época dio impulso a un poderoso movimiento antimasónico que amenazó con destruir la francmasonería en Estados Unidos. Hasta el día de hoy los francmasones niegan que Morgan haya sido asesinado. Es verdad que el homicidio no pudo ser probado fehacientemente, pero las otras explicaciones de su desaparición son tan improbables que lo más seguro es que haya muerto a manos de los francmasones.

De ser cierto, se trata del único caso en la historia de la francmasonería en que ocurrió algo así. Con frecuencia se ha acusado a los francmasones de cumplir con los juramentos secretos que se realizan en las ceremonias de iniciación, según los cuales el iniciado acepta sufrir una muerte espantosa si revela los secretos masónicos; pero la única ocasión en que algo así realmente ocurrió fue el caso de William Morgan, quien de hecho no fue asesinado mediante los métodos sugeridos en el ritual, sino que pereció ahogado en el río Niagara.

El caso Morgan también demuestra que cuando se trata de asesinar a hermanos desobedientes que hablan demasiado, y lo mismo ocurre con las actitudes políticas que adoptan, los francmasones actúan como lo hacen no por ser francmasones, sino por el ambiente social en el que viven. Los nobles y miembros de la familia real de Gran Bretaña que se convierten en francmasones continúan comportándose como nobles y miembros de la familia real de Gran Bretaña, de la misma manera que los revolucionarios franceses, italianos, españoles y latinoamericanos que se vuelven masones

continúan actuando como revolucionarios italianos, franceses, españoles y latinoamericanos. En 1826, sucedía que algunos matones y pequeños gángsteres locales de pueblos del norte del estado de Nueva York eran francmasones, pero seguían actuando como matones y pequeños gángsteres locales de pueblos del norte del estado de Nueva York.

En esa época, la pequeña localidad de Batavia, en el condado de Genesee, situado en el noroeste del estado de Nueva York, no estaba lejos de la frontera del Salvaje Oeste, y los habitantes de mentalidad independiente del distrito estaban, en gran medida, exentos del control de un gobierno central. Creían que la mejor política es ayudarse a sí mismo, lo que fácilmente deriva en el delito. Cuando se le preguntó a un juez de paz del condado de Genesee, que casualmente era francmasón, si aprobaba que los francmasones hubieran intentado incendiar las oficinas del editor del libro antimasónico de Morgan, respondió: «Si usted encontrara un hombre mancillando su cama matrimonial, ¿recurriría a la ley o tomaría un garrote y le partiría la cabeza?». Ésa era la actitud de un funcionario de la ley en el condado en el que los francmasones mataron a Morgan[306].

William Morgan era nativo de Culpepper, Virginia. Se marchó del estado y vivió un tiempo en Canadá y en distintos lugares del estado de Nueva York, desempeñándose en varios oficios, antes de emplearse como albañil en Batavia, condado de Genesee. Se hacía llamar capitán William Morgan y sostenía haber combatido con honores en la guerra de 1812 contra Gran Bretaña; pero algunos pensaban que mentía y que jamás había estado en el ejército[307]. Se incorporó a una logia de francmasones, pero enseguida discutió con los otros miembros y abandonó la sociedad. Después hizo saber que había escrito un libro en el que revelaba los secretos de los francmasones y que David C. Miller, director de un diario local, le había pagado un cuantioso anticipo por esa obra.

La primera reacción de los francmasones locales fue publicar un recorte en otros periódicos de la zona en el que se declaraba que «un hombre que se hace llamar William Morgan» había llegado al poblado de Canandaigua, condado de Genesee, que se trataba de un personaje de lo más indeseable y que todos los que tuvieran trato con él, en especial los masones, deberían cuidarse. Además, organizaron un boicot contra el periódico de Miller y dejaron de anunciar en él[308].

Poco después, un prominente francmasón local pidió al encargado de una posada situada a diez kilómetros de Batavia que preparara una cena fría para cincuenta hombres. El hombre no ocultó el hecho de que después de la

comida tenían la intención de dirigirse a Batavia y atacar las oficinas del periódico de David Miller, el editor de Morgan. La noticia llegó a oídos de Miller, quien hizo saber que él y sus amigos estaban armados, en la espera del asalto de los francmasones[309]. Entonces, éstos reflexionaron y decidieron no atacar Batavia. En cambio, dos noches después, unos pocos se acercaron furtivamente a las oficinas de Miller e intentaron prenderles fuego; pero aunque echaron fardos de paja y los empaparon con queroseno, Miller consiguió apagar el incendio[310].

Luego algunos francmasones fueron a la casa de Morgan y lo prendieron, sosteniendo que les debía dinero y que por lo tanto tenían el derecho de meterlo en prisión hasta que hubiera pagado su deuda. Lo llevaron a la cárcel local y el carcelero, que era francmasón, lo detuvo. Cuando Miller se enteró del episodio, de inmediato fue en busca del carcelero con la intención de pagar cualquier supuesta deuda de Morgan. Pero no pudo encontrar al guarda, que, deliberadamente, había desaparecido. Morgan había sido arrestado la noche de un viernes, y el carcelero desapareció durante el fin de semana, de modo que nada se pudo hacer para lograr la liberación de Morgan hasta el lunes por la mañana.

Los francmasones prometieron a Morgan que lo dejarían en libertad si les entregaba el manuscrito de su libro, pero él se negó. Entonces fueron a la casa de Morgan mientras él permanecía en la cárcel. Forzaron la entrada, ignoraron a su indignada esposa, subieron al cuarto de él, lo revisaron, y se llevaron sus papeles; pero no encontraron el manuscrito del libro en el que se revelaban secretos masónicos.

El lunes a la mañana Morgan quedó en libertad, después de que Miller se ofreciera como fiador de su supuesta deuda. Entonces los francmasones alegaron que Morgan había robado una camisa y que también debía una pequeña cantidad de dinero en Canandaigua. Lo llevaron en un carruaje a Canandaigua, a unos ochenta kilómetros al este de Batavia, y lo metieron en la cárcel local[311]. Mientras tanto, también habían arrestado a Miller, y lo retuvieron sin alegar ningún cargo específico en contra de él. Entonces él protestó con vehemencia y les advirtió sobre las serias consecuencias que tendría lo que estaban haciendo, hasta que unas horas después lo liberaron.

El 13 de septiembre de 1826, un francmasón de nombre Lotan Lawson fue a la cárcel de Canandaigua en la que Morgan estaba prisionero. Dijo ser un amigo de Morgan que había venido a pagar la deuda y obtener su liberación. El carcelero no estaba, pero su esposa, que había quedado a cargo de la cárcel, aceptó el dinero que se le ofreció y dejó en libertad a Morgan, quien aunque

no estaba muy de acuerdo en irse con Lawson, de todas formas salió de la cárcel. En la calle, Lawson invitó a Morgan a subir a su carruaje, pero éste se negó. Entonces aparecieron otros dos francmasones, de nombre Chesebro y Sawyer, y entre los tres hicieron subir a Morgan por la fuerza. Algunas personas que estaban en la calle oyeron que Morgan gritaba «¡Asesinato!» cuando el carruaje se alejaba.

Durante el resto del día, toda la noche y al día siguiente, el carruaje atravesó 168 kilómetros, desde Canandaigua hasta Fuerte Niágara, sobre el río del mismo nombre, en la frontera entre Estados Unidos y Canadá. Más tarde, cuando se investigó la desaparición, los investigadores pudieron reconstruir la ruta que habían tomado Morgan y sus secuestradores: habían pasado por Rochester, Gaines, Ridgeway, Lockport, Lewiston y Youngstown. En el trayecto, Eli Bruce, comisario principal del condado de Niágara, que era francmasón, se sumó a los secuestradores. En Youngstown, los otros francmasones fueron a cenar a una posada, dejando a Bruce en la carreta con Morgan. Algunos transeúntes oyeron que Morgan pedía agua. Bruce respondió que se la traerían, pero no lo hicieron.

La noche del 14 de septiembre llegaron a Fuerte Niágara. Hasta hacía poco tiempo había estado ocupado por el departamento de Defensa del gobierno de Estados Unidos, que lo había abandonado un mes antes. Más tarde se realizaron investigaciones sobre la manera en que los francmasones habían conseguido entrar en el fuerte, ya que se suponía que el gobierno federal le había entregado la llave a un cuidador. Resultó que el hombre era francmasón y había permitido a los otros francmasones que tomaran posesión del fuerte durante un tiempo.

Morgan fue encerrado en el cuarto que había sido el depósito de pólvora; lo dejaron allí varios días. En una ocasión, cuatro francmasones lo llevaron en barco al otro lado del río, a la orilla canadiense. Más tarde, el barquero reveló lo que había sucedido. Él quedó a cargo de vigilar a Morgan con dos francmasones mientras los otros dos bajaban a la orilla a hablar con algunos francmasones canadienses con quienes habían arreglado un encuentro. Al parecer, los estadounidenses ofrecieron entregar a Morgan a los canadienses para que ellos dispusieran de él como mejor les pareciera; pero los canadienses no quisieron involucrarse. Por lo tanto, los francmasones estadounidenses retornaron al barco, llevaron a Morgan de regreso al Fuerte Niágara, y volvieron a encerrarlo en el antiguo depósito de pólvora.

Ésa fue la última ocasión en la que alguien admitió haber visto a Morgan. Los testimonios sobre lo que sucedió después están basados en cosas que los

testigos oyeron o que les dijeron, o que manifestaron que les dijeron los masones del fuerte. Los francmasones decidieron que, en vista de que sus hermanos canadienses se negaban a involucrarse, lo mejor sería matar a Morgan, para impedir que testificara en contra de ellos. Una noche, entre el 17 y el 21 de septiembre, lo llevaron por el río Niágara en un bote, le ataron objetos metálicos pesados a los pies y lo arrojaron al río, donde se ahogó[312].

Los amigos y conocidos de Morgan, en Batavia y en todo el condado de Genesee, comenzaron a informar a la prensa y a la opinión pública de su desaparición. Miller, por su parte, utilizó el incidente para promocionar el libro de Morgan, que de inmediato se convirtió en *bestseller*; los francmasones dieron a entender, entonces como en la actualidad, que toda la historia relacionada con la desaparición de Morgan había sido planeada por éste junto con Miller como una maniobra publicitaria[313].

El gobernador del estado de Nueva York, De Witt Clinton, que era francmasón, expresó su indignación por la desaparición de Morgan y difundió una proclama en la que ofrecía una recompensa de 300 dólares por cualquier información sobre su paradero o sobre lo que le había sucedido. Al no obtener resultados, firmó una segunda proclama en la que aumentaba la recompensa a 1200 dólares; pero nadie la reclamó[314]. Parece no haber duda de que Clinton y todos los líderes masónicos responsables estaban furiosos por la forma vergonzosa y tonta en que habían actuado los francmasones locales del condado de Genesee, aunque algunos de esos líderes deseaban silenciar lo más posible el escándalo para proteger la reputación de la francmasonería.

Semanas más tarde, se rescató un cuerpo del río Niagara. Durante la investigación, fue identificado como el de Morgan, pero las pruebas eran poco satisfactorias, y pronto comenzaron a circular rumores de que el cadáver tenía marcas que demostraban que no se trataba de Morgan. Se realizó una segunda pesquisa, pero otra vez se cuestionó el resultado. Entonces apareció una mujer canadiense que manifestó su temor de que su marido se hubiera ahogado en el río Niágara, y en una tercera investigación se llegó a la conclusión de que el cadáver era de aquel hombre y no de Morgan. Si de hecho se trataba del marido de aquella mujer, y así parece ser, entonces el cadáver de Morgan jamás se encontró[315].

Mientras tanto, las protestas por lo sucedido a Morgan se intensificaban. Si bien no existía ninguna prueba concluyente de que hubiese sido asesinado, sí las había de que Lawson, Chesebro, Sawyer y Sheldon (otro francmasón) y el comisario, Eli Bruce, lo habían secuestrado y trasladado de Canandaigua al Fuerte Niágara. El 1 de enero de 1827 comenzó el juicio contra Lawson,

Chesebro, Sawyer y Sheldon por el secuestro de Morgan. En un primer momento se declararon inocentes, pero más tarde todos, salvo Sheldon, admitieron su culpabilidad. Se pensó que esa modificación en las declaraciones había sido una hábil jugada de sus abogados, porque impedía que se presentaran pruebas que podrían haberlos involucrado en el asesinato de Morgan.

Aunque el juez condenó severamente su conducta, muchos consideraron que había sido demasiado indulgente al sentenciar a Lawson a dos años de cárcel, a Chesebro a uno, y a Sawyer y Sheldon a tres meses y un mes, respectivamente[316]. Pero en esa época el secuestro era apenas una contravención en el estado de Nueva York. Tres meses más tarde, el gobernador Clinton firmó un proyecto de ley para convertirlo en un delito penado con tres a catorce años de prisión[317]. Clinton destituyó a Eli Bruce de su cargo de comisario del condado y más tarde Bruce fue juzgado y condenado por su participación en el secuestro. Lo sentenciaron a dos años y cuatro meses de prisión[318].

Las protestas sobre el caso Morgan recrudecieron. El 4 de julio de 1828, como parte de las celebraciones del Día de la Independencia, se realizó un encuentro de antimasones en Le Roy, estado de Nueva York. Los oradores atacaron con elocuencia a los francmasones, quienes habían «desafiado las leyes de Dios y las del hombre» con sus «principios impíos y sus ceremonias blasfemas»; y ahora la francmasonería había «manchado sus vestiduras regias con la sangre de un ciudadano libre[319]».

Esa reunión fue el comienzo de una campaña antimasónica que se extendió desde el estado de Nueva York a la mayoría de los estados del noreste. «Estamos en guerra con las abominaciones de la masonería», dijo uno de los oradores. En ese acto, se aprobó una resolución que declaraba «que es el derecho y el deber de los ciudadanos de estos Estados Unidos apelar a todos los medios legales disponibles para aniquilar una institución que ha demostrado ser capaz de planear, realizar y en gran medida ocultar los crímenes de secuestro y asesinato». Los asistentes se comprometieron a no votar jamás por ningún candidato francmasón en ninguna elección[320].

Aunque todavía en el año 1882 había organizaciones antimasónicas que erigían monumentos de homenaje a William Morgan, «Capitán de la guerra de 1812, un respetable Ciudadano de Batavia y Mártir de la Libertad de escribir y decir la Verdad», que había sido «secuestrado… por los francmasones y asesinado por revelar los secretos de la Orden[321]», los francmasones siguen negando, hasta el día de hoy, que Morgan haya sido

asesinado. Sostienen que realizó un pacto con sus captores de Fuerte Niágara, según el cual ellos le pagarían 500 dólares si él aceptaba no publicar su libro y desaparecer; y que entonces fue trasladado a la otra orilla del río Niágara, en Canadá, donde los francmasones canadienses lo ayudaron a ocultarse. Existen varias versiones sobre lo que sucedió con él: que vivió el resto de su vida en Canadá, o en las cercanías de Albany, estado de Nueva York; que se integró a una tribu de nativos en el oeste; que se lo vio en Esmirna, Turquía; que se hizo pirata y que lo ahorcaron por piratería en La Habana, Cuba; o que se marchó a las Islas Caimán, donde vivió muchos años bajo otro nombre, se casó con otra esposa que le dio nueve hijos y falleció allí a los ochenta y nueve años de edad, en 1864[322]. Ninguna de estas historias pudo ser fundamentada y todas parecen improbables.

La indignación pública contra los francmasones que el caso Morgan había suscitado fue utilizada para propósitos políticos. Si así se hizo fue porque Andrew Jackson, líder del Partido Demócrata y la figura más poderosa y carismática de su época, era un prominente francmasón que se había desempeñado como Gran Maestro de las logias de Tennessee. Jackson había nacido en 1767 en Carolina del Norte y era adolescente durante la guerra de la Independencia. En 1781, cuando tenía catorce años, el ejército británico ocupó el pueblo donde vivía. Un oficial británico ordenó al muchacho que le limpiara las botas; el joven Andrew Jackson se negó. El oficial le dio un golpe en la frente con la empuñadura de la espada, que dejó a Andrew Jackson una cicatriz que lo acompañaría toda su vida, y resultaría tan perdurable como su odio por los británicos.

Jackson se convirtió en abogado, hizo una buena carrera en Tennessee, ocupó algunos cargos judiciales menores e ingresó en la política. Fue elegido para la legislatura del estado y finalmente para el Senado de Estados Unidos. Tenía un temperamento fogoso que lo hizo involucrarse en muchos duelos; en uno de ellos, sufrió una herida de consideración. Se enamoró de la señora Rachel Robards, cuyo marido había iniciado un juicio de divorcio contra ella. Jackson y Rachel se casaron, o así lo creyeron, y comenzaron a vivir juntos. Luego descubrieron que el divorcio entre Rachel y su anterior marido no había sido completado legalmente. Cuando por fin consiguió divorciarse, ella y Jackson realizaron otra ceremonia matrimonial. El incidente fue utilizado por sus opositores, que lo acusaron de cometer adulterio con la esposa de otro hombre.

Aunque no poseía entrenamiento militar, se incorporó a la milicia local. Cuando estalló la guerra de 1812, la milicia fue incorporada al ejército y se le

dio a Jackson mando militar. La guerra se desencadenó porque los británicos reclamaban el derecho de detener los barcos norteamericanos en alta mar y llevarse a los marineros británicos que habían desertado. La disciplina de la marina británica era muy severa, y se la mantenía mediante brutales azotainas; por lo tanto, muchos marineros británicos preferían trabajar bajo las condiciones menos duras de la marina de Estados Unidos. Cuando la marina británica detenía y revisaba los buques norteamericanos, a veces se llevaba no sólo desertores británicos sino también ciudadanos estadounidenses a quienes, por error, tomaba por británicos.

La guerra contra Gran Bretaña duró más de dos años. Aunque Estados Unidos obtuvo algunas victorias, especialmente en los combates en el mar, los norteamericanos perdieron más que los británicos en la guerra, porque se peleó en suelo estadounidense. Los británicos ocuparon Washington D. C. durante un tiempo y quemaron la mansión presidencial, la Casa Blanca. Después de dos años de combates, se reunieron representantes británicos y estadounidenses en Ghent, Países Bajos, para negociar la paz. El 30 de diciembre de 1814 se firmó el tratado de paz; pero la noticia tardó casi un mes en llegar al otro lado del Atlántico, y el 8 de enero de 1815, cuando los ejércitos británico y norteamericano se enfrentaron cerca de Nueva Orleans, no sabían que sus dos países ya no estaban en guerra.

Esa ignorancia permitió que Estados Unidos terminara la guerra triunfante, y que Andrew Jackson obtuviera fama y popularidad, pues había estado al mando del ejército en la batalla de Nueva Orleans, que resultó ser una gran victoria para Estados Unidos. Su siguiente campaña fue la que emprendió contra los nativos norteamericanos de Florida, quienes, instigados por los españoles, se habían levantado contra el gobierno de Estados Unidos. Había dos agentes británicos ayudando a los nativos, y Jackson los hizo ahorcar por espías.

En 1824 ya se había transformado en el político más famoso del Partido Demócrata, y obtuvo la nominación para ser el candidato demócrata en las elecciones presidenciales. Tenía tres adversarios: el candidato whig John Quincy Adams y dos independientes, W. H. Crawford y Henry Clay. Jackson recibió 99 votos en el colegio electoral, contra 64 de Adams, 41 de Crawford y 37 de Clay. Pero, como ningún candidato poseía la mayoría absoluta, se pasó la decisión a la Cámara de Representantes, que eligió como presidente a Adams. Éste no fue más que un revés temporal para Jackson, porque la derrota no debilitó su posición en el partido y fue designado candidato demócrata para las elecciones presidenciales de 1828.

En esa época, el movimiento antimasónico se había convertido en una fuerza política importante en los estados de Nueva York, Pensilvania y, especialmente, Vermont y Rhode Island. Había hallado un líder poderoso en el periodista Thurlow Weed, para quien el caso Morgan era un arma a utilizar contra Andrew Jackson. Cuando todas las pruebas indicaban que el cadáver que había aparecido en el río Niágara era el del canadiense desaparecido, Weed dijo que el cuerpo sería «un Morgan suficientemente bueno hasta después de las elecciones» del otoño siguiente[323]. Weed contaba con el apoyo de varios políticos que estaban surgiendo, entre ellos Thaddeus Stevens. Más tarde se convirtió en abanderado de los radicales en su campaña en favor de una política dura contra los antiguos dueños de esclavos sureños, después de la guerra civil. William H. Seward, que había sido secretario de Estado de Abraham Lincoln durante la guerra civil, era, en la década de 1830, un prominente antimasón.

La campaña antimasónica no impidió que Andrew Jackson ganara la elección presidencial de 1828, después de derrotar al candidato whig, John Quincy Adams. El resultado fue visto como una victoria de las fuerzas democráticas sobre los enaltecidos políticos de viejo estilo que habían gobernado el país desde la independencia. En la víspera de su asunción como presidente de Estados Unidos, el 4 de marzo de 1829, Jackson dio una fiesta en la Casa Blanca en la que sus admiradores, los partidarios de la causa popular, tuvieron la oportunidad de enseñorearse del edificio que antes había sido frecuentado por los amigos de clase alta de John Adams, Jefferson, Madison y Monroe.

Andrew Jackson fue un presidente muy popular y muy admirado por la gente común, que recordaba su victoria en la batalla de Nueva Orleans y que adoraba su personalidad llamativa y desafiante. Pero durante su presidencia la campaña antimasónica se intensificó. Se acusó a la francmasonería de conspirar contra la nación, de representar una afrenta a los ideales estadounidenses, de constituir una elite siniestra que imponía a sus miembros en posiciones de autoridad y privilegio, violando los principios estadounidenses de igualdad y juego limpio que se debían aplicar de manera imparcial a todos los ciudadanos, y, además, de ser una sociedad secreta que renegaba del gobierno abierto y honesto que era el orgullo de la Constitución de Estados Unidos. Los críticos desenterraron los escritos y argumentos antimasónicos de los defensores del *ancien régime* en Europa, entre ellos los libros del abate Barruel y el profesor Robison, a fin de probar que la francmasonería era una amenaza para la democracia norteamericana. Con un

flagrante desprecio por la verdad histórica, acusaron a los francmasones de traicionar los ideales de los padres fundadores de la Constitución norteamericana y el «santo nombre de Washington» y de amenazar «al gobierno fundado por un Washington, un Franklin, un Jefferson», sin mencionar que Washington y Franklin eran francmasones, como muchos de los hombres que habían hecho la Revolución norteamericana y la Constitución de Estados Unidos, que los antimasones tanto reverenciaban[324].

John Quincy Adams se sumó a la disputa acusando a los francmasones de haber asesinado a William Morgan y de ejercer una influencia impropia sobre la vida política del país. No se animó a atacar directamente a Andrew Jackson, porque podría haber desatado comentarios desfavorables si apuntaba al hombre que lo había derrotado en la elección presidencial. Prefirió, en cambio, concentrar sus críticas en Edward Livingston, que había redactado el código legal del estado de Louisiana antes de que Jackson lo designase secretario de Estado de su gobierno. Livingston era uno de los muchos francmasones que Jackson había incluido en su gabinete, lo que suscitó comentarios acerca de supuestas influencias masónicas secretas y favoritismo. Livingston era el Gran Sumo Sacerdote del Capítulo de la Gran Bóveda Real General de Estados Unidos, así como Andrew Jackson había sido Gran Maestro de los francmasones de Tennessee.

En una carta abierta a Livingston, fechada el 23 de mayo de 1833, Adams lo cuestionó respecto de la corrección de los juramentos masónicos, que habían llevado a muchos funcionarios del estado de Nueva York a no cumplir con el deber de ejercer justicia sobre los asesinos y secuestradores de Morgan; entonces

> […] ¿qué seguridad puede tener el país de que no operarán de la misma manera respecto de un secretario de Estado o un presidente de Estados Unidos? […] Si el Presidente de los Estados Unidos y el Secretario de Estado están atados por juramentos solemnes y favorecen a una clase de individuos por sobre las demás clases de la comunidad […] se impone en la comunidad un orden de privilegio más corruptor y más pernicioso que los títulos de nobleza que nuestra constitución expresamente prohíbe[325] […]

Cuando Jackson intentó conseguir su reelección, en las elecciones presidenciales de 1832, se encontró con que sus oponentes eran un candidato antimasónico oficial, William Wirt, de Maryland, y el candidato whig, Henry

Clay. Pero no se preocupó; sabía que podía contar con la gran popularidad que tenía entre el electorado. Durante la campaña, jamás mencionó los ataques a los francmasones. El único comentario que quedó registrado sobre los antimasones es una observación confidencial que hizo en la campaña de la elección presidencial de 1832, en una carta a su compañero de fórmula, Martin Van Buren, candidato a vicepresidente. En esa época, el movimiento antimasónico estaba en su apogeo. «Por el momento, todo está saliendo bien. La Anulación[326] y la antimasonería están declinando rápidamente y en poco tiempo más quedarán enterradas en el olvido[327]».

Esa confianza estaba justificada. En el Colegio Electoral obtuvo 219 votos contra 49 de Clay y sólo 7 de Wirt, quien no ganó en ningún estado salvo en Vermont. En la votación popular, la victoria de Jackson no fue tan arrolladora, pero recibió 701 780 votos contra 484 205 de Clay y 100 715 de Wirt[328]. El efecto principal de la candidatura de Whirt y de las actividades políticas de los antimasones fue ayudar a Jackson y al Partido Demócrata, ya que el voto de la oposición se dividió entre antimasones y whigs.

En 1835, el partido antimasónico había dejado de operar en todos los estados con excepción de Pensilvania, y poco después dejó de tener importancia alguna[329]. Los antimasones volvieron a incorporarse al partido whig y los políticos que se habían hecho conocidos defendiendo la causa antimasónica descubrieron que había otros temas, tales como el creciente movimiento antiesclavista, con los que podrían obtener más atención.

Pero si bien la antimasonería falló en términos de política partidaria, la campaña contra los francmasones, y el escándalo causado por el caso de William Morgan, causaron mucho daño a la francmasonería estadounidense durante más de veinte años. En varios estados, las legislaturas crearon comisiones destinadas a investigar las actividades de los francmasones. En Rhode Island se aprobó una legislación que prohibía los juramentos extrajudiciales, entre ellos los masónicos, y se suspendió temporalmente la autorización a la francmasonería[330].

Muchos francmasones abandonaron la organización asqueados por el asesinato de Morgan o por temor a la hostilidad pública. En 1825, un año antes de la desaparición de Morgan, había, en el estado de Nueva York, 480 logias y 20 000 miembros. En 1835 había sólo 75 logias con 3000 miembros activos. En Massachusetts, el número de logias disminuyó de 107 en 1826 a 52 en 1844. En Nueva Jersey, 29 logias asistieron a la Gran Logia en 1826; en 1835 se presentaron 5 y en 1840, 4. En Vermont la cantidad cayó de 47 en 1825 a cero en 1835. El colapso fue menos espectacular en Pensilvania,

donde las logias que asistieron a la Gran Logia cayeron de 36 en 1825 a 21 en 1840, mientras que en Ohio pasaron de 48 en 1825 a 26 en 1835[331].

La francmasonería norteamericana tardó casi treinta años en comenzar a recuperarse. En esa época, la esclavitud y la amenaza de secesión de los estados sureños dividían la nación y absorbían toda la atención pública.

En 1856 se produjeron luchas armadas en Kansas entre los partidarios de la esclavitud y sus detractores. El líder de los antiesclavistas de Kansas era John Brown, quien más tarde encabezó un asalto infructuoso de abolicionistas blancos y negros al arsenal federal de Harper's Ferry. Fue capturado y ahorcado por traidor. Su destino inspiró a un admirador anónimo a componer la canción «el cuerpo de John Brown yace enmoheciéndose en la tumba, pero su alma sigue marchando[332]». Fue la canción más popular de las fuerzas antiesclavistas durante la guerra civil.

John Brown era francmasón; había sido iniciado en su juventud, en Ohio, en 1824. Pero después del incidente de William Morgan abandonó la organización y durante un tiempo, antes de dedicarse a la lucha contra la esclavitud, se incorporó al movimiento antimasónico. Declaró que consideraba que la ceremonia masónica de iniciación era ridícula y, en una carta a un periódico editado por negros, escribió: «Otro de los pocos errores de mi vida es haberme unido a los francmasones[…] y a una serie de otras sociedades secretas, en vez de buscar la compañía de hombres inteligentes, sabios y buenos[333]».

El senador Charles Sumner, de Massachusetts, que había participado activamente en la campaña antimasónica durante la década de 1830, declaró que la causa de la antimasonería era «grande y buena[334]». Más tarde, se convirtió en un vigoroso antiesclavista y llegó a ser uno de los principales oradores de los abolicionistas. En 1856 habló ante el Senado sobre la situación de Kansas, y acusó a las fuerzas esclavistas de la ciudad. Dos días después, mientras estaba escribiendo sentado a su escritorio del Senado, el congresista Preston S. Brooks, de Carolina del Sur, ferviente partidario de la esclavitud y de la causa sureña, se presentó en su despacho y lo golpeó en la cabeza con un palo con tanta violencia que Sumner cayó al suelo sangrando e inconsciente. Durante muchos años sufrió los efectos del golpe, que para sus partidarios no era sino otro ejemplo de la brutalidad sureña. Estados Unidos se acercaba a la guerra civil. El presidente James Buchanan, que era francmasón[335], no tuvo la habilidad necesaria para manejar la situación. Mostraba debilidad, si no simpatía, por los esclavistas del sur.

Joseph Henson era un esclavo negro de Kentucky. Consiguió escapar y evitar que lo volvieran a capturar en los estados del norte del país, donde, si bien la esclavitud había sido abolida, por lo general las autoridades apresaban a los esclavos que habían escapado y los devolvían a los esclavistas sureños, quienes los azotaban o castigaban de alguna otra manera y los regresaban a la esclavitud. Henson llegó a Canadá y se convirtió en ministro metodista. En Ontario, fue iniciado como francmasón. Se dice que fue él quien inspiró a Harriet Beecher Stowe su novela La cabaña del tío Tom[336].

En la elección presidencial de 1860, Abraham Lincoln era el candidato del flamante Partido Republicano, cuya plataforma sostenía la necesidad de impedir la extensión de la esclavitud. Sus adversarios, tres candidatos demócratas, no habían podido ponerse de acuerdo en varias cuestiones importantes y no lograron formar un frente para oponérsele. Aunque fue elegido presidente de Estados Unidos, Lincoln obtuvo sólo el cuarenta por ciento del voto popular, el porcentaje más bajo conseguido por un candidato ganador en la historia de las elecciones presidenciales del país. Los tres candidatos demócratas en conflicto eran francmasones[337]. De los cuatro aspirantes a la presidencia, Lincoln era el único que no era francmasón, aunque en varias ocasiones había expresado una opinión favorable acerca de ellos, diciendo que creía que hacían un muy buen trabajo[338].

La falta de solidaridad masónica entre los tres candidatos francmasones tuvo serias repercusiones. Facilitó la victoria de Lincoln y, con ella, el estallido de la guerra civil que la siguió casi inmediatamente, ya que los estados sureños habían advertido que, si Lincoln ganaba, se separarían de la Unión.

La francmasonería no fue una cuestión de peso en la guerra civil. Había francmasones en ambos bandos, como había sucedido en la guerra de la Independencia de Estados Unidos y en Waterloo. Varios generales importantes del ejército confederado y del de la Unión eran francmasones. El general George B. McClellan fue iniciado como francmasón en una logia militar cuando estaba apostado en Oregon, en 1853[339]. Cuando comenzó la guerra fue designado comandante en jefe de los ejércitos de la Unión y fue aclamado por la prensa y el público como el genio militar que rápidamente lograría conquistar el sur. Los soldados y la gente del norte cantaban «McClellan es nuestro jefe, fuerte y valiente» y «McClellan otra vez al frente de sus hombres». Pero después de que los ejércitos del norte sufrieron una serie de derrotas o bien lograron victorias que McClellan no supo utilizar para obtener ventajas decisivas, Lincoln terminó por perder la paciencia y lo

destituyó. McClellan se vengó enfrentándose a Lincoln en la elección presidencial de 1864, pero fue derrotado. Después de la guerra, tuvo que consolarse con ser gobernador de Nueva Jersey.

El almirante David G. Farragut era francmasón[340]. En abril de 1862, su flota infligió un duro golpe al sur cuando capturó Nueva Orleans. El general Benjamin F. Butler fue designado comandante del ejército norteño de ocupación de la ciudad. Era francmasón[341]. Al ver que las mujeres de Nueva Orleans insultaban a sus soldados, les escupían y arrojaban el contenido de sus orinales sobre sus cabezas cuando pasaban bajo las ventanas, dictó una notoria ordenanza en la que disponía que cualquier mujer de Nueva Orleans que insultara a un soldado del ejército de Estados Unidos sería tratada como «una mujer pública en busca de clientes[342]». Quería decir que esas mujeres serían arrestadas y encarceladas como prostitutas en las cárceles locales; pero los propagandistas sureños y sus partidarios, que atacaron violentamente a Butler, interpretaron sin ninguna justificación, que la finalidad de su ordenanza era incitar a sus soldados a violar a las mujeres de Nueva Orleans si ellas los insultaban. Frente a las protestas, Lincoln le quitó el mando de Nueva Orleans, pero Butler continuó ocupando puestos importantes en el ejército de la Unión.

El general Lew Wallace era francmasón[343]. Después de combatir en la guerra contra México y desarrollar una exitosa carrera como abogado, fue designado en un puesto de mando de las fuerzas de la Unión en la guerra civil. Luego de la guerra, participó de la corte que juzgó a los conspiradores que habían sido cómplices del asesinato de Lincoln. También estuvo en la corte que juzgó al mayor Henry Wirz, comandante del campo de prisioneros de Andersonville en el que, durante la guerra civil, los prisioneros de la Unión habían sido brutalmente maltratados. Wirz fue condenado y ahorcado como criminal de guerra en el único juicio de ese tipo que se llevó a cabo después de la contienda.

Cuando se retiró de la actividad militar y legal, Wallace escribió varias novelas, entre ellas la exitosa Ben Hur, la historia de los sufrimientos de un cristiano en el Imperio romano después de la crucifixión de Cristo. Ben Hur llegó a ser un *bestseller* en muchos países del mundo, antes de que, en el siglo XX, fuera llevada con singular éxito al cine.

El congresista por Ohio Clement L. Vallandigham era francmasón. Durante la guerra civil, declaró que quien intentara alterar el sentido de la guerra, que originalmente se había emprendido para preservar la Unión, para convertirla en una contienda por la abolición de la esclavitud sería culpable de

atentar contra la Constitución. Su oposición a la guerra en territorio de la Unión enfureció tanto a los militares que el general Burnside lo arrestó y encarceló. Vallandigham obtuvo en la corte una orden judicial que hacía lugar a su recurso de *habeas corpus*, y dictaminaba que su arresto era ilegal; pero Lincoln ordenó a las autoridades militares que no hicieran caso de la orden y que la recusaran. Más adelante, Lincoln envió a Vallandigham al sur, a través de las líneas enemigas.

Después de la guerra civil Vallandigham retomó su carrera legal. En 1871 se presentó como defensor en un caso de homicidio y, en pleno juicio, intentó demostrar cómo podría haberse disparado un arma. Por accidente, el arma se disparó y lo mató[344].

El personaje más importante de la masonería norteamericana del siglo XIX fue Albert Pike. A través de sus libros y otros escritos convirtió el Rito Escocés en la forma dominante de masonería en el sur de Estados Unidos. De él se decía que «encontró el Rito Escocés en una cabaña y lo trasladó a un templo[345]». Antes de dedicarse a la masonería, Pike, nativo de Boston, no sólo había llegado a ser un abogado de éxito y administrador de asuntos indios de Oklahoma, sino también brigadier general del ejército confederado durante la guerra civil, y había conseguido alistar a los nativos norteamericanos de Oklahoma para que combatieran en el bando sureño[346].

Después de que el norte ganara la guerra civil y Lincoln fuera asesinado, los radicales del Congreso entraron en conflicto con el presidente Andrew Johnson respecto de la política que se adoptaría con el sur conquistado. Los radicales pensaban que el Presidente era demasiado indulgente con los esclavistas sureños y que tardaba mucho en otorgar derechos a los negros del sur. La disputa entre el presidente y el Congreso provocó un intento de juicio político a Johnson, quien habría de ser el único presidente de los Estados Unidos sometido a ese tipo de juicio hasta 1999. A los republicanos radicales les faltó apenas un voto para obtener en el Senado la mayoría de dos tercios que se necesitaba para juzgar a Johnson, que siguió ejerciendo la presidencia hasta el final de su mandato.

El presidente Andrew Johnson era francmasón[347]. El punto clave de los argumentos que se presentaron para el juicio político era la acusación de que había removido ilegalmente de su cargo al secretario de Guerra, Edwin M. Stanton, un antisureño de la línea dura que, como el presidente, era francmasón[348]. Las sesiones del juicio fueron conducidas por el antimasón Charles Sumner, el congresista francmasón general Benjamin F. Butler y el anciano Thaddeus Stevens. Treinta y cinco años antes, durante los disturbios

causados por la desaparición de Morgan, Stevens había sido más importante que Sumner en el Partido Antimasónico[349]. Como era habitual, francmasones y antimasones estaban divididos respecto de las grandes polémicas de la época.

XVI



La masonería en América latina y España

A principios del siglo XIX el Imperio español se extendía a lo largo de una línea sin fisuras por la costa oeste de América del Sur, América Central y Norteamérica que abarcaba alrededor de 11 000 kilómetros y 98 grados de latitud, desde el Cabo de Hornos hasta casi quinientos kilómetros al norte de la pequeña pero pujante ciudad de San Francisco. En ese lugar, limitaba con una región escasamente habitada y casi inexplorada conocida con el nombre de Oregon, llamada así por el imaginario río Oregon, que figuraba en todos los mapas pero que, de hecho, no existía. El territorio de Oregon separaba el Imperio español de la América rusa (Alaska), que se extendía hacia el sur hasta Sitka, más de mil kilómetros al norte de la actual ciudad de Vancouver. El Imperio español incluía California y una gran parte del territorio actual de Estados Unidos al oeste de las Rocosas, así como Texas, Florida, y varias islas del Caribe, entre ellas Cuba.

En el territorio de América del Sur, lo único que no pertenecía a España era la colonia portuguesa de Brasil, y los territorios relativamente pequeños de Gran Bretaña, Francia y Holanda en las Guayanas y Honduras. Brasil, que en su punto más ancho se extendía más de 3500 kilómetros de norte a sur y alrededor de 5000 de este a oeste, había sido otorgado a Portugal en 1494 por un arbitraje del Papa, quien, en el mismo acto, adjudicó el resto de América Central y América del Sur a España.

En 1810 estalló en Buenos Aires una revolución que llevó a la proclamación de la independencia de la Argentina de España. Durante los veinte años siguientes el resto de la América española se rebeló contra España, y en 1830 el Imperio español había quedado dividido en trece

repúblicas independientes que, durante varios años, combatieron entre sí y se trenzaron en guerras civiles.

Los hombres que habían estado al frente de la revolución de 1810 en Buenos Aires eran, en su mayor parte, francmasones: Carlos María de Alvear; Miguel de Azcuénaga; Antonio Luis Beruti; Juan José Castelli; Vicente López y Planes, autor de la letra del himno nacional; Juan José Paso, que leyó en voz alta la Declaración de la Independencia argentina cuando fue proclamada, un poco tardíamente, en 1816; y Manuel Belgrano, que diseñó la bandera de la República Argentina además de ser uno de sus líderes más capaces[350]. Resulta irónico que, al día de hoy, de todos esos nombres el más conocido en Gran Bretaña sea el de Belgrano, no por lo que hizo en vida sino porque más de ciento cincuenta años después de su muerte una dictadura derechista, que él seguramente habría desaprobado, bautizó con su nombre un buque de guerra que fue hundido por la marina británica en circunstancias polémicas durante la guerra de las Malvinas, en 1982.

En los años posteriores a 1814, Chile y otras regiones de América del Sur se independizaron de España por la acción de un ejército revolucionario proveniente de Buenos Aires, al mando del general José de San Martín, conocido hoy en la Argentina como el Libertador. Venezuela y las zonas del norte de América del Sur fueron liberadas a través de una serie de revoluciones dirigidas por Simón Bolívar, quien finalmente se unió con el ejército victorioso de San Martín en Guayaquil, en lo que hoy es Ecuador. Bernardo O’Higgins ayudó a San Martín en la liberación de Chile. Se trataba del hijo ilegítimo de una madre criolla[351] de buena familia y de Ambrose O’Higgins, un irlandés que en el siglo XVIII entró al servicio del rey de España, fue nombrado marqués de Vallemar y Osorno y designado virrey español de Perú. El joven O’Higgins, Bolívar y San Martín eran francmasones. Pertenecían a una red de sociedades masónicas sudamericanas, conocida como la Logia Lautaro, que debía su nombre a un indio sudamericano que en el siglo XVI había encabezado una revuelta infructuosa contra el dominio español[352].

En sus luchas, los revolucionarios sudamericanos contaron con el apoyo de Guillermo Brown, un irlandés que en su juventud había emigrado a Estados Unidos, se había unido a la marina mercante norteamericana y había sido capturado en alta mar por uno de los buques británicos que detenían los barcos estadounidenses en busca de desertores, uno de los incidentes que provocó la guerra de 1812 entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Brown fue forzado a incorporarse a la marina británica, y su desempeño fue tan bueno

que lo ascendieron a oficial. Los franceses lo capturaron y lo arrestaron como prisionero de guerra, pero consiguió escapar dos veces. En la segunda ocasión, llegó a Inglaterra vía San Petersburgo. Después, se marchó a Buenos Aires, se sumó a la lucha revolucionaria contra España y fue designado comandante de la flota argentina. El almirante Brown, que pasó a ser un héroe nacional en la Argentina, era francmasón[353].

Otro héroe naval de la independencia sudamericana fue lord Thomas Cochrane (más tarde conde de Dundonald). Después de una brillante carrera al servicio de la marina británica en la guerra contra Napoleón, se convirtió en un parlamentario radical. Pero fue injustamente acusado de estar implicado en un fraude financiero. El juicio se llevó a cabo ante el lord presidente de la corte suprema, lord Ellenborough, que era *tory*. Fue condenado. Cumplió un período de cárcel, fue degradado con deshonor de la marina y expulsado de la Cámara de los Comunes. Entonces se ofreció como voluntario para combatir en la marina chilena en la guerra de la independencia contra España. Después de su regreso a Inglaterra, fue absuelto de todas las acusaciones en su contra, recibió un perdón, y recuperó su puesto en la marina y en la sociedad. A diferencia del almirante Brown y de muchos otros colegas en América del Sur, Cochrane no era francmasón.

Aunque no hay duda de que todos estos revolucionarios sudamericanos francmasones eran miembros de la Logia Lautaro, existen controversias respecto del origen de esa logia. Según los propagandistas antimasónicos católicos de España, fue fundada por Francisco Miranda, un nativo de Venezuela que se alistó en el ejército francés y luchó en sus filas junto a los norteamericanos durante la guerra de la Independencia de Estados Unidos. Allí se le ocurrió la idea de que los pueblos de América del Sur podrían liberarse de España como los norteamericanos se habían liberado de Gran Bretaña. Cuando finalizó la guerra de la Independencia norteamericana, abandonó el ejército francés y fue a Londres, donde mantuvo varias conversaciones con el primer ministro, William Pitt. Como poco antes España y Gran Bretaña habían estado en guerra, Miranda sugirió a Pitt que el gobierno británico ayudara a los pueblos de América del Sur a obtener la independencia de España; pero Pitt, aunque se mostró interesado, respondió con evasivas.

Miranda regresó a Francia después de la Revolución francesa y combatió valientemente en el ejército revolucionario francés en los Países Bajos contra los austriacos, durante la campaña de 1793. Eso no impidió que Robespierre lo arrestara y encarcelara, como a muchos otros generales revolucionarios

franceses, bajo sospecha de traición. Pero sobrevivió a la caída de Robespierre y fue liberado después del 9 de Termidor. Intentó convencer al Directorio de que cooperara con la lucha de América del Sur contra España; pero, como España pasó a ser aliada de la Francia revolucionaria contra Gran Bretaña, Miranda regresó a Londres y volvió a sostener conversaciones con Pitt, que seguía negándose a realizar acción alguna.

Miranda decidió actuar por su cuenta. En 1806 desembarcó en Venezuela e intentó lanzar una revolución contra el dominio español; pero fracasó y volvió a Londres. Lo intentó nuevamente en 1810 y esta vez tuvo más éxito. Proclamó la independencia de Venezuela y Nueva Granada (Colombia) de España y declaró que su objetivo fundamental era la unidad de toda la América del Sur en una república federal; pero, después de algunos éxitos iniciales, volvió a fracasar. Para colmo de males, el cuartel de su ejército, junto con muchos otros edificios venezolanos, resultó destruido en un enorme terremoto que costó miles de vidas. El gobernador español y la Iglesia católica romana declararon que se trataba de una señal de que Dios estaba en contra de Miranda.

Después de varias derrotas militares, Miranda se rindió a las autoridades españolas bajo la condición de que se le permitiera ir a Estados Unidos. Los españoles violaron los términos de la rendición. Lo encarcelaron durante seis años, trasladándolo de un calabozo a otro, y cuando Fernando VII estableció su gobierno autocrático en España, transfirieron a Miranda a una prisión de Cádiz, donde murió en 1816.

La historia que contaban los antimasones católicos de España sostenía que cuando Miranda estaba en Londres se unió a dos logias masónicas, una de Grafton Street y la otra de Fitzroy Square, y que los francmasones ingleses lo incitaron a fundar la Logia Lautaro en Buenos Aires y a lanzar la revolución en América del Sur y los movimientos independentistas. Los francmasones ingleses siempre negaron con vehemencia esa versión de los hechos. Un erudito historiador masónico inglés, F. W. Seal-Coon, quien, en 1979, reprobó lo que él llamaba «la seudomasonería revolucionaria hispanoamericana», ha puesto en duda incluso el hecho de que Miranda fuera francmasón[354]. Compartamos o no la acusación de «seudomasonería» que el hermano Seal-Coon dirige a la revolucionaria Logia Lautaro, no podemos dejar de estar de acuerdo con él en repudiar la sugerencia de que los francmasones ingleses, al mando del príncipe de Gales y del conde de Moira, hayan instigado la revolución en algún país del mundo y menos en el Imperio español después

de que el déspota borbón Fernando VII se convirtiera en aliado de Gran Bretaña contra Napoleón.

México era, de lejos, el más valioso de los cuatro virreinatos en los que estaba dividido el Imperio americano de España. Se lo conocía como «la joya de la corona» del rey de España. Se extendía desde el istmo de Panamá a la frontera con Oregon y estaba gobernado por el virrey desde la ciudad de México. También era el virreinato en el que más problemas causaban los revolucionarios liberales, en especial después de que llegaron a México las repercusiones de la Revolución francesa. El gobierno, por su parte, atacaba a los francmasones.

Los focos revolucionarios de América del Sur se extendieron a México. En 1811 estalló una revuelta al mando de un sacerdote católico de origen criollo, Manuel Hidalgo, quien a la sazón contaba con cincuenta y siete años de edad y ya era calvo y que durante toda su vida se había dedicado al cuidado de los indios de su parroquia. Combatía no sólo por la independencia mexicana sino también por la justicia social. Acusaba a los ricos de oprimir a los pobres y exigía que se confiscaran sus riquezas: sostenía que parte de sus propiedades debería distribuirse entre los pobres y el resto quedar en manos del Estado[355]. Para conducir a sus partidarios revolucionarios hacía flamear la bandera de Nuestra Señora de Guadalupe, la santa patrona de México; pero era francmasón[356].

El gobierno ordenó al general Calleja que reprimiera la revuelta. Ambas partes exhibieron un alto grado de salvajismo. Cuando Hidalgo capturó la ciudad de Guanajuato, mató a todos los criollos. Cuando Calleja la reconquistó, no quiso gastar munición en los hombres de Hidalgo, de modo que ordenó a los suyos que degollaran a los catorce mil prisioneros en la plaza central[357].

Después de seis meses de lucha, las fuerzas gubernamentales capturaron a Hidalgo. Fue degradado de su condición de sacerdote y lo trasladaron a Chihuahua para ejecutarlo. Lo ataron a una silla y le vendaron los ojos. Los soldados abrieron fuego; la primera andanada no hizo más que destruirle el brazo y el estómago, pero no lo mató. La segunda andanada le destrozó el otro brazo y le abrió las entrañas, mas seguía vivo. Entonces los soldados le quitaron la venda; tenía los ojos llenos de lágrimas, lo que los perturbó de tal forma que tampoco pudieron matarlo con la tercera andanada. Entonces se acercaron a él, colocaron las bocas de sus mosquetes contra su corazón y, finalmente, efectuaron el tiro de gracia.

La Iglesia católica condenó a Hidalgo. La Inquisición ordenó que se excomulgara a cualquiera que fuera visto con su retrato. Tuvieron tanto éxito en eliminarlo de la memoria del pueblo que al día de hoy no existe ningún retrato de Hidalgo[358].

La siguiente revuelta mexicana fue dirigida por otro sacerdote, José Morelos, que, a diferencia de Hidalgo, no era francmasón. Su ejército era más disciplinado que el de Hidalgo y no cometió atrocidades; pero eso no impidió que las fuerzas del gobierno fusilaran a todos los prisioneros. Finalmente, Morelos fue capturado y fusilado. La Iglesia también lo degradó del sacerdocio y lo excomulgó antes de su ejecución. Una de las razones fue que entre sus posesiones había un retrato de Hidalgo.

Xavier Mina, un francmasón liberal español, había combatido con los guerrilleros de España contra Napoleón y en 1812 había apoyado la exigencia de los liberales de una nueva Constitución. Es muy probable que haya sido francmasón. Cuando Fernando VII recuperó el trono de España y, en 1814, arrestó a liberales y francmasones, Mina huyó al extranjero. Primero a Francia y luego a Cuba. Allí conoció a revolucionarios mexicanos y se trasladó a México para combatir contra las autoridades españolas. Obtuvo varias victorias, pero, en 1817, fue capturado por las fuerzas del gobierno, que lo fusilaron[359].

En España, más que en cualquier otro país del mundo, la francmasonería efectivamente cumplía el papel de conspiración revolucionaria que describían los ensayistas antimasónicos y los propagandistas de la Iglesia católica.

Después de que Fernando VII las suprimiera en 1814, las logias ilegales se habían convertido en sociedades secretas y revolucionarias muy bien organizadas. Algunos aristócratas las apoyaban; pero, al igual que en Nápoles y en el resto de Italia, las logias estaban en su mayor parte formadas por abogados y periodistas de clase media, que tendían a ser leales al rey y a la Iglesia católica, en especial en las zonas rurales. Pero había una diferencia importante entre los francmasones españoles y sus hermanos de Francia e Italia. En España, los francmasones tenían un considerable número de partidarios entre los oficiales del ejército.

Mientras muchos francmasones cumplían largas sentencias de prisión, los masones del ejército organizaban una serie de motines en Cádiz, especialmente en unidades que esperaban ser enviadas a México para reprimir las revueltas.

El gobierno anticipó y sofocó los motines, pero el 1 de enero de 1820, un oficial del ejército, Rafael del Riego Núñez, organizó un exitoso golpe militar en Cádiz.

Había combatido contra Napoleón y había caído prisionero de los franceses y, una vez en prisión, los franceses lo convirtieron al liberalismo y se hizo francmasón. Como resultado del golpe de Riego, los políticos masones y liberales de Madrid pudieron llegar al poder y proclamar la Constitución de 1812. El rey Fernando se vio obligado a aceptarlos en el gobierno. Prestó juramento de acatar la Constitución, y dio a conocer una proclama en la que declaró: «Hemos de avanzar francamente, conmigo al frente, por el sendero constitucional[360]». Pero estaba fingiendo y no tenía la menor intención de mantener su promesa.

Como era habitual, casi de inmediato los revolucionarios liberales comenzaron a pelear entre sí y la solidaridad masónica no sirvió de mucho para mantenerlos unidos. Los políticos liberales de Madrid —los francmasones que habían promulgado la Constitución de 1812— miraban con sospecha el ejército de Riego que los había colocado en el gobierno y ordenaron su disolución. Sus temores aumentaron cuando Riego se presentó en Madrid y fue recibido con manifestaciones de entusiasmo por sus partidarios radicales en banquetes, recepciones y teatros. Riego y los oficiales revolucionarios, por su parte, sospechaban de los políticos liberales que toleraban al rey y de los planes contrarrevolucionarios que éste organizaba con sus simpatizantes. En muchos distritos, se formaban organizaciones contrarrevolucionarias; por ejemplo, una llamada Defensores del rey Absoluto.

El gobierno liberal, que reconocía como enemiga a la Iglesia católica, aprobó leyes en las que se confiscaban las propiedades de la Iglesia y se cerraban monasterios. El rey intentó vetar esa legislación, pero fue obligado a ceder y consentirla. Un sacerdote de parroquia, padre Vinuesa, encabezó una contrarrevolución, pero fracasó y fue sentenciado a prisión. Los radicales pensaban que la sentencia era demasiado leve y que había sido dictada bajo la influencia de un gobierno corrupto y del rey. Entonces, una turba de revolucionarios irrumpió en la cárcel y asesinó a Vinuesa. El rey Fernando se comunicó en secreto con el rey Luis XVIII de Francia y los gobiernos de la Santa Alianza, para pedirles que intervinieran y restauraran la monarquía absoluta.

En 1821 estalló una revolución en Nápoles, organizada por los Carbonari y los francmasones. Metternich envió tropas de Austria para sofocarla. El año

siguiente, la Santa Alianza se reunió en Verona. El zar Alejandro propuso que intervinieran para aplastar por la fuerza a los liberales de España y que autorizaran al ejército francés a realizar la tarea. Metternich tenía sus reservas; no quería que la influencia de Rusia y Francia se extendiera a España. Lord Castlereagh, el secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, y Wellington, en nombre del gobierno británico, demostraron un entusiasmo aún menor. Pero ni Austria ni Gran Bretaña estaban preparadas para tomar medidas activas contra la intervención francesa y, ante la insistencia del zar, Luis XVIII aceptó, en realidad a regañadientes, enviar al hijo del conde de Artois, el duque de Angoulême, al otro lado de los Pirineos con un ejército.

La Santa Alianza envió un ultimátum al gobierno español ordenándole que aboliera la Constitución de 1812 y restaurara a Fernando como monarca absoluto. Gran Bretaña trató de persuadir al gobierno de España de que aceptara un acuerdo por el cual abolirían la Constitución de 1812 y mantendrían un gobierno con algún grado de constitucionalidad. Pero los liberales españoles estaban indignados por el intento de la Santa Alianza de interferir en los asuntos internos de España y de dictaminar cuál debía ser su forma de gobierno. La furia de los liberales hizo políticamente imposible que el gobierno de España aceptara un compromiso que habría sido su única posibilidad de sobrevivir. Y el gobierno *tory* británico, para indignación de los liberales de Gran Bretaña, se negó a intervenir para salvar a España de la Santa Alianza.

Riego y los otros líderes revolucionarios mantuvieron la resistencia durante algún tiempo, retrocediendo frente al avance francés. Finalmente, Riego fue capturado por los católicos españoles contrarrevolucionarios quienes estuvieron muy cerca de lincharlo. Entonces, el rey Fernando prometió una amnistía a todos los liberales que se rindiesen; pero, otra vez, violó su promesa y llevó a cabo ejecuciones en masa.

Riego murió ahorcado en una plaza pública de Madrid. Los republicanos españoles lo consideraban un mártir. En años posteriores, exhibieron su retrato en muchas ocasiones y la «Canción de Riego» siguió siendo la marcha de la izquierda española durante la guerra civil de 1936-1939 y lo es incluso hasta el día de hoy.

Los grupos contrarrevolucionarios incitaban al rey. Se supone que existió una organización clerical secreta llamada La Sociedad del Ángel Exterminador que asesinaba a liberales y francmasones; pero, si en verdad existió, no era muy necesaria, a la luz de la política del rey Fernando y su

gobierno. El 4 de octubre de 1822 el rey aprobó un decreto en el que sentenciaba a muerte a todos los que habían apoyado al gobierno liberal, incluso aunque no hubiesen hecho otra cosa que gritar «¡Viva Riego!». Se ejecutó a cientos de francmasones. Los franceses, así como otros gobiernos extranjeros, expresaron una leve desaprobación por la violación de la promesa de amnistía del rey, pero no llevaron a cabo ninguna acción para detener las ejecuciones[361].

En Brasil, los sucesos estaban tomando un rumbo diferente. Cuando en 1807 los ejércitos de Napoleón invadieron Portugal, la familia real portuguesa se refugió en Río de Janeiro. Al rey Juan VI le gustaba tanto Brasil que permaneció allí después de la derrota de Napoleón y la restauración de su gobierno en Portugal. Por eso estaba allí en 1821, cuando estalló una revolución en Brasil y se proclamó la independencia respecto de Portugal. Convencieron al rey Juan de volver a Portugal; pero su hijo y heredero, don Pedro, que era liberal y francmasón, apoyó la revolución nacional de Brasil, se puso a la cabeza del movimiento y fue proclamado emperador Pedro I de Brasil.

Aunque el gobierno británico *tory* había aceptado a regañadientes la decisión de intervenir en España que la Santa Alianza tomó en el Congreso de Verona, esa intervención marcó el comienzo de las divergencias entre Gran Bretaña y los gobiernos de la Santa Alianza y la decisión de Gran Bretaña de modificar el equilibro de poder en Europa limitando la influencia de Rusia y Austria. El nuevo secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, George Canning, que era francmasón, declaró que había convocado al Nuevo Mundo para que ayudara a reajustar el equilibro del Viejo. Otorgó apoyo diplomático a los movimientos revolucionarios de América del Sur, y, en consonancia con ello desalentó a los gobiernos de la Santa Alianza en sus esfuerzos por ayudar a España y Portugal a sofocarlos. En 1830, tanto Portugal como España habían abandonado toda esperanza de recuperar Brasil y las colonias españolas de América.

El emperador Pedro I se encontró con dificultades por parte de los círculos influyentes de Brasil. Era demasiado liberal para la aristocracia conservadora. En 1831, abdicó en favor de su hijo de seis años, Pedro II, y volvió a Portugal. Su hermano, don Miguel, había establecido un régimen absolutista y reaccionario. Como Pedro había abdicado al trono de Portugal cuando se convirtió en emperador de Brasil, proclamó a su hija, Maria da

Gloria, reina de Portugal y, en nombre de ella, se puso al mando de las fuerzas liberales.

En Portugal estalló una larga y feroz guerra civil entre los liberales, al mando de Pedro, y los conservadores, dirigidos por Miguel. Los liberales tenían el apoyo de las clases medias de las ciudades y de los radicales revolucionarios. La Iglesia católica, los terratenientes y la mayor parte del ejército apoyaban a Miguel. Había muchos francmasones entre los líderes del partido de la reina. El secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, lord Palmerston, y el gobierno francés de Luis Felipe apoyaban a la reina, a pesar de que existía una fricción considerable entre Gran Bretaña y Francia y entre ambos gobiernos y los partidarios portugueses de la reina. Y como ni Metternich ni el zar Nicolás I de Rusia estaban en posición de ayudar a Miguel, los liberales triunfaron en Portugal.

La guerra civil portuguesa se extendió a España. Allí, la persecución a liberales y francmasones había continuado hasta 1829, cuando el rey Fernando se casó con la princesa María Cristina de Nápoles. Se trataba de una mujer hermosa y el rey estaba profundamente enamorado. Como ella simpatizaba políticamente con los liberales, convenció a Fernando no sólo de que suavizara el rigor de sus persecuciones a liberales y francmasones, sino de que cambiara la ley de sucesión para permitir que Isabel, hija de ella, lo heredara en el trono. Cuando Fernando falleció, su hermano don Carlos, abanderado de los grupos más reaccionarios y extremistas, se negó a reconocer a Isabel como reina y, por consiguiente, estalló en España una salvaje guerra civil entre los isabelinos y los carlistas.

Fue un modelo para las siguientes guerras civiles españolas. Los isabelinos estaban apoyados por las clases medias, los liberales y los revolucionarios de la extrema izquierda anticlerical. Del lado de los carlistas estaban la Iglesia, los grandes terratenientes y la masa del campesinado. Los revolucionarios anticlericales partidarios de los isabelinos atacaron monasterios y asesinaron a muchos monjes y curas católicos; los carlistas fusilaban a las esposas de los intendentes de los pueblos que apoyaban a los isabelinos.

Al final, los isabelinos resultaron victoriosos. Contaban con el apoyo de Palmerston y de la Legión Británica, voluntarios que habían decidido luchar en el bando isabelino. También los ayudaba el gobierno de Luis Felipe. Metternich y el zar Nicolás no estaban en posición de colaborar con los carlistas.

Después de que triunfara la independencia en América del Sur, en Brasil y la Argentina estallaron conflictos civiles que crecieron hasta convertirse en guerras entre las repúblicas independientes. En estas contiendas y guerras civiles había francmasones en ambos bandos. En la Argentina, el país se dividió entre los liberales, o unitarios, y los nacionalistas, o federales. Los federales eran el partido de los gauchos, cuya principal ocupación consistía en matar el ganado de las pampas y enviarlo a Buenos Aires o Montevideo para su posterior exportación a Europa. Estaban bajo el mando de Juan Manuel de Rosas quien, de hecho, era un político de Buenos Aires, pero se presentaba como jefe de los gauchos.

Los unitarios liberales estaban apoyados por las clases medias de Buenos Aires, que querían desarrollar el comercio internacional e introducir un régimen liberal y constitucional. Muchos de sus líderes eran francmasones. La lucha entre Rosas y los unitarios liberales se extendió a Uruguay, donde los liberales derrocaron la dictadura del general Manuel Oribe, amigo de Rosas. Entonces, Rosas invadió Uruguay y llegó hasta los suburbios de Montevideo. Pero no pudo continuar su avance y los defensores de la ciudad resistieron durante nueve años.

Giuseppe Garibaldi, un revolucionario italiano, se marchó a América del Sur después de haber estado involucrado en una insurrección abortada en Génova, en 1834. Era un marino mercante. Cuando llegó a Río de Janeiro ofreció sus servicios al gobierno republicano y levemente liberal de la provincia brasileña de Río Grande do Sul en su lucha contra el gobierno conservador del emperador Pedro II. Después de combatir cuatro años en Río Grande do Sul, Garibaldi se trasladó a Montevideo. Finalmente, Río Grande do Sul fue conquistada por el general del Imperio brasileño, el duque de Caixas, que era francmasón[362].

En Montevideo, Garibaldi se puso al mando de la marina uruguaya en la lucha contra Rosas y los federales argentinos. Se hizo francmasón en Montevideo, incorporándose a una logia, como su colega, el gran dirigente liberal argentino Bartolomé Mitre, que se había sumado a los liberales uruguayos en su lucha por la libertad contra Rosas.

Durante su primera campaña en Uruguay, Garibaldi combatió en una batalla naval en Costa Brava, sobre el río Paraná, contra su hermano masón el almirante Brown, que a los sesenta y cuatro años de edad había sido nombrado comandante en jefe de la marina argentina de Rosas. Fue una batalla muy sangrienta que duró dos días. Brown tenía más poder de fuego que Garibaldi, y éste perdió dos tercios de sus hombres. Cuando se dio cuenta

de que no podía continuar luchando, hizo volar sus barcos y se escapó a tierra. Consiguió regresar a Montevideo, donde jugó un papel principal en la lucha contra Rosas, tanto en mar como en tierra. Volvió a combatir contra el almirante Brown en acciones navales en el puerto de Montevideo[363].

Garibaldi y Brown fueron dos comandantes de ambos bandos que pelearon con humanidad. Por lo general, se combatía con extremo salvajismo entre ejércitos de menos de mil hombres a cada lado, que marchaban durante muchos días a través de las grandes extensiones de las pampas sin toparse. Cuando por fin se encontraban, luchaban hasta el exterminio, porque no había infraestructura para tomar prisioneros. Cualquier uruguayo partidario de Oribe que estaba luchando para Rosas y caía capturado por los liberales de Montevideo era ejecutado como traidor.

El ejército de Rosas tenía un suboficial en cada unidad llamado degollador. Su tarea consistía en matar a los prisioneros enemigos después de la batalla. Si el prisionero parecía estar nervioso, el degollador lo calmaba poniéndole el brazo en el cuello y le decía que pasaría pronto y que no le dolería. Después, le cortaba la garganta. Cuando terminaba la batalla, si uno de los hombres de Garibaldi estaba demasiado herido como para caminar, pedía a sus camaradas que le dispararan para impedir que cayera vivo en manos enemigas, lo que sucedió en muchas ocasiones[364].

A principios de la guerra, el líder liberal general Juan Lavalle, que era francmasón, capturó a Manuel Dorrego, comandante de Rosas, y ordenó que lo fusilaran de inmediato. Los hombres de Rosas utilizaron ese episodio para justificar el salvajismo contra sus oponentes durante la guerra. Uno de los comandantes de Rosas fue el general Justo José de Urquiza, gobernador del estado de Entre Ríos. Era francmasón, pero no mostró misericordia en la guerra contra los francmasones Mitre y Garibaldi.

En 1845, el almirante Brown se retiró del servicio argentino y viajó a Europa. Se le otorgó un salvoconducto para pasar por Montevideo en el camino y visitó a Garibaldi. Los dos antiguos enemigos mantuvieron una charla muy amistosa[365]. Quizás el hecho de que ambos eran francmasones facilitó la reunión; pero no es raro que generales enemigos que no son francmasones se encuentren después de una guerra y discutan sobre las batallas del pasado, elogiándose mutuamente por la valentía y el talento con que combatieron.

En 1848, estalló una revolución en Europa y Garibaldi regresó a Italia para tomar parte en los combates. El sitio de Montevideo continuó durante cuatro años más. Entonces Brasil entró en guerra contra la Argentina de

Rosas, y Urquiza cambió de bando y se unió a los brasileños y a los unitarios de Montevideo. Los tres aliados derrotaron a Rosas en la batalla de Caseros el 3 de febrero de 1852 y Rosas huyó a Inglaterra para pasar sus últimos días en una casa cerca de Southampton. Poco tiempo después, Urquiza entró en conflicto con sus antiguos enemigos, con quienes había formado una alianza temporal contra Rosas. Los liberales de Buenos Aires vencieron a Urquiza y Mitre se convirtió en presidente de una república liberal en la Argentina.

Años después, cuando se retiró del gobierno, fue sucedido por su colega Domingo F. Sarmiento, quien también fue un presidente liberal y constitucional y escribió la historia de los treinta años de lucha contra Rosas. Sarmiento, al igual que Mitre, era francmasón. Pero la paz en el Río de la Plata volvió a ser perturbada por conflictos violentos que continuaron hasta las postrimerías del siglo XIX.

En México, la independencia no se logró a través de una revolución sino mediante una contrarrevolución. Cuando los generales y conservadores que habían sofocado las revueltas de Hidalgo, Morelos y Mina, se enteraron de que la revolución masónica y liberal de 1820 había establecido en España un gobierno liberal, proclamaron la independencia de México a través de un golpe contra los representantes del gobierno liberal español. El líder del golpe fue el general Agustín de Iturbide, que se autoproclamó emperador Agustín I de México. Era francmasón[366]. Sus hermanos masones liberales de México no aprobaban la proclamación de Iturbide como emperador y convencieron a uno de sus principales oficiales, el general Antonio López de Santa Ana, de que lo derrocara. Santa Ana era, también, francmasón. Se permitió que Iturbide marchara al exilio; pero cuando regresó y trató de llevar a cabo un segundo golpe, los liberales lo capturaron y fusilaron. Entonces, Santa Ana se volvió contra los liberales y se convirtió él mismo en dictador.

Muchos ciudadanos de Estados Unidos se estaban instalando en la provincia mexicana de Texas, y en 1835 estalló una revuelta. Los inmigrantes exigían la independencia de Texas, pero algunos de sus líderes la veían como un estado temporal, un paso para la unión con Estados Unidos. La pelea revolucionaria contra Santa Ana unió a dos grupos diferentes: los liberales, incluyendo a los liberales nacidos en México, que combatían contra la dictadura de Santa Ana, y los esclavistas de los estados sureños de Estados Unidos. Éstos querían introducir la esclavitud en Texas ya que, aunque el gobierno liberal de México la había abolido, la esclavitud estaba floreciendo en los estados sureños de Estados Unidos. El dirigente liberal de la revolución texana, Sam Houston, era francmasón. También lo eran Stephen F. Austin, el

primero en lanzar la campaña por la independencia, Mirabeau Bonaparte Lamar y Anson Jones, el segundo y el último de los presidentes del estado independiente de Texas, y el capitán William B. Travis, comandante de la guarnición que resistió el sitio de El Álamo. Pero Davy Crockett, que estaba al frente de los voluntarios que acudieron a luchar por Texas, y que fue asesinado cuando Santa Ana capturó El Álamo, no era francmasón[367].

Después de la derrota texana de El Álamo, Houston obtuvo una victoria en la batalla de San Jacinto, en la que Santa Ana fue vencido y tomado prisionero. A este episodio le siguió el establecimiento del estado independiente de Texas y Houston y sus seguidores liberales descubrieron que habían ganado en una lucha heroica cuyo verdadero objetivo era extender la esclavitud. Texas fue una nación independiente sólo nueve años; en 1845, aceptó ser anexada a Estados Unidos y se transformó en el vigésimo octavo estado de la Unión. Eso provocó la guerra entre Estados Unidos y México. El ejército mexicano, al mando de Santa Ana, fue derrotado.

La anexión de Texas y la guerra contra México se debieron principalmente a la política agresiva del presidente James K. Polk y a su convicción de que «el destino manifiesto» de Estados Unidos era gobernar sobre todos los territorios entre los océanos Atlántico y Pacífico y desde las nieves del Ártico hasta los trópicos. Polk era francmasón, lo mismo que el general Winfield Scott, comandante del ejército que capturó la ciudad de México. Estaba bastante extendida la creencia de que el otro comandante estadounidense victorioso, el general Zachary Taylor, era francmasón, pero, en realidad, no lo era; ni tampoco lo era John C. Frémont, quien estuvo al mando de las fuerzas de Estados Unidos que despojaron a México de California[368].

En el transcurso de veinticinco años, Santa Ana había traicionado y derrotado a su comandante en jefe, Iturbide, que lo había puesto al frente del mando militar; había instalado a Vicente Guerrero como presidente liberal de México; se había confabulado con Anastasio Bustamante para traicionar a Guerrero, a quien capturaron mediante una trampa y ejecutaron; había traicionado y derrocado a Bustamante; había derrotado y asesinado a Travis en El Álamo; había sido derrotado a su turno y hecho prisionero por Houston en San Jacinto; y había perdido una guerra y gran parte del territorio mexicano a manos de Polk y Scott. Santa Ana, Iturbide, Guerrero, Bustamante, Travis, Houston, Polk y Scott eran todos hermanos masones[369].

XVII



El siglo XIX

Después de la revolución de 1830, los francmasones franceses del Gran Oriente fueron leales al rey Luis Felipe. El primer ministro, el conservador François Guizot, era francmasón, aunque había dejado que su membresía caducara. Como la política del gobierno encabezado por Guizot se hizo más reaccionaria, algunos de los francmasones más jóvenes se volvieron contra el régimen y comenzaron a discutir los medios para derrocarlo. La policía vigilaba de cerca a los francmasones. Cada tanto, informaba que alguna logia masónica estaba envuelta en actividades políticas. Cuando la Gran Logia del Gran Oriente recibía esa información, expulsaba a la logia revolucionaria[370].

El escritor Eugène Sue era francmasón. En sus novelas, especialmente en Les mystères de Paris, revelaba los sufrimientos de los pobres en los barrios bajos de la ciudad. Los conservadores y la clase media se burlaban de su libro, pero la obra ayudó a difundir la sensación de injusticia que agobiaba a la clase trabajadora y la simpatía que los intelectuales radicales sentían por el socialismo.

En 1847, algunos francmasones organizaron una serie de banquetes en los que los oradores criticaban el gobierno. De esa manera se continuaba la tradición de los banquetes masónicos que se habían realizado antes de la revolución de 1830, y en los que La Fayette vituperaba al gobierno de Carlos X. En los banquetes de 1847 los principales oradores fueron Odilon Barrot y Adolphe Crémieux. Ambos exigían la renuncia de Guizot, pero Crémieux se preocupaba por aclarar que no estaba convocando a una revolución o al establecimiento de una república, ya que los francmasones creían en la monarquía constitucional[371].

El primer estallido revolucionario de 1848 tuvo lugar en Palermo, Sicilia, el 12 de enero. Fue seguido de la revolución de París del 24 de febrero. El 15 de marzo hubo una revolución en Berlín y el 19 de ese mes el pueblo de Milán se alzó contra la guarnición austriaca y obtuvo la victoria después de cinco días de luchas callejeras. Los Carbonari y los francmasones tuvieron el papel principal en la revolución de Milán. Estallaron revoluciones en distintos lugares de Alemania: Sajonia, Renania y Baden. Finalmente, fueron todas sofocadas.

La revolución de Baden inspiró al doctor Eduard Emil Eckert, un abogado que se desempeñaba en los tribunales de Sajonia, el libro La orden de los francmasones, en el que demostraba que el objetivo de los masones era derrocar la religión y el gobierno establecidos en todos los países del mundo. Advertía a sus lectores que «la francmasonería es la madre de la democracia» y citaba un artículo de un diario masónico alemán de 1848: «La democracia es hija de la masonería y debemos reconocerla como nuestra. A nosotros nos corresponde educar a esa niña en la sabiduría, la fortaleza y la belleza[372]».

Después de que Luis Felipe abdicara y escapara a Inglaterra, y de que en Francia se proclamara la Segunda República, la Gran Logia del Gran Oriente declaró su apoyo al nuevo régimen, la república, y al gobierno provisional, encabezado por el poeta liberal moderado Alphonse de Lamartine. Él no era francmasón. Entre los partidarios del gobierno provisional surgieron serios desacuerdos políticos. El socialista Louis Blanc, que era francmasón, y el radical Alexandre Ledru-Rollin, que no lo era, se pasaron a la oposición. Y en junio de 1848, la decisión del gobierno de cerrar los talleres que daban trabajo a los pobres de París provocó las luchas callejeras de los «Días de Junio» entre los socialistas revolucionarios y las fuerzas del gobierno al mando del general Louis Eugène Cavaignac. Éste reemplazó a Lamartine al frente del gobierno, con poderes de emergencia. Algunos testimonios sugieren que Cavaignac era francmasón, pero es dudoso.

Durante cuatro días, desde el 23 al 26 de junio, continuó la lucha, que alcanzó su punto culminante con el asalto a las barricadas del Faubourg St. Antoine por parte de las tropas de Cavaignac, que perdieron más oficiales que en cualquiera de las batallas de Napoleón. Durante la contienda, el arzobispo de París, monseñor Denis Auguste Affre, caminó, con la cruz en alto, desde las líneas del gobierno hacia los rebeldes de la barricada, pero lo mataron a tiros. Las fuerzas del gobierno y los revolucionarios se acusaron mutuamente de ser los responsables de los disparos. En general, se culpó de

aquella muerte a los revolucionarios, y el martirio del arzobispo fortaleció la posición de la Iglesia católica.

Después de la victoria de Cavaignac se produjeron ejecuciones sumarias de miles de revolucionarios y se envió a muchos más a los campos de prisioneros del norte de África. Después, el gobierno procedió a aprobar leyes que restringían el derecho de reunión pública y prohibían las sociedades secretas.

El 27 de junio, un día después de la derrota de los revolucionarios, el Gran Oriente dio a conocer una declaración en apoyo de Cavaignac. «La mano de Dios ha caído sobre nosotros», pero nos hemos mantenido unidos «contra la aberración, contra la locura, contra la perversidad de los conspiradores y los anarquistas, por el bien común, por el bien de la república. El jefe del Poder Ejecutivo [Cavaignac] os ha conducido, con el corazón transido, al combate; Dios le dé la fortaleza necesaria para conduciros a la paz[373]». En los debates de la Asamblea Nacional del 24 y 25 de julio no quedó claro si la prohibición incluía a los francmasones; pero, en la práctica, se permitió que siguieran existiendo.

El 10 de diciembre de 1848 se llevaron a cabo elecciones presidenciales. El periódico de los francmasones, Le Franc-Maçon, sugería a sus lectores que votaran a Lamartine, porque él creía en «las palabras sagradas: Libertad, Igualdad, Fraternidad[374]». Pero Luis Napoleón Bonaparte (que poco después se convertiría en el emperador Napoleón III) fue elegido por una amplia mayoría: derrotó a Cavaignac, a Ledru-Rollin, al socialista François Raspail y a Lamartine, obteniendo el setenta y cinco por ciento de los votos y ganó en ochenta y uno de los ochenta y cinco departamentos de Francia. Era hijo de Luis Bonaparte, rey de Holanda, y, durante su juventud, había estado involucrado en el movimiento revolucionario que había sacudido a Italia en 1831. Algunos sugieren que en Italia se había unido a los Carbonari y a los francmasones, pero esa hipótesis no ha podido probarse. Más tarde, intentó dos veces realizar una revolución contra Luis Felipe, y en la segunda ocasión fue sentenciado a prisión perpetua en la fortaleza de Ham, cerca de San Quintín, en el noreste de Francia. Pero llevó a cabo una sensacional escapatoria, se refugió en Inglaterra, y regresó a París para su triunfo electoral de 1848.

Aunque en una época se sospechaba que era comunista, apenas fue elegido presidente de la república aceptó de buen agrado el apoyo de la derecha y de la Iglesia católica. Los jóvenes radicales que agitaban sus pañuelos rojos al grito de «¡Viva la república social!» eran sentenciados a

largos años de prisión. Cada tanto, la policía allanaba una logia de masones y los funcionarios locales advertían al gobierno que «miembros del partido anarquista» planeaban controlar las logias masónicas de París y de las provincias[375].

El Gran Oriente consideró que sería prudente revisar su Constitución. En 1839, cuando vivían felizmente bajo el gobierno de Luis Felipe, los miembros de la logia habían declarado que «la masonería es una asociación filantrópica universal» y que uno de sus objetivos era «el análisis y discusión de todas las cuestiones sociales y económicas que tienen que ver con la felicidad de la humanidad». En agosto de 1848, después de los Días de Junio y tras la aprobación de la legislación que prohibía las sociedades políticas secretas, modificaron ese artículo de su Constitución borrando las palabras «sociales y económicas». Y, un año más tarde, el 10 de agosto de 1849, el Gran Oriente declaró que todos los francmasones debían creer en Dios y en la inmortalidad del alma[376].

En Roma, en noviembre de 1848, una turba revolucionaria asesinó al primer ministro del Papa, el conde Pellegrino Rossi, en las escalinatas del capitolio, porque se había negado a apoyar el movimiento que se proponía liberar a Italia del dominio austriaco. El papa Pío IX había adoptado una política liberal en los primeros tiempos de su mandato; pero después del asesinato de Rossi huyó a Gaeta, reino de Nápoles y convocó a los Estados Católicos a restaurar su poder en Roma. A partir de ese momento, se convirtió en un reaccionario extremo. En febrero de 1849, Giuseppe Mazzini proclamó la República Romana. En un principio había sido miembro de los Carbonari, pero se había alejado de ellos para formar su propia organización revolucionaria ilegal, la Joven Italia. Es probable que haya sido francmasón, pero no ha podido comprobarse.

Luis Napoleón, que buscaba el apoyo de la Iglesia católica de Francia, envió un ejército para derrocar la República Romana y restaurar el poder del Papa. Las fuerzas estaban bajo el mando del general Charles Oudinot, que era francmasón[377]. La República Romana fue defendida por un ejército de revolucionarios de muchos países al mando del francmasón Garibaldi. El 30 de abril, Garibaldi derrotó a los franceses en la primera batalla; pero más tarde Oudinot, mediante un truco, y después de haberse acordado una tregua, capturó una fortaleza estratégica en las afueras de Roma, la Villa Corsini. Garibaldi intentó reconquistarla en lo que fue una sangrienta batalla, pero fracasó.

Después de un mes de feroces combates, Oudinot conquistó Roma. Garibaldi se retiró al norte, huyendo de los ejércitos franceses y austriacos que lo perseguían. Durante la retirada falleció Anita, su heroica esposa, pero Garibaldi logró pasar a Estados Unidos y allí retomó su carrera de marino mercante. Mientras se luchaba en Roma, Ledru-Rollin trató de ayudar a los revolucionarios italianos organizando una revuelta en París, que fue sofocada por Luis Napoleón. Ledru-Rollin huyó a Inglaterra.

El 2 de diciembre de 1851, Luis Napoleón organizó un coup d'ètat e instauró una dictadura. Al día siguiente, hubo un intento de resistencia en París dirigido por el diputado Baudin, un francmasón[378]. Pero Baudin cayó muerto a tiros en las barricadas y la resistencia fue sofocada. En toda Francia, se arrestaba a los radicales y se los enviaba a campos de detención en Argelia, bajo condiciones muy duras.

Una semana después del golpe, el 10 de diciembre, el Gran Oriente ordenó a sus logias que suspendieran todas las reuniones y actividades hasta nuevo aviso[379]. Luis Napoleón llevó a cabo un plebiscito en el que la gente podía votar por «Sí» o por «No» si querían que continuara como presidente de la república diez años más. El Gran Oriente instó a los francmasones a votar por el «Sí». El día de las elecciones se contabilizaron 7 439 216 votos por el «Sí» y 646 737 por el «No».

El 17 de febrero de 1852, Luis Napoleón aprobó un decreto que autorizaba al ministro del Interior a cerrar un periódico después de una advertencia inicial, y a encarcelar a cualquiera por diez años sin juicio. A partir de ese decreto, muchos opositores al gobierno fueron confinados en los campos de prisioneros de Cayena, en las Indias Occidentales, tanto en el continente como en la Isla del Diablo. El ministro del Interior que aplicó el decreto era un cercano colaborador de Luis Napoleón, Jean Fiolin, conde de Persigny. Era francmasón.

Algunos de los que se oponían a Luis Napoleón escaparon a Gran Bretaña. El escritor Victor Hugo, que no era francmasón (aunque muchos creían que sí lo era), se instaló en las islas del Canal de la Mancha. Muchos refugiados franceses que se unieron a Ledru-Rollin en Londres eran, a diferencia del mismo Ledru-Rollin, francmasones. En esa ciudad se incorporaron a una logia que se formó especialmente para los refugiados franceses.

En Francia, El Gran Oriente trató de congraciarse con Luis Napoleón y su régimen. Había funcionado sin Gran Maestro durante treinta y ocho años, desde 1814, año en que José Bonaparte se había negado a renunciar. Ahora,

sus miembros invitaron al príncipe Joachim Murat a ser su Gran Maestro. Era el hijo del mariscal de Napoleón, el rey de Nápoles, y un ardiente defensor y colaborador cercano de Luis Napoleón. Aceptó la invitación de los francmasones y fue ungido Gran Maestro el 26 de febrero de 1852, fecha en que se celebró, atrasada, la festividad invernal de San Juan, que el 27 de diciembre de 1851 había sido cancelada debido al golpe de estado.

Al asumir el puesto, Murat emitió una declaración que expresaba que los francmasones siempre evitarían «las pasiones políticas» y que su lema era «Caridad, Fraternidad[380]». Al año siguiente, él y el Gran Oriente felicitaron a Luis Napoleón cuando estableció el Segundo Imperio y asumió el título de emperador Napoleón III.

En octubre de 1854 Murat fue reelegido Gran Maestro por un término de siete años y el Gran Oriente modificó su Constitución para transferir toda la autoridad del Concejo de la Gran Logia al Gran Maestro. La Constitución de 1854 estableció que «el Gran Maestro es el Jefe Supremo de la Orden», y su representante en las relaciones con organizaciones masónicas extranjeras y con el gobierno. «Es el poder ejecutivo, administrativo y directivo[381]». En el ejercicio de su poder como Gran Maestro, Murat suspendió varias logias masónicas en distintos lugares de Francia con el argumento de que estaban involucradas en debates políticos y despidió arbitrariamente a varios funcionarios que habían cumplido muchos años de servicios leales al Gran Oriente. En consonancia con los lineamientos de la política de Napoleón III respecto de la Iglesia, Murat se preocupaba por evitar enfrentamientos con los católicos. Así, felicitó a los funcionarios de una logia de Caen que no se habían vestido con sus prendas masónicas en el funeral de uno de sus hermanos por temor a ofender al sacerdote católico local[382].

En 1859, Napoleón III imprimió un giro de ciento ochenta grados a su política y se alió al rey del Piamonte, Víctor Manuel, en una guerra contra Austria. Victor Manuel, que era francmasón, había pasado a ser reconocido por casi todos los revolucionarios italianos como líder del movimiento por la reunificación del país. Para la derecha católica, representaba «la Revolución», el ataque de los francmasones revolucionarios a la Iglesia católica y a la civilización. Los enemigos radicales y socialistas de Napoleón III lo vitorearon cuando desfiló a la cabeza de su guardia por las calles de París camino a la estación de tren para unirse con su ejército en Italia. Sus antiguos aliados, los conservadores y la Iglesia católica, estaban amargamente desilusionados y se preguntaban si no sería un francmasón que había estado esperando la oportunidad de ayudar a sus hermanos masones y Carbonari de

Italia para liberar ese país de Austria y del Papa. Pero después de una costosa victoria en Solferino, Napoleón firmó la paz con Austria, una vez que entregó Lombardía y Toscana a Víctor Manuel a cambio de que el Piamonte cediera a Francia la provincia de Saboya y el puerto de Niza. Entonces, regresó a su política procatólica, pero, después de noviembre de 1860, relajó su dictadura hasta cierto punto. Ahora, sus opositores políticos disfrutaban de un poco de libertad, pero el gobierno siempre podía clausurar repentinamente sus periódicos y encerrarlos en Cayena sin juicio.

El 30 de octubre de 1861 expiraría el mandato de Murat como Gran Maestro y la reunión de la Asamblea del Gran Oriente para elegir a su sucesor debía realizarse en París el 20 de mayo de ese año. Aquellos francmasones que se oponían al dominio de Napoleón III y a las acciones de Murat como Gran Maestro decidieron ahora, después de que a partir de noviembre de 1860 el rigor de la dictadura se había suavizado, invitar al príncipe Napoleón a que fuera candidato para el cargo de Gran Maestro. El príncipe Napoleón era primo de Napoleón III, hijo de Jerome Bonaparte, rey de Westfalia, y muchas veces se lo llamaba por el mote de Plon-Plon. Se había hecho conocido como líder de la facción radical en la corte de Napoleón III, lo que había provocado que la emperatriz Eugenia, la esposa española del Emperador, ferviente abanderada de políticas católicas reaccionarias, lo detestara. Ella jamás podría perdonar al príncipe Napoleón su actitud política, aunque una vez él había estado enamorado de ella. Elegir al príncipe Napoleón en vez de a Murat como Gran Maestro del Gran Oriente sería desafiar al emperador; pero después de que Murat, siguiendo la política de Napoleón III, votara en el Senado a favor de mantener el poder temporal del Papa en Roma, los francmasones radicales estaban más que dispuestos a librarse de él.

El príncipe Napoleón recibió la invitación de postularse a Gran Maestro y, en un primer momento, rechazó la oferta con el argumento de que no quería oponerse a su primo, el príncipe Murat. Pero después cambió de idea y anunció que se postularía, pues le habían informado que de todos modos la mayoría de los miembros de la Asamblea pensaban votar por Murat[383].

La Asamblea se reunió el 20 de mayo, fecha en que se examinaron las credenciales de los delegados. El día siguiente volvieron a reunirse y estaban a punto de proceder a la elección del nuevo Gran Maestro cuando recibieron un mensaje de Murat, quien aún era Gran Maestro, mediante el cual postergaba la elección hasta el 24 de mayo y ordenaba que el nuevo Gran Maestro fuera elegido no por la Asamblea sino por el Gran Maestro existente y su Concejo. De todas maneras, la Asamblea permaneció en sesión y eligió

al príncipe Napoleón como nuevo Gran Maestro por 120 votos de un total de 139. Entonces irrumpió la policía e hizo desalojar la sala. El 23 de mayo, el prefecto de policía del distrito del Sena dictó una ordenanza en la que decía que «como la elección de un Gran Maestro de la Orden Masónica está causando disturbios de una naturaleza tal que compromete la seguridad pública […] se prohíbe a todos los francmasones que se reúnan con el propósito de elegir a un Gran Maestro hasta fines de octubre próximo[384]».

El mismo día, Murat dio a conocer una orden de disolución de la Asamblea que había elegido al príncipe Napoleón; además, prohibía que los francmasones de París se reunieran con el propósito que fuera hasta nuevo aviso. Y el 29 de mayo expulsó de la organización a veinticuatro masones que habían tenido un rol principal en la elección del príncipe Napoleón. El 28 de mayo, el príncipe Napoleón publicó una declaración en la que agradecía a los francmasones la confianza que le habían demostrado y aclaraba que, en vista de los disturbios que había causado su candidatura, no se postularía a la elección de Gran Maestro.

El 29 de septiembre, un mes antes de que terminara su mandato, Murat ordenó que la Asamblea del Gran Oriente se reuniera en París el 14 de octubre a fin de elegir un nuevo Gran Maestro. Al día siguiente anunció que él no sería candidato. El 10 de octubre el prefecto de policía del distrito del Sena emitió una proclama en la que prohibía a los francmasones que se reunieran para elegir un Gran Maestro antes de mayo de 1862. Esa medida causó gran irritación entre los delegados masónicos de las provincias que ya habían llegado a París para la elección. Pero las autoridades no emprendieron ninguna acción posterior hasta el 28 de octubre, cuando una delegación del Gran Oriente visitó a Persigny, el ministro del Interior, y le pidió que designara una comisión para que gobernara los asuntos del Gran Oriente desde la finalización del mandato de Murat, dos días más tarde, hasta la elección del nuevo Gran Maestro en mayo de 1862. Persigny nombró a algunos funcionarios del Gran Oriente que el gobierno consideraba confiables[385].

El 11 de enero de 1862, Napoleón III firmó un decreto imperial. «Napoleón, por la gracia de Dios y la voluntad nacional emperador de los franceses» decretó que el Gran Maestro del Gran Oriente debería ser designado por el emperador, y por lo tanto, elegía para el cargo al mariscal Bernard Magnan[386]. De hecho, se trataba de una solución de compromiso. Magnan no era un personaje polémico; al designarlo, Napoleón estaba afirmando su poder sobre los francmasones, pero, al mismo tiempo, estaba

desplazando al dictatorial Murat, que había provocado tanta irritación entre muchos francmasones. Magnan tuvo una actitud bastante conciliatoria hacia los francmasones radicales que habían entrado en conflicto con Murat y, por lo general, en las cuestiones en que aquéllos diferían, Magnan cedía. Cuando repudiaron la Constitución de 1864 que transfería al Gran Maestro todo el poder del Concejo de la Gran Logia no puso objeciones.

Magnan murió el 29 de mayo de 1865. En su funeral, que se llevó a cabo en la iglesia de los Inválidos de París, monseñor Georges Darboy, arzobispo de la ciudad, permitió que se colocaran emblemas masónicos en el catafalco. El papa Pío IX no quedó satisfecho con la carta de Darboy en la que el arzobispo explicaba por qué había permitido algo así. De inmediato, Pío emitió otra bula que condenaba a los francmasones, y el 26 de octubre de 1865 escribió a Darboy: «No podemos ocultar el hecho, Venerable Hermano, de que nuestro dolor y sorpresa fueron extremos» cuando se enteró de que se habían colocado los emblemas masónicos en el catafalco[387].

El Emperador permitió que los francmasones eligieran un Gran Maestro después de la muerte de Magnan. El designado fue el general Mellinet. Era un hombre tan poco interesante y tan contemporizador como Magnan y no se involucró en ninguna polémica durante los últimos días del Segundo Imperio. Muchos de los líderes de la oposición a Napoleón III, entre ellos Jules Favre, Adolphe Crémieux y Jules Simon, eran francmasones.

Henri de Rochefort, que no era francmasón, se convirtió en el principal crítico de Napoleón III y su familia. En su periódico La Marseillaise atacó al príncipe Pierre Bonaparte, primo del emperador. De joven, Pierre Bonaparte se había unido a los Carbonari de Italia y se había convertido en francmasón. Después de la publicación del artículo, Pierre Bonaparte retó a duelo a Rochefort. Éste envió dos reporteros de su periódico a la casa de Pierre Bonaparte en París; uno de ellos era el hijo de un zapatero judío y escribía bajo el seudónimo de Victor Noir. Hay contradicciones en los testimonios acerca de lo que sucedió cuando se reunieron en la casa de Bonaparte; pero el encuentro terminó bruscamente: Pierre Bonaparte mató a Victor Noir de un tiro[388]. Se produjeron revueltas en París y Rochefort fue arrestado por instigación al desorden.

Pierre Bonaparte fue juzgado por el homicidio de Noir, pero lo declararon inocente. El juez lo trató con mucha más cortesía que a Rochefort, que había sido trasladado desde la prisión para prestar testimonio[389]. En el caso del asesinato de Victor Noir, el francmasón fue el héroe del poder imperial, Pierre

Bonaparte, mientras que las víctimas de la opresión bonapartista, Rochefort y Victor Noir, no eran masones.

Los francmasones tuvieron un papel prominente en la revolución que estalló en París el 4 de septiembre de 1870 después de que Napoleón III fuera tomado prisionero por los alemanes en Sedan. Jules Favre, Jules Ferry, Louis Garnier-Pagès y Léon Gambetta, quienes dirigieron la revolución y proclamaron la Tercera República, eran todos francmasones. Cuando el canciller alemán, Otto von Bismarck, continuó la guerra después de la caída de Napoleón III y sitió París, Gambetta escapó de la ciudad en un globo y organizó la resistencia contra los alemanes en las provincias.

Al establecimiento de la Tercera República siguió la Comuna de París. La encabezaban principalmente los sobrevivientes y herederos de los republicanos rojos de 1848, muchos de los cuales habían sufrido años de prisión en condiciones terribles en Cayena. Pero también la apoyaron los socialistas y otros revolucionarios y, desde Londres, el socialista alemán Karl Marx, que escribió vehementes artículos a favor de la Comuna. El anciano Louis Adolphe Thiers, que había sido ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Luis Felipe y había estado en la oposición durante el reinado de Napoleón III, se convirtió en primer ministro del gobierno de la república, instalado en Versalles. No era francmasón. Las negociaciones con la Comuna de París se estancaron y Thiers ordenó al ejército conquistar la ciudad.

Muchos de los líderes de la Comuna eran francmasones: Benoit Malon, que era miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores que presidía Marx (más tarde conocida como la Primera Internacional); Felix Pyat; el compositor Jean Baptiste Clément, que escribió la canción Le Temps des Cerises (La época de las cerezas) en homenaje a la Comuna; Zéphian Camélinat, que sobrevivió y se convirtió en miembro del partido comunista en 1920; y otro compositor de canciones, Eugène Pottier, que escribió, entre otros poemas y canciones, la letra de L'Internationale[390]. Pero también había francmasones en el otro bando. Louis Blanc condenó la Comuna de París y permaneció en la Asamblea Nacional de Versalles; y, desde Italia, Mazzini la repudió con vehemencia, aunque Garibaldi la apoyaba.

El 29 de abril de 1871, algunos francmasones parisinos salieron de París rumbo a Versalles: se proponían discutir con Thiers la forma de terminar la guerra civil entre el gobierno y la Comuna. Cuando atravesaron la Porte Maillot, portaban estandartes masónicos. En esa zona del frente de batalla el ejército del gobierno estaba al mando del general Montaudon, que era francmasón. Montaudon ordenó el cese del fuego para permitir que los

francmasones de París cruzaran sus líneas. Cuando llegaron a Versalles, su hermano masónico, Jules Simon, los llevó a la audiencia con Thiers. Pero éste insistió en que París se sometiera incondicionalmente al gobierno de Versalles[391].

Las fuerzas del gobierno estaban comandadas por el general Gaston, marqués de Galliffet. No era francmasón. Había combatido para Napoleón III en México y se había ganado una reputación de valentía a toda prueba, galantería con las mujeres y severidad implacable. Cuando sus tropas capturaron a miembros de la Comuna, ordenó que ejecutaran a uno de cada diez prisioneros. El resto fue llevado a Versalles, donde se les obligó a soportar el desprecio de damas de la clase media que les gritaban y les pegaban con sus parasoles. Mientras tanto, a las mujeres que había entre los prisioneros de la Comuna las agarraban de los cabellos y las obligaban a arrastrarse en el suelo ante una multitud que se burlaba de ellas[392]. Cuando la Comuna de París se enteró del episodio, tomó de rehenes a muchas personas a las que consideraban simpatizantes de Versalles, entre ellas el arzobispo Darboy.

Mientras las tropas versallescas se abrían paso hacia París, el arzobispo, junto con muchos rehenes, fue fusilado. Los comuneros intentaron mantener una última posición en el cementerio de Père-Lachaise. Después de la victoria, las tropas de Versalles fusilaron al menos veinte mil comuneros[393]. Muchos otros fueron enviados a campos de prisión en Nueva Caledonia, en el Pacífico, hasta que en 1880 fueron finalmente liberados mediante una amnistía.

En otros países, las revoluciones de 1848 causaron sucesos menos prolongados y turbulentos que la de Francia. La revolución de Viena derrocó a Metternich, pero el antiguo régimen fue restablecido bajo la égida de un joven emperador, Francisco José, quien fue coronado en diciembre de 1848 a los dieciocho años de edad en lugar de sus ineptos tío y padre. Gobernó durante sesenta y ocho años. En los primeros tiempos de su reinado restableció un gobierno derechista y autocrático. Reprimió a los francmasones y obligó a todos los empleados estatales a firmar una declaración en la que afirmaban no ser francmasones y no tener intención de serlo[394].

En Hungría, la revolución fue más amenazadora. La encabezaba Lajos Kossuth, un francmasón[395], y no fue posible sofocarla hasta que el zar Nicolás I envió tropas rusas para ayudar a los austriacos a aplastar la resistencia húngara. Kossuth escapó a Inglaterra, donde fue recibido como héroe.

En 1867, después de que Austria fuera derrotada por Alemania e Italia en la guerra de 1866 y los rusos hubieran perdido la guerra de Crimea, el gobierno austriaco mantuvo una política de conciliación en Hungría. Se separaron las administraciones de Austria y Hungría; se otorgó una amnistía a los revolucionarios húngaros de 1849 y se introdujo un régimen más liberal que el de Austria. El conde Gyula Andrassy, estadista liberal húngaro, pasó a ser el primer ministro de Hungría. Era francmasón; y a partir de 1867, gracias a la tolerancia del gobierno, las logias masónicas florecieron. En Austria la francmasonería seguía oficialmente prohibida, pero, después de 1872, se toleró en Bohemia una sociedad que era una logia masónica de hecho, aunque no de nombre[396].

En Alemania, los estallidos revolucionarios de 1848 fueron derrotados, en algunos casos después de combates prolongados. En 1848 Carl Schurz, que entonces tenía diecinueve años, participó en la revolución en su nativa Renania. Después de la derrota, escapó a París y se convirtió en periodista, antes de mudarse a Londres donde se desempeñó como maestro de escuela. En 1850 regresó en secreto a Alemania y, en Berlín, organizó la huida de su amigo y camarada revolucionario Paul Kinker de la prisión de Spandau.

En 1852 Schurz viajó a Estados Unidos. Primero se instaló en Filadelfia, donde se incorporó a la francmasonería. Después se mudó a la ciudad de Washington y se dedicó a la abogacía. En 1861 era lo suficientemente importante dentro del Partido Republicano como para que el gobierno de Lincoln lo designara embajador de Estados Unidos en España. Pero renunció para incorporarse al ejército y fue comandante militar en la guerra civil. Después de la guerra pasó a ser director de distintos periódicos importantes, fue senador por Missouri, y se desempeñó como secretario del Interior en los gobiernos de Rutherford B. Hayes y del general James A. Garfield desde 1877 a 1881[397]. Es una triste ironía que este abanderado radical, que había luchado toda su vida por la causa de la libertad, haya sido el secretario del Interior responsable de la inescrupulosa campaña de exterminio de nativos americanos que se llevó a cabo en el oeste después de la derrota de Custer en Little Big Horn.

La primera logia masónica de Grecia fue fundada en Corfú en 1814 y se estableció en distintas partes del país. La Logia Filiki Eteria (Sociedad Amistosa) lideró en 1821 la revolución griega contra el dominio turco, que logró la independencia de Grecia en 1830[398].

Un francmasón griego estuvo al frente del movimiento de los Jóvenes Turcos que a principios del siglo XX provocaron la modernización de Turquía y el derrocamiento del despótico gobierno del sultán. Cleanti Scalieris (Kleanti Skalyeri en turco) era un poderoso banquero griego de familia noble que había nacido en Constantinopla en 1833. En 1863 fue iniciado en una logia que el Gran Oriente de Francia había establecido en Constantinopla. Cultivaba la amistad de Midhat Pasha, un funcionario de alto rango del gobierno del sultán que, en secreto, era el líder de los Jóvenes Turcos. Midhat Pasha había sido iniciado como francmasón cuando era estudiante en Inglaterra. Después de regresar a Turquía, fue nombrado gobernador de la región del Danubio y estableció un régimen en el que no había persecuciones religiosas. En 1872 ocupó, durante un breve período, el cargo de gran visir, jefe del gobierno turco.

Scalieris y Midhat Pasha pudieron ejercer influencia sobre el príncipe Murad, sobrino del sultán Abd-Ul Aziz y heredero al trono. Murad escuchaba con simpatía sus ideas progresistas y liberales y a sugerencia de ellos se inició en la francmasonería en 1872, incorporándose a una logia grecohablante en Constantinopla bajo la autoridad del Gran Oriente de Francia. En 1876, cuando estaba teniendo lugar la revuelta búlgara contra el dominio turco y Rusia se preparaba para la guerra contra Turquía en apoyo de los búlgaros, Midhat Pasha organizó un golpe, depuso a Abd-Ul Aziz, y proclamó al príncipe Murad como sultán Murad V.

Un francmasón liberal era ahora sultán de Turquía. Pero pocos meses después fue depuesto por otro golpe de estado que colocó al tirano Abd-Ul Hamid II en el trono. Durante los treinta y tres años de su reinado, Hamid adquirió notoriedad internacional tanto por su despótico gobierno como por los excesos sexuales de su vida privada. Al principio mantuvo a Midhat Pasha como gran visir, pero después organizó su asesinato. Además, mantuvo a Murad prisionero en el palacio. Scalieris trató de planear su rescate, pero el intento no tuvo éxito. Murad murió en 1904, después de estar veintiocho años prisionero en el palacio[399].

Abd-Ul Hamid siguió reinando hasta 1909, año en que fue depuesto y hecho prisionero después de la revolución de los Jóvenes Turcos. El líder de ese movimiento era Talaat Bey, quien más tarde tomó el nombre de Mehmet Talaat Pasha. Era francmasón y se convirtió en el Gran Maestro del Gran Oriente de Turquía. Fue nombrado gran visir en 1917, cuando los turcos y sus aliados, Alemania y Austria, estaban comenzando a perder la primera guerra mundial. Como defensor que fue del gobierno turco, los armenios lo

responsabilizaron por las masacres y el virtual exterminio de la población nativa en la provincia turca de Armenia. Muchos Jóvenes Turcos eran francmasones; pero ni sus puntos de vista progresistas sobre la modernización de Turquía ni los principios de la masonería impidieron que apoyaran el horrendo genocidio en Armenia.

Turquía perdió la guerra, y en octubre de 1918 Mehmet Talaat Pasha fue obligado a renunciar como gran visir. El año siguiente abandonó Turquía y se fue a vivir en Berlín. En 1921 fue asesinado en esa ciudad por un estudiante armenio que no había olvidado las masacres[400].

Después de la desastrosa derrota, surgió en Turquía un líder, Mustafá Kemal, que más tarde se hizo conocido como Kemal Ataturk. Era francmasón; había sido iniciado en una logia italiana de Macedonia[401]. Se puso al mando del ejército turco cuando los aliados victoriosos —Gran Bretaña con entusiasmo, Francia con más cautela— autorizaron al ejército griego a invadir Turquía a fin de obligar a los turcos a aceptar los términos de paz de los aliados. Los griegos hicieron retroceder a los turcos cuatrocientos kilómetros hacia el río Sakaria. Allí, Mustafá Kemal puso fin a la retirada y los condujo hacia el Mediterráneo y fuera de Turquía. La campaña resultó un desastre para los griegos, quienes jamás han perdonado a Kemal y a los turcos por la limpieza étnica de la población griega en Esmirna, que fue completamente expulsada.

Kemal abolió el sistema de gobierno basado en el sultanato y el califato, transformó a Turquía en una república no religiosa y trajo prosperidad al país, manteniéndolo al margen de guerras y alianzas internacionales. La dictadura de Kemal, dieciséis años en los que bebió *whisky* copiosamente, se prolongó hasta su muerte, acaecida en 1938.

Ningún suceso demasiado dramático o excitante perturbó la paz de los francmasones ingleses. La peor experiencia que sufrieron en esa época fue la que sobrevino en 1843, cuando murió el duque de Sussex y ningún miembro de la familia real quiso ocupar el lugar de Gran Maestro. La reina Victoria no aprobaba la francmasonería, porque la asociaba con el estilo de vida inmoral de sus tíos; y a su marido, el príncipe Albert, tampoco le agradaba, tal vez debido a que, por su pasado alemán, relacionaba la francmasonería con la revolución.

Los francmasones tuvieron que esperar hasta que el hijo de la reina Victoria, Edward Albert, príncipe de Gales, alcanzara la edad adulta. Fue

iniciado como francmasón en una visita a Estocolmo. Desde el reinado de Gustavo III, los reyes de Suecia habían sido protectores y Grandes Maestros de los francmasones suecos. El príncipe de Gales fue iniciado por el rey Oscar II de Suecia en Estocolmo, el domingo 20 de diciembre de 1868, después de pasar por los diez grados del Rito Sueco[402].

Cuando regresó a Inglaterra, se incorporó a distintas logias inglesas y fue ungido Gran Maestro en una grandiosa ceremonia llevada a cabo en el Albert Hall de Londres en 1875. En 1882, con su vestimenta masónica, se puso al frente de una delegación de francmasones que visitó a la reina Victoria para felicitarla por haber escapado a un intento de asesinato. Cuando llegó a rey renunció a su puesto de Gran Maestro y fue sucedido por el duque de Connaught, y él mismo se proclamó Protector de la Orden[403].

En el siglo XIX, la Gran Logia inglesa había continuado extendiendo sus logias en todo el mundo. En Singapur, el atrevido y romántico *sir* Stamford Raffles, fundador de la ciudad y francmasón, formó logias[404]. En Canadá, la francmasonería se desarrolló bajo el patronazgo de John Lambton, conde de Durham. La carrera política de Lambton en Inglaterra, como opositor al gobierno *tory* de lord Liverpool y como miembro del gobierno whig de lord Grey después de 1830 en la época de la lucha por el proyecto de reforma, fue tan apasionadamente antitory que le valió el sobrenombre de Jack el Radical. Pero cuando Palmerston lo designó embajador en Rusia, quedó tan cautivado por el encanto personal de Nicolás I que se transformó en un virtual apologista de la política exterior del extremadamente reaccionario Zar de Hierro. Como gobernador general de Canadá sostuvo una política sabia y conciliatoria después de la rebelión de 1837. Era francmasón y alentó el crecimiento de la masonería en Canadá[405]. Después, *sir* John Alexander Macdonald, el primero en ocupar el cargo de primer ministro en Canadá, también fue francmasón[406].

Los británicos introdujeron la francmasonería en Australia en los primeros años de la colonización. El navegante de los mares del sur, capitán James Cook, era francmasón. En Nueva Gales del Sur se establecieron logias militares después de que los británicos llegaran allí por primera vez, en 1788. En 1820 se estableció una logia para civiles. En los primeros tiempos, cuando la colonia estaba bajo gobierno militar y era un lugar adonde Inglaterra deportaba a los convictos, los francmasones tuvieron algún que otro problema, como solía sucederles en todos lados cuando el poder estaba en manos de gobiernos autoritarios. En un caso, una unidad del ejército irrumpió en una reunión de una logia francmasónica de Sidney y arrestó a los masones,

porque el gobernador consideró que esas reuniones eran ilegales. Pero fueron liberados después que consiguieron convencerlo de que estaba equivocado al respecto. La primera logia masónica de Nueva Zelanda fue establecida unos años después de comenzada la colonización en 1842[407].

Los británicos crearon logias en la India desde el principio, pero tardaron mucho en aceptar que se incorporaran hindúes. En 1841, cuando Manockjee Cursetjee solicitó que lo admitieran en una logia de Bombay, el Gran Maestro Provincial de la India Occidental declaró que era apto; pero los miembros británicos de la logia se negaron a admitirlo porque era hindú. Entonces, Cursetjee fue a Inglaterra, porque había oído que el duque de Sussex estaba a favor del ingreso de hindúes. Mas el duque estaba en el extranjero y, en su ausencia, Cursetjee no pudo encontrar ninguna logia inglesa que lo admitiera. Luego se trasladó a París, se hizo amigo del duque Decazes y fue iniciado como francmasón en una logia de esa ciudad. Cuando regresó a la India, solicitó la admisión en una logia de Bombay, pero volvió a ser rechazado. Finalmente, el Gran Maestro Provincial de la India Occidental, que siempre había estado a favor de su solicitud, fundó una logia nueva en Bombay y, el 15 de diciembre de 1843, Cursetjee fue admitido como primero y único miembro de la logia en el edificio de la municipalidad de Bombay[408].

Incluso después de que los francmasones británicos de la India estuvieron dispuestos a aceptar musulmanes, para quienes el dios musulmán Alá era el Gran Arquitecto del Universo, seguían objetando a los hindúes, con el argumento de que adoraban a muchos dioses, no a un Gran Arquitecto único. Otra vez, el duque de Sussex intervino para ordenar a las logias británicas de la India que admitieran hindúes. Declaró que «los distintos “dioses” de los hindúes no eran divinidades separadas sino personificaciones de las diferentes características de una deidad central[409]». Antes de que finalizara el siglo XIX, Rudyard Kipling, un francmasón especialmente ferviente y que había sido iniciado en la India, sostenía que las luchas religiosas y raciales que agitaban la India británica desaparecían en el interior de las logias masónicas[410].

Pero la decisión que tomó el Gran Oriente de Francia en 1877 —eliminar todas las referencias a Dios y al Gran Arquitecto de sus ceremonias, apartar la Biblia de sus logias y admitir a agnósticos y ateos— fue demasiado para la Gran Logia inglesa. El Gran Oriente argumentó que la admisión de ateos era el paso final en la política de tolerancia religiosa que los francmasones siempre habían defendido. De todas formas, la Gran Logia inglesa rompió relaciones con el Gran Oriente y lo mismo hicieron los francmasones de Estados Unidos[411]. El Gran Oriente declaró que con esa acción «la Gran

Logia inglesa ha asestado un duro golpe al espíritu cosmopolita y universal de la francmasonería[412]».

La posición del Gran Oriente de Italia no fue tan clara. Después de que liberara Sicilia, en 1860, Garibaldi fue invitado a convertirse en Gran Maestro del Gran Oriente italiano. Ocupó ese cargo desde 1862 hasta 1868 y demostró un interés considerable en los complicados detalles de las distintas organizaciones masónicas de Italia[413]. La actitud de Garibaldi hacia la religión era ambigua: a veces asistía a servicios religiosos y realizaba declaraciones que, de alguna manera, mostraban que creía en Dios. Pero en más de una ocasión admitió abiertamente que era ateo.

El rey Víctor Manuel siempre sostuvo que era un buen católico y que sus desacuerdos con el papado no se debían al hecho de que fuera antirreligioso, pero el Papa y los propagandistas católicos lo acusaron muchas veces de ser el rey francmasón que planeaba derrocar el poder de la Iglesia. En 1870, Napoleón III había retirado sus tropas de Roma para combatir en la guerra francoalemana y había sido derrotado y hecho prisionero en Sedan; Víctor Manuel aprovechó la oportunidad e invadió los Estados Papales, que ya habían quedado reducidos a una pequeña zona en los alrededores de Roma. Al Papa no le quedaba nada excepto la ciudad del Vaticano.

XVIII



El nuevo ataque a la masonería

Los últimos años del siglo XIX, dos nuevos factores se sumaron a la relación entre los francmasones y sus críticos. La antimasonería se volvió más histérica. Barruel, Robison y Eckert habían exagerado el rol de los francmasones como instigadores de la Revolución francesa de 1789 y las revoluciones de 1848, pero había una base de verdad en sus sugerencias de que los principios de la francmasonería alentaban a los hombres a creer en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, y a realizar acciones tendientes a derrocar el despotismo de las monarquías absolutistas y la Iglesia católica. En Estados Unidos, durante la década de 1830, los antimasones, después del caso de William Morgan, tenían motivos para alegar que los francmasones podrían conspirar para librarse de los hermanos infieles. Pero en el siglo XX el ataque contra los francmasones ha estado bastante divorciado de la realidad. Los antimasones los han acusado de conspiraciones completamente imaginarias y la antimasonería se ha trasladado del mundo real al reino de la fantasía.

El otro fenómeno que ha afectado la situación de los francmasones es el crecimiento de un antisemitismo popular en muchos países durante la década de 1880. Las acciones de la Iglesia católica y de los gobiernos de muchos países contra los judíos, tanto en el siglo XVIII como a principios del XIX, tenían fundamentos religiosos, no raciales. Los judíos siempre podían evitar la persecución convirtiéndose al cristianismo. El antisemitismo que se desarrolló después de 1880 era racista.

Los prejuicios religiosos fueron un factor importante en el antisemitismo del siglo XX. Los antisemitas justificaban sus acciones con el argumento de que los judíos habían matado a Cristo. El antisemitismo era mucho más fuerte en los países católicos que en los protestantes. En Alemania, donde tuvo un

papel importante y siniestro, era más fuerte en el sur católico que en el norte protestante. El más fuerte surgió en los países de la Iglesia ortodoxa. Estaba dirigido contra todos los judíos, sin importar qué religión profesaran; y en muchos países estaba acompañado de una violencia popular contra los judíos que no se veía desde los pogroms de la época de las Cruzadas, en los siglos XI y XII, y de la Peste Negra, en 1348-1350.

Los francmasones se vieron afectados por el antisemitismo del siglo XX. En cierta medida, alivió el ataque contra ellos, ya que eran los judíos, no los masones, el blanco principal de los ataques de la derecha reaccionaria. La masonería seguía siendo el gran enemigo de los reaccionarios sólo en países como España y las naciones latinoamericanas donde había muy pocos judíos y donde éstos no ocupaban un papel importante en la política. Pero la propaganda antisemita incluyó a los francmasones, a quienes se acusaba de ser cómplices y peones de los judíos en la campaña judía contra la civilización. Y los francmasones sufrieron las consecuencias, aunque en menor medida que los judíos.

Mientras los francmasones británicos adherían con rigidez a la regla de que la francmasonería no debía involucrarse en política, los franceses del Gran Oriente no sólo tomaban parte en actividades políticas, sino que llegaron a relacionarse muy de cerca con una organización política, el Partido Republicano, que más tarde se transformó en el Partido Radical Socialista. No se trataba, como su nombre podría sugerir en otros países, de un partido de extremistas socialistas, sino de una agrupación moderada de centroizquierda cuyo equivalente más próximo era el Partido Liberal de Gran Bretaña.

Antes de las elecciones generales de 1877, los partidos y la prensa de derecha lanzaron una campaña contra los francmasones, a quienes acusaban de ser revolucionarios y comuneros. En algunos lugares de Francia, los prefectos de derecha impidieron las reuniones de las logias masónicas[414]. La victoria del Partido Republicano en las elecciones generales se tornaba esencial para que los francmasones sobrevivieran como organización dentro de la ley. Emmanuel Arago, líder liberal y prominente francmasón, acusó a los partidos conservadores y de derecha de ser «enemigos irreconciliables y peligrosos de los masones, enemigos del conocimiento, de la libertad de conciencia, de la luz y de los verdaderos derechos del hombre[415]». La victoria republicana en las elecciones generales salvó a la francmasonería en Francia.

El elemento histérico fue introducido en la antimasonería por Gabriel Jogand-Pagès, que escribió libros y artículos bajo el seudónimo de Leo

Taxil[416]. Era un francmasón francés, miembro del Gran Oriente. Comenzó su polémica carrera escribiendo libros que fueron publicados por la Liga Anticlerical. En 1879, su primer panfleto, Abajo el clero, le valió un juicio por libelo; pero fue absuelto, y en 1881 publicó el escandaloso libro La vida amorosa secreta de Pío IX, que había muerto en 1878. El Gran Oriente consideró que los ataques y libelos de Taxil contra el Papa desacreditaban a la francmasonería y lo expulsó. El sucesor de Pío IX, León XIII, se oponía a la francmasonería con el mismo fervor que Pío. En 1884, León emitió una nueva bula en la que declaraba que los francmasones «seguían al Maligno» y que tenían como objetivo «derrocar todos los órdenes religiosos y sociales introducidos por el cristianismo[417]». En 1891, volvió a denunciar a los francmasones.

En 1885, después de seis años de escribir para la Liga Anticlerical, Taxil anunció que se había arrepentido y que se había convertido en un buen católico. Procedió entonces a escribir una serie de libros y panfletos en los que atacaba a la francmasonería y revelaba las nefastas actividades del Gran Oriente. Taxil hacía referencias al papel de las mujeres en la francmasonería. En la década de 1880, un movimiento feminista había pedido que se admitieran mujeres como francmasonas. El Gran Oriente se negó a este requerimiento, pero no presentó objeciones cuando se formaron logias de mujeres y logias mixtas[418]. Esas logias no se desarrollaron mucho. Taxil relataba las orgías sexuales que tenían lugar en las logias masónicas y sostenía que los francmasones proveían mujeres para la gratificación de la lujuria de sus miembros.

En *¿Hay mujeres en la francmasonería?* y *Las pruebas acerca de las logias de mujeres*, Taxil atacaba estas logias femeninas. También publicó Los hermanos de las tres puntas, una referencia al emblema masónico de los tres puntos, La Francia masónica: nuevas revelaciones y Los asesinatos masónicos, donde culpaba a los francmasones del homicidio de la princesa de Lamballe y de otras víctimas de la Revolución francesa; del zar Pablo I de Rusia; del hijo de Carlos X, duque de Berry, en 1820; de varios policías y, por supuesto, de William Morgan, que había sido «torturado en una cueva por los monstruos de la logia de Rochester[419]». También sostenía que habían sido los francmasones quienes habían planeado que su ex Gran Maestro, Philippe Egalité, fuera guillotinado; y publicó un cuadro en el que se veía al Gran Concejo del Gran Oriente sentenciando a muerte a Philippe. Los libros de Taxil fueron traducidos a muchos idiomas.

Taxil fue aplaudido por la Iglesia católica. En 1887, obtuvo una audiencia privada con el papa León XIII, quien alabó su obra. El obispo de Grenoble, monseñor Armand Joseph Fava, escribió a Taxil el 3 de agosto de 1891 para felicitarlo por sus servicios a la Iglesia. El obispo acusó a los francmasones de enseñar que «la Santa Virgen no merece su nombre, que Jesucristo no es el Hijo de Dios hecho Hombre […]. Satán está con ellos; él preside sus sacrílegas orgías, en las que disfrutan arrastrando por el barro la imagen viviente de Dios[420]».

Taxil escribió también sobre los malvados planes de Albert Pike para subvertir el cristianismo en Estados Unidos y sostuvo que Pike había enviado agentes a Francia con el mismo fin. Eso se revelaba en el libro El diablo en el siglo XIX, de Taxil y su colega alemán Hacks, que se hacía llamar doctor Bataille. El libro fue publicado como folletín, en doscientas cuarenta entregas, en el periódico que ambos dirigían. En julio de 1895 aparecieron más revelaciones sensacionales cuando Taxil publicó Memorias de una ex paladista, de *miss* Diana Vaughan, en veinticuatro episodios. La mujer contaba que Pike había fundado una organización secreta, el Paladión, y que ella era uno de sus agentes, pero que luego se había arrepentido. Según el escrito, los francmasones del Paladión organizaban rituales satánicos. Cuando Pike murió, su sucesor al frente del Paladión fue Adriano Lemmi, el Gran Maestro del Gran Oriente italiano de Roma.

El éxito de Taxil alcanzó su punto culminante con un gran congreso antimasónico que se llevó a cabo en Trent, en el Imperio austriaco, en septiembre de 1896. Entre los 700 delegados que asistieron había treinta y seis obispos[421].

El congreso de Trent provocó varios ataques a los francmasones en todo el territorio del Imperio austriaco; pero algunos de los delegados de Trent comenzaron a considerar con cierto escepticismo la historia de Diana Vaughan. Preguntaron si Taxil podía hacer que ella concurriera en persona a alguna reunión antimasónica. Taxil respondió que era imposible, porque si se mostraba en público los francmasones atentarían contra su vida; por lo tanto, debía permanecer escondida. Pero la presión para que mostrara a Diana Vaughan se hizo tan fuerte que Taxil, finalmente, prometió que ella concurriría a una reunión en la Sociedad Geográfica de París el 19 de abril de 1897.

Ese día, Taxil se presentó en la Sociedad Geográfica y contó la verdad a la multitudinaria audiencia. Dijo que Diana Vaughan era el nombre de su secretaria y que ella jamás había tenido relación alguna con la

francmasonería; él había inventado toda la historia. «El Paladión ya no existe. Yo lo creé y yo lo destruí. Ya no debéis temer más su siniestra influencia». Dicho lo cual abandonó a toda prisa la sala por una puerta trasera, antes de que la asombrada audiencia pudiera protestar[422].

En la década de 1880 hubo pogroms de judíos en Rusia. En 1905, el ruso Sergei Nilus publicó en su país el libro Los protocolos de los sabios de Sion. Nilus sostenía que se trataba de un documento redactado por el organismo gubernativo de los judíos internacionales y en el prefacio explicaba cómo había obtenido el manuscrito. De hecho, lo había escrito él mismo. Los Protocolos pretendían ser un plan de los líderes judíos de conquistar a los gentiles y gobernar el mundo, sirviéndose de gentiles incautos. «Desde todos los confines de la tierra, las palabras "Libertad, Igualdad, Fraternidad" sumaron legiones enteras a nuestras filas», y al día de hoy «existen agentes ciegos que sostienen nuestra bandera con alegría». «La masonería hace las veces de máscara ciega» para el logro del plan destinado a la dominación mundial por parte de los judíos[423].

Después de la Revolución rusa de 1917, los Protocolos se tradujeron y publicaron en muchos países del mundo. El título de la edición inglesa, publicada en 1920, era The Jewish Peril (El peligro judío). El *Morning Post*, periódico conservador de Londres, incluyó una larga reseña del libro bajo el titular «El peligro judío. ¿Los bolcheviques son de origen masónico? Plan para conquistar el mundo[424]».

En el Imperio austriaco y Bohemia, la antimasonería estalló con furia a principios del siglo XX. Pero un gran liberal checo, Tomá Garrigue Masaryk, condenó a la Iglesia católica por creer las mentiras de Taxil y por sus ataques histéricos a los francmasones. En 1906, en un artículo de su periódico mensual, Nae Doba (Nuestros tiempos), trazó el desarrollo de la francmasonería desde 1717, fecha de la formación de la Gran Logia de Inglaterra. Masaryk consideraba que aunque la masonería representaba un movimiento a favor de la tolerancia religiosa, ya no tenía gran importancia en el mundo moderno. La actitud católica hacia los francmasones demostraba que «La francmasonería es la conciencia culpable de la Iglesia católica[425]».

Cuando Masaryk se convirtió en presidente del nuevo estado de Checoslovaquia, después de la primera guerra mundial, floreció la masonería en ese país. Él jamás se hizo francmasón, pero su principal colaborador,

Edvard Bene, que le sucedió como presidente, al igual que su hijo, Jan Masaryk, se incorporaron a logias masónicas de Praga[426].

En Francia, en 1894, el capitán Alfred Dreyfus, un judío que servía en el ejército francés, fue falsamente acusado de haber entregado secretos militares al gobierno alemán. Había sido incriminado por oficiales antisemitas. Fue condenado y sentenciado a presión en condiciones terribles en la Isla del Diablo, Cayena, antes de ser finalmente liberado y reivindicado después de una controversia que durante doce años dividió a la sociedad francesa en dreyfusianos y antidreyfusianos. La derecha insistía en la culpabilidad de Dreyfus, incluso sabiendo que no era cierta, para defender el honor del ejército. Los dreyfusianos exigían su liberación y reivindicación como parte de la lucha contra la injusticia de la derecha, la Iglesia y los líderes del ejército. Muchos de los dreyfusianos eran francmasones, pero no los más eminentes. Ni Emile Zola ni Georges Clemenceau eran masones; tampoco lo eran otros autores anticlericales de izquierda como Victor Hugo, Ernest Renan y Anatole France. Pero la derecha francesa continuaba acusando a la francmasonería de ser una conspiración revolucionaria de izquierda. En la época del caso Dreyfus, 80 000 simpatizantes derechistas firmaron una petición exigiendo la represión de los francmasones[427].

Se relacionaba tanto a los francmasones franceses con el Partido Radical que algunos de ellos tendían a mirar de soslayo a los socialistas que deseaban incorporarse a la francmasonería. Después de que, en 1905, se creara el Partido Socialista francés, el SFIO, llegaron solicitudes de socialistas que querían ser masones. A pesar de la objeción de los viejos radicales, el Gran Oriente aceptó el ingreso de socialistas y disminuyó los honorarios de admisión y suscripción que, hasta ese momento, eran demasiado altos para los miembros de la clase trabajadora. A comienzos del siglo XX, varios socialistas prominentes —Jean Longuet, Jean Monnet, Roger Salengro y Vincent Auriol— eran francmasones. Pero los dos socialistas franceses más importantes del siglo XX, Jean Jaurès y Léon Blum, no lo eran[428].

Muchos maestros de escuela eran francmasones y a veces entraban en conflicto con los curas católicos locales. En 1910 los católicos se quejaban de que al menos 10 000 maestros eran francmasones[429]. El ejército y la Iglesia seguían considerando que la francmasonería era una organización subversiva. Pero el mariscal Joseph Joffre, comandante en jefe del ejército francés durante los primeros años de la primera guerra mundial, era francmasón[430].

Dos miembros prominentes del Partido Comunista francés, Marcel Cachin y André Marty, eran francmasones. Marty se había alistado en la marina francesa y en 1919 fue enviado al Mar Negro para ayudar a los ejércitos contrarrevolucionarios rusos a derrocar el régimen bolchevique. Trató de organizar un motín en la marina y fue sentenciado a prisión. Sus partidarios entre los francmasones franceses trataron de convencer a sus hermanos de que lanzaran una campaña para que se lo beneficiara con una amnistía. Cuando una moción a favor de la amnistía fue derrotada en la Cámara de Diputados, los simpatizantes de Marty exigieron que el Gran Oriente tomara medidas disciplinarias contra los diputados francmasones que habían votado en contra de la iniciativa; pero, otra vez, como siempre, las lealtades políticas fueron más fuertes que la lealtad masónica. Finalmente, el Gran Oriente apoyó una campaña a favor de una amnistía general y en todos los casos instó a una política de conciliación y perdón. Y se opuso a expulsar o tomar represalias contra los que habían participado de la huelga general de 1920[431].

El intento de volcar la solidaridad masónica en favor de una amnistía para Marty era irónico, ya que el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista de 1922 condenó la francmasonería y ordenó a todos los comunistas que renunciaran a sus logias. En Rusia, la francmasonería había estado prohibida durante todo el siglo XIX, puesto que todos los zares, incluyendo al liberal Alejandro II, habían mantenido la clausura impuesta por Alejandro I y Nicolás I. Pero los liberales y socialistas rusos se incorporaban a logias masónicas ilegales.

Cuando, en agosto de 1914, estalló la primera guerra mundial, los socialistas rusos moderados (los mencheviques) apoyaron la guerra, aunque era un principio aceptado de la Internacional Socialista, ya desde los días de Marx y Engels, que el movimiento socialista internacional y el ruso siempre se opondrían a cualquier guerra en la que estuviera involucrada la Rusia zarista, el «gendarme de Europa». En Rusia, sólo el grupo bolchevique de Lenin se opuso a la «guerra imperialista». Se dice que los mencheviques rusos apoyaron la guerra debido a la influencia de los francmasones de Rusia, que habían sido convencidos por sus hermanos masónicos de los partidos franceses socialista y radical de auxiliar a Francia, aliada de Rusia. Pero en 1914, no había necesidad de que los francmasones avivaran el patriotismo nacional, o «el chauvinismo social», como lo llamaba Lenin, de los partidos socialistas y la clase obrera de los países beligerantes.

Se dice que muchos de los líderes que llegaron al poder en Rusia después de la revolución de marzo de 1917, incluyendo al miembro más importante

del gobierno, Alexander Kerensky, eran francmasones, pero no existen pruebas fehacientes al respecto. Una teoría sostiene que dos francmasones franceses, Cachin y el socialista ministro de Agricultura, Albert Thomas, fueron enviados a San Petersburgo en el verano de 1917 y rogaron a Kerensky, de rodillas, que no abandonara a sus hermanos masónicos franceses y que lanzara la ofensiva de junio, que fracasó tan estrepitosamente que tal vez haya sido la causa principal del triunfo de Lenin. Pero esa versión se basa en la historia relatada por el guardaespaldas de Kerensky, un coronel ruso antimasónico; y existió bastante presión por parte de los aliados no masónicos para que se lanzara la ofensiva[432]. Kerensky fue derrocado por la revolución bolchevique de noviembre de 1917. Ni Vladimir Ilyich Ulianov, quien tomó el nombre de Lenin, ni Siev Davidovich Bronstein (Trotski), ni Josef Visarionovich Djugashvili (Stalin), ni ningún otro líder bolchevique eran francmasones.

La resolución que dio a conocer la Internacional Comunista en 1922 declaraba que la francmasonería era un movimiento pequeño burgués que en diferentes épocas del pasado había obtenido el apoyo de los radicales y de los sectores insatisfechos de la burguesía, y que había cumplido un papel revolucionario, pero que ahora se oponía a la acción revolucionaria del proletariado y debía ser repudiado por los comunistas[433]. Pero no se produjeron persecuciones serias a los francmasones en la Unión Soviética comunista. El doctor Lovin, un francmasón y disidente político ruso que pasó veinte años prisionero en campos de trabajo soviéticos entre 1929 y 1954, ha declarado que durante toda su estancia en esos campos nunca se topó con otro francmasón y que jamás fue interrogado por la policía secreta soviética —que fue llamada sucesivamente OGPU, NKVD y KGB— sobre sus actividades masónicas[434].

En Francia, los francmasones continuaron su relación con el Partido Radical. En 1924, la victoria electoral del Cartel des Gauches (la coalición de izquierda) llevó al establecimiento de un gobierno radical al mando de Edouard Herriot. Muchos miembros del gabinete eran francmasones, pero no Herriot[435].

La derecha francesa renovó el ataque a los francmasones después del escándalo Stavisky. Serge Alexandre Stavisky, hijo de un dentista judío, había llevado una vida aventurera y muchas veces había estado bajo observación de la policía, pero evitó involucrarse en problemas serios mientras amasaba una fortuna de casi ochocientos millones de francos a través de una serie de fraudes financieros. Cuando, en enero de 1934, sus estafas fueron

descubiertas, el primer ministro era el radical Camille Chautemps. Como era francmasón, los partidos de derecha alegaron que los masones habían usado su influencia en las altas esferas para silenciar el escándalo y proteger a Stavisky. Antes de que pudiera ser arrestado, Stavisky se suicidó.

El gobierno designó a un concejal de la Corte de Apelaciones, Albert Prince, para investigar el caso Stavisky; pero pocos días más tarde hallaron a Prince muerto junto a una vía férrea, donde aparentemente había caído y había sido decapitado por un tren que pasaba. Algunos creían que se había suicidado por la presión a que lo habían expuesto sus investigaciones. Pero la derecha sostuvo que ya estaba muerto antes de que colocaran el cuerpo en las vías y que lo habían asesinado los francmasones para impedir que revelara su relación con los fraudes de Stavisky. La muerte de Prince sigue siendo un misterio que los documentos secretos publicados treinta años más tarde no alcanzaron a explicar satisfactoriamente[436].

En Alemania, el general Erich von Ludendorff introdujo un nuevo elemento de demencia en el debate sobre la francmasonería. Había sido jefe de estado mayor del mariscal Paul von Hindenburg durante la primera guerra mundial y fue responsable de la victoria alemana sobre los rusos en Tannenberg, al este de Prusia, en agosto de 1914.

Más tarde, estuvo al mando de las operaciones del frente occidental. Después de la guerra, se unió a Adolf Hitler para llevar a cabo una infructuosa revuelta derechista en Munich, en 1923. En 1927 publicó el libro La destrucción de la francmasonería mediante la revelación de sus secretos. En el texto sostenía que «El secreto de la francmasonería en todas partes es… el judaísmo». Los francmasones eran agentes de los judíos; era a ellos a quienes se referían cuando hablaban de sus «hermanos de la sociedad».

No importaba que un judío se convirtiera al cristianismo y hubiera sido bautizado como cristiano, porque los judíos no cambian la sangre mediante el bautismo de la misma manera que los negros no cambian el color de su piel cuando se convierten al cristianismo: «Un judío bautizado sigue siendo un judío».

Los judíos estaban a favor de la Libertad y la Hermandad porque si podían convencer a los gentiles de que creyeran en esos ideales, entonces éstos les darían libertad para entrar en la vida política y social de todos los países del mundo y, después, dominarlos. Y las personas que creían en la hermandad aceptaban a los judíos. Todos los rituales masónicos tenían origen judío, y los francmasones utilizaban delantales para ocultar el hecho de que, al ser judíos, estaban circuncidados[437].

Los puntos de vista de Ludendorff fueron desarrollados en 1931 por un nazi partidario de Hitler que escribía bajo el seudónimo de doctor Custos, en el libro Los francmasones, los vampiros del mundo. Ludendorff y Custos distorsionaban los hechos para sostener sus absurdas teorías. Escribieron que la mano siniestra de los francmasones británicos y los judíos estaba detrás de lo ocurrido en los Balcanes. La revolución de los Jóvenes Turcos se planeó en 1900 en las logias masónicas de Salónica, donde de una población de 110 000, 70 000 eran judíos. Los francmasones habían organizado la primera guerra mundial con el designio de destruir Alemania. Los francmasones de Francia e Inglaterra pagaron a los serbios cinco millones de libras para que asesinaran al archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, en 1914. El asesinato se llevó a cabo el 28 de junio, que era un día festivo para los francmasones. Por supuesto, eso era un error: el festival de verano de San Juan de los francmasones es el día de San Juan el Bautista, el 24 de junio.

Fueron los francmasones quienes hicieron entrar a Estados Unidos en la guerra contra Alemania, ya que el presidente Woodrow Wilson y el general John J. Pershing, comandante en jefe de la fuerza expedicionaria que los norteamericanos enviaron en 1918 a Europa, eran francmasones. De la misma manera, el movimiento destinado a la destrucción del Imperio austriaco había sido dirigido por el francmasón T. G. Masaryk. Custos escribió que, cuando los francmasones consiguieron derrotar a Alemania, impusieron el Tratado de Versalles, un 28 de junio de 1919: día festivo de los francmasones. No era ése el único error, ya que, además de repetir la confusión de que el día de fiesta de los masones era el 28 de junio, en vez del 24, ni el presidente Wilson ni Masaryk eran francmasones, aunque el general Pershing sí lo era.

En cuanto al bolchevismo, Custos sostenía que Lenin y Trotksi, líderes de la revolución bolchevique en Rusia, eran francmasones judíos[438]. De hecho, Lenin no era judío; Trotski sí, pero ninguno de los dos era francmasón. La línea nazi seguía desarrollándose en otra publicación: La francmasonería, el camino a la dominación mundial de los judíos.

En Francia, la izquierda y centroizquierda, enfrentadas a la amenaza fascista de los cada vez más importantes movimientos antisemitas antimasónicos, formaron, en 1935, el Frente Popular de comunistas, socialistas y radicales. Los francmasones miraban con recelo a los comunistas, que habían denostado a la masonería en 1922, durante el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista; y la fuerte presencia de francmasones en el Partido Radical significaba que sería difícil convencer a los radicales de que apoyaran al Frente, a menos que se pudiera conquistar a

los masones. Entonces Maurice Thorez, el jefe de los comunistas, se presentó en la sede del Gran Oriente y habló ante una audiencia formada por los francmasones más importantes[439]. Logró persuadirlos de que apoyaran al Frente Popular. En mayo de 1936, el Frente ganó las elecciones generales y formó un gobierno al mando de Léon Blum. Los comunistas no formaban parte del gobierno de Blum pero lo apoyaron desde la Cámara de Diputados.

La guerra civil española provocó nuevos ataques contra la francmasonería. El general Francisco Franco y sus partidarios continuaron la tradición de la derecha española de atacar a la masonería como la fuerza siniestra que estaba siempre detrás de los movimientos revolucionarios, y la derecha francesa sugirió que los francmasones de su país podrían estar ayudando a sus hermanos españoles a hacer la revolución en España. Durante la guerra civil española, el Gran Oriente de Francia se limitó a hacer campaña en pro de ayuda caritativa para los niños españoles que iban como refugiados a Francia y a organizar otras obras de caridad para la gente que sufría en España[440].

El Frente Popular se quebró cuando Hitler y Stalin firmaron un pacto en agosto de 1939. El Partido Comunista francés fue reprimido, muchos comunistas terminaron en prisión y aquellos que formaban parte de los gobiernos locales fueron destituidos. El Partido Comunista se oponía a la guerra contra Alemania, a la que consideraba una contienda imperialista. Los francmasones la apoyaron plenamente.

La actitud del presidente del Concejo del Gran Oriente, el socialista Arthur Groussier, durante la segunda guerra mundial y los años de la ocupación alemana fue condenada por muchos francmasones como un esfuerzo servil y sicofántico de congraciar el Gran Oriente con todos los gobiernos sucesivos que estuvieran en el poder. Cuando los alemanes invadieron Francia, en mayo de 1940, Groussier escribió al primer ministro, Paul reynaud, asegurándole el apoyo total del Gran Oriente en una época en la que «Francia requiere de toda su fortaleza para triunfar sobre los invasores» y mencionándole que Gambetta y «el triunfador del Marne» (Joffre) eran francmasones[441]. Pero un mes más tarde la derrota de Francia llevó al poder al anciano mariscal Philippe Pétain y a la instauración del gobierno de Vichy. Pétain odiaba a los francmasones incluso más que la mayoría de los generales franceses. En ese aspecto, contaba con el total acuerdo del general Maxime Weygand. Al igual que Pétain, Weygand tenía la reputación de haber sido un gran líder militar en la Primera Guerra.

En mayo de 1940, durante la invasión alemana, Weygand había sido designado en el puesto de comandante en jefe por reynaud. Pero después del armisticio con Alemania, dio pleno apoyo a Pétain y al régimen de Vichy. El 23 de junio del mismo año, pocos días después de que Pétain se pusiera al frente del Estado y firmara el armisticio con los alemanes, Weygand redactó una declaración, que Pétain aprobó, en la que decía que «el orden antiguo, es decir, el régimen político del abandono de los principios por parte de los masones, los capitalistas y los internacionalistas, nos ha llevado adonde estamos. Francia no quiere más algo así[442]».

El 13 de agosto de 1940, Pétain firmó un decreto en el que suprimía las sociedades secretas. No mencionaba expresamente a los francmasones, pero estaba dirigido en primer lugar a ellos. Seis días antes, Groussier, sabiendo que Pétain estaba a punto de aprobar el decreto, le había escrito una carta en términos muy respetuosos. Aseguraba al mariscal que el Gran Oriente estaba dispuesto a realizar cualquier sacrificio en esa época de renacimiento nacional, pero esperaba que no se le requiriese el sacrificio de su propia existencia. También mencionaba el hecho de que Joffre había sido francmasón.

En ese momento, la alianza entre Gran Bretaña y Francia se había roto. La marina británica había bombardeado la flota francesa en Orán, África del Norte, para impedir que se rindiera a los alemanes, y las relaciones entre el gobierno de Vichy y el de Churchill en Gran Bretaña eran muy malas. Entonces, en su carta a Pétain Groussier recalcaba que el Gran Oriente no tenía ninguna relación con la Gran Logia inglesa desde 1877. Terminaba la misiva asegurando a Pétain que los francmasones trabajarían con lealtad para la regeneración de Francia bajo su liderazgo. Pétain no respondió la carta de Groussier[443].

Mediante el decreto del 13 de agosto de 1940, se estableció un Servicio para las Sociedades Secretas con Bernard Fay como presidente. Se trataba de un intelectual que había escrito varios libros sobre la francmasonería, incluyendo el erudito La francmasonería y la revolución intelectual del siglo XVIII. Su primera acción fue requerir que todos los empleados públicos firmaran una declaración de que no eran, ni jamás habían sido, miembros de una sociedad secreta, lo que incluía a los francmasones; o que, si habían sido francmasones, habían roto definitivamente su lazo con esa organización. Luego, Fay procedió a publicar una lista de los nombres de todos los francmasones. Eso los marcó y señaló como posibles víctimas de los ataques de las autoridades[444].

En su tarea contra los masones, Fay cooperó con las autoridades alemanas de ocupación. La francmasonería había sido prohibida en Alemania en 1934, cuando Whilhelm Frick, el ministro del Interior, declaró que era «inapropiado que una sociedad secreta con objetivos oscuros siga existiendo bajo el Tercer Reich[445]». Pero Fay descubrió que los nazis alemanes tenían menos ganas que él de actuar contra los francmasones: estaban mucho más interesados en hacer redadas de judíos a fin de enviarlos a los campos de exterminio que tenían en Polonia.

Groussier hacía todo lo que podía para mantenerse en buenos términos con las autoridades alemanas de ocupación. Averiguó que Otto Abetz, el embajador alemán en París, no veía con malos ojos a los francmasones; se decía que él mismo lo había sido en Alemania antes de que fueran prohibidos[446].

En las actitudes de los hombres de Vichy respecto de los francmasones existían diferencias de énfasis. Pétain se les oponía fervientemente. Era un católico devoto y jamás los había perdonado por sus ataques contra la Iglesia a fines del siglo XIX, cuando él era joven. En enero de 1943 escribió a Fay para felicitarlo por su tarea en el Servicio para las Sociedades Secretas y en la carta le decía: «La francmasonería es la principal responsable de nuestros problemas. La francmasonería les ha mentido a los franceses y les ha enseñado el hábito de mentir». El 25 de mayo de 1943, Pétain dijo al rector del Instituto Católico de París que la francmasonería seguía siendo una amenaza para Francia porque, aunque los francmasones se habían visto obligados a pasar a la clandestinidad, «la francmasonería sigue reinando». Pensaba que los masones eran peores que los judíos. «Un judío no puede hacer nada respecto de su origen —le dijo a Fay— pero un francmasón ha elegido serlo[447]».

Pero Pierre Laval, el primer ministro de Vichy, quien entregaba alegremente a los judíos extranjeros de Francia, incluidos a los niños, a los alemanes para que los deportaran y asesinaran en los campos de exterminio de Polonia, no tenía nada en contra de los francmasones. No estaba de acuerdo con la campaña en contra de ellos e hizo lo que pudo para protegerlos[448].

Muchos francmasones eran miembros del movimiento de resistencia y no podían perdonar a Groussier su actitud sumisa frente a los alemanes. Después de la guerra, Groussier intentó justificar sus acciones. Declaró que deseaba impedir que los alemanes trataran a los francmasones como trataban a los judíos y sostenía haberlo logrado, ya que no había habido francmasones

asesinados en las cámaras de gas. Si los alemanes ejecutaron a algún francmasón era por haber participado activamente en el movimiento de la resistencia, no por ser francmasón[449]. Este argumento no convenció a los francmasones que habían estado en la resistencia.

Fueron muchos los francmasones que tuvieron un rol activo en la resistencia. De los 50 000 masones que había en Francia en 1939, los alemanes arrestaron e interrogaron a 6000 bajo sospecha de ser miembros de la resistencia; 989 fueron deportados a campos de concentración en Alemania o Polonia y 545 fueron ejecutados o murieron en campos de concentración alemanes[450]. Entre ellos estaban un héroe de la resistencia, Jean Moulin, que fue torturado hasta morir por la Gestapo en Lyon, en 1943, y Eduard Ignaze Engel, un judío alemán conocido por el seudónimo de Plantagenet. Después de realizar una activa campaña contra los nazis como periodista en París y de ser Maestro de la Logia Goethe, la única logia de Francia donde se hablaba en alemán, en 1940 Plantagenet se incorporó a la resistencia francesa. Los alemanes lo arrestaron en octubre de 1943 y fue ejecutado en el campo de concentración de Buchenwald, Alemania, el día de Navidad de ese mismo año[451].

Muchos francmasones participaron de la liberación de París en agosto de 1944[452]. Después de la victoria, el Concejo General del Gran Oriente escribió al general De Gaulle, tal como en agosto de 1940 habían escrito a Pétain. En la carta expresaban la «profunda admiración» que los miembros del Concejo sentían por las acciones de De Gaulle «que han permitido que Francia recupere sus ideales de libertad» y lo alababan por haber abolido las leyes antimasónicas de Vichy. De Gaulle sentía por los masones tanto disgusto como otros generales franceses. Al igual que Pétain en 1940, se abstuvo de responder la carta del Gran Oriente[453].

El papel que tanto los francmasones como los católicos tuvieron en la resistencia aumentó las probabilidades de, por lo menos, poner fin a doscientos años de conflicto entre los francmasones de Europa continental y la Iglesia católica. Se organizó una reunión secreta en una calle de Toulouse entre el líder francmasón de la resistencia, Marc Rucart, y Henri Frenay, del movimiento católico de resistencia. «Acabo de salir de prisión», dijo Rucart. «Estuve casi un año en Fresnes. ¿Usted ya estuvo en la cárcel?». «Todavía no», respondió Frenay. «He tenido suerte[454]». Fue el primer paso hacia la reconciliación entre los francmasones y la Iglesia católica. A estos dos camaradas de la resistencia no les resultó fácil convencer a sus líderes de que olvidaran los viejos antagonismos entre la francmasonería y el papado; pero, a

pesar de las dificultades y reveses, las relaciones han mejorado en gran medida a la luz de la actitud más tolerante de los católicos después del Concilio Vaticano Segundo de 1962-1965[455].

XIX



La masonería en el mundo

Cuando Mussolini llegó al poder en Italia en 1922, condenó a los francmasones, a pesar del rol que habían tenido en el Risorgimento del siglo XIX. Como todos los dictadores, no podía tolerar la existencia de una sociedad secreta que concebiblemente podía llegar a convertirse en una organización revolucionaria. Ordenó a todos los fascistas que eran francmasones que renunciaran a sus logias. Algunos sólo fingieron hacerlo y siguieron siendo francmasones en secreto. El rey Víctor Manuel III era francmasón, como su abuelo, Víctor Manuel II.

En julio de 1943 el Gran Concejo Fascista, al darse cuenta de que Mussolini estaba perdiendo la guerra, lo destituyó por votación de la mayoría y el rey ordenó su arresto. Hitler envió paracaidistas alemanes a rescatarlo, y Mussolini estuvo dieciocho meses más al frente de un gobierno fascista en el norte, en el territorio ocupado por Alemania. Hasta el día de hoy algunos simpatizantes fascistas italianos culpan a los francmasones de haber organizado el golpe que depuso a Mussolini en 1943. Como es habitual, el papel de los francmasones se ha exagerado. El conde Dino Grandi, el principal organizador de la revuelta contra Mussolini en el Gran Concejo Fascista, no era francmasón[456], aunque por cierto el rey sí era miembro de la sociedad. Lo que provocó la caída de Mussolini no fue la francmasonería sino el hecho de que estaba perdiendo la guerra.

En Noruega, la primera logia de francmasones fue fundada en 1745[457]. Mientras Noruega fue parte de Suecia, la francmasonería floreció bajo el patronazgo del Gran Maestro, el rey de Suecia; y cuando Noruega se separó

pacíficamente en 1905 para transformarse en un reino independiente, los francmasones siguieron prosperando. Pero en 1940 los alemanes invadieron Noruega y confiaron el gobierno del país al mayor Vidkun Quisling, cuyo nombre ha creado una nueva palabra en el idioma inglés, con el significado de «traidor[458]».

Quisling había sido oficial de inteligencia en Rusia durante la primera guerra mundial y más tarde se desempeñó como ministro de Defensa en el gobierno noruego. Sentía un profundo odio por los bolcheviques, los judíos y los francmasones. Estaba convencido de que los judíos y los francmasones estaban detrás de los bolcheviques y de que sólo Adolf Hitler podía dirigir la cruzada para destruir el bolchevismo masónico y judío.

Como gobernante de Noruega, confiscó el espléndido Templo Masónico de Oslo y lo convirtió en oficinas para su personal, realizando alteraciones estructurales que arruinaron la arquitectura del edificio. Envió a Alemania la extensa biblioteca del Templo. Pero en la resistencia noruega había francmasones que interceptaron los libros de camino a Alemania y los salvaron.

Después de la guerra, el gobierno noruego enjuició a Quisling por traición. El juicio, irónicamente, se llevó a cabo en un edificio que había sido usado como logia masónica antes de la guerra. Fue condenado, sentenciado a muerte y fusilado[459].

Después de la segunda guerra mundial, cuando Sudáfrica era gobernada por los nacionalistas que impusieron el *apartheid*, los francmasones pasaron a ser sospechosos. Una vez suprimidos el Partido Comunista y el Congreso Nacional Africano, y después de arrestar a Nelson Mandela y sus colegas, el gobierno, el 28 de julio de 1964, nombró al juez D. H. Botha como único miembro de una comisión investigadora de organizaciones secretas. Los francmasones sudafricanos jamás habían participado de la lucha contra el *apartheid*; eran tan respetables y respetuosos de las leyes como los francmasones británicos. Pero ciertos miembros de la Iglesia reformada holandesa los acusaron de tener el objetivo de establecer «un gobierno mundial y una religión mundial» que reemplazaría las autoridades del gobierno en una Sudáfrica independiente. El juez Botha informó que no existían pruebas de que «la francmasonería de Sudáfrica se interese activamente en el establecimiento de un estado mundial con un gobierno

mundial, o que a través de su conducto se debilite de manera alguna la voluntad de la nación sudafricana de luchar por su supervivencia[460]».

Los francmasones sufrieron un ataque más serio en Suiza. El coronel Emile Sonderegger tenía un largo historial de lucha contra las actividades extremistas y revolucionarias. Había estado al mando de las tropas que acabaron con la huelga general de 1918 y se había transformado en el líder de un movimiento antimasónico en Suiza. El 9 de noviembre de 1932 se realizó en Ginebra una gran manifestación en contra de la francmasonería, que terminó en violencia y con un número de manifestantes heridos. Pero el movimiento recrudeció pocos meses más tarde, después de que Hitler llegara al poder en Alemania. El 22 de abril de 1933 Sonderegger pronunció un discurso en una gran marcha antimasónica de Zurich y acusó a la francmasonería de ser una organización antipatriótica controlada por bolcheviques y judíos. En 1933 y 1934 se realizaron en Berna manifestaciones antimasónicas y contramanifestaciones de antifascistas.

Sonderegger se ganó el apoyo de los campesinos católicos en algunos distritos del país y obtuvo el número necesario de firmas para exigir un referéndum a fin de decidir si se debía modificar o no la Constitución federal incluyendo en ella la prohibición de la masonería. Además de los francmasones y sus simpatizantes, se le oponían los liberales, que objetaban una propuesta que interferiría con el derecho de libre opinión y la libertad de reunión de los miembros de una sociedad respetuosa de la ley. En el referéndum, que se realizó el domingo 28 de noviembre de 1937, la propuesta de prohibir la francmasonería fue derrotada por 515 000 votos contra 235 000. Después de ese fracaso, el movimiento antimasónico de Sonderegger se disolvió rápidamente[461].

Los francmasones tuvieron dificultades en Japón. La primera logia masónica establecida en ese país fue una logia militar británica creada en Yokohama en 1864. Otras fueron creadas por residentes británicos y estadounidenses. Pero el gobierno japonés prohibió que los ciudadanos del país se hicieran francmasones. Pensaba que la francmasonería era un movimiento extranjero que introduciría influencias foráneas y provocaría conflictos con las tradiciones sociales y religiosas del país. Sin embargo, unos

pocos intelectuales japoneses que vivían en el extranjero se hicieron francmasones en Londres y otras ciudades.

La situación de los francmasones japoneses se complicó cuando un sacerdote católico francés, el padre F. Ligneul, que vivió en Japón como jefe de una misión católica francesa entre 1880 y 1912, comenzó una campaña antimasónica. En 1900 publicó el libro Mimitsu Kessha (La sociedad secreta). En él advertía que la francmasonería era un movimiento que creía en la libertad e igualdad absolutas y que por lo tanto destruiría cualquier sistema social basado en la autoridad y en la jerarquía. Los francmasones, sostenía, llevaban su creencia en la libertad e igualdad al punto de intentar el derrocamiento de todos los gobiernos establecidos.

Desde 1900 a 1906 el diplomático japonés conde Tadasu Hayashi se desempeñó en la embajada japonesa en Londres. Tuvo un papel importante en las negociaciones que llevaron, en 1902, a la alianza entre Gran Bretaña y Japón. En 1903 fue iniciado como francmasón en una logia de Londres y en 1905 estuvo a cargo de las conversaciones para una renovación del tratado británico-japonés. En 1906 regresó a Japón y fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Pero sus opositores políticos descubrieron que se había hecho francmasón en Londres y Hayashi fue expulsado del Concejo Real japonés con el argumento de que era masón. Por lo tanto, renunció a la logia de Londres, lo que posibilitó que continuara su carrera política en Japón.

La oposición a la francmasonería en Japón se veía aumentada por el odio de los japoneses a los judíos. Había sólo 2000 judíos en ese país, pero se sospechaba de ellos en gran medida después de que Japón interviniera contra los bolcheviques en la guerra civil rusa de 1918-1920. Los judíos eran acusados de agentes bolcheviques. En 1919 se publicó una traducción al japonés de Los protocolos de los sabios de Sion, y los judíos y francmasones pasaron a ser considerados peligrosos revolucionarios comunistas. El ataque a judíos y francmasones se redobló cuando la Liga de las Naciones condenó la invasión japonesa a Manchuria de 1931. Un portavoz oficial del gobierno japonés declaró que «en Inglaterra todas las actividades antijaponesas son instigadas por los francmasones judíos». Se informó a los cadetes navales que «una pandilla de judíos masónicos ha estado planeando una y otra vez intrigas internacionales contra Japón en Gran Bretaña, Estados Unidos, China y Rusia». En abril de 1938 el Japanese Chronicle fustigó «la liga secreta de los francmasones […] involucrados en la lucha por la Revolución Mundial[462]».

El 7 de diciembre de 1941 aviones japoneses atacaron la flota de Estados Unidos en Pearl Harbor y Japón ingresó en la Segunda Guerra Mundial. La

policía secreta procedió a arrestar francmasones; la sociedad fue perseguida con más ferocidad que en los países europeos ocupados por los nazis. Allí, un francmasón, aunque era excluido de cargos públicos o despedido de su empleo, por lo general no sufría arresto a menos que también fuera judío o miembro de la resistencia; en Japón, se arrestaba a los francmasones por el mero crimen de serlo, y se los interrogaba, con frecuencia bajo tortura. Cuando se desmayaban por falta de sueño o por los efectos de los tormentos, los interrogadores los reanimaban arrojándoles baldes de agua fría y comenzaban a torturarlos nuevamente.

También se reprimió a las organizaciones que se consideraba que tenían relación con la francmasonería o con la influencia foránea, como el Rotary Club y los Boy Scouts: se las acusaba de ser agentes de los francmasones. En la Cámara de los Pares, el noble Tokutaro Higuchi se pronunció contra la clausura del Rotary Club que, según sostenía, era una organización inofensiva y leal. De inmediato, fue arrestado y acusado de traición.

La persecución a los francmasones se extendió a todos los países que Japón había invadido: Corea, Manchuria, China, Hong Kong, Filipinas y Singapur.

Sólo después de la derrota y rendición de Japón, en 1945, la francmasonería pudo existir en ese país. El comandante en jefe norteamericano y gobernador de Japón, general Douglas MacArthur, que era francmasón, ayudó de todas las maneras posibles a los francmasones japoneses. Por primera vez se permitió que los japoneses nativos se convirtieran en masones. La francmasonería ejerció una influencia bastante importante en el país democrático y occidentalizado en que se transformó Japón después de la segunda guerra mundial[463].

En Estados Unidos, a fines del siglo XIX, la francmasonería se había recuperado completamente de los reveses causados por la desaparición de William Morgan. En 1830, en el apogeo de la campaña antimasónica, había 40 000 francmasones en Estados Unidos; en 1870 el número había aumentado a 500 000 y en 1995 a 4 600 000[464]. De los cuarenta y un presidentes del país quince han sido francmasones, siete de ellos en el siglo XX: William McKinley, Theodore Roosevelt, William Howard Taft, Warren G. Harding, Franklin D. Roosevelt, Harry S. Truman y Gerald R. Ford. Hubo generales —Pershing, George C. Marshall y MacArthur— empresarios y estrellas de cine. En Estados Unidos la francmasonería no interviene en política, aunque

como los francmasones son, por lo general, blancos prósperos de clase media, tienden a adoptar una actitud conservadora en temas polémicos que trascienden la política partidaria. Y son fervientemente leales a Estados Unidos de América y a su bandera. En la derecha, J. Edgar Hoover, jefe del organismo federal de investigaciones (FBI) y el general MacArthur fueron francmasones; en el centro, Harry S. Truman y Wendell Wilkie; en la izquierda, Franklin D. Roosevelt y su vicepresidente, Henry A. Wallace, que fue acusado de ser un compañero de ruta de los comunistas[465].

En España, Portugal y América latina, los francmasones del siglo XX sufrieron el odio, el temor y la persecución de la Iglesia católica y los partidos de derechas. En España, durante una de las muchas revueltas anarquistas, —la que tuvo lugar en 1909 en Barcelona contra el gobierno del rey Alfonso XIII—, el gobierno declaró la ley marcial y aplastó el levantamiento. Las autoridades militares arrestaron a Francisco Ferrer, un intelectual que era anarquista teórico, había escrito libros criticando a la Iglesia católica y había fundado escuelas independientes en las que no se enseñaba religión. Era francmasón. Fue acusado de instigar la revuelta de Barcelona, enjuiciado en una corte marcial, sentenciado a muerte y fusilado. El caso Ferrer impresionó a la opinión liberal de toda Europa[466].

En la década de 1920, los francmasones estuvieron prohibidos durante la dictadura derechista del general Primo de Rivera y fueron tolerados después de la revolución de 1931, la abdicación del rey Alfonso y la caída de la monarquía. Pero los francmasones estaban a punto de encontrarse con su enemigo más salvaje. Cuando el general Francisco Franco encabezó un intento de golpe de estado en julio de 1936 y comenzó la guerra civil, declaró que estaba combatiendo para liberar a España del comunismo y la francmasonería. En septiembre de ese mismo año firmó un decreto prohibiendo a los francmasones en el territorio ocupado por sus ejércitos. Sus victorias militares y la conquista de ciudades que antes habían estado bajo dominio republicano eran, por lo general, seguidas de masacres de prisioneros. Todos los prisioneros identificados como francmasones eran invariablemente fusilados.

En febrero de 1939, después de haber capturado Barcelona y cuando estaba al borde de la victoria final, Franco dictó la Ley de Responsabilidades Políticas, que contenía una larga lista de organizaciones e individuos que serían castigados por su responsabilidad en los pesares políticos de España.

Los francmasones estaban mencionados expresamente en el decreto y todas las logias masónicas fueron clausuradas. Al parecer, en una oportunidad Franco consideró la posibilidad de ordenar que se ejecutara a todos los francmasones, pero lo convencieron de que eso contravendría los términos de rendición que había otorgado a los republicanos derrotados.

Después de ganar la guerra civil y entronizarse como dictador de toda España, y de haberse mantenido inteligentemente al margen de la Segunda Guerra Mundial, en marzo de 1940 Franco dictó otro decreto draconiano contra los francmasones, por el cual se creaba un Tribunal para la Represión de la Masonería, se declaraba delito ser o haber sido alguna vez francmasón, y se decretaba que los parientes de los masones podían ser castigados por haber permitido que un miembro de la familia se incorporara a una logia masónica. Varios miles de francmasones fueron juzgados por ese tribunal y sentenciados a largos períodos de cárcel.

A pesar de que se solía acusar a los francmasones de ser revolucionarios comunistas, en el siglo XX era perfectamente posible como lo había sido en el XVIII, que un francmasón fuera partidario político de la derecha. El general Manuel Presa Álamo fue iniciado como francmasón en 1929, pero frente al ataque a la francmasonería, en 1933 renunció a la sociedad. Combatió en el bando de Franco en la guerra civil y fue nombrado jefe de las Fuerzas Aéreas. Eso no impidió que fuera juzgado por el Tribunal para la Represión de la Masonería cuando se descubrió que, diez años antes, había sido francmasón durante cuatro años.

El general Aranda era otro francmasón de derecha. Combatió en las filas de Franco en la guerra civil y fue condecorado como héroe de guerra. Pero también tuvo que comparecer ante el tribunal. Por sus servicios al franquismo, tanto Álamo como Aranda fueron tratados con indulgencia: ninguno de los dos fue sentenciado a prisión, pero ambos pasaron a la reserva. Después de la muerte de Franco y la coronación del rey Juan Carlos, el general Aranda regresó al servicio activo por un decreto real en 1976, cuando tenía ochenta y seis años de edad.

En 1963 se anunció la abolición del Tribunal para la Represión de la Masonería con el argumento de que había completado su tarea y eliminado de raíz la masonería de España; pero, para el caso de que todavía quedaran algunos francmasones que no estaban en prisión, las funciones del tribunal se transfirieron al Tribunal de Orden Público[467].

Franco también daba gran importancia al hecho de que el pueblo estuviese informado de los peligros que entrañaba la francmasonería, y participó

personalmente de la campaña de propaganda. Escribió sobre la masonería cincuenta artículos que fueron publicados en Arriba, el periódico del movimiento falangista, en diversas fechas entre el 14 de diciembre de 1946 y el 3 de mayo de 1951. Un año después fueron reunidos en el libro Masonería, de J. Boor, que era el seudónimo de Franco. Después de su muerte el libro fue reeditado, en 1982, con la aclaración de que él era el autor.

Franco era un poco más racional que Ludendorff, Custos o Nilus. Señalaba que el comunismo, la francmasonería y el judaísmo del que se hablaba en Los protocolos de los sabios de Sion eran tres fenómenos diferentes. Los comunistas y los francmasones estaban irreconciliablemente enfrentados: los comunistas eran anticapitalistas, mientras que los francmasones apoyaban el capitalismo. Pero se habían unido en contra de España, y el masón noruego de 33 grados, Trygve Lie; el masón belga de 33 grados, Paul Henri Spaak; el masón español de 33 grados, Giral; y el masón mexicano de 33 grados, Padilla eran, por el momento, entusiastas aliados de los comunistas. Franco tampoco creía que la francmasonería internacional fuese una fuerza unida, ya que sostenía que el hecho de que el presidente Roosevelt y los francmasones estadounidenses hubieran nombrado al almirante de Vichy, Darlan, como gobernante de África del Norte después del aterrizaje aliado en esa región en noviembre de 1942, así como el posterior asesinato de Darlan por un agente del general De Gaulle, eran incidentes en la lucha entre los francmasones norteamericanos y británicos.

Luego se remontaba en el tiempo a fin de demostrar que los francmasones siempre habían conspirado contra España. La primera logia española fue formada en Madrid en 1731 por el duque de Wharton, a quien los británicos —que lo desterraron de Inglaterra por traición e inmoralidad— habían enviado a España para corromper el estilo de vida español estableciendo la francmasonería. Pero Franco consideraba que el principal enemigo de España era la francmasonería de Francia. Ésta actuaba según la tradicional creencia francesa de que «una España fuerte es un cepo en torno del cuello de Francia».

Franco ponía una y otra vez como ejemplo la figura de Francisco Ferrer, el anarquista ejecutado en 1909 en Barcelona, cuando él era joven, y que había sido glorificado como mártir por los francmasones de Francia y Bélgica. Franco afirma que Ferrer se había complotado con los francmasones franceses para destruir España y que había sido atrapado y justamente castigado cuando regresó al país para llevar a cabo su misión. Fueron los francmasones los que destruyeron el Imperio español; además, su talento y

experiencia como agentes secretos los transformaban en los espías más eficientes de Gran Bretaña. Los francmasones eran el grupo dominante dentro de los funcionarios de la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas y la BBC británica. De todos los enemigos de España, el peor era la viuda del presidente Franklin D. Roosevelt, «la pintoresca señora Roosevelt, esa conocida mujer masona». Por cierto, Franco pierde el rumbo por completo cuando acusa al francmasón Ernest Bevin, el secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, y al francmasón socialista Léon Blum, primer ministro de Francia, de frustrar el beneficioso plan del general George Marshall, secretario de Estado norteamericano, que proponía proveer asistencia económica a España. En realidad, ni Bevin ni Blum eran francmasones, pero Marshall era un masón activo.

Como escribía bajo el seudónimo de Boor, Franco no tenía problemas en afirmar que el pueblo español había respondido a las conspiraciones de los francmasones con el lema «¡Con Franco hasta la muerte[468]!».

La represión de la francmasonería en España continuó durante toda la vida de Franco, aunque en sus últimos años, la censura sobre los libros intelectuales eruditos se atenuó. En 1974, un año antes de la muerte de Franco, el profesor de historia José A. Ferrer Benemeli pudo publicar el libro La masonería española en el siglo XVIII[469]. Benemeli no era francmasón, pero demostraba simpatía por las ideas liberales de los masones del siglo XVIII y por la forma en que éstos habían soportado las persecuciones.

Después de la muerte de Franco, en 1975, el rey Juan Carlos introdujo de inmediato la democracia política en España. Se abolió la prohibición de la masonería y los francmasones pudieron reunirse libre y legalmente. En la España democrática, las logias no son centros de revolución.

Una historia similar sucedió en Portugal. Los francmasones fueron reprimidos bajo la dictadura del doctor Oliveira Salazar, aunque éste tuvo tanto éxito en impedir la revolución y esquivar la guerra civil que en Portugal no se produjeron masacres y ejecuciones en gran escala de francmasones, como había pasado en España. Después de la muerte de Salazar, se restauró la democracia y se permitieron las logias de masones. Hoy en día, no son más revolucionarias que las de España.

La Logia Lautaro siguió manteniendo un rol activo en la política mexicana. Después de la caída de Santa Ana, el gobierno quedó en manos del presidente liberal Ignacio Comonfort. Era francmasón[470]. Un golpe militar

lo derrocó. Su ministro de justicia, el indio Benito Juárez, se puso al mando de las fuerzas liberales en una salvaje guerra civil contra el dictador militar derechista general Miguel Miramón. Juárez era francmasón[471]. La Iglesia católica denostaba a Juárez, a los liberales y los francmasones y apoyaba a los dictadores militares de derecha. El lema de la derecha era «Religión y orden». Los liberales combatían por «Dios y libertad».

El más feroz de los jefes militares era el general Leonardo Márquez. En 1859, después de derrotar a los liberales en Tacubaya, ordenó a sus hombres que irrumpieran en el hospital y mataran a todos los soldados liberales heridos. También mataron a todos los médicos que habían atendido a los liberales y que, por lo tanto, eran considerados cómplices de la conspiración masónica y liberal. Después de esa hazaña, Márquez se ganó el apelativo de «el Tigre de Tacubaya[472]».

La guerra civil duró tres años, hasta que Juárez entró victorioso en la ciudad de México; pero, de inmediato, Napoleón III, con la excusa de que el gobierno mexicano no había podido pagar la deuda que había contraído con los acreedores franceses, invadió México e instaló al archiduque Maximiliano de Austria, hermano del emperador austriaco Francisco José, como emperador de México. Maximiliano tenía ideas moderadamente liberales y se decía que, antes de ir a México, cuando representó a su hermano como virrey de Lombardía y Venecia, se había convertido en francmasón; pero eso no ha podido ser probado[473].

Por un tiempo, Maximiliano vaciló en aceptar el trono de México; pero su suegro, Leopoldo I, rey de los belgas, que era francmasón, lo alentó[474]. Para los lectores familiarizados con la historia británica, Leopoldo es más conocido como «el tío Leopoldo», a quien la reina Victoria acudía en busca de consejo. Se le conocía como el «Néstor de Europa», por su diplomacia y la sabiduría de sus juicios; pero cuando aconsejó a Maximiliano que fuera a México no estuvo tan acertado[475].

Los franceses ocuparon la ciudad de México, instalaron a Maximiliano en el trono e hicieron retroceder a Juárez hasta el mismo límite del territorio mexicano, en la frontera con Estados Unidos, en el Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez). Pero Juárez defendió su posición tenazmente, mientras sus partidarios liberales mantenían una guerra de guerrillas contra los franceses, que ejecutaron a muchos de ellos. Por fin, los liberales triunfaron cuando, al final de la guerra civil norteamericana, Estados Unidos amenazó con intervenir a menos que Napoleón III retirara su ejército de México. Entonces, Napoleón III dejó a Maximiliano librado a su suerte.

Después de la retirada francesa, Maximiliano permaneció en México. Los liberales lo tomaron prisionero en Querétaro, una corte marcial lo sentenció a muerte y fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento. Corrían rumores de que Juárez otorgaría un perdón a Maximiliano porque ambos eran francmasones[476]; pero incluso si fuera cierto que Maximiliano era francmasón, esa cuestión jamás se mencionó en ninguno de los infructuosos intentos de persuadir a Juárez de que conmutara la sentencia de muerte[477].

Juárez era un gran líder y un estadista sabio que merece el título de libertador de su país y la posición que hoy ocupa en la memoria de los mexicanos. El resentimiento que experimentaban sus seguidores por las crueldades de los franceses y de la derecha mexicana hacía políticamente imposible que perdonara a Maximiliano. Pero hubo muy pocas ejecuciones después de la victoria liberal, a pesar de todo lo que habían sufrido a manos de la derecha y de los partidos clericales durante los diez años anteriores.

El comandante más capaz y temerario de Juárez era Porfirio Díaz. Después de la partida de los franceses, Díaz arrebató la ciudad de México a las fuerzas derechistas en la última batalla de la guerra. En 1872, a la muerte de Juárez, estalló una guerra civil entre sus seguidores y, después de salvar milagrosamente su vida en varias ocasiones, Díaz resultó victorioso. Se proclamó presidente de México y se aseguró de ser reelegido con regularidad, de modo que gobernó como dictador durante treinta y cinco años, de 1876 a 1911. Díaz era francmasón. No se sabe con certeza cuándo fue iniciado, pero como presidente de México aceptó el cargo de Gran Maestro de una de las varias organizaciones masónicas mexicanas, aunque jamás asistió a ninguna reunión de la Gran Logia de México[478].

La dictadura de Díaz fue apreciada por los comerciantes, inversores y gobiernos de Europa, porque logró mantener la ley y el orden, y garantizar la seguridad de los residentes extranjeros. En 1867, época de la ejecución de Maximiliano, la reina Victoria, profundamente indignada, había escrito: «Sería una eterna desgracia para nosotros si llegáramos a mantener algún tipo de relaciones diplomáticas con un gobierno tan manchado de sangre como el de ese monstruo de Juárez y sus partidarios[479]». Pero en 1906, su hijo, Eduardo VII, nombró a su hermano masón, el presidente Díaz, Caballero Comandante de la Orden del Baño por todo lo que Díaz había hecho en beneficio de los comerciantes británicos en México.

De todas formas, la dictadura de Díaz era considerada más favorablemente por los políticos y empresarios londinenses que por los campesinos e intelectuales liberales de México. Los campesinos trabajaban de

sol a sol, en condiciones penosas que la brutal policía de Díaz se encargaba de hacer cumplir. Y, para los liberales, Díaz, el revolucionario de treinta y cinco años de 1865, se había convertido en el dictador reaccionario de ochenta años de 1910. En 1911, una revolución lo destituyó y escapó a París, donde murió en el exilio. El líder de los liberales, un profesor intelectual moderado, Francisco Madero, también era francmasón[480]. Contaba con el apoyo de los líderes campesinos revolucionarios más extremistas, Pancho Villa y Emiliano Zapata, que no eran francmasones.

Madero fue asesinado por el general Victoriano Huerta; éste, a su vez, fue derrocado por Venustiano Carranza; y, finalmente, llegó al poder el general A. Obregón. Después de más de diez años de guerra civil, México se afirmó con gobiernos estables. En el siglo XX, varios presidentes de México fueron francmasones.

Los francmasones desplegaron su actividad en otras regiones de América latina. William G. Walker, un joven aventurero nacido en Nashville, Tennessee, en 1824, estudió derecho y se desempeñó como abogado en su ciudad natal; pero luego decidió marcharse a Europa y estudió medicina en las universidades de Edimburgo, Escocia y Heidelberg, Alemania. Después de graduarse, practicó la medicina en Filadelfia y Nueva Orleans, pero más tarde abandonó su profesión para dedicarse al periodismo en San Francisco. En California, fue iniciado como francmasón. En 1855 se le ocurrió que quería ser dictador de Nicaragua y, con cincuenta y seis seguidores, marchó hacia ese país. Después de varios intentos infructuosos capturó Granada y se proclamó jefe del gobierno de Nicaragua. Estados Unidos reconoció su gobierno, pero los británicos estaban irritados porque había alterado sus relaciones con Honduras. Entonces Gran Bretaña envió una unidad naval que derrotó y capturó a Walker. Los británicos lo entregaron a las autoridades de Honduras, quienes lo juzgaron en corte marcial, y lo fusilaron el 12 de septiembre de 1860[481].

Durante los siglos XIX y XX los francmasones lautarianos mantuvieron sus actividades revolucionarias en América latina. Anarciso López, que dirigió una infructuosa revuelta en Cuba en 1851 y fue capturado y fusilado por las autoridades españolas, era francmasón. Al igual que José Julio Martí, el «apóstol de la liberación de Cuba», quien dirigió la revuelta de 1875; Calosto

García-Iñiguez, quien combatió por la independencia de Cuba durante veinte años; y Narciso Valdés, que en 1902, en el momento de la victoria, hizo ondear la bandera cubana en el faro del Castillo de Morro en La Habana. El dictador general Machado, que fuera derrocado por la revolución de 1933, era francmasón[482]. Pero Fidel Castro, que llegó al poder después de la revolución de 1959 y ha gobernado Cuba durante cuarenta años, no es francmasón y, como otros líderes de gobiernos autoritarios, considera algo sospechosas las actividades de los masones. Su seguidor, el Che Guevara, el revolucionario argentino que se convirtió en héroe, ejemplo y mártir para los jóvenes radicales de todo el mundo, no era francmasón.

Salvador Allende, el socialista chileno, sí era francmasón[483]. Después de toda una vida de actividad política que demostró su afinidad con el Partido Comunista, en 1970 accedió al poder en Chile mediante una elección democrática. La derecha organizó una campaña de resistencia pasiva con huelgas, incluyendo una huelga de médicos, que provocó una situación de caos en todo el país y violentos enfrentamientos entre partidarios del gobierno y la oposición. Allende, incapaz de controlar la situación, siguió el consejo de sus partidarios del Partido Comunista e invitó al general Augusto Pinochet a incorporarse al gobierno como ministro de Defensa, con la esperanza de apaciguar la oposición de derechas. Pero en septiembre de 1973, Pinochet derrocó al gobierno mediante un golpe, en el curso del cual Allende fue asesinado. En los años de la dictadura de Pinochet, miles de izquierdistas fueron arrestados, torturados y ejecutados. En 1990, Pinochet aceptó poner fin a la dictadura y permitió que se instaurara un régimen democrático en Chile bajo la condición de que se le otorgara inmunidad por los crímenes cometidos durante sus años como dictador[484].

Los francmasones tuvieron un papel importante en la independencia de Filipinas del dominio español. José Rizal, héroe del movimiento independentista, era francmasón. Fue capturado y fusilado por el gobierno español en el campo de Bagumbayan el 30 de diciembre de 1896, al comienzo de la lucha final en la que, dos años más tarde, se obtuvo la independencia[485].

La historia de la francmasonería en los Balcanes es difícil de dilucidar porque ha estado protegida por secretos y porque se produjeron acusaciones salvajes que no han hecho más que enturbiarla. Como en otros países, los francmasones de Croacia, Eslovenia, Bosnia, Serbia, Montenegro y

Macedonia estaban influidos por las ideas liberales. Eran casi exclusivamente intelectuales de clase media que apoyaban, sin mucho éxito, las débiles tendencias liberales en sus países. No es sorprendente que en Yugoslavia, más que en cualquier otro lado, hayan sido acusados por propagandistas reaccionarios de ser los responsables de todas las penurias que los pueblos de los Balcanes han sufrido en el terrible siglo XX.

El ataque contra los francmasones ha sido particularmente vehemente en Croacia, donde la Iglesia católica romana ha perseguido a sus críticos revolucionarios, liberales y no ortodoxos con una ferocidad que sólo ha sido igualada en España. Los francmasones han sido reiteradamente denostados en la prensa. La última ocasión en una fecha tan reciente como mayo de 1999[486].

Desde antes de la Primera Guerra Mundial la gente acusaba a los francmasones de ser agentes tanto de la Gran Logia Inglesa como del Servicio Secreto británico, y de trabajar para sumir a los Balcanes en el caos y así posibilitar que el gobierno británico pudiera aprovecharse de la situación.

Todos sabían que Eduardo VII había sido Gran Maestro de la Gran Logia inglesa y se lo consideraba el cerebro que manejaba desde las sombras la relación entre el gobierno británico y los masones. Algunos ensayistas croatas, a la manera de los alemanes Ludendorff y Custos, acusaron a los francmasones de organizar el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo en 1914 con el objetivo de desencadenar la primera guerra mundial y destruir a Alemania y sus aliados.

Una corriente antimasónica más sutil y complicada, particularmente activa en Croacia, argumenta que los francmasones británicos son responsables de las guerras que han asolado los Balcanes desde 1991 por sus acciones de casi noventa años antes. En 1903, Serbia era gobernada por el rey Alejandro Obrenovic.

La dinastía Obrenovic había estado al frente de la lucha por la independencia serbia de Turquía después de que en 1817 Milosh Obrenovic asesinara a su rival, Karageorge, mientras dormía. El rey Alejandro se casó con una mujer llamada Draga cuyo origen era, sin duda, de una clase inferior, aunque era una exageración llamarla la prostituta de Belgrado.

En 1903 los partidarios de la familia Karageorge irrumpieron en el palacio, asesinaron al rey Alejandro y a la reina Draga, arrojaron sus cadáveres por la ventana para que la multitud los pisoteara y proclamaron rey a Pedro Karageorge.

Bajo la dinastía Obrenovic, Serbia había sido aliada de Austria, a la que los serbios acudían para que los defendiera de la vecina Bulgaria, que contaba con la protección de Rusia.

Por eso se pensó que Eduardo VII y los francmasones británicos, que controlaban la política de Gran Bretaña en el extranjero, deseaban derrocar la dinastía Obrenovic e instalar en el trono a la familia Karageorge. El gobierno británico declaró estar impresionado por el homicidio, retiró a su embajador en Belgrado y se negó a enviar un delegado a la coronación del nuevo rey. Pero un año después el embajador británico regresó a Belgrado y Gran Bretaña estableció con Serbia relaciones mucho más amables que cuando reinaban los Obrenovic.

Los críticos actuales dicen que ésa fue la causa de todas las matanzas de 1990. Si Eduardo VII, el francmasón británico, no hubiera derrocado la dinastía Obrenovic, Serbia habría sido aliada de Austria en la Primera Guerra Mundial, como todos sus vecinos de los Balcanes; por lo tanto, no habría sido recompensada por los aliados victoriosos en 1918 con la creación de una nueva nación, Yugoslavia, bajo el dominio serbio. Serbia no podría haber resistido la presión alemana de 1941 y no habría participado de la Segunda Guerra Mundial en el bando de los británicos; en 1945, los aliados triunfantes no habrían impuesto en la Conferencia de Yalta una Yugoslavia comunista. Y en 1991 los gobiernos autónomos de todas las regiones de los Balcanes habrían sido aceptados pacíficamente[487]. Podría haber alguna verdad en esa teoría si no incluyera a los francmasones. Aunque, de manera hipócrita, los secretarios británicos de Asuntos Exteriores a veces lo han negado, el gobierno de Gran Bretaña, como todos los otros gobiernos desde los días del cardenal Wolsey y la reina Isabel I en el siglo XVI, ha actuado según el principio establecido por el estadista italiano Cavour: «Si hiciéramos por nosotros lo que hacemos por nuestro país, seríamos unos canallas». Pero aunque los británicos, de la misma manera que otros diplomáticos, hayan seguido esa máxima, no la aprendieron en las logias de francmasones de Gran Bretaña.

En Japón, cuando después de Pearl Harbor, en diciembre de 1941, los francmasones fueron arrestados, los interrogadores japoneses los acusaban de ser espías. En el caso de un francmasón británico, cuando negó ser espía, el interrogador le preguntó si era un inglés patriota. «Sí», respondió el masón. «Bien, entonces —dijo el japonés— así como se espera que todos los japoneses que están en el extranjero espíen para Japón, usted, como patriota inglés en Japón, debe estar dispuesto a desempeñarse como espía para

Inglaterra[488]». No existen registros de que haya habido alguna réplica posterior del francmasón británico.

El interrogador japonés tenía razón en ese punto. La mayoría de los masones británicos, si se les pedía que, estando en el extranjero en época de guerra, espiaran para Gran Bretaña, considerarían que se trataba de un deber patriótico. Pero muchos ingleses patriotas que no son francmasones accederían a espiar para Gran Bretaña si el gobierno de su país se lo pidiera. Por otra parte, en todas las guerras en las que Gran Bretaña estuvo involucrada desde 1717, existieron algunos francmasones británicos que se opusieron a la guerra y a la política del gobierno, así como hubo no masones que tuvieron la misma actitud. Como siempre, en cuestiones de guerra y paz, la francmasonería es irrelevante.

De hecho, el establecimiento de la dinastía de los Karageorge provocó un cambio en las alianzas dentro de los Balcanes: Serbia pasó a ser aliada de Rusia y Bulgaria se pasó al bando de Austria y Alemania. El archiduque Francisco Fernando fue asesinado en Sarajevo no por los masones sino por miembros de un grupo nacionalista serbio clandestino. Es muy improbable que tuvieran el designio anticipatorio de provocar una guerra europea. Seguramente, actuaron simplemente por mero odio a Austria, que seis años antes se había apoderado de Bosnia y Herzegovina.

El gobierno austriaco consideró que aquélla era una buena oportunidad de anexionar Serbia y envió un ultimátum amenazador que imponía términos tan humillantes que supusieron que sin duda el gobierno serbio se negaría a aceptarlo. Eso le daría a Austria la excusa para entrar en guerra. Serbia accedió a la mayoría de las exigencias austriacas y rechazó unas pocas. Entonces, Austria declaró la guerra. Ahora sabemos que el gobierno de Serbia había decidido aceptar todas las exigencias austriacas, pero que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia, después de comprometerse en secreto a apoyar a los serbios en caso de guerra, lo convenció de que rechazara las cláusulas más ofensivas. Un ensayista francés ha sugerido que una organización secreta serbia, que tenía contactos en el gobierno ruso, fue la responsable de la decisión serbia que provocó la Primera Guerra Mundial[489].

Los serbios combatieron valientemente en el bando aliado y sufrieron cuantiosas pérdidas. La prensa británica alabó con admiración a la «gallarda y pequeña Serbia» que repelía a los ejércitos de Austria y Alemania, y elogió el heroísmo de sus soldados en su retirada a través de la nieve en busca de la seguridad que le garantizaría la flota francesa en el Adriático. Niños serbios llegaron como refugiados a Inglaterra y despertaron una enorme compasión.

Los aliados victoriosos crearon el nuevo estado de Yugoslavia. El rey de Serbia se convirtió en rey de Yugoslavia[490] y poco después fue sucedido por su hijo, el príncipe Alejandro, que había combatido con distinción en el ejército serbio durante la guerra. Los croatas, eslovenos, bosnios, montenegrinos y macedonios de Yugoslavia estaban bajo el dominio de los serbios, situación que les irritaba enormemente. Y, como Yugoslavia era miembro de la coalición formada por los aliados contra la Rusia bolchevique, tanto los comunistas como los nacionalistas croatas —la Ustase— se opusieron al gobierno y fueron reprimidos. En enero de 1929 el rey Alejandro estableció su dictadura, con la aprobación de The Times y del gobierno británico[491]. Tanto los comunistas como la Ustase sufrieron torturas en las cámaras de tormentos de la policía del rey Alejandro y en campos de confinamiento.

En octubre de 1934 el rey Alejandro realizó una visita oficial a Francia. Cuando se trasladaba por las calles de Marsella con el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Louis Barthou, un hombre que se escondía en la multitud disparó contra Alejandro y Barthou y los mató. Es probable que el asesino haya sido uno de los refugiados de la Ustase en Hungría, aunque el líder de la agrupación, Ante Pavelic, se había trasladado poco tiempo antes a la Italia de Mussolini. El gobierno yugoslavo responsabilizó a Hungría por la muerte de Alejandro. Entonces, Yugoslavia, junto a sus aliados, amenazó con iniciar las hostilidades, pero Mussolini apoyó a Hungría. Se extendían los temores de que estallara una guerra en Europa, pero Mussolini estaba preparándose para invadir Abisinia y no quería una guerra en el continente. La disputa finalizó pacíficamente[492].

Los croatas siempre negaron que el asesino haya sido de la Ustase y sostienen que el rey Alejandro fue asesinado por la VMRD, una sociedad secreta de macedonios que, como los croatas, abominaban de la dominación serbia. Pero surgió en Croacia una nueva teoría: que fueron los francmasones quienes mataron a Alejandro. Según esa historia, Alejandro era Maestro de una logia masónica. Decidió construir una vía de tren en Bosnia y pidió a los francmasones que la sufragaran. Sus hermanos se negaron y Alejandro se vio obligado a pedir un préstamo a banqueros extranjeros a una alta tasa de interés. Estaba tan enfadado que renunció a su logia. Los francmasones lo consideraron un hermano en falta que había violado sus juramentos masónicos al abandonar la sociedad, y lo asesinaron[493].

En 1941, cuando invadió Yugoslavia, Hitler fue bien recibido por la Ustase en Croacia y Pavelic pasó a ser el dictador de un estado croata

independiente. Hoy en día, ha vuelto a celebrarse el 10 de abril, fecha de la proclamación del estado y del ingreso de las tropas alemanas en Zagreb, como el día nacional de la Croacia independiente.

El gobierno de Pavelic y la Ustase, con el apoyo de la Iglesia católica croata, se entregaron a eliminar a los enemigos de la fe católica: los serbios ortodoxos, los judíos y los ateos comunistas. Comenzaron a asesinar judíos tres meses antes que Hitler y los alemanes. En la actualidad, los serbios sostienen que durante la Segunda Guerra Mundial la Ustase mató a 750 000 serbios; las autoridades croatas, por su parte, manifiestan que el número de víctimas es inferior a 70 000. Historiadores imparciales han estimado la cifra en alrededor de 330 000. La Ustase asesinó a muchos en el campo de concentración de Jasenovac. Además, sus miembros entraban en las aldeas, acompañados de sacerdotes católicos, y masacraban a todos los serbios ortodoxos que se negaban a convertirse al catolicismo romano. Pedían a los niños que hicieran la señal de la cruz. Si se cruzaban a la manera católica romana, de izquierda a derecha, los dejaban con vida. Si lo hacían de derecha a izquierda, a la manera de la Iglesia ortodoxa serbia, los asesinaban[494].

La Ustase también persiguió a los francmasones, pero, al igual que los nazis alemanes, los trató con menos severidad que a los judíos y comunistas. La francmasonería era atacada reiteradamente en la propaganda del gobierno y la prensa publicaba listas de nombres de francmasones, exponiéndolos así al escarnio público, de la misma manera que en Francia el Servicio para Sociedades Secretas de Fay publicaba los nombres de los francmasones franceses[495]. Pero en Croacia los francmasones no fueron exterminados como los judíos y los gitanos.

También había una campaña antimasónica en Serbia, donde las autoridades alemanas de ocupación instalaron un gobierno títere proalemán a cargo del general Nedic y Dimitrije Ljotic. Este último organizó junto a los alemanes una exhibición en Belgrado, en 1941, en la que presentó a la francmasonería como un movimiento revolucionario asociado con el comunismo[496].

Después de la guerra, el croata Josip Broz Tito se convirtió en el gobernante comunista de Yugoslavia. Había estado al frente de la victoriosa guerra de liberación llevada a cabo por los guerrilleros contra los alemanes y sus colaboradores entre 1941 y 1945. Durante la guerra, había bregado por la unidad de todas las nacionalidades de Yugoslavia; sus guerrilleros habían evitado que los serbios fueran asesinados por fascistas croatas y que los musulmanes de Bosnia fueran masacrados por los nacionalistas serbios.

Desde 1920, año en que se incorporó al Partido Comunista yugoslavo, Tito siguió fielmente la línea partidaria impuesta por Stalin y la Internacional Comunista desde Moscú. Pero en 1945, una vez que llegó al poder en Yugoslavia, se irritó por la actitud dictatorial que Stalin y el Partido Comunista de la Unión Soviética adoptaron hacia su país, y terminó rebelándose contra la dominación soviética.

La Internacional Comunista se disolvió en 1943, pero en 1947 se fundó una nueva organización, la Kominform (Oficina de Información). Estaba formada por los once partidos comunistas más importantes, entre ellos el de la Unión Soviética y el de Yugoslavia. En 1948 el Partido Comunista de Yugoslavia fue expulsado de la Kominform. Aunque la gran mayoría de los comunistas yugoslavos apoyaban a Tito contra Stalin, había unos pocos que eran partidarios de Stalin y la Kominform. La policía secreta de Tito, que estaba bajo control del ministro del Interior, Aleksander Rankovic, los mantuvo bajo fuerte vigilancia y muchos de ellos fueron encerrados en condiciones penosas en el campo de concentración de la isla de Goli Otok, en el mar Adriático. Tito los reprimió en Yugoslavia con la misma crueldad con que los comunistas acusados de «Titoísmo» eran reprimidos en otros países comunistas[497].

Uno de los colaboradores más cercanos de Tito era el veterano comunista Mosa Pijade, un judío de clase media de Belgrado. Era el principal teórico marxista del Partido Comunista yugoslavo, para el que había trabajado lealmente durante treinta años en las prisiones del rey Alejandro y como guerrillero durante la Segunda Guerra Mundial. Pijade apoyaba fervientemente a Tito en su disputa con Stalin. Pero, según algunos autores croatas antimasónicos recientes, en 1948 la policía secreta lo investigó, igual que a todos los otros miembros del partido, para asegurarse de que no tenía contactos con la Kominform. En el transcurso de esa investigación descubrieron que Pijade era francmasón. Los autores antimasónicos croatas no dejan de mencionar que también era judío[498].

Como gobernante de Yugoslavia, Tito adoptó una política mediante la cual procuró equilibrar las nacionalidades entre sí y contrarrestar a los de la línea dura a través de los miembros más liberales de su gobierno y el Partido Comunista. En la década de 1950 sancionó y arrestó al liberal Milovan Djilas; en 1966 destituyó a Rankovic, representante de la línea dura y jefe de la policía secreta, y a sus simpatizantes. Durante cinco años, desde 1966 a 1971, disminuyó el rigor de la dictadura en Yugoslavia hasta que ese año el estallido

de un movimiento independentista en Croacia llevó a Tito a reintroducir un régimen más represivo.

En la Yugoslavia actual, así como en el territorio que ocupaba Yugoslavia antes, hay quienes creen que Tito era francmasón. Hay dos razones para ello. La primera es que en su tumba, ubicada en Belgrado, sólo aparece la simple inscripción «Josip Broz Tito 1892-1980», sin más palabras o adornos, lo que se conoce como una costumbre de los francmasones. Pero, de hecho, Tito ordenó que su lápida tuviera esas características porque había quedado impresionado por la tumba de Franklin D. Roosevelt en Estados Unidos, que tiene la solitaria inscripción «Franklin Delano Roosevelt 1882-1945». Roosevelt era francmasón[499] y ése bien puede ser el motivo por el que su lápida sólo lleva su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte. Pero Tito quiso que su tumba se viera igual no porque era francmasón sino porque le había gustado la de Roosevelt.

La segunda razón se funda en la determinación que tomó en 1966, cuando destituyó a Rankovic y a los de línea dura. Por cierto, esa decisión se basó en motivos políticos: Tito pensaba que en ese momento era posible y deseable suavizar la dictadura; pero como Rankovic y muchos de sus colaboradores eran serbios, creyeron en ese entonces —y en la actualidad están aún más convencidos— que Tito los había destituido porque, como croata que era, no le gustaban los serbios. También sostenían que los francmasones estaban detrás de esa decisión. Zivadin Simic, la figura más prominente de la policía secreta serbia, estaba seguro de que Tito era francmasón[500].

No cabe duda de que el apoyo de los francmasones a la tendencia hacia la liberalización y flexibilización de la dictadura que tuvo lugar en 1966 habría estado en consonancia con su tradición política. Pero no existen pruebas de que Tito haya sido francmasón en secreto, y de hecho es altamente improbable. En 1922 la Internacional Comunista había condenado la francmasonería y es difícil creer que Tito, que acató con lealtad la línea de la Internacional Comunista desde 1920 hasta 1948, año en que se separó del Kominform y de Stalin, haya desafiado la disciplina partidaria para convertirse en masón. Además, por lo que conocemos de la personalidad de Tito, no sería extraño que, al igual que Napoleón, Clemenceau y otros poderosos líderes que bien podrían haber sido francmasones, hubiera decidido no afiliarse a la sociedad.

Después de la proclamación de la independencia de Eslovenia y Croacia en 1991, y de Bosnia en 1992, de la invasión de Croacia y Bosnia por el ejército serbio y de las atrocidades que éste cometió en Vukovar y Sarajevo,

se publicaron en Croacia nuevas historias que culpaban a los francmasones. Se decía que todos los problemas de Yugoslavia habían sido planeados por Lawrence S. Engelburger, el secretario de Estado asistente de Estados Unidos bajo la administración de George Bush, por el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, Gianni de Michelis (ex primer ministro), y por Hans Van Den Broek, ministro de Asuntos Exteriores de Holanda, quien más tarde se convirtiera en uno de los principales funcionarios de la Unión Europea. De Michelis era miembro de la logia masónica P2, del Gran Oriente italiano. En 1995 fue condenado por corrupción y sentenciado a cuatro años de prisión. Se supone que Engelburger y Van Den Broek, así como De Michelis, son francmasones.

Cuando comenzaron los combates en Croacia y Bosnia, el consejo de las Naciones Unidas envió observadores a Yugoslavia para que informaran lo que ocurría allí. Durante muchos meses no tomaron ninguna medida contra los serbios, por lo que los croatas y bosnios los acusaron de proserbios. Por fin, los observadores recomendaron que se impusieran drásticas sanciones económicas contra Serbia y las Naciones Unidas actuaron en ese sentido. Se dice que todo eso fue un complot masónico: al no tomar ninguna medida en las primeras etapas para después imponer sanciones, los francmasones se aseguraban de que continuaran los combates y de que Serbia quedara económicamente incapacitada, para, de esa forma, provocar guerras y caos que llevarían agua al molino de los francmasones.

Los ataques más recientes de la campaña antimasónica se produjeron en mayo de 1999, cuando el diario croata Globus sostuvo que Nenad Porges, ministro de Economía del gobierno de Croacia, era francmasón[501]. En el momento en que escribo estas líneas no se sabe qué repercusiones tendrá el artículo del Globus.

En marzo de 1999 Estados Unidos y sus aliados en la OTAN anunciaron que a menos que el gobierno de Belgrado, presidido por Slobodan Milosevic, accediera a permitir que las tropas de la OTAN entraran en Kosovo para proteger a los albaneses de los serbios, la organización bombardearía Yugoslavia, Kosovo incluida; y, como paso previo al comienzo de los bombardeos, las Naciones Unidas retirarían a los observadores de la ciudad. Los nacionalistas extremistas de Serbia respondieron que si la OTAN bombardeaba Yugoslavia ellos entrarían en Kosovo y exterminarían a todos los albaneses. Y, como el presidente Bill Clinton y sus aliados podrían haber previsto, cuando los observadores de las Naciones Unidas abandonaron Kosovo, los nacionalistas serbios cumplieron su amenaza. Poco después del

comienzo del bombardeo de la OTAN, fue asesinado Slavko Curuvija, director del periódico opositor Dnevni Telegraf de Belgrado. Como había criticado con regularidad al gobierno de Milosevic, se consideró que había sido víctima de los extremistas serbios. Pero, lo que no es extraño, ha surgido otra explicación: en 1998, Curuvija había publicado en su periódico varios artículos sobre la francmasonería. Por lo tanto, se ha sugerido que lo asesinaron los francmasones.

Ninguna de esas acusaciones pudo ser verificada; ninguna está fundamentada en pruebas irrefutables y son todas improbables. No hay necesidad de recurrir a los francmasones para explicar por qué fue asesinado un opositor de los nacionalistas serbios, o por qué Estados Unidos y sus aliados de la OTAN han trabajado coherentemente durante toda la década de 1990 para provocar la derrota, el desmembramiento y la ruina económica de Serbia, el aliado de Rusia en los Balcanes.

XX



La masonería moderna en Gran Bretaña

Mientras en España, Japón y la Europa ocupada por los nazis se perseguía salvajemente a los francmasones, en Gran Bretaña vivían en la feliz atmósfera de los días de Eduardo VII. La masonería inglesa y la de Europa continental habían tomado rumbos completamente diferentes. Los francmasones del continente se consideraban involucrados en una gran lucha política, como había expresado Emmanuel Arago en 1877, contra «los enemigos de los masones, los enemigos del conocimiento, de la libertad de conciencia, de la luz y de los verdaderos derechos del hombre[502]». Los francmasones ingleses eran estrictamente apolíticos y habían establecido logias en las que las discusiones políticas estaban prohibidas y hombres de ideologías muy diferentes podían reunirse en una atmósfera amistosa, incluyendo algunos a quienes Arago habría caracterizado como enemigos del conocimiento, de la libertad de conciencia, de la luz y de los verdaderos derechos del hombre.

Entre los francmasones ingleses había un gran número de hermanos del más alto nivel en sus profesiones y actividades. Había artistas, como Hogarth y *sir* John Soane en el siglo XVIII; músicos desde Thomas Arne, que escribió *Rule Britannia!* a *sir* Arthur Sullivan y, en cuanto a música más ligera, Lionel Monckton[503]; actores desde David Garrick y Edmund Kean a *sir* Henry Irving (que, en 1895, se convirtió en el primer actor inglés que fue nombrado caballero), *sir* Herbert Beerbohm Tree, *sir* Harry Lauder, *sir* Donald Wolfit y Peter Sellers.

Había escritores, desde Alexander Pope, Jonathan Swift, Edward Gibbon, James Boswell, Robert Burns, Richard Brinsley Sheridan, *sir* Walter Scott, el capitán Frederick Marryat y James Hogg (el «Pastor de Ettrick») a Anthony

Trollope, W. S. Gilbert (que compuso operetas con su hermano masónico Arthur Sullivan), Oscar Wilde, Rafael Sabatini, *sir* Arthur Conan Doyle, que hizo muchas cosas en su vida además de inventar a Sherlock Holmes, y ese gran francmasón que fue Rudyard Kipling. Había hombres de ciencia y médicos, como Edward Jenner, el inventor de la vacuna, así como también el gran cirujano y dentista del siglo XVIII chevalier Bartholomew Ruspini, que emigró de Bayona a Londres, se convirtió en el dentista del príncipe regente y fue tan amable con los italianos y otros visitantes extranjeros en Londres que el papa Pío VII lo ordenó chevalier y caballero de la Espuela de Oro, aunque sabía que era francmasón. Y en el siglo XX *sir* Bernard Spilbury y *sir* Alexander Fleming, descubridor de la penicilina.

Muchos de los principales comandantes militares de fines del siglo XIX y del XX eran francmasones: lord Roberts de Kandahar, lord Kitchener, *sir* John French (más tarde conde de Ypres), el conde Haig, *sir* Claude Auchinleck y el conde Alexander de Túnez[504]. Había políticos, desde Canning hasta lord Randolph Churchill, Cecil Rhodes, Leopold Amery, el primer ministro laborista Clement Attlee, su colega Arthur Greenwood y lord Gerald Gardiner, el lord canciller laborista de Harold Wilson en la década de 1960 que se caracterizó por ser muy progresista y por su sobresaliente rectitud[505].

Sir Winston Churchill se incorporó a la francmasonería cuando tenía veintiséis años; fue iniciado en una logia del Café Royal de Londres el 24 de mayo de 1901, poco después de haberse convertido en miembro del Parlamento por el Partido Conservador. Renunció a los masones en julio de 1912, cuando era secretario del Interior del gobierno liberal, porque la presión de su trabajo le hacía imposible asistir a las reuniones de la logia[506].

Como príncipe de Gales, Eduardo VII era un Gran Maestro ideal para los francmasones ingleses. Simpático, amante de los placeres y tolerante, cuando joven había sobresaltado a su padre el príncipe Albert, un hombre serio e intelectual, con sus rudas y estrepitosas travesuras. Una vez arrojó vino a uno de los sirvientes, arruinando la nueva librea de la cual el hombre estaba muy orgulloso; pero dejó de incurrir en ese tipo de conducta cruel a una temprana edad.

Sus padres se asustaron aún más cuando se enteraron de que, a los diecinueve años, mientras estaba participando de maniobras militares en el Curragh, Irlanda, había conseguido introducir a una joven prostituta en sus aposentos durante la noche. Poco después, el príncipe Albert murió de una fiebre tifoidea que había contraído por el pésimo sistema de desagüe del castillo de Windsor. La reina Victoria estaba convencida de que su amado

marido había fallecido como resultado de la aflicción que le había causado la conducta de Eduardo.

En cuando a las mujeres, Eduardo no cambió su estilo. Siguió haciendo el amor con mujeres hermosas estuviera donde estuviere: con la cantante de ópera Hortense Schneider cuando la vio en La Grande Duchesse de Gérolstein de Jacques Offenbach, durante la Exposición de París de 1867; con la belleza de la sociedad, la señora Lillie Langtry; con *lady* Mordaunt, cuyo marido, *sir* Charles Mordaunt, a diferencia de la mayoría de los caballeros de la alta sociedad, no toleró de buen grado la situación e involucró a Eduardo en el escándalo de un juicio de divorcio; con la marisabidilla socialista *lady* Brooke (más tarde condesa de Warwick); con la honorable señora Alice Keppel de Polesden Lacey, cerca de Dorking; pero probablemente no con la famosa anfitriona social y cazadora de talentos señora James de West Dean Park, Sussex. Casi con seguridad, Hilaire Belloc estaba difamando a esa dama cuando escribió en un famoso poema que ella había dado un nuevo significado a la palabra «recibir» en una ocasión en que se anunció que «la señora James recibirá al rey**[507]**».

Pero Eduardo se conducía con suma discreción en todas sus aventuras amorosas y por lo general evitaba el escándalo. Tenía la posibilidad de hacerlo porque, aunque las clases medias y bajas esperaban que fuera un esposo fiel y fingían creer que lo era, los nobles y señores de la sociedad de clase alta entre los que vivía sabían que él, como ellos, tenía amantes.

También contaba con la ayuda de su hermosa esposa, la princesa Alejandra de Dinamarca, quien sabía que debía aceptar las obligaciones de su posición real si quería disfrutar de sus privilegios. Y que una de esas obligaciones, como esposa del príncipe de Gales y más tarde como reina, era no oponerse a que él hiciera el amor a otras mujeres, por más que ella siempre fue una esposa casta y fiel. A cambio, él siempre la trató con el respeto debido a su posición de princesa de Gales y reina y esperaba que sus amantes también le mostraran deferencia, lo que siempre hacían. En especial en el caso de la señora Keppel. Incluso, la reina Alejandra le pidió que visitara a Eduardo cuando él estaba agonizando, porque sabía que eso era lo que tanto él como la señora Keppel habrían deseado.

Pero no siempre pudo evitar el escándalo. Después del divorcio de los Mordaunt en 1870 surgió el escándalo de Tranby Croft, o del bacará, en 1891**[508]**. Eduardo había asistido a una fiesta en Tranby Croft, Yorkshire, en casa de *sir* William Gordon-Cummings, *baronet*, en la que los invitados apostaban dinero en el bacará, un juego de naipes francés que era ilegal. El

anfitrión fue acusado de hacer trampa, lo que llevó a un juicio por difamación en el Alto Tribunal de Londres en el que Eduardo debió comparecer como testigo. Era lamentable que se supiera que el príncipe de Gales había jugado al bacará. Por desgracia, también se conoció el hecho de que el príncipe, cada vez que viajaba en el tren real, llevaba en el bolsillo un mazo de naipes y jugaba un juego francés ilegal con sus compañeros de viaje. La opinión pública estaba tan escandalizada como la reina y la prensa tomó una actitud de crítica feroz. El liberal Daily Chronicle publicó que «la afición [del príncipe de Gales] por la clase más baja de apuestas […] ha conmovido profundamente, hasta podemos decir asqueado, al pueblo que un día puede tener que someterse a su gobierno[509]». Pero los francmasones se mantuvieron leales a él y su fe en el Gran Maestro se mantuvo incólume.

Eduardo era amable con todos, fuesen cuales fueren sus ideologías políticas; en Francia, tanto con el general de Galliffet, el carnicero de la Comuna de París, como con el radical Gambetta. Mostró su apertura mental y su falta de exclusivismo cuando invitó a uno de los nuevos parlamentarios laboristas, Henry Broadhurst, a quedarse en su casa de campo de Sandringham, Norfolk, que había sido construida especialmente para él. Pero, cuando se enteró de que Broadhurst no llevaba un traje de noche, dispuso que se le sirviera la cena privadamente en su habitación[510].

En política, era un conservador acérrimo. Le gustaba acostarse con la condesa de Warwick, pero pensaba que su ideología socialista era ridícula. No estaba a favor de que se invitara a hindúes a incorporarse a los clubes sociales británicos de la India; desalentaba esta actitud porque pensaba que seguramente causaría problemas. Pero los judíos le caían bien y cultivó la amistad de varios financieros judíos.

Como rey, Eduardo influyó sobre la diplomacia internacional. Por cierto, eso aporta un grano de verdad a las posteriores acusaciones de Ludendorff, Custos y los autores nazis según las cuales Eduardo VII estaba planeando una guerra contra Alemania para destruirla. Contribuyó a crear las nuevas alineaciones internacionales por las que Gran Bretaña abandonó su política de neutralidad respecto de las guerras extranjeras, que había mantenido desde la muerte de Palmerston, y formó la Entente Cordiale, una alianza con Francia y Rusia contra Alemania. Para lograrla, visitó a su primo el zar Nicolás II en su yate en Reval, en lo que hoy es Estonia pero que en ese entonces era el Imperio ruso. Fue una medida impopular, porque entonces la opinión pública inglesa era hostil al zarismo ruso. En la prensa británica aparecían constantemente artículos sobre la tiranía del zar y el maltrato a los

campesinos, a los prisioneros políticos exiliados en Siberia y particularmente a polacos y judíos. Pero Eduardo había decidido construir la alianza antialemana con Francia y Rusia. Cuando dos parlamentarios laboristas criticaron su visita al zar, los borró de la lista de invitados a la fiesta en el jardín real[511].

Ni los socialistas británicos ni los antimasones extranjeros podían desacreditar a Eduardo ante la gran mayoría del pueblo de Gran Bretaña. Cuando se hicieron conocidos sus esfuerzos para mejorar las relaciones exteriores mediante conversaciones con estadistas de otros países con los que se encontraba en sus vacaciones de verano en Biarritz, Francia y en Marienbad, Bohemia, en el Imperio austriaco (hoy Marianske Lane, República Checa), el pueblo lo llamó Eduardo el Pacificador y se inventó una canción sobre él que se cantaba en los teatros de variedades:

No habrá guerra,
mientras tengamos un rey como el buen rey Eduardo,
no habrá guerra
porque él odia ese tipo de cosas.
no habrá guerra,
paz con honor, eso es lo que él busca,
así que cantemos todos juntos, muchachos,
cantemos Dios salve al rey.

Eduardo no estaba satisfecho con el alcance de las reformas políticas y sociales introducidas por su gobierno liberal después de 1906. En particular, no estaba de acuerdo con esos dos jóvenes abanderados radicales, David Lloyd George y Winston Churchill, que recorrían el país ganándose el aplauso de los radicales con sus ataques a la aristocracia y a la Cámara de los Lores. Eduardo habló con ellos al respecto y expresó su desaprobación, pero sabía que no podía impedir que realizaran esos discursos. Murió en plena crisis constitucional de 1910, dejando que su sucesor, Jorge V, se ocupara de las restricciones a los poderes de la Cámara de los Lores, a las que Eduardo se había opuesto fervientemente.

Los francmasones británicos continuaron disfrutando de la protección y apoyo de la realeza. Después de Eduardo VII, otros miembros de la familia real mantuvieron el nexo con los masones. El duque de Connaught se convirtió en Gran Maestro cuando Eduardo VII heredó el trono. Después vinieron Eduardo VIII, Jorge VI —un francmasón particularmente activo— y Felipe, duque de Edimburgo. Hoy el duque de Kent es Gran Maestro.

La francmasonería creció en opulencia y poder y sus operaciones

alcanzaron una magnitud sin precedentes. Decidieron construir una nueva sala, el tercer edificio que alzaban en el sitio de Covent Garden donde se habían reunido por primera vez en una posada, en 1717, y donde en la década de 1870 habían edificado una sala imponente. El 8 de agosto de 1925, con el objetivo de recaudar el dinero para el tercer edificio, se realizó en Olympia la reunión masónica más grande de la que se tenga conocimiento. El Gran Maestro, duque de Connaught, asistió junto al príncipe de Gales (luego rey Eduardo VIII) y el duque de York (posteriormente rey Jorge VI). Las mesas a las que los participantes se sentaron a almorzar cubrían un total de 8 kilómetros; 1300 camareras atendieron a los invitados, que comieron 600 pares de patas de cordero, más de 1000 kilos de salmón, 1500 gallinas y más de 1100 litros de helado. Los miembros pagaron por el almuerzo un total de 826 014 libras, 11 chelines y 6 peniques, suma que contribuyó a financiar el costo del nuevo edificio[512]. La sala se inauguró en 1933.

El 24 de junio de 1967 los francmasones celebraron el aniversario número doscientos cincuenta de la fundación de la Gran Logia con una gran manifestación en el Albert Hall de Londres. Asistieron siete mil miembros y el duque de Kent asumió como Gran Maestro[513]. Hoy existen más de ocho mil logias masónicas en Inglaterra y Gales[514].

En la Primera Guerra Mundial, los francmasones cumplieron con su deber patriótico y lo mismo sucedió en la Segunda. Cuando estalló la Primera, el mariscal de campo *sir* John French era comandante en jefe del ejército británico, pero en diciembre de 1915 fue reemplazado por el general *sir* Douglas Haig. La historia de las intrigas que se sucedieron para librarse de French e instalar a Haig sólo se conoció después de la guerra. Entre otros métodos, Haig utilizó la posición de su esposa, que era una de las damas de honor de la reina. *Lady* Haig habló con el rey a favor de su marido. Más tarde, cuando se supo lo sucedido, la gente se escandalizó de que mientras los soldados combatían y morían en el frente de guerra, en el Alto Mando se realizaran intrigas de esa clase para el progreso personal de algunos. Tanto French como Haig eran francmasones. En este caso, no existió ninguna reunión de logia destinada a encontrar un buen trabajo para ambos hermanos y excluir a los no masones.

La brecha entre los francmasones ingleses y sus hermanos de Europa continental se acentuó cuando en 1929 la Gran Logia de Inglaterra difundió una declaración en la que se explicaban las condiciones bajo las que reconocería y cooperaría con francmasones extranjeros. Lo haría sólo con aquellos francmasones controlados por una rígida autoridad central o una

Gran Logia que no permitiera que las ramificaciones locales tuvieran la libertad de desarrollar sus propias políticas, sólo si la creencia en Dios era una condición de membresía, si los miembros se comprometían a llevar a cabo sus obligaciones ante un volumen abierto de la Ley Sagrada, es decir, la Biblia o el Corán o el libro equivalente de alguna otra religión, si se excluía a las mujeres y si «las discusiones religiosas y políticas estaban estrictamente prohibidas dentro de la logia». La condición relativa a la exclusión de las mujeres estaba claramente expresada: «que la membresía de la Gran Logia y de las logias individuales esté compuesta exclusivamente por hombres y que ninguna Gran Logia mantenga relaciones masónicas de ninguna clase con logias mixtas o con organizaciones que admitan mujeres entre sus miembros[515]».

En una época en que en muchos países los francmasones se enfrentaban al crecimiento del fascismo y a la mayor amenaza que había existido jamás contra la francmasonería y los principios de tolerancia en que creían los masones, en que las logias locales estaban tomando medidas independientes para resistir esa amenaza ante la vacilación y obsecuencia de su Gran Logia, en que las mujeres estaban comenzando a exigir los mismos derechos que el hombre, la Gran Logia de Inglaterra escogió ese momento para insistir en no tratar con aquellos francmasones que extendieran el alcance de la tolerancia religiosa a los ateos, que al menos estuvieran dispuestos a relacionarse con logias femeninas y mixtas, que permitieran que las logias locales mantuvieran algún grado de independencia de sus titubeantes Grandes Logias y que pensaran en introducir la política en las reuniones de logia para discutir acerca de la amenaza fascista que se cernía sobre ellos.

XXI



¿Los masones son una amenaza?

La francmasonería inglesa no pudo continuar disfrutando de su cómodo pasado eduardiano sin involucrarse en una controversia. En la segunda mitad del siglo XX se produjeron ataques contra los francmasones. La primera embestida estuvo a cargo del reverendo Walton Hannah, un clérigo de la Iglesia de Inglaterra que poco después se convirtió al catolicismo romano principalmente porque la Iglesia católica era menos tolerante que los anglicanos respecto de la francmasonería. En el libro Darkness Visible (Oscuridad visible) atacó a los francmasones; pero a pesar de que algunos de sus alegatos denunciaban una conspiración masónica —mencionaba intentos de sobornarlo para que no publicara el libro y amenazas a su editor—, su crítica de la masonería era mayormente teológica. Sostenía que el Gran Arquitecto del Universo de los francmasones no era el Dios cristiano y que por lo tanto los cristianos, en especial los obispos de la Iglesia de Inglaterra, no debían ser francmasones. Darkness Visible, así como el libro siguiente de Hanna, Christian by Degrees (Cristiano por grados)**[516]** irritó considerablemente a los clérigos anglicanos que se habían convertido en masones, pero Hanna no logró debilitar la francmasonería. Sus libros fueron prontamente olvidados, quizá porque sus argumentos eran demasiado teológicos e intelectuales.

En la década de 1980, el popular escritor Stephen Knight lanzó un ataque más amenazador y exitoso. Él sostenía estar revelando que la verdadera esencia de la masonería era una conspiración de los francmasones para ayudarse entre sí contra el resto del mundo. Según Knight, los francmasones que ocupan puestos oficiales sienten que su lealtad hacia sus hermanos masones es más importante que su deber público, en razón de que se han

comprometido en ese sentido a través de sus temibles juramentos masónicos y por los escalofriantes castigos que sufrirían si los violaran. Los masones se ayudan mutuamente a obtener empleos y ascensos, de manera que en ciertas organizaciones —como la ciudad de Londres con sus gremios y los cuerpos directivos de una sociedad comercial— es virtualmente imposible que alguien que no es francmasón consiga un nombramiento en puestos influyentes. Los francmasones se reconocen entre sí con sus señales y frases secretas; y cuando un francmasón reconoce a un hermano que le ha hecho la señal secreta, prefiere ayudarlo antes que cumplir con sus obligaciones.

Knight y sus seguidores afirman que los policías francmasones permiten que un delincuente evada la acción de la justicia si éste se ha identificado como masón a través de una señal críptica. Y se cuentan historias de jueces que, en sesión en la corte, han fallado a favor de francmasones que hicieron la señal. Los antimasones sostienen que, en consecuencia, la vigencia de la ley y el orden y la administración de justicia se frustran si los policías y jueces son masones. La ley debería obligar a todos los francmasones a identificarse públicamente, de manera que la opinión pública pueda analizar sus actos y se revele el alcance de su influencia.

Knight comenzó su campaña contra los francmasones en el libro Jack the Ripper: The Final Solution (Jack el Destripador: la solución final) que publicó en 1976 y que trata de los homicidios cometidos por el asesino conocido como Jack el Destripador que conmovieron a los londinenses en 1888[517]. El hombre, que envió a la policía cartas provocadoras firmadas «Jack, el Destripador» y en las que se atribuía los asesinatos, mató a cinco o probablemente seis prostitutas en Whitechapel, un distrito muy pobre de clase trabajadora en el East End de Londres, y les arrancó las entrañas de una manera no muy distinta de la forma de matar mencionada en los procedimientos iniciáticos de las logias masónicas. Los crímenes se cometieron de noche, algunas veces en la casa de la víctima y otras veces en la calle. La primera mujer fue asesinada el 31 de agosto de 1888 y la segunda, el 8 de septiembre. El 30 del mismo mes dos mujeres fueron asesinadas la misma noche con una diferencia de alrededor de una hora entre ambas. El quinto caso ocurrió el 9 de noviembre. Después pareció que el asesino se había llamado a sosiego, pero el 18 de julio de 1889 apareció una prostituta asesinada de una forma muy parecida. Ése fue el último asesinato.

Jamás se atrapó a Jack el Destripador, y su identidad sigue siendo un misterio. Se han escrito varios libros que presentan teorías que tratan de dilucidar su verdadera identidad; por lo general, se le identifica con un

hombre que fue atrapado y ejecutado más adelante por otro homicidio que no tenía conexión con los del Destripador. Pero no se ha podido probar ninguna de esas teorías. En la década de 1890, se creía que un clérigo excéntrico que todos los veranos realizaba reuniones de oración renovadora a cielo abierto, en la playa de Margate, era Jack el Destripador; pero, probablemente, no haya nada de cierto en esa historia.

En Jack the Ripper: The Final Solution, Stephen Knight presenta la teoría más absurda que se conoce: que los homicidios fueron cometidos por francmasones instigados por *sir* William Gull, el médico francmasón de la reina Victoria, con la connivencia de otro francmasón, el jefe de la policía metropolitana, *sir* Charles Warren. Knight afirma que el príncipe Albert Edward, duque de Clarence, el hijo débil mental del príncipe de Gales (el futuro Eduardo VII) que era, después de su padre, heredero al trono, se había casado en secreto con una mujer católica sin el consentimiento de su abuela la reina, lo que era un requisito legal según la Ley de Matrimonios Reales. Esta mujer le dio un hijo.

El primer ministro, lord Salisbury, le pidió a Gull que se encargara de que esa mujer católica fuera encerrada en un manicomio privado. Pero cinco prostitutas se enteraron y Salisbury solicitó a Gull que las silenciara. Gull, que era francmasón, consideraba que las prostitutas eran traidoras a la nación y que por lo tanto era preciso eliminarlas como si fueran francmasones que habían violado secretos masónicos. Así que envió a dos masones a matar a las cinco prostitutas y destriparlas según el tradicional procedimiento masónico.

Ocurrió un incidente en relación con el segundo homicidio cometido el 30 de septiembre de 1888. A la 1.25 de la mañana un policía atravesó la plaza Mitre de Whitechapel y no vio nada extraño; pero cuando regresó un cuarto de hora más tarde, a la 1.40, encontró el cuerpo de una prostituta que había sido destripada. También vio que alguien había escrito con tiza en un muro de la plaza: «Los judíos son los que tienen la culpa».

Cuando *sir* Charles Warren se enteró de la frase, ordenó que la lavaran. Justificó esa acción diciendo que temía que si los transeúntes la veían se desataran motines antijudíos en el East End. Pero Warren sufrió críticas por haber borrado aquellas palabras, ya que la letra podría haber dado pistas sobre la identidad del asesino y podría haber ayudado a atraparlo. En su libro, Knight sostiene que «los judíos» es un término utilizado por los francmasones para referirse a Jubela, Jubelo y Jubelum, que aparecen mencionados en la historia sobre el asesinato de Hiram Abiff en la época de la construcción del templo de Salomón. *Sir* Charles Warren, que era francmasón, se dio cuenta de

que la inscripción del muro se refería a Jubela, Jubelo y Jubelum, lo que quería decir que los francmasones habían cometido los homicidios de Jack el Destripador. Por eso ordenó que borraran las palabras. Knight aduce que la existencia de la inscripción sobre los judíos y el hecho de que Warren ordenara que la borrasen fueron mantenidos ocultos durante casi noventa años hasta que él los descubrió en los archivos secretos de Scotland Yard, en la década de 1970. También dice que Warren jamás dio ninguna explicación para justificar la orden de que borraran la inscripción.

Pero las afirmaciones de Knight en este sentido son falsas. La existencia de la frase en la pared, así como el hecho de que Warren ordenó que la borrasen, no fueron mantenidos en secreto durante noventa años, sino que se mencionaron en varios libros sobre Jack el Destripador de la década de 1930, en los que también se discuten las razones que adujo Warren para explicar por qué había hecho limpiar la pared, es decir, que temía que estallaran disturbios antijudíos. Sin embargo, Knight siguió desarrollando su teoría sobre los francmasones y Jack el Destripador en el libro The Brotherhood (La hermandad), de 1984. Allí se lee que «Warren obstaculizó todas las etapas de la investigación sobre el Destripador», hecho que demuestra que existió «una maniobra oficial de inmensas proporciones para tapar la verdad, lo que confirma que en verdad la francmasonería era el poder invisible detrás del trono y del gobierno**[518]**».

La historia de Knight se derrumba a cada paso. Los francmasones no usan la frase «los judíos» para referirse a Jubela, Jubelo y Jubelum. La existencia de la inscripción en la pared y los motivos de Warren para borrarla no se mantuvieron en secreto durante noventa años. Knight no explica cómo se enteraron las cinco prostitutas asesinadas del matrimonio del duque de Clarence ni por qué Gull pudo haber decidido que ellas debían ser castigadas como francmasones que han revelado secretos de la masonería. Tampoco ofrece ninguna explicación de por qué los asesinos escribieron la frase sobre los judíos en el muro, identificando así a los francmasones —si la teoría de Knight fuera correcta— como los culpables, cuando presumiblemente habrían deseado guardar un silencio sepulcral al respecto.

Es muy improbable que lord Salisbury, estadista tolerante y miembro muy devoto de la Iglesia de Inglaterra, haya participado en algún asesinato, aunque fuera para silenciar un escándalo en el que se hubiera visto involucrada la familia real. Tampoco existen motivos para creer que *sir* William Gull haya ordenado a los francmasones que mataran a alguien. En cuanto a *sir* Charles Warren, ésa no fue la única ocasión en que fue criticado por un error de

procedimiento en sus acciones como jefe de la policía metropolitana; pero todos los historiadores, no solamente los masónicos, tienen con él una deuda de gratitud por su participación en la fundación de una sabia y erudita sociedad histórica, la logia masónica Ars Quatuor Coronatorum, y del periódico en el que se publican los artículos más informativos y equilibrados sobre la historia de los masones.

Después del libro de Knight, The Brotherhood, de 1984, aparecieron los escritos incluso más fantasiosos de Martin Short: Inside the Brotherhood: Further Secrets of the Freemasons (Dentro de la hermandad: más secretos de los francmasones), de 1989 y Lundy: the Destruction of Scotland Yard's Finest Detective (Lundy: la destrucción del mejor detective de Scotland Yard) de 1991. Cuando se publicó el primero de ellos, Stephen Knight ya había muerto, a los treinta y tres años de edad, de una epilepsia provocada por un golpe que recibió en la cabeza con un bate mientras estaba jugando *cricket*. Short no llega —pero por muy poco— a decir que los francmasones asesinaron a Knight por haberlos atacado en The Brotherhood; pero sostiene que muchos francmasones creen firmemente que sus hermanos masónicos lo mataron[519]. En Lundy: the Destruction of Scotland Yard's Finest Detective, Short alega que Lundy, un detective de Scotland Yard, fue incriminado y despedido de su puesto porque se negó a participar en un complot organizado por los francmasones de la institución a fin de ayudar a sus hermanos masónicos a evadir la acción de la justicia.

Al leer los libros de Knight y Short, hay que tener en cuenta dos cosas. Primero, que algunos policías son corruptos y que algunos jueces toman decisiones legales que a veces son muy difíciles de entender y explicar. En el caso de la policía, es inevitable y, por cierto, deseable y necesario, que los detectives tengan trato con los delincuentes, hablen con ellos y beban a su lado y que al menos finjan cultivar su amistad, con el objeto de obtener información útil. Pueden y deben ir más allá y realizar tratos con ellos, lo que a veces ocurre, aunque luego lo nieguen públicamente para evitar ser criticados por los jueces y la opinión pública.

En segundo lugar, hay que recordar que los detectives, abogados y jueces suelen tener un sentido del humor algo cínico y a veces realizan bromas en privado sobre sí mismos y su profesión que no deben ser tomadas muy en serio, ni siquiera por autores de libros populares sobre los francmasones. Si bien mucha gente cree que nuestra fuerza policial británica es la mejor del mundo, y no faltan los políticos y otras personas que aparecen en televisión que lo afirman, los policías experimentados saben que, aunque quizá sea la

mejor del mundo, en cualquier caso, es mucho menos buena de lo que debería ser. Y cuando esos mismos políticos y personalidades de la televisión rechazan indignados la idea de que los libios acusados de cometer actos de terrorismo deberían ser juzgados en un país neutral y no en Escocia —porque eso implicaría que la justicia británica no es perfecta e infalible—, los abogados y jueces con experiencia saben que puede llegar a ser más justa que en otros países, pero que algunas veces se condenó a gente inocente en los tribunales de Gran Bretaña. Y como no pueden o no desean decir eso en público, es más probable que lo comenten en privado.

Son esos mismos policías y jueces que hacen esos comentarios cínicos y jocosos quienes se oponen con mayor vehemencia a la corrupción y a la injusticia y quienes con más probabilidad harán todo lo que puedan para erradicarlas. Mientras tanto, esos políticos y formadores de opinión que denuncian con más fuerza la corrupción y los prejuicios raciales de la policía son por lo general los mismos que ayer trataban de restringir los poderes de las autoridades policiales para castigar a los policías corruptos y racistas, proponiendo la inserción de garantías que aseguraran una audiencia justa a los policías acusados, por simpatía o temor a la policía o a otros sindicatos.

En el libro sobre Lundy, Short describe una cena que se llevó a cabo en 1980 en el Royal Lancaster Hotel, de una logia masónica cuyos miembros eran casi exclusivamente policías masones. Como es habitual, se permitía que los hermanos llevaran invitados, y un policía llevó a un famoso delincuente. Durante la cena se realizó una rifa y el criminal obtuvo el primer premio, que era un televisor. Cuando acudió a recibir el premio, otro policía presente le susurró a su vecino que ése era el primer televisor que el criminal había obtenido sin robarlo. Todos los detalles de esta historia suenan verdaderos; pero cuando Short llega a la conclusión de que algunas logias masónicas no son «una columna de defensa y apoyo mutuo» como sostienen los francmasones, sino «células de crimen y corrupción», deberíamos preguntarle si está seguro de que ningún policía, corrupto u honesto, ha invitado alguna vez a un delincuente a una cena que no tenía absolutamente nada que ver con los masones[520].

Varias veces se ha relatado la famosa historia del juicio del envenenador Frederick Seddon ante el juez Bucknill, en 1912, por el asesinato de la señora Barrow. Cuando declararon culpable a Seddon y le preguntaron si tenía algo que decir antes de que el juez dictara sentencia, el acusado juró «por el Gran Arquitecto del Universo» que era inocente. El juez Bucknill era un conocido francmasón y se dio cuenta por esas palabras de que Seddon también lo era.

Bucknill estaba viejo y enfermo y durante el juicio había dado señales de que la presión de los procedimientos lo había afectado emocionalmente. Al dictar la sentencia de muerte, dijo que las palabras de Seddon mostraban que ambos eran miembros de la misma distinguida sociedad y que, aunque esa circunstancia agravaría su pesar al sentenciar a muerte a Seddon, no impediría que cumpliera con su deber. Knight tergiversa esta historia, que muchas veces se ha citado en favor de los francmasones, y argumenta que el juez estaba apenado porque Seddon no había revelado antes su conexión con la francmasonería, lo que le habría permitido alterar los procedimientos y manejar el juicio de manera tal que el jurado no lo habría declarado culpable[521].

Short relata varios incidentes que le confiaron jueces del Alto Tribunal bajo la promesa de que no revelara sus nombres. Un juez mencionó un caso en el que otro juez estaba oficiando en una petición de custodia de los niños en un juicio de divorcio. Durante la audiencia, el juez dio a entender que se inclinaba hacia la posición de la esposa, hasta que el marido se rozó los cabellos mientras giraba la mano. Era una señal secreta de los masones y apenas el juez la vio cambió su actitud de inmediato. Después de unas pocas preguntas, resolvió el caso en favor del marido y le otorgó la custodia de los hijos.

Ese relato suena sumamente improbable. El anónimo juez que conversó con Short quizá sólo estaba contándole una buena historia. No es para nada inusual que un juez que no es francmasón dé la impresión, en el transcurso de un juicio, de estar a favor de una de las partes cuando de hecho ya se ha decidido en su contra. Los jueces hacen eso para demostrar, o para dar a entender, que no estaban inclinados desde un principio contra el litigante que pierde.

Short se mueve en terreno más seguro cuando, en Inside the Brotherhood[522], escribe sobre el caso de los francmasones italianos de la P2 y la muerte de Roberto Calvi. La logia P2 del Gran Oriente de Italia fue fundada por Lucio Gelli. Él había participado activamente del fascismo y en 1944 combatió del lado de la República Social Italiana de Mussolini, en el norte del país, contra los guerrilleros comunistas. Dirigió asaltos en los que los fascistas derrotaron y capturaron guerrilleros que fueron, después, invariablemente ejecutados. Pero Gelli compartía con otros fascistas la idea de que era posible que los aliados ganaran la guerra y de que, en consecuencia, los guerrilleros comunistas bien podrían tener la oportunidad de vengarse de los fascistas. Entonces consideró prudente ponerse de su lado.

Cuando encabezaba los ataques fascistas, alertaba en secreto a los guerrilleros a fin de que supieran que él y su gente se acercaban. Eso daba a los guerrilleros la oportunidad de escapar antes de que llegaran los fascistas, pero no fue suficiente para que Gelli convenciera a los comunistas y a los tribunales antifascistas que se formaron después de la guerra de que siempre había pertenecido a la resistencia. Y, en 1945, escapó a la Argentina. Después de pasar algunos años en ese país, regresó a Italia con un pasaporte diplomático argentino y pudo aprovechar una amnistía que lo eximía de ser juzgado por sus actividades fascistas de 1943 a 1945.

Se convirtió en un oscuro hombre de negocios que se ocupaba en especial del comercio con Rumania en el apogeo de la guerra fría, época en que el límite entre las transacciones legales y el mercado negro era a veces difícil de determinar. Estas actividades comerciales lo pusieron en contacto con financieros y exportadores, así como con políticos de la extrema derecha, del centro liberal y con los comunistas italianos. Formó una nueva logia masónica que fue llamada la Logia P2 del Gran Oriente. Entre los miembros de la logia había cuarenta y tres parlamentarios, tres de ellos ministros del gabinete; cuarenta y tres generales, ocho almirantes, muchos funcionarios civiles del gobierno, veinticuatro periodistas y los personajes más importantes de la televisión italiana. Cuando salieron a la luz los fraudes financieros en los que Gelli había estado involucrado con los rumanos, hubo un escándalo y el incidente fue utilizado para desacreditar a los francmasones. El Gran Oriente italiano ofreció la excusa masónica habitual y plausible de que siempre existe alguna manzana podrida; la logia P2 fue expulsada del Gran Oriente. Por supuesto que eso no aplacó a los críticos, quienes dijeron que la expulsión era falsa y que en realidad la P2 seguía relacionada con el Gran Oriente.

Gelli fue condenado por fraude en Suiza y sentenciado a un término de prisión en una cárcel suiza. Pero en 1985 escapó a Uruguay. Más tarde, regresó voluntariamente a Italia para someterse a juicio por varias acusaciones de fraude y consiguió alargar los procedimientos durante varios años. Por fin, en abril de 1992, fue declarado culpable y sentenciado a dieciocho años y seis meses de prisión. Pero se le liberó de inmediato hasta la audiencia de apelación. El juicio todavía continúa[523].

Quizá debido a que el informe del Parlamento italiano sobre el escándalo P2 fue publicado en 1984, muy poco después del caso Calvi, la gente se apresuró a relacionar a los francmasones con la muerte de éste. Calvi era presidente de un banco importante y exclusivo, el Banco Ambrosiano, que tenía algunos clientes poderosos, entre ellos el propio Gelli y el Vaticano. En

junio de 1982 se informó a Calvi que el Banco de Italia deseaba interpelarlo a propósito de mil cuatrocientos millones de dólares que habían desaparecido. Entonces, Calvi decidió marcharse a Londres de inmediato. Tenía muchos amigos en Inglaterra; algunos eran francmasones.

La noche del 19 de junio de 1982 se encontró el cuerpo de Calvi colgado de las vigas del puente Blackfriars de Londres, con una soga al cuello. La investigación forense arrojó un veredicto de suicidio por ahorcamiento. Pero luego se descubrieron varios hechos curiosos que se publicaron en la prensa italiana. En el bolsillo, Calvi tenía algunas piedras y hebras de paja y la suficiente cantidad de droga como para administrarse una dosis letal. Se escribieron artículos y se debatió en televisión haciendo preguntas pertinentes: si había querido suicidarse, ¿por qué no se limitó a tomar una sobredosis de droga en la casa de Hampstead donde se alojaba en vez de dirigirse al puente de Blackfriars y ahorcarse? ¿Y por qué tenía piedras y paja en el bolsillo?

En la prensa italiana aparecieron artículos que criticaban y se burlaban del veredicto de suicidio. Como quedó claro que la investigación había sido superficial e insatisfactoria —como suelen ser las investigaciones hoy en día—, en junio de 1983 se realizó una segunda investigación. El veredicto de la primera fue desechado y se emitió otro, en el que se afirmaba que no era posible establecer las causas de la muerte. Pero la cuestión no quedó allí; The Times envió a un periodista a interrogar al encargado del comité investigador, otro fenómeno de los tiempos modernos. El funcionario declaró que, si el segundo comité hubiera estado enterado de todos los hechos que se conocieron más tarde, el veredicto habría sido de homicidio.

Cada vez más personas creían que el homicidio era la explicación más probable. Las pruebas indicaban que Calvi había sido secuestrado por asesinos profesionales que lo llevaron al Támesis en una embarcación, lo asesinaron y luego izaron su cadáver desde la barca con una soga alrededor del cuello y lo dejaron colgando del puente.

Hasta ahí, la argumentación es convincente. Pero en ese punto entran en la historia los francmasones, y con ellos el disparate y la histeria. Como Gelli era uno de los clientes del banco de Calvi, la P2 y los francmasones debían de haber tenido algo que ver; y Calvi había dicho a sus amigos que en una visita anterior a Londres había concurrido a una logia masónica. Entre los afiliados a esa logia estaban no sólo Peter de Savary, un empresario muy pudiente, sino también varios miembros de la familia real. Como en 1982 los únicos francmasones activos pertenecientes a la realeza eran el duque de Kent y el

príncipe Michael de Kent, ambos de la Logia Royal Alpha número 16, ésa debe de haber sido la que conoció Calvi (a menos que se hubiera referido a una visita a Londres realizada años antes, cuando el rey Jorge VI y el príncipe Felipe, duque de Edimburgo, pertenecían a la Logia Naval número 2612).

Ni Short ni sus colegas antimasónicos consideran una tercera posibilidad: que Calvi, presidente prófugo de un banco que había sido acusado de un desfalco de casi mil quinientos millones de dólares, podría haber inventado la historia de su visita a una logia, en la que había conocido a un millonario y a varios miembros de la realeza.

Los antimasones descubrieron otra evidencia que incriminaba a los masones. Los asesinos lo habían colgado, después de matarlo, porque el lazo que tenía alrededor del cuello se parecía al que se le hace a los nuevos masones en las ceremonias de iniciación. Pusieron las piedras y la paja en el bolsillo porque los francmasones creen que, cuando un hombre se inicia, es como una piedra tosca y sin facetar; luego, se va esculpiendo gradualmente hasta transformarse en un «Sillar Perfecto». Lo colgaron del puente Blackfriars porque los masones de la logia P2 de Italia realizan sus ceremonias vestidos con casacas negras como los frailes dominicos, los que la historia conoce como Frailes Negros[524]. El puente pertenece a la jurisdicción de la policía de la Ciudad de Londres, que, según palabras de Short, está «hundida en la francmasonería», y está a corta distancia de los jardines del Temple, lo que es más significativo aún, ya que los francmasones descienden de los Caballeros Templarios del siglo XIV.

Por último, Short exhibe su argumento final y más concluyente. Calvi debió haber sido asesinado por la Mafia o por los francmasones italianos; pero nadie sugirió que la Mafia tuviera alguna conexión en Londres, mientras que dos masones italianos —Florio Carboni y Sylvano Vittot— acompañaron a Calvi en su visita a Londres. En ese viaje, Carboni se contactó con un francmasón británico. Entonces, Short saca la siguiente conclusión: «No hay pruebas que relacionen a ningún masón británico con un complot para matar a Calvi, pero[525]…».

Me he extendido sobre el libro de Short porque me parece que, al igual que los escritos de su amigo Stephen Knight, es un excelente ejemplo de lo que señalé en el capítulo 18: que si bien había al menos una base de realidad en los argumentos antimasónicos de Prichard, Le Franc, Barruel y Robison en el siglo XVIII, y de Eckert, Bernard y John Quincy Adams en el XIX, los enemigos de la francmasonería en los últimos ciento veinte años —Taxil, Nilus, Ludendorff, Custos y el lote más reciente de autores populares ingleses

y sus contrapartes de la televisión— han llevado la antimasonería al reino de la fantasía. Era cierto que había francmasones en la logia P2 y tal vez masones italianos en otras logias, que se habrían sentido felices de librarse de Calvi; algunas personas del Vaticano se habrían sentido igualmente contentas de perderlo de vista. Por supuesto, no es imposible que alguno de ellos haya contratado a un asesino profesional para consumar el asesinato. Es posible que hayan contratado gente de la Mafia; y, en esta época de viajes por avión y de estrecho contacto entre los países de la Unión Europea, también es posible que esos profesionales hayan viajado de Italia a Londres para cometer el asesinato incluso aunque, a diferencia de los francmasones italianos, no tuvieran hermanos mafiosos en esa ciudad.

Incluso también es posible que muchos de esos hechos incriminatorios hayan sido inventados o muy exagerados y que Calvi efectivamente se haya suicidado —tenía razones para hacerlo— y que exista alguna otra explicación que aún no se ha presentado para aclarar los puntos que entran en conflicto con la teoría del suicidio. Quizá la soga, las piedras y la paja hayan sido indicios colocados deliberadamente para inculpar a los masones. Pero lo que resulta más difícil de creer es que hasta los asesinos más fríos y profesionales no cometieran el más mínimo error y recordaran, mientras se apresuraban a partir después de haber matado a Calvi, que los dominicos son conocidos como los Frailes Negros y que los jardines del Temple habían albergado en una época a los Caballeros Templarios que eran antepasados de los francmasones.

Los francmasones son los primeros en admitir que entre su gente hay personas malvadas, fraudulentas y corruptas; pero hay hombres que no son francmasones que son malvados, fraudulentos y corruptos. Han existido brillantes jóvenes magos de las finanzas que no eran francmasones a quienes se les ocurrió «tomar prestado» dinero de sus compañías o bancos, jugar con él en la bolsa, obtener una gran ganancia y después devolver la suma que habían tomado. Pero tal vez las acciones cayeron inesperadamente y se dieron cuenta de que no podían reponerla. Ha habido criminales de todas las nacionalidades involucrados en el tráfico ilegal de drogas, o en el robo de barras de oro, que han contratado asesinos profesionales para eliminar a sus rivales. Podemos estar seguros de que ninguno de esos delincuentes era francmasón, porque, de lo contrario, con seguridad nos lo habrían dicho.

De la misma manera, los francmasones aceptan que cuarenta o cincuenta años atrás, y también en los últimos tiempos, algunos hermanos se han afiliado a la orden «por las razones equivocadas», como dicen ellos. Se

refieren a que esos masones se incorporaron porque pensaban que obtendrían algún beneficio, y no para hacer el bien, mejorarse a sí mismos y contribuir a las muchas fundaciones de caridad, tanto masónicas como no masónicas, que reciben cuantiosas contribuciones de los francmasones, como admiten hasta sus opositores.

Las organizaciones tienden a transformarse en lo que sus opositores las acusan de ser. En el siglo XVIII, cuando la Iglesia católica acusó a los francmasones de tramar revoluciones en las logias, muchos jóvenes revolucionarios se afiliaron a la masonería y poco tiempo después las logias llegaron a convertirse en centros de agitación revolucionaria. Durante la primera mitad del siglo XX, todo el mundo decía que los francmasones eran una sociedad de socorros mutuos cuyos miembros se ayudaban entre sí a obtener buenos empleos, aunque no ayudaban a los hermanos que cometían crímenes. Entonces, muchas personas que querían conseguir buenos puestos y tener amigos influyentes se hicieron masones. En la actualidad hay muchos hombres de sesenta y setenta años de edad —y sin duda más jóvenes— a quienes sus padres, tíos o maestros aconsejaron que se convirtieran en masones.

También, señalan los francmasones, no sólo en las logias masónicas la gente conoce a amigos útiles que les dan los buenos empleos que no dan a personas a quienes no conocieron socialmente. Afirman que, en ese sentido, no difieren de un club de golf. En algún aspecto, eso es cierto, pero no es toda la verdad. Los socios de los clubes de golf no prestan juramento de no revelar los secretos del club. No insisten en que todos los socios deben creer en Dios, aunque hasta hace poco en Gran Bretaña, y aún hoy en algunos lugares de Estados Unidos, sí insisten en no admitir judíos. Sobre todo, los socios de los clubes de golf no se han rodeado de una atmósfera de secreto.

Y ese secreto sigue siendo, hoy como siempre, el problema. Eduardo VII, cuando era príncipe de Gales y Gran Maestro, dijo que los francmasones eran una sociedad secreta, pero no peligrosa[526]; sin embargo, esa distinción es demasiado sutil para convencer a los críticos o a la opinión pública. Hoy, los francmasones insisten en que no son una sociedad secreta, ya que publican un anuario con los nombres del Gran Maestro y de los funcionarios de la Gran Logia y de miles de otros maestros de logias de Inglaterra y Gales, porque se han publicado y puesto a la venta libros en los que se describen sus rituales secretos del pasado y sus viejas «palabras masónicas», porque han grabado en un video, que está a la venta, parte de sus ceremonias, porque muchas de sus frases secretas —«on the square[527]» es sólo un ejemplo— ahora forman

parte del idioma inglés, porque en los libros en que revelan sus rituales sólo se han eliminado unas pocas palabras especialmente sagradas —el nombre de Dios, Jahbulon, es una de ellas—, y porque esas palabras faltantes, en cualquier caso, muchas veces han sido reveladas al mundo por hermanos desertores.

Pero si un no masón, un cowan, como ellos los llaman, empieza a hacer preguntas, sólo obtendrá buenas respuestas de los funcionarios de alta jerarquía de la Gran Logia. Sólo en los niveles inferiores, el maestro y los funcionarios de las logias locales responden a los interrogatorios con evasivas o silencio.

En la década de 1720 había escépticos que pensaban que los únicos secretos que tenían los francmasones eran los nombres de las damas de sociedad a quienes habían seducido y la identidad del hermano que había logrado beber más que los otros en la última reunión de logia. Hoy se bebe en menor cantidad, aunque los masones siguen disfrutando del buen vino y la buena mesa. ¿Será cierto, como se ha sugerido muchas veces, que, al igual que en el relato del padre Brown de G. K. Chesterton The Purple Wig (La peluca púrpura), el gran secreto que se revelará cuando caiga la peluca es que quien la llevaba puesta no tenía nada que ocultar? Es probable que eso siempre haya sido así respecto de la francmasonería inglesa desde 1717 aunque, por supuesto, no fue el caso —y todavía no lo es— de los revolucionarios de las logias Lautaro o de aquellos que en la actualidad se enfrentan a crueles persecuciones, torturas y asesinatos en las logias ilegales de Irán, Afganistán y otros países en los que los fundamentalistas musulmanes detentan el poder.

Los francmasones siempre insisten en que no son una religión. Es fácil darse cuenta de cuál es la razón: si la francmasonería fuera una religión, el arzobispo de Canterbury y sus obispos, el rabino principal y unos pocos francmasones católicos no podrían asistir a reuniones de una religión distinta de aquéllas en las que ellos son figuras destacadas. Sin embargo, los masones se refieren a sus reuniones y rituales, lo que es ridículo para muchos cowan, con la misma reverencia que los católicos adoptan ante el confesionario o durante la misa.

Cuando me encontraba realizando las investigaciones para este libro, un importante francmasón me dijo que estaba seguro de que el porcentaje de francmasones que asiste a la iglesia los domingos es mayor que el porcentaje de la población en general, lo que bien puede ser cierto en un país en el que tan poca gente asiste regularmente a la iglesia. No todos pensarán que ése es

el mejor criterio para juzgar la virtud y moral de un hombre; pero, en cualquier caso, es cierto que los francmasones tienen el derecho de considerarse una de las pocas organizaciones en las que palabras como «virtud» y «moral» se toman en serio y no son consideradas como ridiculeces que interfieren con el sagrado propósito de ganar dinero.

La actitud de los francmasones respecto de las mujeres parece anticuada en grado sumo. Son sorprendentemente amables con sus esposas y sus empleadas, que tienen muchas menos probabilidades de sufrir abuso o falta de respeto a manos de los francmasones que por parte de muchos empleadores o altos ejecutivos de negocios. Por otro lado, los francmasones no sólo excluyen a las mujeres de sus filas, sino que también se niegan a relacionarse con cualquier sociedad que acepte mujeres. No están violando la Ley contra la Discriminación Sexual, ya que ésta permite que los miembros de clubes privados excluyan a personas debido a su sexo. Y la mayoría de las mujeres y la mayoría de las esposas no presentan objeciones a que los hombres, entre ellos sus maridos, deseen pasar una tarde o noche de tanto en tanto con otros hombres en almuerzos o cenas a los que ellas no pueden acceder. No son muchas las mujeres que disfrutan —en la misma medida que los hombres— de vestirse de uniforme y participar de ceremonias de cien años de antigüedad. Por esa razón, la mayor parte de las mujeres no desea incorporarse a las logias masónicas ni a las hermandades laborales de su ciudad, y se contentan con asistir como invitadas en alguna ocasión especial, dejando que sus maridos concurran a las otras cenas y encuentros reservados sólo a hombres.

Pero incluso en el reinado de Jorge I, en los días de Hogarth y La ópera del mendigo, la gente reprobaba el hecho de que los francmasones excluyesen a las mujeres y eso parece más extraño en la actualidad, cuando las mujeres ocupan roles cada vez más importantes en las profesiones, el comercio y los grandes negocios, para no mencionar el mundo literario y el negocio del espectáculo. Hoy en día, en el último año del siglo y del milenio, una grande y poderosa organización multinacional sufre menos trastornos (salvo en algunos casos excepcionales) si el presidente tiene un ataque al corazón que si su secretaria toma sus vacaciones anuales o se interna en un hospital para tener un hijo. Y una joven dama que aparece con regularidad en televisión y que no sólo es hermosa, sino que también da la impresión de ser bondadosa y amable, tiene mucha más influencia política y pública que los miembros de cualquier logia. Quizá la razón por la que los masones excluyen a las mujeres sea un sano instinto de conservación puesto que para el año 2030, o antes,

nadie creerá que una organización sin mujeres, compuesta exclusivamente por hombres ancianos y de mediana edad, pueda ejercer alguna influencia en la vida pública o política, ya sea para bien o para mal.

Pero en la actualidad mucha gente sigue creyendo todas las historias, por ridículas que sean, que se cuentan sobre los francmasones, y exigen leyes que restrinjan sus derechos. Hoy en día no piden la prohibición de la francmasonería. Pero si sesenta y dos años atrás, en un país con tradiciones democráticas tan fuertes como Suiza, fue posible que casi un tercio de la población votara en un referéndum a favor de una enmienda constitucional que proponía prohibir a los francmasones, si es posible que en la Inglaterra de hoy los parlamentarios exijan que los miembros de organizaciones y profesiones estén obligados por ley a revelar si son o no son masones, bien podríamos estar a un paso de que se exija que la francmasonería sea declarada ilegal. Pues la historia de Gran Bretaña, y todavía más la de Estados Unidos, deberían recordarnos que no sólo los monarcas absolutistas y los dictadores han perseguido a las minorías, sino también las mayorías populares y sus representantes democráticamente elegidos en un parlamento libre.

El factor más estúpido de esta situación es que hasta 1967 se exigía por ley que los francmasones entregaran una lista de sus miembros, así como la hora y lugar de sus reuniones, a los jueces de paz locales. Por lo general, los masones cumplían con la ley, aunque a veces algunas logias se olvidaban; pero la Ley de Sociedades Ilegales fue revocada por Ley Penal de 1967, en un momento en que, a través de las Leyes de Revisión de Leyes Estatutarias, se estaban aboliendo muchas leyes que durante varios años no habían estado en vigor y que, por lo tanto, se consideraban obsoletas.

La Ley de Sociedades Ilegales, así como la de Juramentos Ilegales, habían sido dictadas para combatir a los radicales y a los sindicatos. La segunda de ellas fue utilizada en 1834 para juzgar a los seis trabajadores agrarios de Tolpuddle, Dorset, que en ese momento eran mencionados como «los trabajadores de Dorchester» y que hoy en día son conocidos como «Los mártires de Tolpuddle». Los seis hombres habían jurado no revelar qué había sucedido en las reuniones de su sindicato. Eso bastó para enviarlos a Australia y al infierno en vida de los barcos de convictos y las instalaciones carcelarias de Nueva Gales del Sur y Van Diemen’s Land (Tasmania).

Por lo tanto, los parlamentarios laboristas de Harold Wilson consideraron, en 1967, que esas leyes eran notoriamente malvadas. Se apresuraron a revocarlas sin darse cuenta de que treinta años más tarde exigirían que se volviera a obligar a los francmasones a registrarse ante los jueces de paz o

algún otro organismo similar. Como es típico de la actitud de los autores antimasónicos populares, Stephen Knight, en The Brotherhood, acusa a los francmasones de no haber entregado los nombres de sus miembros a los jueces, de haber violado la Ley de Sociedades Ilegales y de usar sus influencias masónicas para eludir los juicios por esa contravención. Knight no se percató de que la Ley había sido abolida diecisiete años antes de que se publicara su libro.

Los francmasones estaban bastante dispuestos a entregar sus nombres a los jueces de acuerdo con la Ley de 1799. Pero en la actualidad se oponen a una legislación que los obligue a ello, porque estarían sufriendo discriminación con respecto a otras organizaciones. Como hemos visto, sus comparaciones con los clubes de golf son un poco débiles; pero tienen todo el derecho de señalar que sería un escándalo si se exigiera por ley a los miembros de la policía y a los jueces que declaren si son católicos, si votaron a los laboristas o a los conservadores en las últimas elecciones generales, o si alguno de ellos ha realizado donaciones a Israel durante alguna de las guerras entre árabes e israelíes en 1948, 1967 o 1973.

Mientras tanto, hasta que pueda imponer alguno de sus proyectos legislativos en la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores, el nuevo Partido Antimasónico recurre a un organismo que muchas veces en la historia ha sido instrumento de persecuciones: la Comisión Parlamentaria de Investigaciones. Se ordena que funcionarios de la Gran Logia y de las fuerzas policiales comparezcan ante la Comisión e informen cuántos miembros de la policía de West Midlands son francmasones. Se les advierte que, si no se presentan, se los encarcelará en la Torre del Reloj debajo del Big Ben, en Westminster, por el plazo que la Cámara de los Comunes determine. Hasta ahora no hemos visto un conflicto frontal entre los jueces y la Cámara de los Comunes, como ha ocurrido otras veces a lo largo de la historia. La última oportunidad fue en 1840, cuando los tribunales enviaron a prisión, por desacato, a los funcionarios de la Cámara de los Comunes que desafiaron sus órdenes; entonces, la Cámara de los Comunes envió a la Torre del Reloj, por desacato ante la Cámara, al comisario de Middlesex que intentó llevar a cabo la orden de prisión por desacato a la corte. ¿Volverá a ocurrir un conflicto de esas características? No es imposible, considerando la actitud actual de los jueces y de la Cámara de los Comunes.

El secretario del Interior adopta una posición que, al menos en la superficie, es justa y razonable. Señala que se suele decir que no hay humo sin fuego; y que, como sale mucho humo de la Sala de los Francmasones, se

necesita una investigación que condene o reivindique a los francmasones. ¿Pero acaso no emana humo también de otras instituciones? ¿De los organismos de conductores de vehículos y transporte público, de las compañías de servicios públicos, de Harrods, del director de la Fiscalía, del Kensington Palace, del Servicio de Fiscalía de la Corona, de las oficinas de relaciones públicas de muchas empresas multinacionales, de la Cúpula del Milenio, de la División de Fraudes, de Balmoral y el entorno del príncipe de Gales, de muchas municipalidades laboristas y de la residencia oficial del lord canciller? ¿Acaso no se detienen los juicios penales, no sólo cuando hay francmasones de por medio, sino cuando los jueces o el director de la Fiscalía impiden que el caso llegue al jurado y anulan el enjuiciamiento de hombres que para la mayor parte de la opinión pública son culpables? ¿No se debe eso a una reacción —tal vez una reacción que ha llegado demasiado lejos— contra los duros jueces que mandaban gente a la horca en los tiempos de lord Goddard y el juez Avory y a favor de jueces que no trepidan en proteger a un sospechoso de haber cometido un delito, aunque esté claro que los masones no tienen nada que ver?

Es fácil darse cuenta de por qué se hostiga a los francmasones. Son vistos como un grupo de clase media privilegiado y pudiente. Al igual que las hermandades profesionales de la ciudad, se les puede atacar con impunidad porque tienden a no prestar atención a las críticas y no desean rebajarse a responderlas. Los críticos deben tener cuidado respecto de a quién critican. Los negros de Brixton —como los asiáticos de Bradford y los judíos de Golders Green— pueden devolver el golpe. Parafraseando las famosas palabras de Anatole France, son animales muy malvados: si se les ataca, se defienden. Pueden iniciar un disturbio, o quemar las oficinas de los editores de libros que critican su religión. Y los judíos de Israel también saben cómo castigar a sus enemigos. Pero los francmasones, como los líderes de las minorías étnicas, impiden justamente que sus miembros se venguen, que formen grupos de vigilantes; y, a diferencia de los negros y asiáticos, no están protegidos por un gobierno que está decidido a hacer cumplir la ley y el orden.

¿No es hora de dejar tranquilos a los masones para que puedan tener sus cenas y sus reuniones de logias en paz? Para los francmasones, esas reuniones son rituales de inspiración; para los otros, no son nada más perjudicial que un cúmulo de actuaciones de teatro y mera tontería. Hace sesenta años, en los círculos intelectuales británicos estaba de moda ridiculizar y criticar a los judíos. En la actualidad, en la mayor parte de Europa Occidental, los únicos

que hacen bromas antisemitas son los mismos judíos. Los comentarios antijudíos de parte de cualquier otra persona son considerados inapropiados ya que seis millones de judíos murieron en el Holocausto a manos de los fascistas de Alemania, Croacia, Lituania, Letonia y otros sitios. Ojalá no sea necesario que se masacre a seis millones de francmasones para que acusarlos deje de estar de moda.

Bibliografía



Adam, Hargreave L., *Trial of George Chapman*, Edimburgo y Londres, 1930.

Adams, John Quincy, *Letters on the Masonic Institution*, Boston, 1847.

Ahiman Rezon, *The Constitutions of Freemasony o Ahiman Rezon: The Antient Charges of the Free and Accepted Masons*, Dublín, 1858.

Akerren, B. O. Y., «*The Swedish Rite in England and HRH Albert Edward Prince of Wales, a member of the Grand Orient of Sweden*», *AQC*, CX, 208-220, Londres, 1998.

Aldridge, A. O., *Benjamin Franklin, Philosopher and Man*, Filadelfia y Nueva York, 1965.

— *The All-England Law Reports*, Londres, 1998-1999.

— *Allgemeine und General Reformation der ganzen weiten Welt*, Kassel, 1614.

Altamira, R., «Spain», *en Cambridge Modern History*, X, 205-243, Cambridge, 1907-1910.

Anderson, J., *The Constitutions of the Free-Masons Containing the History, Charges, Regulations etc of that most Ancient and Right Worshipful Fraternity*, Londres, 1723.

— *Ars Quatuor Coronatorum, Transacciones de la Logia Quatuor Coronati*, n.º 2076, volúmenes I-CX, Londres, 1884-1998.

Avon, conde de, *The Eden Memoirs: Facing the Dictators*, Londres, 1952.

— *The Bardon Papers: Documents relating to the Imprisonment & Trial of Mary Queen of Scots*, ed. Conyers Read, Londres, 1909.

Barrett, D. V., *Secret Societies*, Londres, 1997.

Barruel, Abbé, *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme,* Londres, 1797-1798.

Batham, C. N., «*Chevalier Ramsay: A new appreciation*», *AQC,* LXXXI, 280-315, Londres, 1969.

— «*The Compagnonnage and the Emergence of Craft Masonry in France*», *AQC,* LXXXVI, 1-28, Londres, 1974.

— «*More about the Compagnonnage*», *AQC,* LXXXVII, 242-246, Londres, 1975.

— «*Note on Edward VII's initiation as a Freemason*», *AQC,* XCI, pp. 10-27, Londres, 1979.

— «*The Origin of Freemasonry, A New Theory*», *AQC,* CVI, pp. 16-50, Londres, 1994.

Beck, R. T., «*Anthony Sayer, Gentleman: the truth at last*», *AQC,* LXXXVIII, 65-84, Londres, 1976.

Benemeli, J. A. F., *La Masonería Española en el siglo* XVIII, Madrid, 1974.

Bernard, E. D., *Light on Masonry*, Utica, 1829.

Bernheim, A., «*The Mémoire Justificatif of La Chausée and Freemasonry in Paris until 1773*», *AQC,* CIV, 95-120, Londres, 1992.

— «*Note on Early Freemasonry in Bordeaux, 1732-1769*», *AQC,* CI, 33-132, Londres, 1989.

Berry, H. E., «*Some Historical Episodes in Irish Freemasonry 1790-1830*», *AQC*, XXVI, 241-270, Londres, 1913.

La Biblia. La Biblia de Ginebra. *The Bible and Holy Scriptures conteyned in the Olde and Newe Testament… With moste profitable annotations upon all the hard places, and other things of great importance*, Ginebra, 1560.

Biografías Navales, Buenos Aires, 1963.

Birkenhead, F. E. Smith, conde de, *Famous Trials of History*, Londres, 1926.

Boor, J. *(general Franco), Masonería*, Madrid, 1952.

Bradley, H., «*Bro. Mozart and some of his Masonic Friends*», *AQC,* XXVI, 41-70, Londres, 1913.

Broadhurst, H., *Henry Broadhurst MP.: The Story of his Life from a stonemason's bench to the Treasury bench. Told by Himself*, Londres, 1901.

Brodsky, M. L., «*Eugène Goblet D'Alviella: Freemason & Statesman: Belgium's Foremost Freemason of the XIXth Century*», *AQC*, C, 61-87, Londres, 1988.

Bullock, S. C., *Revolutionary Brotherhood: Freemasonry and the Transformation of the American Social Order 1730-1840*, Williamsburg, Virginia, 1996.

Bultzo, A. C. J., «*English Masonry in Greece*», *AQC*, LXXXI, 225-227, Londres, 1969.

Cabanès, Dr., *Marat Inconnu*, París, 1891.

Calendar of State Papers, *Foreign Series, of the reign of Elizabeth, 1558-1589*, editores J. Stevenson, E. R. Wernham, etcétera, Londres, 1863-1950 [citado como For. Cal. Eliz.], vol. XVIII.

Callaway, M., Jr., «*Benedict Arnold and Freemasonry: correction of a long-standing error*», *AQC*, LXXX, 120-122, Londres, 1968.

Callejas, R. F., «*A Report on Masonry in Cuba in 1969*», *AQC*, LXXXII, 101-103, Londres, 1970.

Calvert, A. P., *The Grand Lodge of England 1717-1917*, Londres, 1917.

Cambridge Modern History, editores A. W. Ward, *C. W. Prothero, S. Leathes*, Cambridge, 1907-1910.

Carr, H., «*The Foundation of the Great Lodge of Iran*», *AQC*, LXXXI. 266-279, Londres, 1969.

— «*Review of Professor Jacob Katz's book Jews and Freemasons in Europe 1723-1939*», *AQC*, LXXXIII, 322-328, Londres, 1971.

Carrington, F. A. y Payne, J., *Reports of Cases argued and Ruled at Nisi Prices*, Londres, 1827-1841.

Castells, F. de P., *English Freemasonry in the Period of Transition AD 1600-l700*, Londres, 1931.

Castle, E. J., «*Proceedings against the Templars in France and England for Heresy etcétera. AD 1307-1311*», *AQC*, XX, 47-70, Londres, 1907.

Caywood, D., «*Freemasonry and the Knights of Malta: A Post Preface?*», *AQC*, CVI, 186-196, Londres, 1994.

Cerf, A. J. W., «*How Frederick the Great of Prussia became a Freemason*», *AQC*, X, 188, Londres, 1897.

Cerza, A., «*The American War of Independence and Freemasonry*», *AQC*, LXXXIX, 169-175, Londres, 1977.

— «*Anti-Masonry*», *AQC*, LXXX. 241-270, Londres, 1962.

— «*The Boston Tea Party and Freemasonry*», *AQC*, XCVIII, 207-209, Londres, 1986.

Chevallier, P., *Histoire de la Franc-Maçonnerie Française*, París, 1974-1975.

Churchill, W. S., «*Zionism versus Bolshevism*», 8 de febrero de 1920, artículo inédito en los Archivos Churchill CHAR 8/36, p. 92-93.

Clarke, J. R., «*The Change from Christianity to Deism in Freemasonry*», *AQC*, LXXVIII, 49-73, Londres, 1966.

— «*The Establishment of the Premier Grand Lodge: why in Londres and why in 1717?*», *AQC*, LXXXI, 1-9, Londres, 1969.

— «*John Locke and Freemasonry*», *AQC*, LXXVIII, 168-171, Londres, 1966.

— «*Was Sir Christopher Wren a Freemason? A re-appraisal of the evidence*», *AQC*, LXXVIII, 201-206, Londres, 1966.

Clarke, J. R. y Jones, G. P., «*Why was James Boswell a Freemason?*», *AQC*, LXXIX, 90-92, Londres, 1967. Véase también Jones, G. P.

Conder, E., «*The Hon. Miss St. Leger and Freemasonry*», *AQC*, VIII, 16-23, Londres, 1895.

Conder, E. (h.), *Records of the Hole Crafte and Fellowship of Masons with a Chronicle of the History of the Worshipful Company of Masons of the City of London*, Nueva York, 1894.

Le Constitutionnel, París, 1870.

Cook, C. y N., *Blueprint for Revolution*, Thomaston, 1996.

Crawley, W. J. C., «*The Chevalier d'Éon*», *AQC*, XVI, 231-251, Londres, 1903.

— «*The Hon. A. Wesley and the Lodge at Trim*», *AQC*, XV, 108-124, Londres, 1902.

— «*The Rev. Dr. Anderson's Non-Masonic Writings 1702-1739*», *AQC*, XVIII, 28-42, Londres, 1905.
— «*The Templar Legends in Freemasonry*», *AQC*, XXVI, 45-70, Londres, 1913.
— «*General George Washington and Lodge n.º 227*», *AQC*, XXIII, 95-97, Londres, 1910.

Crime without Punishment: Genocide against the Serbs, Belgrado, 1991.

Crowe, F. J. W., «*A Curious Carbonari Certificate*», *AQC*, XVI, 163-170, Londres, 1903.

Cryer, B., «*The Church's Concern with Freemasonry*», *AQC*, XCV, 1-20, Londres, 1983.
— «*The De-Christianizing of the Craft*», *AQC*, XCVII, 34-74, Londres, 1985.

Custos, Dr., *Freimaurer der Weltvampyr*, Berlín, 193l.

D'alviella, conde G., *Fifty Years of Masonic Life in Belgium, 1870-1920*, *AQC*, XXXIII, 231-241, Londres, 1920.
— «*The Papal Bulls of Freemasonry in Belgium*», *AQC*, XXV. 81-87, Londres, 1912.

Dawson, F. J., «*The Chevalier Bartholomew Ruspini 1728-1813*», *AQC*, LXXXVI, 87-89, Londres, 1974.

Denslow, W. R., *10,000 Famous Freemasons*, Columbia, Missouri, 1957-1960.

Djilas, A., *The Contested Country*, Cambridge, Massachusetts, 1991.

Dodsley, D. R., «*Doctor Edward Jenner and some other eminent physicians and surgeons in Freemasonry*», *AQC*, CIV, 139-149, Londres, 1992.

Domenech, E., *L'empire au Mexique et la candidature d'un Prince Bonaparte au trõne mexicain*, París, 1862.

Draffen, G., «*Prince Hall Freemasonry*», *AQC*, LXXXIX, 70-91, Londres, 1977.

Draffen, G. S., «*The Mason Word*», *AQC*, LXV, 54, Londres, 1953.

Durr, A., «*Ritual of Associations and the Organizations of the German People*», *AQC*, C, 88-108, Londres, 1988.

Dyer, C. F. W., «*The Women have their Way: Ladies Nights etc of the 1790s*», *AQC*, LXXXVIII, 193-194, Londres, 1976.

Early Masonic Pamphlets, editores D. Knoop, G. P. Jones and D. Hamer, Manchester, 1945.

Eckert, E. E., *Der Freimaurer-Orden in seiner wahren Bedeutung*, Dresden, 1852.

Enciclopedia Vniversal Ilvstrada Europa-Americana, Barcelona, 1887-1899.

Encyclopaedia Britannica, 11a edición, Londres y Nueva York, 1910.

Eugénie de Grèce, princesa, *Pierre Napoléon Bonaparte*, París, 1963.

Fama Fraternitatis und Die Chemische Hochzeit, Kassel, 1615.

Fava, Monseñor A. J. y Taxil, L., *L'Existence des Loges de Femmes: affirmée par Mgr Fava Évêque de Grenoble et par Léo Taxil*, París, 1892. Véase Taxil.

Fay, B., *La Franc-Maçonnerie et la révolution intellectuelle du XVIII e siècle*, París, edición de 1961.

Fenton, S. J., «*The Military Services and Freemasonry*», *AQC*, LX, 3-25, Londres, 1950.

— «*Richard Carlile: His Life and Masonic Writings*», *AQC*, XLIX, 83-121, Londres, 1939.

Ferminger, W. K., «*The Romances of Robison and Barruel*», *AQC*, L, 31-69, Londres, 1940.

Findel, J. G., *The History of Freemasonry*, 2da. ed., Londres, 1869.

Fisher, W. G., «*John Montague, second Duke of Montagu: the first noble Grand Master*», *AQC*, LXXIX, 90-92, Londres, 1967.

Fleming, T., *Liberty! The American Revolution*, Nueva York, 1997.

Flynn, K., «*Freemasons at War*», *AQC*, CV, 172-182, Londres, 1993.

Foottit, C. R. S., «*English Royal Freemasons*», *AQC*, CV, 172-182, Londres, 1993.

For. Cal. Eliz. Véase *Calendar of State Papers*.

Foxe, J., *The Acts and Monuments of John Foxe*, editor J. Pratt, Londres, 1877, y Nueva York, 1965. *The Book of Martyrs*.

France, *Londres*, 1941.

Franco, Generalísimo Francisco, Véase Boor.

Francovich, C., *Storia della Massoneria in Italia dalla origine alla Rivoluzione Francese*, Florencia, 1974.

Franklin, B., *The Autobiography of Benjamin Franklin*, New Haven, 1964.

«*Freemasons at Canterbury in 1732*», *AQC*, XXXIII, 186-187, Londres, 1920.

Gagern, C. von, *Todte und Lebende*, Berlín, 1884.

García, G., y Pereyra, C., *El Gral. Paredes y Arrillaga: los Gobiernos de Álvarez y Comonfort*, México, 1974.

Garibaldi, G., *Clelia ovvero Il governo del monaco*, Milán, 1870.

Gauna, E., «*Review of Giuseppe Mazzini Uomo Universale by Carlo Gentile*», *AQC*, LXXXVI, 298-300, Londres, 1983.

The Gentleman's Magazine, Feb. 1798, pp. 140-148, Londres, 1798.

Gibbon, E., «*The Masonic Certificate of Edward Gibbon*», *AQC*, XVII, 22, Londres, 1904.

Gillespie, H. W., «*Goethe in Zürich*», *AQC*, XC, 284-286, Londres, 1978.

Gimpel, J., *The Cathedral Builders*, Londres, 1983.

Globus, Zagreb, 1999.

Goethe, J. W. Von, «*Campagne in Frankreich 1792*», *Goethes Werke, Weimar, 1887-1916*.

Gotch, C., «*The Role of the Innkeeper in Masonry*», *AQC*, CI. 213-223, Londres, 1989.

Gould, F. R., *A Concise History of Freemasonry*, Londres, 1903.

— «*Freemasonry in Mexico*», *AQC*, X, 16-69, Londres, 1897.

Grundmann, R. R., «*Some Aspects of Freemasonry on Polish Soil*», *AQC*, CIV, 205-215, Londres, 1992.

Hall-Johnson, A. S., «*A Century of English Freemasonry in Argentina*», *AQC*, LXV, 98-106, Londres, 1953.

Hamer, D., y Clarke, J. R., «*An Anti-Masonic Declaration by Six Doctors of the Sorbonne in 1745*», AQR, LXXXVI, 20-34, Londres,

1974.

Hamill, J., *The Craft*, Wellingborough, 1985.

— «*The Earl of Moira, Acting Grand Master 1790-1813*», *AQC*, XCIII, 31-48, Londres, 1981.

— «*The Sins of our Masonic Fathers*», *AQC*, CI, 133-159, Londres, 1989.

Hamill, J. y Gilbert, R., F*reemasonry: A Celebration of the Craft*, Londres, 1992.

— *World Freemasonry*, Londres, 1991.

Hannah, W., *Christians by Degrees*, Londres, 1954.

— *Darkness Visible*, Londres, 1952.

Haywood, H. L., *Famous Masons and Masonic Presidents*, Richmond, Virginia, 1945.

Heaton, R. E., *Masonic Membership of the Founding Fathers*, Silver Spring, Maryland, 1974.

Heineman, J. W., «*An Early Pronouncement of the Church A. D. 1326?*», *AQC*, LXXXVII, 239-242, Londres, 1975.

Hertling, S., «*A Brief History of Danish Freemasonry*», *AQC*, XC, 277-283, Londres, 1978.

Hewitt, A. R., «*Craftsmen in Captivity: Masonic Activities of Prisoners of War in World War I, World War II in Europe and the Far East*», *AQC*, LXXVII, 79-108, Londres, 1965.

Hills, P. G., «*Women and Freemasonry*», *AQC*, XXXIII, 63-77, Londres, 1920.

The History of English Freemasonry: A Souvenir of a permanent exhibition in the Library and Museum of the United Grand Lodge of England at Freemasons' Hall, London, Londres, 1986.

History of Grand Masters Lodge n.º 1, Londres, 1958.

Hobbs, J. W., «*An Irish Lodge Minute Book 1782-1797*», *AQC*, XXXIV, 74-124, Londres, 1921.

Holyoake, G. J., «*Carlile, Richard*», Dictionary of National Biography, III, 1011.

Hooker, A. H., «*The Knights Templars - Fact & Fiction*», *AQC,* XCVI, 204-211, Londres, 1984.

Horne, A., «*The Saints John in the Masonic Tradition*», *AQC,* LXV, 76-102, Londres, 1953.

Hory, L. y Broszat, M., *Der kroatische Ustascha-Staat 1941-1945*, Stuttgart, 1964.

Howe, H., «*The Collapse of Freemasonry in Nazi Germany 1933-1935*», *AQC*, XCV, 23-36, Londres, 1983.

Hughan, W. J., «*King Edward VII Past Grand Master and Protector of the Craft*», *AQC*, XXXII, 101-103, Londres, 1910.

Ivanoff, B., «*Cagliostro in Eastern Europe, Courland, Russia & Poland*», *AQC*, XL, 45-80, Londres, 1928.

Jackson, A. C. P., «*Our Predecessors: Scottish Masons of about 1660*», *AQC*, XCI, 10-27, Londres, 1979.

— «*Rosicrucianism and its effects on Craft Masonry*», *AQC,* XVVII, 115-150, Londres, 1985.

Jarvis, C. M., *Grand Stewards 1728-1978,* Londres, 1978.

Jellinek, F., *The Paris Commune of 1871*, Londres, 1937.

Johnston, S. P., «*Seventeenth Century Descriptions of Solomon's Temple*», *AQC*, XII, 135-149, Londres, 1899.

Jones, G. P. y Clarke, J. R., «*A Chaplain in a Lodge in Liverpool in 1754*», *AQC*, LXXVII, 143-144, Londres, 1965. Véase Clarke y Jones.

Journals of Congress containing their Proceedings from September 5, 1774, to January 1, 1776, Filadelfia, 1800.

Kaulback, M. S., «*The First Knights Templars in the United States*», *AQC,* CVII, 224-227, Londres, 1995.

Keane, J., *Tom Paine*, Londres, 1995.

Kendall, G., «*"Crimean Simpson": War Artist and Freemason*», *AQC,* CV, 195-201, Londres, 1993.

— «*Freemasonry during the Anglo Boer War 1899-1902*», *AQC,* XCVII, 20-33, Londres, 1985.

Kennedy, W., «*Freemasonry: a possible origin*», *AQC*, CVII, 196-200, Londres, 1995.

Khambatta, R. B., «*The Influence of the Prince of Wales (Edward VII) on the Administration and Development of the Craft*», *AQC*, CVIII, 81-121, Londres, 1996.

Knight, C. y Lomas, R., *The Second Messiah*, Londres, 1997.

Knight, S., *The Brotherhood: The Secret World of the Freemasons*, Londres, 1984.

— Jack the Ripper: *The Final Solution*, Londres, 1976.

Knoop, D., «*The Mason Word*», *AQC*, LI, 194-211, Londres, 1940.

Knoop, D. y Jones, G. P., «*An Anti-Masonic Leaflet of 1698*», *AQC*, LV, 152-154, Londres, 1944.

— *The Genesis of Freemasonry*, Manchester, 1947.

— «*Prolegomera to the Mason Word*», *AQC*, LXX, 139-159, Londres, 1941.

Knoop, D., Jones, G. P. y Hamer, D., *The Two Earliest Masonic MSS*, Manchester, 1938.

Kurtz, H., *The Trial of Marshal Ney*, Londres, 1957.

Lafontaine, E. C. de, «*Paul Jones*», *AQC*, XLIV, 203-322, Londres, 1934.

Lane, R. F., *The Outwith Londres Guilds of Great Britain*, Londres, 1994.

Lange, A. J., «*A Sketch of Norwegian Masonic History*», *AQC*, XIII, 35-36, Londres, 1900.

Larudan, Abbé, *Les Francs-Maçons ecrasés*, Amsterdam, 1747.

Laval, P., *Laval parle*, ed. Josée de Chambrun, su hija, París, 1948.

Layiktez, C., «*Sultan Murad V, Kleanti Skalyeri, Sultan Abdulhamit II: Young Turks and Freemasons*», *AQC*, CVII, 230-332, Londres, 1995.

Lefebvre, G., Guyot, R., y Sagnac, P., *La Révolution Française*, París, 1930.

Le Franc, Abbé, *Le voile levé pour les curieux, ou Le secret de la révolution revélé à l’aíde de la franc-maçonnerie*, París, 1791.

— *Le voile levé poir les Curieux, ou Histoire de la Franc-Maçonnerie depuis ses origines jusqu'à nos jours, par M. l'Abbé Lefranc… tombé sous la hache des assassins à Paris le 2 septembre 1792*, Liége, 1826.

Levi-Castillo, J. R., «*Admiral William Brown: His capture and masonic rescue in Guayaquil*», *AQC*, XCII, 16-24, Londres, 1980.

El Libro Rojo 1520-1867, editores. V. E. Palacio, M. Payno, F. A. Mateos y F. M. de la Torre, México, 1905-1906.

Linnecar, R., «*Studies in Masonry*», *The Miscellaneous Works of Richard Linnacar of Wakefield*, pp. 247-262, Leeds, 1769.

Litvine, J., «*Anti-Masonry: A Neglected Source*», *AQC*, CIV, 121-138, Londres, 1992.

Logia Tekton No. 4696, *Consecration by VW Bro. Colville Smith CVO Grand Secretary… at Carpenters' Hall, Throgmorton Avenue, EC2, on Thursday, 29th january, 1925*, Londres, 1925.

Ludendorff, E., *Vernichtung der Freimaurerei durch Enthüllung ihrer Geheimnisse*, Munich, 1927.

Luzio, A., *La Massoneria e il Risorgimento Italiano*, Bologna, 1925.

McDowell, B., *The Revolutionary War*, Washington, D. C., 1967.

Mackay, A. M., «*Sir Walter Scott as a Freemason*», *AQC*, XX, 209-220, Londres, 1907.

McLeod, W., «*The Hudibrastic Poem of 1723*», *AQC*, CVII, 9-52, Londres, 1995.

Magnus, P., *King Edward the Seventh*, Londres, 1964.

Malczovich, L. de, «*A Sketch of the earlier history of Masonry in Austria and Hungary*», *AQC*, IV, 20-24, 181-93; V, 15-19, 187-192; VI, 85-91; VII, 18-24, 77-82, 184-189; VIII, 180-188; IX, 129-144, Londres, 1891-1896.

María Antonieta, *Lettres de Marie-Antoinette*, París, 1896.

Maris, L. G., «*English Freeemasonry in Germany (1821-1929, 1945-1971)*», *AQC*, LXXXIII, 274-300, Londres, 1971.

Markham, A. G., «*Further Views on the Origins of Freemasonry in England*», *AQC*, CIII, 78-123, Londres, 1991.

— «*Some Problems of English Masonic History*», *AQC*, CX, 1-19, Londres, 1998.

Masaryk, T. G., «*Svobodní zednári*», Nase Doba, XIII, 30-35, Praga, 1906.

Mellor, A., «*Eighteenth-Century French Freemasonry and the French Revolution*», *AQC*, XCVII, 105-114, Londres, 1985.

— «*The Roman Catholic Church and the Craft*», *AQC*, LXXXIX, 60-69, Londres, 1977.

More, T., *The Complete Works of St. Thomas More*, New Haven y Londres, 1963-1979.

Morning Post, Londres, 1920.

Motley, J. L., *The Rise of the Dutch Republic*, Londres, edición de 1861.

Mozley, J. F., *John Foxe and his Book*, Londres, 1940.

Muir, R. F., «*The Morgan Affair and its Effect on Freemasonry*», *AQC*, CV, 217-234; CVI, 131-140, Londres, 1993-1994.

Mulhall, M. G., *The English in South America*, Buenos Aires, 1878.

Muller-Ruegg, E., «*Swiss Freemasonry's Fight for Life 1933-1937*», *AQC*, LX, 211-226, Londres, 1950.

Musa, F. B., «*The First Indian Freemason, Rt. Wor. Bro. Manockjee Cursetjee*», *AQC*, LXXXI, 317-321, Londres, 1969.

Nasser, C. J., «*The Boston Tea Party*», *AQC*, CII, 248-249, Londres, 1990.

Naudon, P., *Histoire générale de la Franc-Maçonnerie*, París, 2da. ed. 1987.

Nelson, Claire M., «*The Masonic Connections of Haydn's Impresario Johann Peter Solomon*», *AQC*, CX, 177-191, Londres, 1998.

Nelson, Horatio, lord, *The Despatches and Letters of Vice Admiral Lord Viscount Nelson*, editor sir N. H. Nicolas, Londres, 1845-1846.

Neustadt, Katherine D., *Carperters' Hall: Meeting Place of History, Filadelfia*, 1981.

Never Again, editores M. Bulajic, A. Miletic, D. Laskic, Belgrado, 1991.

Newman, A., «*Politics and Freemasonry in the Eighteenth Century*», *AQC*, CIV, 32-54, Londres, 1992.

Nilus, S., *The Protocols of the Wise Men of Zion*, Nueva York, 1920.

O'Meara, B. E., *Napoleon at St Helena*, Londres, 1888.

Original Letters relative to the English Reformation, editor H. Robinson, Cambridge, 1846-1847.

Ough, A., «*The Origin and Development of Royal Arch Masonry*», *AQC*, CVIII, 188-195, Londres, 1996.

Ousby, I., *Occupation: The Ordeal of France 1940-1944*, Londres, 1997.

Owen, R., *The Life of Robert Owen written by Himself*, Londres, 1858.

Parry, D. L. L., «*Friends in High Places: the Favours sought by the Freemasons of Orléans, 1890-1914*», *French History*, XII (II), 195-212, Oxford, 1998.

— «*The Political Culture of the Third Republic*», manuscrito inédito.

Patrick, W. D., «*Making a Mason at Sight*», *AQC*, XCIX, 196, Londres, 1987.

Pearmain, A., «*Music and Masonry*», *AQC*, CIII, 130-134, Londres, 1991.

Peters, H., «*Sir Isaac Newton and the Holy Flame*», *AQC*, CI, 207-213, Londres, 1989.

— «*Sir Isaac Newton and "The Oldest Catholic Religion"*», *AQC*, C, 192-196, Londres, 1988.

Petrovitch, W. M., «*The Story of the Black Hand and the Great War*». Véase Pozzi.

Peyre, D. C. Van, «*Prince Frederick, Great Master 1816-1831, and the Higher Degrees in the Netherlands*», *AQC*, CX, 95-105, Londres, 1998.

Philon, N., «*Freemasonry in Greece*», *AQC*, XI, 100-101, Londres, 1898.

Piatigorsky, A., *Who's Afraid of Freemasons?*, Londres, 1997.

Plot, R., *The Natural History of Stafford-shire*, Oxford, 1686.

Pozzi, H., *Black Hand over Europe*, Zagreb, edición de 1994, publicado por primera vez en 1935.

Prichard, S., *Masonry Dissected*, Londres, 1730.

Quistgaard, H., «*King Charles XIV John of Sweden as a Freemason*», *AQC*, LXXIV, 71-72, Londres, 1962.

Rabes, L., «*Beethoven and his Masonic Song "Maurerfragen"*», *AQC*, LXXX, 144-150, Londres, 1968.

Radice, F. R., «*The French Charbonnerie in the Nineteenth Century*», *AQC*, LX, 106-116, Londres, 1950.

— «*An Introduction to the History of the Carbonari*», *AQC*, LI, 63-136; LII, 63-136; LIII, 48-143; LIV, 35-67, 122-177, Londres, 1940-1943.

Ratto, H. R., *Almirante Guillermo Brown*, Buenos Aires, 1961.

Read, Conyers, *Lord Burghley and Queen Elizabeth*, Londres, 1960.

Read, W., «*The Church of Rome and Freemasonry, 1738… 1917… 1983*», *AQC*, CIV, 51-94, Londres, 1992.

Reinalter, H., «*Freemasonry in Austria in the Eighteenth Century*», *AQC*, C, 197-207, Londres, 1988.

— *Joseph II und die Freimaurerei*, Viena, 1987.

Ridley, J., *Garibaldi*, Londres, 1974.

— *Maximilian and Juárez*, Nueva York, 1992.

— *Mussolini*, Londres, 1997.

— *Tito*, Londres, 1994.

Riegelmann, H., *Die Europäischen Dynastien in ihrem Verhältnis zur Freimauerei*, Berlín, 1943.

Rizopoulos, A. C., «*Lord Byron: Freemason*», *AQC*, CIX, 247-249, Londres, 1997.

— «*Sultan Murad V and Freemasonry: A Political Dream of the Nineteenth Century*», *AQC*, CIV, 187-195, Londres, 1992.

Robbins, A. F., «*Dr. Anderson of the "Constitutions"*», *AQC*, XXIII, 6-34, Londres, 1910.

— «*The Earliest Years of English Organized Freemasonry*», *AQC*, XXII, 67-89, Londres, 1909.

— «*Frederick, Prince of Wales, as a Freemason*», *AQC*, XXIX, 326-329, Londres, 1916.

Robinson, J. J., *Born in Blood: the Lost Secrets of Freemasonry*, Londres, 1990.

Robison, J., *Proofs of a Conspiracy against all the Religions and Governments of Europe carried on in the secret meetings of Free Masons, Illuminati and Reading Societies*, Edimburgo y Londres, 1797.

— 2da. ed., Londres y Edimburgo, 1797.

— 4ta. ed., Londres y Edimburgo, 1798.

Roeder R., *Juárez and his Mexico*, Nueva York, 1947.

Rogers, N., «*Lancashire Military Lodges*», *AQC*, LXXVI, 101-120, Londres, 1964.

— «*The Lodge of Elias Ashmole, 1646*», *AQC*, LXV, 35-53, Londres, 1953.

Rose, C., *Freye Bemerkungen über die politische Verfassung des Ordens der freyen Maurer von dem Bruder Christian Rose*, Leipzig, 1787.

Rose, H., «*The Second Coalition*», Cambridge Modern History, VIII, pp. 633-664, Cambridge, 1907-1910.

Rottenbury, R. H. S., «*The Pre-Eminence of the Great Architect in Freemasonry*», *AQC*, XCVII, 34-74, Londres, 1985.

Royal Archives, archivos reales: RA: VIC/J 102/102.

Runciman, R. T., «*Sir Arthur Conan Doyle, Sherlock Holmes and Freemasonry*», *AQC*, CIV, 178-187, Londres, 1992.

Rutton, W. L., «*Sandgate Castle AD 1539-1540*», *Archaeologia Cantiana*, XX, pp. 228-257, Londres, 1893.

Saintsbury, G., «*Voltaire*», *Encyclopaedia Britannica*, 11a edición, XXVIII, pp. 199-205, Londres y Nueva York, 1910.

Seal-Coon, F. W., «*The Birth of Freemasonry, Another Theory*», *AQC*, XCII, 199-202, Londres, 1980.

— «*Modern Anti-Masonry at Home and Abroad*», *AQC*, CII, 170-177, Londres, 1990.

— «*Simon Bolivar, Freemason*», *AQC*, XC, 231-248, Londres, 1978.

— «*Spanish-American Revolutionary Masonry: the Mythical Masonry of Francisco de Miranda*», *AQC*, XCIV, 83-106, Londres, 1982.

Sharp, Allan M. «*Australia's Oldest Masonic Document: A Factual Interpretation*», *AQC*, CIV, 150-165, Londres, 1992.

— «*Some Aspects of Operative Masonry in New South Wales, Australia: 1788-1850*», *AQC*, C, 208-219, Londres, 1988.

Sharp, Arthur, «*Masonic Songs and Song Books of the late Eighteenth Century*», *AQC*, LXV, 84-95, Londres, 1953.

— «*Mozart's Masonic Music*», *AQC*, LXIX, 15-30, Londres, 1957.

Sherman, J. M., «*The Negro "National" or "Compact" Grand Lodge*», *AQC*, XCII, 148-171, Londres, 1980.

Shore, W. T., *The Baccarat Case*, Edimburgo y Londres, 1932.

Short, M., *Inside the Brotherhood: Further Secrets of the Freemasons*, Londres, 1989.

— *Lundy: the Destruction of Scotland Yards Finest Detective*, Londres, 1991.

The Signers of the Constitution of the United States, Bloomington, ILL, 1976.

Simmons, J., *A letter to His Grace the Duke of Northumberland on the very Extraordinary Transactions of the Society for the Encouragement of Arts, Manufactures, and Commerce Relative to His Royal Highness the Duke of Sussex*, Londres, 1824.

Smith, S. N., «*The so-called "Exposure" of Freemasonry of the Mid-Eighteenth Century*», *AQC*, LVI, 4-36, Londres, 1946.

Smyth, F., «*Brother Mozart of Vienna*», *AQC*, LXXXVII, 37-75, Londres, 1975.

— «*Freemasonry in Finland*», *AQC*, LXXVII, 87-98, Londres, 1965.

— «*Worshipful Brother George Washington of Virginia*», *AQC*, LXXXVIII, 181-184, Londres, 1976.

Solf, H. H., «*The Revival of Freemasonry in Post-War Germany*», *AQC*, XCVII, 1-17, Londres, 1985.

«*The South African Commission of Enquiry into Secret Organizations*», *AQC*, LXXVIII, 74-82, Londres, 1966.

S. P., *The Secrets of Masonry Made known to all Men by S. P., late Member of a Constituted Lodge*, Londres, 1737/1738.

Spurr, M., «*William Stukeley: Antiquarian and Freemason*», *AQC*, C, 113-130, Londres, 1988.

Starr, M. P., «*Alastair Crawley: Freemason!*», *AQC*, CVIII, 150-161, Londres, 1996.

Statutes at Large, vols. XVII, XVIII, Londres, 1798-1800.

The Statutes of the Realm, vols. I-IV (I), Londres, 1810-1819.

Stemper, W. M., «*Conflicts and Developments in Eighteenth-Century Freemasonry: the American Context*», *AQC*, CIV, 198-205, Londres, 1992.

Stolper, E. E., «*Freemasonry in Naples in the Eighteenth Century*», *AQC*, XCIII, 77-97, Londres, 1981.

— «*Garibaldi: Freemason*», *AQC*, CII, 1-23, Londres, 1990.

— «*“Napoleonic” Freemasonry in Italy*», *AQC*, C, 164-178, Londres, 1988.

Tallentyre, S. G., *The Friends of Voltaire*, Londres, 1906.

Tarlé, E., *Bonaparte*, Londres, 1937.

Tatsch, J. H., «*An American Masonic Crisis: the Morgan Incident of 1826 and its Aftermath*», *AQC*, XXXIV, 196-209, Londres, 1921.

Taxil, L., *Le Culte du Grand Architecte*, París, 1886.

— *La France Maçonnique: Nouvelles divulgations*, París, 1888.

— *Les Frères Trois-Points*, París, 1886.

Taxil, L. y Verdun, P., *Les Assassinats Maçonniques*, París, 1889. Véase Fava.

Telepneff, B., «*A Short Note on Polish Freemasonry*», *AQC*, LIX, 192-195, Londres, 1948.

— «*Freemasonry in Russia*», *AQC*, XXXV, 261-292, Londres, 1922.

— «*Some Aspects of Russian Freemasonry during the reign of the Emperor Alexander I*», *AQC*, XXXVIII, 6-66, Londres, 1925.

Tharaud, J. y J., *La tragédie de Ravaillac*, París, 1913.

Thorp, J. T., «*An Early Will of Philip, Duke of Wharton*», *AQC*, XXXI, 160-168, Londres, 1918.

The Times, Londres, 1870-1999.

Timmons. W. H., «*José María Morelos: Agrarian Reformer*», *Hispano-American Historical Review*, XLV, pp. 183-195, Durham, North Carolina, 1965.

To All Godly People in the Citie of London, Londres, 1698.

Tuckett, J. E. S., «*The Early History of Freemasonry in France*», *AQC*, XXXI, 7-30, Londres, 1918.

— «*Napoleon I and Freemasonry*», *AQC*, XXVII, 96-141, Londres, 1914.

Tunbridge, P., «*The Climate of European Freemasonry 1730 to 1750*», *AQC*, LXXXI, 88-128, Londres, 1969.

— «*Field Marshal the Duke of Kent as a Freemason*», *AQC*, LXXVIII, 17-48, Londres, 1966.

Vatcher, S., «*A Lodge of Irishmen at Lisbon, 1738: An Early Record of Inquisition Proceedings*», *AQC*, LXXXIV, 75-109, Londres, 1972.

— «*John Coustos and the Portuguese Inquisition*», *AQC*, LXXXI, 9-87, Londres, 1969.

Vaughn, W. P., *The Anti-Masonic Party in the United States 1826-1843*, Lexington, Kentucky, 1983.

Vibert, L., «*The Compagnonnage*», *AQC*, XXXIII, 191-228, Londres, 1920.

Villari, L., «*Caracciolo*», *Encyclopaedia Britannica*, 11a edición, V, pp. 299-300, Londres y New York, 1910.

— «*Naples, Kingdom of*», *Encyclopaedia Britannica*, 11a edición, XIX, pp. 182-190, Londres y Nueva York, 1910.

Vincent, E. S., *A Record of Freemasonry in the Province of Cornwall 1751-1959*, Truro, 1960.

Voorhis, H. V. R., «*Benjamin Franklin's Reprint of Anderson's Constitutions of 1723*», *AQC*, LXXXIV, 69-74, Londres, 1972.

— «*The Morgan Affair of 1826 in the USA*», *AQC*, LXXVI, 197-203, Londres, 1964.

Waite, A. E., *The Real History of the Rosicrucians*, Londres, 1887.

Ward, E., «*Anderson's Freemasonry not Deistic*», *AQC*, LXXX, 36-57, Londres, 1968.

— «*William Hogarth and his Freemasonry*», *AQC*, LXXVII, 1-20, Londres, 1965.

Ward, G. C., *The Civil War*, Nueva York, 1990.

Washizu, Y., «*Anti-Masonry in Japan: Past and Present*», *AQC*, CVII, 85-116, Londres, 1995.

Webb, J., «*John George Lambton, the First Earl of Durham*», *AQC*, CIX, 115-153, Londres, 1997.

— «*Joseph Haydn: Freemason and Musician*», *AQC*, XCIV, 83-106, Londres, 1982.

— «*Robert Burns, Poet and Freemason*», *AQC*, CIII, 113-129, Londres, 1991.

—Rudyard Kipling: *Man*, *Poet*, Mason, Addlestone, 1988.

Webster, Nesta, *Secret Societies and Subversive Movements*, Londres, 1924.

— *World Revolution: the Plot against Civilization*, Londres, 1921.

Wellington, Arthur Wellesley, duque de, *Supplementary Despatches*, Londres, 1858-1872.

— *Wellington at War: A Selection of his Wartime Letters*, editor A. Brett-James, Londres, 1961.

Weygand, M., *Mémoires: Rappelé au Service*, París, 1950.

White, M., Isaac Newton: *The Last Sorcerer*, Londres, 1997.

Williams, W. J., «*Alexander Pope and Freemasonry*», *AQC*, XXXVII, 111-146, Londres, 1925.

Williamson, B. y Baigent, M., «*Sir Christopher Wren and Freemasonry: New Evidence*», *AQC*, CIX, 188-190, Londres, 1997.

Wilson, H. C. Bruce, «*Mirabeau's Scheme for the Political Penetration of Freemasonry*», *AQC*, LVII, 138-194, Londres, 1947.

Winterburgh, E., «*Prague: a Centre of Freemasonry*», *AQC*, LXXVII, 65-78, Londres, 1965.

Wonnacott, W., «*Doctor Dodd, Grand Chaplain*», *AQC*, XX, 382-385, Londres, 1907.

The Worshipful Company of Masons, Londres, 1989.

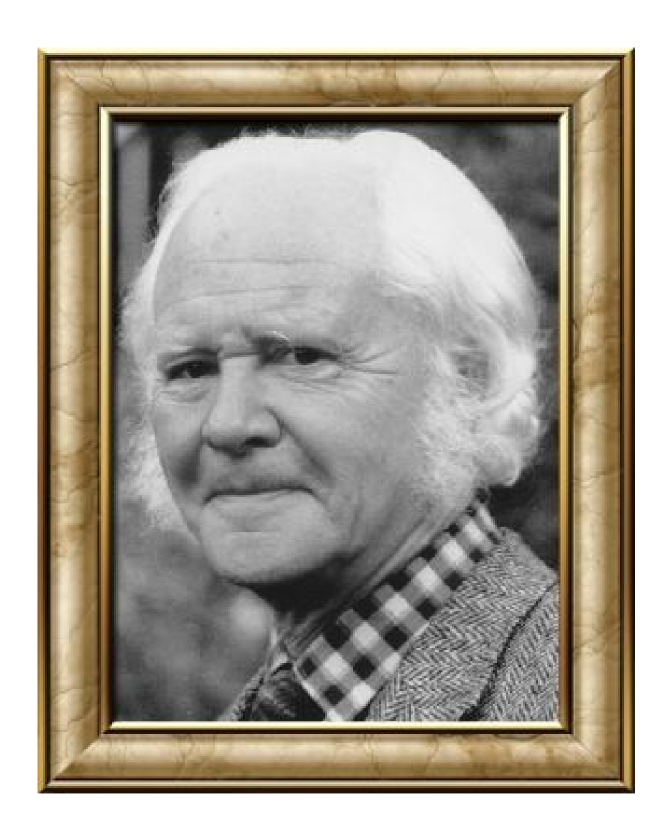
The Worshipful Society of Free Masons. An Introduction to the Society, Londres, 1997.

— *Constitutions, Rules and Regulations*, Londres, 1998.

Wriothesley, C., *A Chronicle of England during the reigns of the Tudors*, Londres, 1875-1877.

Yates, Frances, *The Rosicrucian Enlightenment*, Londres, 1972.

Yeats-Brown, F., *Escape*, Londres, 1933.



JASPER RIDLEY (Inglaterra, Reino Unido, 25 de mayo de 1920 - Royal Tunbridge Wells, Reino Unido, 1 de julio de 2004) fue un escritor británico, conocido por sus libros y biografías de carácter histórico.

Galardonado con el premio James Tait Black Memorial Prize por su biografía *Lord Palmerston*.

Notas

[1] Gimpel,*The Cathedral Builders*, p. 7. <<

[2] *Ibidem*, p. 52.

[Nota anterior]

Gimpel,*The Cathedral Builders*, p. 7.

<<

[3] *Ibidem*, pp. 51, 97.

[Nota anterior]

Gimpel,*The Cathedral Builders*, p. 7.

<<

[4] *Ibidem*, pp. 68-69.

[Nota anterior]

Gimpel,*The Cathedral Builders*, p. 7.

<<

[5] De *Lodge*, cuyo significado en inglés es «posada», «casita», «madriguera» o «casucha», se deriva la palabra «Logia». (*N. del T.*). <<

[6] *Ibidem*, p. 65.

[Nota anterior]

De *Lodge*, cuyo significado en inglés es «posada», «casita», «madriguera» o «casucha», se deriva la palabra «Logia». (*N. del T.*).

<<

[7] Hutton, «Sandgate Castle A. D. 1519-1540», en *Archaeologia Cantiana*, XX, 235; Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 121. <<

[8] No existen registros de la Compañía de Masones de Londres anteriores al siglo XVII. Pero véase *The Worshipful Company of Masons*, p. 324. <<

[9] Lane, *The Outwith London Guilds of Great Britain*, pp. 5, 9, 17-18. <<

[10] *Ibidem*, pp. 25-26, 28-29, 32-33.

[Nota anterior]

Lane, *The Outwith London Guilds of Great Britain*, pp. 5, 9, 17-18.

<<

[11] *Statutes of the Realm*, 23 Edw. III, c. 5-7; 25 Edw. III, c. 1, 2; 12 Ric. II, c. 4; 3 Hen. VI, c. 2, 3; 11 Hen. VII, c. 22; 6 Hen. VIII, c. 1, 3; 7 Hen. VIII, c. 6; 24 Hen. VIII, c. 13; 33 Hen. VIII, c. 9; 2 y 3 Edw. VI, c. 19; 1 y 2. Ph. y Mary, c. 2; 5 Eliz., c. 4. <<

[12] *Early Masonic Pamphlets*, p. 80; Piatigorsky, *Who's Afraid of Freemasons?*, p. 50; *Statutes of the Realm*, p. 33 Hen. VIII, c. 9. <<

[13] *Statutes of the Realm*, p. 23 Edw. III, c. 5-7; 25 Edw. III, c. 1, 2. <<

[14] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 29. <<

[15] *Ibidem*, pp. 118-121.

[Nota anterior]

Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 29.

<<

[16] Markham, «Further Views on the Origins of Freemasonry in England», en *Ars Quatuor Coronatorum*, CIII, p. 82. <<

[17] *Statutes of the Realm*, p. 3 Hen. VI, c. 2-5. <<

[18] Vibert, «The Compagnonnage», *AQC*, XXXIII, pp. 191-228, especialmente pp. 198-190. <<

[19] Findel, *History of Freemasonry*, pp. 62, 71. <<

[20] Para la fecha y el origen de la palabra masónica, *véase* Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, pp. 92, 103-107; Knoop, «The Mason Word»; Knoop y Jones, «Prolegomena to the Mason Word»; Draffen, «The Mason Word», *AQC*, LI, pp. 194-211; LII, pp. 139-159; LXV, p. 54. <<

[21] Horne, «The Saints John in the Masonic Tradition»; Nota en St. Barbara, *AQC*, LXXV, pp. 76-102; LXXVI, 227; Knoop, Jones y Hamer, *The Two Earliest Masonic MSS.*, pp. 44-45. <<

[22] Lane, pp. 5, 17. <<

[23] *The Complete Works of St. Thomas More*, VIII, p. 29. **<<**

[24] Como en el caso de la muerte en la hoguera de John Hooper, el obispo protestante de Gloucester, por orden de la reina María Tudor, el 9 de febrero de 1555; *véase* también la muerte en la hoguera de Nicholas Ridley, el obispo protestante de Londres, durante el reinado de María Tudor, el 16 de octubre de 1555, Foxe, *Acts and Monuments*, VI, p. 659; VII, pp. 550-551. <<

[25] *Wriothesley's Chronicle*, I, pp. 107-108. <<

[26] Mozley, *John Foxe and his Book*, pp. 86-87. <<

[27] Hilles a Bullinger, 1541, 18 de septiembre de 1541, 10 de mayo, 18 de diciembre de 1542, 26 de septiembre de 1543, 15 de abril de 1545, 28 de enero, 30 de abril de 1546, 26 de enero de 1547, *Original Letters relative to the English Reformation*, I, pp. 200-221, 224-238, 240-242, 246-256. <<

[28] Barden Papers, p. 45; Read, *Lord Burghley and Queen Elizabeth*, pp. 346-347. <<

[29] Motley, *The Rise of the Dutch Republic*, III, pp. 445-447; *For. Cal. Eliz.*, XVIII, pp. 715, 721, 725, 728, 768. <<

[30] Tharaud, *La tragédie de Ravaillac*, pp. 226, 251, 255. <<

[31] Sobre los Rosacruces, *véase* «Los tres Manifiestos de los Rosacruces», *Allgemeine und General Reformation der ganzen weiten Welt*, Kassel, 1614, *Fama Fraternitatis* y *Die Chemische Hochzeit*, Kassel, 1615. *Véase* también Waite, *The Real History of the Rosicrucians*, Londres, 1887 y Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, Londres, 1972. <<

[32] Sobre Fludd, *véase* Jackson, «Rosicrucianism and its Effect on Craft Masonry», *AQC*, XCVII, pp. 122-123. **<<**

[33] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, pp. 130-131. <<

[34] *Ibidem*, p. 97; Lane, pp. 27, 31.

[Nota anterior]

Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, pp. 130-131.

<<

[35] Mateo, XVI, p. 18. <<

[36] En la traducción correcta al castellano, «*Tú eres Pedro, y sobre esta* piedra *edificaré mi Iglesia*», sí se mantiene el juego de palabras. Por eso se ha preferido, en este caso, traducir *rock* como «roca», para mantener la paradoja del inglés. (*N. del T.*). <<

[37] Biblia de Ginebra, notas a 1 Samuel XXVI, p. 9. <<

[38] Crónicas, caps. II-VIII. <<

[39] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 90. <<

[40] Piatigorsky, pp. 46-48, 59, 61, 63, 92-102. <<

[41] White, *Isaac Newton*, pp. 158-162; Peters, «Sir Isaac Newton and “The Oldest Catholic Religion”»; Peters, «Sir Isaac Newton and the Holy Flame», *AQC*, C, pp. 192-196, CI, pp. 207-213. <<

[42] *Early Masonic Pamphlets*, pp. 30, 79. <<

[43] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 92. <<

[44] Jackson, «Rosicrucianism and its Effect on Craft Masonry», *AQC*, XVCII, p. 124. <<

[45] *Ibidem.*

[Nota anterior]

Jackson, «Rosicrucianism and its Effect on Craft Masonry», *AQC*, XVCII, p. 124.

Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 20. <<

[46] *Roundheads*: miembros del Partido parlamentario en la época de Carlos I y Cromwell. <<

[47] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 254; Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 132; Rogers, «The Lodge of Elias Ashmole», *AQC*, LXV, p. 38. <<

[48] Plot, *The Natural History of Stafford-shire*, p. 316; *Early Masonic Pamphlets*, p. 31. <<

[49] Williamson y Baigent, «Sir Christopher Wren and Freemasonry: New Evidence», *AQC*, CIX, pp. 188-190. <<

[50] Castells, *English Freemasonry in the Period of Transition*, p. 36; Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 144. <<

[51] Sobre los juicios contra los Templarios, *véase* Castle, «Proceedings against the Templars», *AQC*, XX, pp. 47-70, 112-142, 269-342. <<

[52] Barruel, *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme*, II, p. 376. <<

[53] Sobre las numerosas teorías de la historia de los Caballeros Templarios en Escocia, *véase* especialmente Robinson, *Born in Blood*, pássim. <<

[54] Barruel, II, pp. 344-386. <<

[55] *Ibidem*, II, p. 369.

[Nota anterior]

Barruel, II, pp. 344-386.

<<

[56] Larudan, *Les Francs Maçons écrasés*, Amsterdam, 1747 y la traducción al inglés, *The Freemasons Crushed*. <<

[57] Knight y Lomas, *The Second Messiah*, pp. 155-261, especialmente pp. 236-237. <<

[58] Sobre los contactos posibles entre los Caballeros Templarios y los francmasones, *véase* Hooker, «The Knights Templars-Fact & Fiction», *AQC*, XCVI, 204-211; sobre las importantes diferencias entre ellos, *véase* Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A celebration of the Craft*, p. 18. <<

[59] Findel, p. 126. <<

[60] *To all Godly People in the Citie of London*; Knoop y Jones, «An Anti-Masonic leaflet of 1698», *AQC*, LV, 152-154. <<

[61] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 134. <<

[62] Calvert, *The Grand Lodge of England*, pp. 4-7, 250-251. <<

[63] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 159; Crawley, «The Rev. Dr Anderson's Non-Masonic Writings 1702-1739»; Robbins, «Dr Anderson of the "Constitutions"», *AQC*, XVIII, 28-42; XXIII, 6-34. <<

[64] Sobre Desaguliers, *véase* Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, pp. 173-174; Calvert, p. 21; Fay, *La Franc-Maçonnerie et la révolution intellectuelle du XVIII e siècle*, pp. 76-87. <<

[65] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 181. <<

[66] Calvert, p. 250. <<

[67] *Ibidem*, p. 252.

[Nota anterior]

Calvert, p. 250.

<<

[68] Fisher, «John Montague, second Duke of Montagu», *AQC*, LXXIX, 69-89. <<

[69] Sobre Wharton, *véase* Calvert, pp. 61-68; Fay, pp. 101-108. <<

[70] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 296. <<

[71] *Ibidem*, p. 180.

[Nota anterior]

Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, p. 296.

<<

[72] Rottenbury, «The Pre-Eminence of the Great Architect in Freemasonry», *AQC*, XCVII, 193. <<

[73] Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, pp. 183 y ss. <<

[74] *Ibidem*, p. 178.

[Nota anterior]

Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, pp. 183 y ss.

<<

[75] *Ibidem*, p. 179.

[Nota anterior]

Knoop y Jones, *Genesis of Freemasonry*, pp. 183 y ss.

<<

[76] «Freemasons at Canterbury in 1732», *AQC*, XXXIII, 186-187. <<

[77] *Early Masonic Pamphlets*, pp. 25, 209. <<

[78] El adjetivo *hudibrástico* deriva de *Hudibras*, poema satírico de Samuel Pritler, en el que se ridiculiza a los puritanos. <<

[79] Knoop, Jones y Hamer publicaron una versión expurgada de este obsceno y asqueroso poema en *Early Masonic Pamphlets*, pp. 83-90, en 1945. Es digno de elogio que la integridad escolástica de la logia histórica de francmasones, la Ars Quatuor Coronatorum, los haya llevado a publicar el texto completo y sin censura en 1994. McLeod, «The Hudibrastic Poem of 1723», en *AQC*, CVII, 9-52. El texto del poema está en pp. 13-20. **<<**

[80] *The Free-Masons’Accusation and Defence, Early Masonic Pamphlets*, pp. 157-176. <<

[81] *A Full Vindication of the Ancient and Honourable Society of Free and Accepted Masons*, Londres, 1726, en *ibid*., pp. 176-185. <<

[82] Calvert, p. 30; Fay, p. 81; *AQC*, XXV, 278. <<

[83] Findel, p. 241. <<

[84] Calvert, p. 29; Robbins, «Frederick, Prince of Wales, as a Freemason», *AQC*, XXIX, 326, 329. <<

[85] Calvert, p. 29. <<

[86] Williams, «Alexander Pope and Freemasonry», *AQC*, XXXVIII, 127. <<

[87] Jones y Clarke, «A chaplain in a lodge in Liverpool in 1754»; Clarke, «John Locke and Freemasonry», *AQC*, LXXVII, 144, 168. <<

[88] *The Free Mason's Health,* o *The Enter'd Prentice Song, Early Masonic Pamphlets*, pp. 39-40. <<

[89] Canciones interpretadas en el teatro Royal, de Dublín, para masones, el 29 de noviembre de 1733, *ibid*., p. 295. <<

[90] *Ibidem*, p. 298.

[Nota anterior]

Canciones interpretadas en el teatro Royal, de Dublín, para masones, el 29 de noviembre de 1733, *ibid*., p. 295.

<<

[91] *Ode to the Grand Khaibal*, 1726, *ibid*., p. 191. <<

[92] *The Master Masons Ballad*, 1730, *ibid*., p. 232. <<

[93] *A Song sung by a Mason occasioned by a report that they were guilty of Sodomitical practices, ibid.*, p. 249. <<

[94] Sobre Rouget de Lisle y Pottier, *véase* Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 242; Chevallier, *Histoire de la Franc-Maçonnerie française*, II, p. 516; Denslow, *10,000 Famous Freemasons*, III, p. 360. <<

[95] Proclamación del Concilio en La Haya, 12 de diciembre de 1735, *Early Masonic Pamphlets*, pp. 333-334. <<

[96] Panfleto de Philorangielo, 30 de diciembre de 1735, *ibid*. **<<**

[97] La bula de Clemente XII «*In eminenti*», 28 de abril de 1738, Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 78-81. <<

[98] *Ibidem*, p. 82.

[Nota anterior]

La bula de Clemente XII «*In eminenti*», 28 de abril de 1738, Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 78-81.

<<

[99] *Ibidem.*

[Nota anterior]

La bula de Clemente XII «*In eminenti*», 28 de abril de 1738, Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 78-81.

Vatcher, «John Coustos and the Portuguese Inquisition», *AQC*, LXXXI, 9. <<

[100] Sobre el caso de Crudeli, *véase* Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 81-82; Vatcher, *ibid*. *AQC*, LXXXI, 9-87. **<<**

[101] Sobre la francmasonería en el Imperio austriaco, y la actitud del emperador Francisco I, *véase* Malazovich, «A Sketch of the earlier History of Masonry in Austria and Hungary»; Bradley, «Bro. Mozart and Some of his Masonic Friends»; Winterburgh, «Prague: A Centre of Freemasonry», *AQC*, IV, 20-24, 181-193; V, 15-19; VII, 77-82, 184-189; IX, 129-144; XXVI, 42. <<

[102] Informe de Du Vigneau a la logia Absalom de Hamburgo, 5 de agosto de 1743, en Malazovich, *AQC*, IV, 189-190. <<

[103] Sobre Coustos, *véase* Vatcher, en *AQC*, LXXXI, 9-87; Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 84. <<

[104] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 84. <<

[105] Informe de Henrique, Varajão, Moller y Abranches, 25 de abril de 1744, en *AQC*, LXXXI, 67-68. <<

[106] Promesa de Coustos de mantener el secreto, 23 de junio de 1744, *ibid*., p. 73. <<

[107] Lande y otros al Santo Oficio, 22 de septiembre de 1744, *ibid*., p. 73. <<

[108] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 84. <<

[109] Sobre Radclyffe y los francmasones jacobitas, *véase ibid.*, pp. 44-47; Tuckett, «The Early History of Freemasonry in France»; Vatcher, «A Lodge of Irishmen at Lisbon, 1738»; Mellor, «The Roman Catholic Church and the Craft»; Read, «The Church of Rome and Freemasonry», *AQC*, XXXI, 7-30; LXXXIV, 75-109; LXXXIX, 60-69; CIV, 51-56; Chevallier, I, 171. <<

[110] Chevallier, *ibid*.; Denslow, I, 309. <<

[111] Sobre la iniciación de Federico el Grande, *véase* Gottschall, *Deutsche Originalcharactere des achtzehnten Jahrhunderts*, 1897, vol. IV; traducción al inglés en Cerf, «How Frederick the Great of Prussia became a Freemason», *AQC*, X, 188. <<

[112] Pero no era un zapatito de cristal. La sandalia estaba hecha de piel de ardilla, *vair*. El traductor al inglés confundió la palabra con *verre* (vidrio, cristal) y la consignó erróneamente. <<

[113] Sobre la política del gobierno de Francia hacia la francmasonería en los años 1737-1745, *véase* Chevallier, I, 9-120; Fay, 132-151; Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 49-50; Findel, 200-215; Tuckett, «The early history of Freemasonry in France»; Hills, «Women in Freemasonry»; Vibert, «The Compagnonnage»; Smith, «The so-called "Exposures" of Freemasonry of the Mid-Eighteenth Century»; Bathem, «Chevallier Ramsay: a new appreciation»; Batham, «The Compagnonnage and the emergence of Craft Masonry in France»; Bernheim, «Notes on early Freemasonry in Bordeaux (1732-1769)»; Read, «The Church of Rome and Freemasonry»; Litvine, «Anti-Masonry: a neglected Source», *AQC*, XXXI, 7-30; XXXIII, 71, 231; LVI, 4-36; LXXIV, 51-52; LXXX1, 280-315; LXXXVI, 1-28; CI, 33-132; CIV, 51-56, 111-138. <<

[114] Hamer y Clarke, «An Anti-Masonic “Deliberation” by Six Doctors of the Sorbonne in 1745», *AQC*, LXXXVI, 29-34. <<

[115] Tallentyre, *The Friends of Voltaire*, p. 199. <<

[116] Saintsbury, «Voltaire», *Encyclopaedia Britannica*, 11a ed., XXVIII, p. 204. <<

[117] Calvert, pp. 31, 43. Citando el artículo del *London Daily Post* del 29 de mayo de 1739 sobre la muerte de Anderson del 28 de mayo de 1739, y el del *London Evening Post* del 2 de junio de 1739 sobre su funeral el 1 de junio de 1739, Calvert sostiene que Desaguliers murió el 29 de noviembre de 1743 y fue enterrado el 6 de marzo de 1744, y menciona el obituario del *General Evening Post* del 2 de marzo de 1744. La diferencia de fechas entre su muerte y el obituario o funeral parece sorprendente y Calvert no ofrece ninguna explicación al respecto. Otras autoridades, quizá más plausiblemente, sostienen que Desaguliers murió en 1744. <<

[118] En el original, el cargo masónico es *tyler*, que puede traducirse como retejador o cubridor y cuya función es ubicarse en las puertas del templo, recibir a los hermanos y decidir, a través de una breve entrevista, si quien desea ingresar es o no un verdadero masón. (*N. del T.*). <<

[119] *Ibidem*, p. 17.

[Nota anterior]

En el original, el cargo masónico es *tyler*, que puede traducirse como retejador o cubridor y cuya función es ubicarse en las puertas del templo, recibir a los hermanos y decidir, a través de una breve entrevista, si quien desea ingresar es o no un verdadero masón. (*N. del T.*).

<<

[120] *Ibidem*, p. 18.

[Nota anterior]

En el original, el cargo masónico es *tyler*, que puede traducirse como retejador o cubridor y cuya función es ubicarse en las puertas del templo, recibir a los hermanos y decidir, a través de una breve entrevista, si quien desea ingresar es o no un verdadero masón. (*N. del T.*).

<<

[121] Beck, «Anthony Sayer, gentleman: the truth at last», *AQC*, LXXXVIII, 69. <<

[122] Calvert, p. 18, citando el *London Evening Post*, del 16 de enero de 1741 y 1742. <<

[123] Para Dunckerley, *véase* Calvert, pp. 171-172. <<

[124] Piatigorsky, p. 146. <<

[125] Sobre Ramsay, *véase* Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 17; Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 19; Crawley, «The Templar Legends in Freemasonry»; Batham, «Chevalier Ramsay: A new appreciation», *AQC*, XXVI, 62; LXXXI, 280-315. <<

[126] Sobre el origen de la Bóveda Real, *véase History of English Freemasonry*, p. 14; Ough, «The Origin and Development of Royal Arch Masonry», *AQC*, CVII, 188-195. <<

[127] *Véase* Éxodo, XX, 2, 3, 5; Números, XXXI, 14, 15, 17, 18. <<

[128] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 40. <<

[129] Denslow, IV, pp. 89-90; Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 35; Conder, «The Hon. Miss (St.) Leger and Freemasonry», *AQC*, VIII, 162-163. <<

[130] Hills, «Women and Freemasonry», *AQC*, XXXIII, 63-77; Denslow, IV, pp. 177-178. Sobre las mujeres en logias masónicas en Francia durante el siglo XVIII, *véase* Chevallier, I, pp. 200-206. <<

[131] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 245; Denslow, IV, pp. 309-310; y *véase* también Crawley, «The Hon. A. Wesley and the lodge at Trim», *AQC*, XV, 108-124. <<

[132] Sobre la división entre los Modernos y los Antiguos, *véase History of English Freemasonry*, p. 10; Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 35; Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 36. <<

[133] Sobre la admisión de Wilkes como francmasón y las controversias subsiguientes, *véase* Calvert, p. 195. <<

[134] *Ibidem.*

[Nota anterior]

Sobre la admisión de Wilkes como francmasón y las controversias subsiguientes, *véase* Calvert, p. 195.

<<

[135] *Ibidem*, p. 196.

[Nota anterior]

Sobre la admisión de Wilkes como francmasón y las controversias subsiguientes, *véase* Calvert, p. 195.

<<

[136] Sobre el caso de Dodd, *véase* Calvert, pp. 179-183; Birkenhead, *Famous Trials of History*, pp. 149-158. <<

[137] Calvert, p. 182. <<

[138] *Ibidem*, p. 183.

[Nota anterior]

Calvert, p. 182.

<<

[139] «The Masonic Certificate of Edward Gibbon»; Mackay, «Sir Walter Scott as a Freemason»; Clarke y Jones, «Why was James Boswell a Freemason?»; Webb, «Robert Burns, poet and freemason», *AQC*, XVII, 33; XX, 209-220; LXXIX, 90-92; CIII, 113-130. <<

[140] Wonnacott, «Doctor Dodd, Grand Chaplain», *AQC*, XX, 352-355. <<

[141] Birkenhead, p. 150. <<

[142] Sobre el chevalier d’Éon, *véase* Crawley, «The Chevalier d’Éon», *AQC*, XVI, 231-251; Calvert, 186-192. <<

[143] Crawley, op. cit., *AQC*, XVI, 247. <<

[144] Crawley, *ibid*. *AQC*, XVI, 245. <<

[145] *Ibidem*, pp. 247-278.

[Nota anterior]

Crawley, *ibid*. *AQC*, XVI, 245.

<<

[146] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 97. **<<**

[147] *Ibidem*, pp. 86-87.

> *[Nota anterior]*
>
> Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 97.

Fenton, «The Military Services and Freemasonry»; Rogers, «Lancashire Military Lodges», *AQC*, LX, 5; LXXVI, 101-110.

<<

[148] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 97-98. <<

[149] *The Autobiography of Benjamin Franklin*, pp. 93, 97, 99, 105-106. <<

[150] Voorhis, «Benjamin Franklin’s Reprint of Anderson’s Constitutions of 1723», *AQC*, LXXXIV, 69. <<

[151] Fay, *La Franc Maçonnerie et la révolution intellectuelle du XVIIIe siède,* pp. 114-125. Durante la Segunda Guerra Mundial, Pétain nombró a Fay Jefe de la Organización para la Supresión de Sociedades Secretas —es decir, los francmasones— y en este carácter cooperó con las autoridades de la ocupación alemana, la Gestapo, y las organizaciones nazis antimasónicas de Berlín. Su vergonzoso historial como parte del régimen de Vichy no cambia el hecho de que su libro sobre la masonería del siglo XVIII (publicado por primera vez en 1935) es una obra especializada, erudita e imparcial. <<

[152] Aldridge, *Benjamin Franklin, Philosopher and Man*, pp. 44-45. <<

[153] Bullock, *Revolutionary Brotherhood*, pp. 50-52; Cerza, «Anti-Masonry», *AQC*, LXXX, 243. <<

[154] Smyth, «Worshipful Brother George Washington of Virginia», *AQC*, LXXXVIII, 182-183. <<

[155] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 98, 101. <<

[156] *Ibidem*, p. 101;

> *[Nota anterior]*
>
> Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 98, 101.

Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 43; «Signers of the Constitution of the United States», en Whitney, *Founders of Freedom in America*, pp. VII-X; Cerza, «The American War of Independence and Freemasonry», *AQC*, LXXXIX, 174.

<<

[157] Heaton, *Masonic Membership of the Founding Fathers*, p. XVI. <<

[158] Cerza, «The Boston Tea Party and Freemasonry», *AQC*, XCVIII, 208. <<

[159] *Ibidem*;

[Nota anterior]

Cerza, «The Boston Tea Party and Freemasonry», *AQC*, XCVIII, 208.

Nasser, «The Boston Tea Party», *AQC*, XCVIII, 207-209; CII, 248-249. <<

[160] *Journals of Congress, September 5, 1774, to January 1, 1776*, pp. 3, 68; Neustadt, *Carpenters’ Hall*, pp. 16-23. <<

[161] Charles y Nancy Cook, *Blueprint for a Revolution*, pp. 11,13-14, 29, 37-38. <<

[162] Fenton, «Richard Carlile», *AQC*, XLIX, 97. <<

[163] Denslow, II, pp. 173-174. <<

[164] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 101. <<

[165] Denslow, II, p. 92, que sostiene que Joseph Galloway era miembro de la logia masónica N.º 2 de Filadelfia; pero puede estar confundiéndolo con otro Joseph Galloway que se convirtió en maestro masón en la Logia N.º 59 de Washington, Pensilvania, en junio de 1796, después de que el otro Joseph Galloway huyera a Inglaterra, Heaton, p. 124. <<

[166] Haywood, *Famous Masons and Masonic Presidents*, p. 285. <<

[167] Denslow, I, p. 126. <<

[168] *Ibidem*, II, pp. 307-308.

[Nota anterior]

Denslow, I, p. 126.

<<

[169] *Ibidem*, I, pp. 163-164.

[Nota anterior]

Denslow, I, p. 126.

<<

[170] *Ibidem*, III, pp. 156, 178.

[Nota anterior]

Denslow, I, p. 126.

<<

[171] *Ibidem*, I, p. 120.

[Nota anterior]

Denslow, I, p. 126.

<<

[172] *Ibidem*, I, pp. 163-164.

[Nota anterior]

Denslow, I, p. 126.

<<

[173] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 43; Sherman, «The “Negro” on “Compact” Grand Lodge», *AQC*, XVII, 48-71. <<

[174] Fleming, *Liberty! The American Revolution*, pp. 302-303. <<

[175] Denslow, II, p. 162. <<

[176] *Ibidem*, I, pp. 30-31, 54; III, pp. 282, 312-313.

[Nota anterior]

Denslow, II, p. 162.

<<

[177] Lafontaine, «Paul Jones», *AQC*, XLIV, 203-207. <<

[178] Sir Richard fue completamente absuelto por la corte marcial, que dictaminó que había luchado con valentía y que había hundido el *Bonhomme Richard,* pero que finalmente se había visto obligado a arriar su bandera frente a un enemigo excepcionalmente talentoso y osado. **<<**

[179] *Ibidem*, p. 208.

[Nota anterior]

Sir Richard fue completamente absuelto por la corte marcial, que dictaminó que había luchado con valentía y que había hundido el *Bonhomme Richard*, pero que finalmente se había visto obligado a arriar su bandera frente a un enemigo excepcionalmente talentoso y osado.

<<

[180] *Ibidem*, pp. 209-213.

[Nota anterior]

Sir Richard fue completamente absuelto por la corte marcial, que dictaminó que había luchado con valentía y que había hundido el *Bonhomme Richard*, pero que finalmente se había visto obligado a arriar su bandera frente a un enemigo excepcionalmente talentoso y osado.

<<

[181] Es casi seguro que Madison era francmasón y es probable que se haya incorporado a la sociedad en 1795, aunque hay diferentes versiones respecto de la fecha de su iniciación y de la logia a la que pertenecía. (Denslow, III, pp. 120-121). <<

[182] Chevallier, I, pp. 39, 47, 161-162. <<

[183] *Ibidem*, I, p. 197.

[Nota anterior]

Chevallier, I, pp. 39, 47, 161-162.

<<

[184] *Ibidem*, I, p. 194.

[Nota anterior]

Chevallier, I, pp. 39, 47, 161-162.

<<

[185] *Venez sous P à cent sous six = Venez souper à Sans-Souci* (Venga a cenar a Sans-Souci). *G grand, a petit = J'ai grand appétit* (Tengo un gran apetito). <<

[186] *Ibidem*, I, p. 275.

[Nota anterior]

Venez sous P à cent sous six = Venez souper à Sans-Souci (Venga a cenar a Sans-Souci). *G grand, a petit = J'ai grand appétit* (Tengo un gran apetito).

<<

[187] Benemeli, *La Masonería Española en el siglo XVIII*, p. 97. <<

[188] *Ibidem*, pp. 107, 118-120.

[Nota anterior]

Benemeli, *La Masonería Española en el siglo XVIII*, p. 97.

Sobre la diferencia entre las dos bulas papales de 1738 y 1754 *véase* Read, «The Church of Rome and Freemasonry», *AQC*, CIV, 57.

<<

[189] Sobre la música masónica de Mozart y sus relaciones con la logia de Viena, *véase* Bradley, «Bro. Mozart and some of his Masonic Friends», *AQC*, XXVI, 244-246. También *véase* Sharp, «Mozart's Masonic Music»; Smyth, «Brother Mozart of Vienna»; Webb, «Joseph Haydn, Freemason and Musician», *AQC*, LXIX, 15-30; LXXXVII, 37-78; XVIV, 61-82. <<

[190] Francovich, *Storia della Massoneria in Italia*, pp. 130-131. <<

[191] Sobre los *Illuminati*, *véase* Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 74-78. *Véase* también Ferminger, «The Romances of Robison and Barruel», *AQC*, L, 161 y ss. <<

[192] *Véase* Nesta H. Webster, *World Revolution: The Plot against Civilization*, Londres, 1921; Nesta H. Webster, *Secret Societies and Subversive Movements*, Londres, 1924. <<

[193] Artículo inédito de Churchill, «Zionism versus Bolshevism», del 8 de febrero de 1920, en los Archivos Churchill, CHAR 8/36, pp. 92-93. <<

[194] Sobre el texto del edicto, *véase* reinalter, *Joseph II und die Freimaurerei*, pp. 64-66. <<

[195] Barruel, *Mémoires pour servir à l’histoire du Jacobinisme,* II, pp. 261-264. <<

[196] María Antonieta a Leopoldo II, 17 de agosto de 1790, *Lettres de Marie-Antoinette*, II, p. 192. <<

[197] Sobre las vacilaciones de Mozart al componer *La flauta mágica*, y su producción, *véase* Bradley, «Bro. Mozart and some of his Masonic Friends», *AQC*, XXVI, 249-250. <<

[198] *Ibidem*, 250-251.

[Nota anterior]

Sobre las vacilaciones de Mozart al componer *La flauta mágica*, y su producción, *véase* Bradley, «Bro. Mozart and some of his Masonic Friends», *AQC*, XXVI, 249-250.

<<

[199] *Ibidem*, 250.

[Nota anterior]

Sobre las vacilaciones de Mozart al componer *La flauta mágica*, y su producción, *véase* Bradley, «Bro. Mozart and some of his Masonic Friends», *AQC*, XXVI, 249-250.

<<

[200] Denslow, IV, p. 89. <<

[201] *Ibidem*, I, 89;

[Nota anterior]

Denslow, IV, p. 89.

Chevallier, I, p. 288.

<<

[202] Francovich, pp. 145-146. <<

[203] Relato de Casanova sobre su huida, en Yeats-Brown, *Escape*, pp. 681-743. <<

[204] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 73-74; Francovich, pp. 436, 439, 441; Ivanoff, «Cagliostro in Eastern Europe», *AQC*, XL, 45-80. <<

[205] Francovich, p. 440. <<

[206] *Ibidem*, pp. 446-447.

[Nota anterior]

Francovich, p. 440.

<<

[207] *Ibidem*, pp. 461-462, 464.

[Nota anterior]

Francovich, p. 440.

<<

[208] *Ibidem*, p. 464.

[Nota anterior]

Francovich, p. 440.

<<

[209] *Ibidem*, p. 468.

[Nota anterior]

Francovich, p. 440.

<<

[210] *Ibidem*, pp. 468-470.

[Nota anterior]

Francovich, p. 440.

<<

[211] *Ibidem*, p. 472.

[Nota anterior]

Francovich, p. 440.

<<

[212] Chevallier, I, p. 312. <<

[213] *Mais le despote sanguinaire, Tous ces complices de Bouillé, Tous ces tigres qui sans pitié, Déchirent le sein de leur mère…* **<<**

[214] Cabanès, *Marat inconnu*, pp. 46-83. <<

[215] Chevallier, I. p. 367. <<

[216] Cabanès, pp. 48-49. <<

[217] *Ibidem*, pp. 83-113.

[Nota anterior]

Cabanès, pp. 48-49.

<<

[218] Benemeli, pp. 301-303. <<

[219] Pero es incorrecto sostener que los términos «izquierda» y «derecha», o «ala izquierda» y «ala derecha», cuando denotan la posición política de una persona o partido, provengan de la Revolución francesa de 1789. Surgieron como resultado de la ubicación en la que los diputados se sentaron en la Asamblea Nacional francesa después de la revolución de 1848. <<

[220] *Ibidem*, p. 304.

[Nota anterior]

Pero es incorrecto sostener que los términos «izquierda» y «derecha», o «ala izquierda» y «ala derecha», cuando denotan la posición política de una persona o partido, provengan de la Revolución francesa de 1789. Surgieron como resultado de la ubicación en la que los diputados se sentaron en la Asamblea Nacional francesa después de la revolución de 1848.

<<

[221] Telepneff, «Freemasonry in Russia», *AQC*, XXXV, 277. <<

[222] *Ibidem*, pp. 261-279.

[Nota anterior]

Telepneff, «Freemasonry in Russia», *AQC*, XXXV, 277.

<<

[223] Ferminger, «The Romances of Robison and Barruel», *AQC*, I, 42. <<

[224] Lefebvre, Guyot y Sagnac, *La Révolution Française*, p. 119. <<

[225] Chevallier, I, p. 206. <<

[226] Goethe, «Campagne in Frankreich 1792», *Goethes Werke*, XXXIII, p. 75. <<

[227] «Felipe Igualdad». (*N. del T.*). <<

[228] Lefebvre, Guyot y Sagnac, p. 150. <<

[229] Findel, pp. 182, 387. <<

[230] *Ibidem*, p. 388.

[Nota anterior]

Findel, pp. 182, 387.

<<

[231] Chevallier, I, p. 367. <<

[232] Findel, pp. 430-431. <<

[233] Keane, *Tom Paine*, pp. 413-414. <<

[234] Robison, *Proofs of a Conspiracy*, p. 382. <<

[235] Barruel, *Mémoires pour servir à l’histoire du Jacobinisme*, I, p. <<

[236] *Ibidem*, I, p. I.

[Nota anterior]

Barruel, *Mémoires pour servir à l’histoire du Jacobinisme*, I, p.

<<

[237] *Ibidem*, I, p. II.

[Nota anterior]

Barruel, *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme*, I, p.

<<

[238] *Ibidem*, II, pp. 260-261.

[Nota anterior]

Barruel, *Mémoires pour servir à l’histoire du Jacobinisme*, I, p.

<<

[239] *Ibidem*, II, p. 258.

[Nota anterior]

Barruel, *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme*, I, p.

<<

[240] Robison, pp. 9-11; Postdata a la segunda edición, p. 26. <<

[241] Berry, «Some historical Episodes in Irish Freemasonry», *AQC*, XXVI, 197. <<

[242] *Ibidem*, 199.

[Nota anterior]

Berry, «Some historical Episodes in Irish Freemasonry», *AQC*, XXVI, 197.

<<

[243] *Ibidem.*

[Nota anterior]

Berry, «Some historical Episodes in Irish Freemasonry», *AQC*, XXVI, 197.

<<

[244] *Ibidem.*

[Nota anterior]

Berry, «Some historical Episodes in Irish Freemasonry», *AQC*, XXVI, 197.

<<

[245] *Statutes at Large*, 37 Geo. III, c. I23; 39 Geo. III, c. 79; R. v. Loveless y otros, Carrington y Payne, VI, p. 596. <<

[246] Denslow, III, pp. 213-214; Calvert, p. 203. Sobre un punto de vista contrario en torno a la fecha de iniciación de Moira, *véase* Hamill, «The Earl of Moira», *AQC*, XCIII, 32. <<

[247] Hamill, «The Earl of Moira», *AQC*, XCIII, 47. <<

[248] *Ibidem*, 34.

[Nota anterior]

Hamill, «The Earl of Moira», *AQC*, XCIII, 47.

<<

[249] Francovich, pp. 190-191. <<

[250] Nelson a Paoli, 8 de febrero de 1794, *Despatches and Letters of Nelson*, I, p. 351. <<

[251] Stolper, «Freemasonry in Naples in the Eighteenth Century», *AQC*, XCIII, 72; Villari, «Caracciolo»; Villari, «Naples, Kingdom of» (*Encyclopaedia Britannica*, 11a ed., V, p. 299; XIX, p. 186); Holland Rose, «The Second Coalition», *Cambridge Modern History*, 1907, 10a ed., VIII, p. 658. <<

[252] Holland Rose, *ibid*. **<<**

[253] Napoleón I a Champagny, 13 de septiembre de 1805, Chevallier, II, p. 85. <<

[254] Chevallier, II, p. 23. <<

[255] «Napoleon I and Freemasonry»; Tuckett, «Napoleon I and Freemasonry», *AQC*, VIII, 188; XXVII, 115. <<

[256] Chevallier, II, p. 19. <<

[257] O’Meara cita a Napoleón declarando que eran «un hato de imbéciles que se encuentran *à faire bonne chère* y dispuestos a llevar a cabo tonterías ridículas». Chevallier traduce a O’Meara así: «*C’est un tas d’imbéciles qui s’assemblent pour faire bonne chère et exécuter quelques folies ridicules*». **<<**

[258] O’Meara, *Napoleon at St. Helena*, I, p. 170; *véase* también Chevallier, II, p. 17. <<

[259] Chevallier, II, pp. 12, 14, 23, 26. <<

[260] *Ibidem*, II, pp. 15, 46;

> *[Nota anterior]*
>
> Chevallier, II, pp. 12, 14, 23, 26.

Tuckett, en *AQC*, XXVII, 98-99. El puesto se complicaba por la existencia en esa época, tanto en Francia como en Inglaterra, de dos organizaciones masónicas rivales: el Gran Oriente y el *Rite Écossais*. En un momento, José Bonaparte era Gran Maestro del Gran Oriente y Luis Bonaparte era Gran Maestro del *Rite Écossais*, mientras los mariscales de Napoleón eran funcionarios de ambas organizaciones. Los dos grupos se unieron en diciembre de 1804.

<<

[261] Chevallier, II, pp. 90-91; Tuckett, en *AQC*, XXVII, 107. <<

[262] Chevallier, II, p. 48. *Vois ce qu'ont fait l'or et la trahison! Te voilà seul, orgueilleux insulaire! Prolonges-tu la lutte téméraire? Tremble, les dieux portent Napoléon. Cède, ou bientôt ce noble cri de guerre Va retentir jusqu'au sein d'Albion; Vive Napoléon!* <<

[263] *Ibidem*, II, pp. 30-31.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 48. *Vois ce qu'ont fait l'or et la trahison! Te voilà seul, orgueilleux insulaire! Prolonges-tu la lutte téméraire? Tremble, les dieux portent Napoléon. Cède, ou bientôt ce noble cri de guerre Va retentir jusqu'au sein d'Albion; Vive Napoléon!*

<<

[264] Informe sobre la francmasonería, 1811, *ibid*., II, 36-42. <<

[265] *Ibidem*, 40, 157-162;

[Nota anterior]

Informe sobre la francmasonería, 1811, *ibid*., II, 36-42.

Crowe, «A Curious Carbonari Certificate»; Radice, «Introduction to the History of the Carbonari»; Radice, «The French Charbonnerie in the Nineteenth Century», *AQC*, XVI, 163-170; LIII, 48-143; LIV, 35-67, 122-127; LX, 106-116. <<

[266] Chevallier, II, pp. 95-97. <<

[267] Tarlé, *Bonaparte*, p. 20. <<

[268] Chevallier, II, p. 96. <<

[269] Wellington a Peacocke, 4 de enero de 1810, *Wellington at War*, pp. 182-183. *Véase* también Orden del día de Wellington, 5 de enero de 1810, *Wellington’s Supplementary Despatches*, VI, p. 467. <<

[270] Wellington a Carleton, 13 de agosto de 1838; Wellington a Walsh, 13 de octubre de 1851; Walsh a la publicación *Freemasons' Quarterly Magazine*, 6 de marzo de 1854, en Crawley, «The Hon. A. Wesley and the Lodge at Trim», *AQC*, XV, 108-124. <<

[271] Chevallier, II, p. 52. <<

[272] *Ibidem.*

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 52.

<<

[273] *Ibidem*, II, p. 103.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 52.

<<

[274] *Ibidem*, II, p. 52.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 52.

<<

[275] *Ibidem*, II, p. 53.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 52.

<<

[276] *Ibidem*, II, pp. 24-25, 53-54.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 52.

<<

[277] *Ibidem*, II, p. 53.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 52.

<<

[278] Denslow, I, p. 108. <<

[279] Chevallier, II, p. 54. <<

[280] *Ibidem*, II, p. 47.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 54.

<<

[281] Kurtz, *The Trial of Marshal Ney*, pp. 269-270; Wellington a Angela Burdett Coutts, 1 de septiembre de 1849, *ibid*., pp. 314-315. <<

[282] Chevallier, II, p. 189. <<

[283] Kurtz, pp. 203-205. <<

[284] *Ibidem*, p. 316.

[Nota anterior]

Kurtz, pp. 203-205.

<<

[285] Chevallier, II, pp. 111-113. <<

[286] *Ibidem*, II, pp. 105-109.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 111-113.

<<

[287] *Ibidem*, II, p. 23.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 111-113.

<<

[288] *Ibidem*, II, pp. 109-112.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 111-113.

<<

[289] *Ibidem*, II, p. 192.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 111-113.

<<

[290] *Ibidem*, II, pp. 193-195.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 111-113.

<<

[291] *Ibidem*, II, pp. 197-199.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 111-113.

<<

[292] *Ibidem*, II, p. 199.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 111-113.

<<

[293] Radice, «Introduction to the History of the Carbonari»; Radice, «The French Charbonnerie in the Nineteenth Century»; Stolper, «“Napoleonic” Freemasonry in Italy», *AQC*, LIII, 48-143; LIV, 35-37, 122-177; LX, 106-116; C, 164-178. <<

[294] Winterburgh, «Prague: A Centre of Freemasonry»; reinalter, «Freemasonry in Austria in the Eighteenth Century», *AQC*, LXXVII, 68-70; C, 206. <<

[295] Telepneff «Russian Freemasonry during the Reign of Alexander I», *AQC*, XXXVIII, 6-21, 35. <<

[296] Telepneff, «Polish Freemasonry», *AQC*, LIX, 192-195. <<

[297] Informe de Kushelev, junio 1821, en Telepneff, «Russian Freemasonry during the Reign of Alexander I», *AQC*, XXXVIII, 43-50. <<

[298] Telepneff, «Russian Freemasonry during the Reign of Alexander I»; Telepneff, «Polish Freemasonry», *AQC*, XXXVIII, 29-66; LIX, 195. <<

[299] *History of English Freemasonry*, p. 18; Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 39; Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 107, 109, 111, 117. Para investigar sobre el intento exitoso de formar una logia masónica en la Honorable Compañía de Artillería de la Armoury House, Londres, que el duque de Sussex apoyó con valentía cuando fue coronel y, más tarde, capitán general de la Compañía, véase una monografía de Jean Tsushima, archivador emérito de la HAC, que se encuentra en preparación, sobre la creación de la Logia Fitzroy en la Armoury House. **<<**

[300] Denslow, I, p. 136. <<

[301] Simmons, *A Letter to His Grace the Duke of Northumberland*, pp. 5-7, 29-30. <<

[302] *The Life of Robert Owen written by himself*, I, pp. 224-225. <<

[303] Fenton, «Richard Carlile», *AQC*, XLIX, 94-103. <<

[304] *Ibidem*, 91.

[Nota anterior]

Fenton, «Richard Carlile», *AQC*, XLIX, 94-103.

<<

[305] Holyoake, «Carlile, Richard», *Dictionary of National Biography*, III, p. 1011. <<

[306] Bernard, *Light on Masonry*, pp. 379 y ss. <<

[307] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 190. <<

[308] Bernard, p. 370. <<

[309] *Ibidem*, p. 372.

[Nota anterior]

Bernard, p. 370.

<<

[310] *Ibidem*, p. 373.

[Nota anterior]

Bernard, p. 370.

<<

[311] *Ibidem*, pp. 372, 377.

[Nota anterior]

Bernard, p. 370.

<<

[312] *Ibidem*, pp. 379-391.

[Nota anterior]

Bernard, p. 370.

<<

[313] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 194. <<

[314] Proclamas de De Witt Clinton, 26 de octubre de 1816 y 19 de marzo de 1827. Bernard, Apénd. pp. 25-26. <<

[315] Muir, «The Morgan affair», *AQC*, CV, 227-229; Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 193. <<

[316] Muir, en *AQC*, CV, 224; Vaughn, *The Anti-Masonic Party in the United States*, p. 7. <<

[317] Vaughn, p. 7. <<

[318] Bernard, pp. 388, 479-486; Muir, en *AQC*, CV, 225. <<

[319] Discurso de Herbert A. Read del 4 de julio de 1828, Bernard, p. 451. <<

[320] Discurso de T. F. Talbot, 2-6 de agosto de 1828; resolución de la reunión del 4-6 de agosto de 1828, *ibid*., pp. 476, 465. <<

[321] Muir, «The Morgan affair», *AQC*, CVI, 139. <<

[322] *Ibidem*, p. 135;

[Nota anterior]

Muir, «The Morgan affair», *AQC*, CVI, 139.

Voorhis, «The Morgan Affair of 1826», *AQC*, LXXVI, 202.

<<

[323] Muir, *AQC*, CV, 228. <<

[324] Bernard, Apénd. 33, p. 393. <<

[325] John Quincy Adams a Livingston, 23 de mayo de 1833, John Quincy Adams, *Letters on the Masonic Institution*, pp. 163-165. <<

[326] Se trata de la doctrina defendida por John C. Calhoun y el estado de Carolina del Sur, según la cual un estado podía anular una ley del Congreso si ésta interfería con lo que se consideraban que eran los derechos de ese estado. En virtud de ello, Carolina del Sur se había negado a cumplir con el arancel impositivo fijado por el Congreso, y Jackson envió a la marina federal a tomar el puerto de Charleston y cobrar el arancel por la fuerza. Tanto la Anulación como la antimasonería habían pasado a formar parte de la plataforma política de los que se oponían a Jackson. **<<**

[327] Vaughn, p. 67. <<

[328] *Ibidem*, p. 68.

[Nota anterior]

Vaughn, p. 67.

<<

[329] *Ibidem*, pp. 100, 126.

[Nota anterior]

Vaughn, p. 67.

<<

[330] *Ibidem*, pp. 140-141, 145-146.

[Nota anterior]

Vaughn, p. 67.

<<

[331] Voorhis, en *AQC*, LXXVI, 201. <<

[332] *John Brown's body lies a-mouldering in the grave, but his soul goes marching on.* <<

[333] Denslow, I, pp. 139-140. <<

[334] *Ibidem*, IV, p. 208.

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 139-140.

<<

[335] *Ibidem*, I, p. 149.

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 139-140.

<<

[336] *Ibidem*, II. pp. 2-17;

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 139-140.

Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 238. <<

[337] Denslow, I, pp. 78-79, 137-138, 324-325, John Bell, Breckinridge, Douglas. <<

[338] *Ibidem*, III, p. 86.

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 78-79, 137-138, 324-325, John Bell, Breckinridge, Douglas.

<<

[339] *Ibidem*, III, p. 163.

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 78-79, 137-138, 324-325, John Bell, Breckinridge, Douglas.

<<

[340] *Ibidem*, II, pp. 35-36.

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 78-79, 137-138, 324-325, John Bell, Breckinridge, Douglas.

<<

[341] *Ibidem*, I, pp. 162-163.

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 78-79, 137-138, 324-325, John Bell, Breckinridge, Douglas.

<<

[342] Orden general de Butler N.º 28, mayo de 1862, Ward, *The Civil War*, p. 126. <<

[343] Denslow, IV, pp. 291-292. <<

[344] *Ibidem*, IV, pp. 268-269.

[Nota anterior]

Denslow, IV, pp. 291-292.

<<

[345] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 45. <<

[346] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 201-206; Denslow, III, pp. 340-341. <<

[347] Denslow, II, pp. 298-289. <<

[348] *Ibidem*, IV. pp. 180-181.

[Nota anterior]

Denslow, II, pp. 298-289.

<<

[349] Sobre el papel de Thaddeus Stevens en la campaña antimasónica, *véase* Vaughn, 90-111; Cerza, «Anti-Masonry», *AQC*, LXXX, 247. <<

[350] Denslow, I, pp. 19, 41, 78, 90, 191; III, p. 102. <<

[351] Un criollo es una persona de origen español nacida en el Imperio español en América. <<

[352] *Ibidem*, IV, pp. 95-96;

[Nota anterior]

Un criollo es una persona de origen español nacida en el Imperio español en América.

Seal-Coon, «Spanish-American Revolutionary Masonry», *AQC*, XCIV, 98-103; *Enciclopedia Universal Ilustrada*, XXIX, pp. 1131-1132.

<<

[353] Sobre el almirante Brown, *véase* Ratto, *Almirante Guillermo Brown*, pássim; *Biografías Navales*, pp. 13-21; Mulhall, *The English in South America*, pp. 144-154; Levi-Castillo, «Admiral William Brown», *AQC*, XCI, 16-24. <<

[354] Hall-Johnson, «A Century of English Freemasonry in Argentina»; Seal-Coon, «Spanish-American Revolutionary Masonry», *AQC*, LXV, 98; XCIV, 93. <<

[355] Timmons, «José María Morelos», *Hispano-American Historical Review*, XIV, pp. 183-195. <<

[356] Denslow, I, p. 254. <<

[357] Domenech, *L’Empire au Mexique*, p. 22. <<

[358] Roeder, *Juárez and his Mexico*, p. 31. <<

[359] Denslow, III, p. 208. <<

[360] Altamira, «Spain», *Cambridge Modern History*, X, p. 218. <<

[361] *Ibidem*, X, pp. 214-230.

[Nota anterior]

Altamira, «Spain», *Cambridge Modern History*, X, p. 218.

<<

[362] Denslow, I, p. 194. <<

[363] Ridley, *Garibaldi*, pp. 119-26, 142-143, 174-175; Stolper, «Garibaldi: Freemason», *AQC*, CII, p. 7. <<

[364] Garibaldi, *Clelia*, 458 y ss.; Ridley, *Garibaldi*, 198. <<

[365] Ridley, *Garibaldi*, p. 220. <<

[366] Denslow, II, p. 281. <<

[367] *Ibidem*, I, pp. 39-40, 267; II, pp. 257-258, 311-312; III, p. 49.

[Nota anterior]

Denslow, II, p. 281.

<<

[368] *Ibidem*, II, p. 82; III, pp. 353-354; IV, pp. 115, 223-224.

[Nota anterior]

Denslow, II, p. 281.

<<

[369] *Ibidem*, I, p. 162; II, pp. 150-151, pp. 251-252, 257-258, 281; III, pp. 353-354; IV, pp. 96-97.

[Nota anterior]

Denslow, II, p. 281.

<<

[370] Chevallier, II, pp. 255-257, 283. <<

[371] *Ibidem*, II, pp. 289-292.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 255-257, 283.

<<

[372] Eckert, *Die Freimaurer-Orden*, pp. 281, 288-289. <<

[373] Chevallier, II, p. 305. <<

[374] *Ibidem*, II, p. 322.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 305.

<<

[375] *Ibidem*, II, pp. 315, 342-348.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 305.

<<

[376] *Ibidem*, II. p. 336.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 305.

<<

[377] Denslow, III, p. 296. <<

[378] Chevallier, II, p. 356. <<

[379] *Ibidem*, II, p. 355.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[380] *Ibidem*, II, p. 358.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[381] *Ibidem*, II, p. 371.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[382] *Ibidem*, II, p. 380.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[383] *Ibidem*, II, pp. 398-399.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[384] *Ibidem*, II, p. 402.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[385] *Ibidem*, II, pp. 403-406.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[386] *Ibidem*, II, p. 408.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[387] *Ibidem*, II, p. 441.

[Nota anterior]

Chevallier, II, p. 356.

<<

[388] *Le Constitutionnel*, 11 de enero de 1870; Eugénie de Grèce, *Pierre Napoléon Bonaparte*, pp. 314-326. <<

[389] *The Times*, 22, 23, 24, 25, 26, 28, 29, 31 de marzo de 1870; Eugénie de Grèce, pp. 353-376. <<

[390] Chevallier, II, pp. 492-493. <<

[391] *Ibidem*, II, pp. 504-505, 516-517.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 492-493.

<<

[392] Jellinek, *The Paris Commune of 1871*, pp. 195, 366; *The Times*, 26 de mayo de 1871. <<

[393] Jellinek, p. 370. <<

[394] Winterburgh, «Prague, a Centre of Freemasonry», *AQC*, LXXVII, 69. <<

[395] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 236. <<

[396] Winterburgh, en *AQC*, LXXVII, 69-70. <<

[397] Denslow, IV, p. 111. <<

[398] Philor, «Freemasonry in Greece»; Rizopoulos, «Sultan Murad V and Freemasonry», *AQC*, XI, 100; CIV, 188. <<

[399] Rizopoulos, *op. cit*. Layiktez, «Sultan Murad V», *AQC*, CIV, 189-195; CVII, 230-232. <<

[400] Denslow, IV, pp. 216-217. <<

[401] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 226. <<

[402] Batham; «Note»; Khambatta, «The Influence of the Prince of Wales, Edward VII», *AQC*, XCI, 226; CVIII, 84. <<

[403] Hughan, «King Edward VII», *AQC*, XXIII, 102-103. <<

[404] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, 241. <<

[405] Webb, «John George Lambton, The First Earl of Durham», *AQC*, CIX, 115-153. <<

[406] Denslow, III, pp. 112-113. <<

[407] Sharp, «Some Aspects of Operative Masonry in New South Wales»; Sharp, «Australia's Oldest Masonic Document», *AQC*, C, 208-19; CIX, 250-265; Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 55. <<

[408] Musa, «The First Indian Freemason», *AQC*, LXXXI, 317-321. **<<**

[409] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 146. <<

[410] *Ibidem.*

[Nota anterior]

Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 146.

<<

[411] *Ibidem*, p. 171.

[Nota anterior]

Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 146.

<<

[412] Chevallier, II, p. 546. <<

[413] Stolper, «Garibaldi: Freemason», *AQC*, CII, 5-12, 14-21. <<

[414] Chevallier, II, pp. 531-532. <<

[415] *Ibidem*, II, p. 550.

[Nota anterior]

Chevallier, II, pp. 531-532.

<<

[416] Sobre Taxil, *véase* Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 173-176; Cerza, «Anti-Masonry»; Seal-Coon, «Modern Anti-Masonry at Home and Abroad», *AQC*, LXXX, 250; CII, 172-174. <<

[417] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, pp. 171, 173. <<

[418] Chevallier, III, p. 12. <<

[419] Taxil y Verdun, *Les Assassinats Maçonniques*, p. 157. <<

[420] Fava a Taxil, 3 de agosto de 1891, en *L’Existence des Loges de Femmes*, p. 6. <<

[421] Winterburgh, «Prague: A Centre of Freemasonry», *AQC*, LXXVII, 70. <<

[422] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 178. <<

[423] Nilus, *Protocols of the Wise Men of Zion*, p. 16. <<

[424] *Morning Post*, 28 de mayo de 1920. <<

[425] T. G. Masaryk, «Svobodní zednári», en *Nae Doba*, XIII, 30-35. <<

[426] Hamill y Gilbert, *Freemasonry*: A *Celebration of the Craft*, pp. 227, 238.
<<

[427] Chevallier, III, pp. 11, 54. <<

[428] *Ibidem*, III, pp. 12, 21, 34.

[Nota anterior]

Chevallier, III, pp. 11, 54.

<<

[429] *Ibidem*, III, p. 10.

[Nota anterior]

Chevallier, III, pp. 11, 54.

<<

[430] *Ibidem*, III, p. 201.

[Nota anterior]

Chevallier, III, pp. 11, 54.

<<

[431] *Ibidem*, III, pp. 51-52.

[Nota anterior]

Chevallier, III, pp. 11, 54.

<<

[432] Piatigorsky, pp. 371-373. <<

[433] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 181. <<

[434] Piatigorsky, p. 263. <<

[435] Chevallier, III, p. 121. <<

[436] Para el caso Stavisky y la muerte de Prince, *véase ibid.*, III, pp. 233-263. <<

[437] Ludendorff, *Vernichtung der Freimaurerei durch Enthüllung ihrer Geheimnisse*, pp. 6, 14, 76. <<

[438] Custos, *Freimaurer der Weltvampyr*, pp. 8, 34-36, 43-44. <<

[439] Chevallier, III, p. 284. <<

[440] *Ibidem*, III, p. 288.

[Nota anterior]

Chevallier, III, p. 284.

<<

[441] Groussier a reynaud, 21 de mayo de 1940, *ibid*., III, pp. 307-308. <<

[442] Weygand, *Rappelé au service*, pp. 298-299. <<

[443] Groussier a Pétain, 7 de agosto de 1940, Chevallier, III, pp. 316-318. <<

[444] *Ibidem*, III, pp. 333, 335, 351, 353.

[Nota anterior]

Groussier a Pétain, 7 de agosto de 1940, Chevallier, III, pp. 316-318.

<<

[445] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 182. <<

[446] Chevallier, III, p. 326. <<

[447] *Ibidem*, III, pp. 312-314; De Brinon a Goebbels, 11 de mayo de 1943, *ibid*., III, 359; Ousby, *Occupation: The Ordeal of France 1940-1944*, p. 98.

[Nota anterior]

Chevallier, III, p. 326.

<<

[448] *Laval parle,* pp. 106-109. <<

[449] Chevallier, III, p. 320. <<

[450] *Ibidem*, III, p. 370.

[Nota anterior]

Chevallier, III, p. 320.

<<

[451] Denslow, IV, p. 409. <<

[452] Sobre el papel de los francmasones en la resistencia francesa, *véase* Chevallier, III, pp. 373-393. <<

[453] Gran Oriente a De Gaulle, 18 de octubre de 1944, *ibid*., III, pp. 399-400. <<

[454] *Ibidem*, p. 387.

[Nota anterior]

Gran Oriente a De Gaulle, 18 de octubre de 1944, *ibid*., III, pp. 399-400.

<<

[455] Sobre la actitud de la Iglesia católica hacia los francmasones desde el Concilio Vaticano Segundo, *véase* Read, «The Church of Rome and Freemasonry», *AQC*, CIV, 51-94. <<

[456] Informe del Signor Salvatore Spinello del Gran Oriente de Italia. <<

[457] Lange, «A Sketch of Norwegian Masonic History», *AQC*, XIII, 35. <<

[458] *Quisling*: Traidor (a su patria). (*N. del T.*). <<

[459] Denslow, IV, p. 3. <<

[460] «The South African Commission of Enquiry into Secret Organizations», *AQC*, LXXVIII, 74-82. <<

[461] Muller-Ruegg, «Swiss Freemasonry’s Fight for Life», *AQC*, LX, pp. 211-222. <<

[462] Washizu, «Anti-Masonry in Japan», *AQC*, CVII, 50-51. <<

[463] Sobre la antimasonería en Japón, *véase ibid.*, *AQC*, CVII, 85-116. <<

[464] Piatigorsky, 197. <<

[465] Denslow, II, pp. 180-181, 250, 291; III, pp. 120-121, 138, 176-177; IV, pp. 65-68, 215-216, 255-256, 333. Entre los quince presidentes masónicos se incluye a Madison, *véase* supra, 108n. <<

[466] *Ibidem*, II, p. 43.

[Nota anterior]

Denslow, II, pp. 180-181, 250, 291; III, pp. 120-121, 138, 176-177; IV, pp. 65-68, 215-216, 255-256, 333. Entre los quince presidentes masónicos se incluye a Madison, *véase* supra, 108n.

<<

[467] Sobre la francmasonería en España, *véase* Cerza, «Anti-Masonry»; Seal-Coon, «Modern AntiMasonry», *AQC*, LXXX, 253; CII, 175, 177. <<

[468] Boor, *Masonería*, pp. 11-15, 28-29, 31-32, 34-35, 43, 47, 51, 53-55, 65, 183, 214, 219, 323. <<

[469] Benemeli, *La Masonería Española en el Siglo XVIII*, Madrid, 1974. <<

[470] Denslow, I, pp. 240-241. <<

[471] *Ibidem*, II, pp. 321-322.

[Nota anterior]

Denslow, I, pp. 240-241.

<<

[472] *Libro Rojo*, pp. 200-214; Gagern, *Todte und Lebende*, I, p. 276; García y Pereyra, *Paredes y Arrillaga*, p. 291. <<

[473] Denslow, III, pp. 153-154. <<

[474] *Ibidem*, II, p. 77.

[Nota anterior]

Denslow, III, pp. 153-154.

<<

[475] Sobre la posición del rey Leopoldo respecto de la conveniencia de que Maximiliano se convirtiera en emperador de México, *véase* Ridley, *Maximilian and Juárez*, pp. 76-77, 79, 92-93, 141, 149. <<

[476] Denslow, II, p. 352. <<

[477] Sobre los intentos de convencer a Juárez de que perdonara a Maximiliano, *véase* Ridley, *Maximilian and Juárez*, pp. 272-276. <<

[478] Gould, «Freemasonry in Mexico», *AQC*, X, 68-69. <<

[479] La reina Victoria a Stanley, 18 de julio de 1867, RA: VIC/J 102/102. <<

[480] Denslow, III, p. 120. <<

[481] *Ibidem*, IV, p. 290.

[Nota anterior]

Denslow, III, p. 120.

<<

[482] *Ibidem*, I, p. 95; III, pp. 101-102, 115, 141-142; IV, p. 268.

[Nota anterior]

Denslow, III, p. 120.

<<

[483] Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, p. 226. <<

[484] En 1998, Pinochet llegó a Londres para someterse a un tratamiento médico y quedó detenido mientras se llevaban a cabo procedimientos legales para extraditarlo a España y ser juzgado por los cargos de haber asesinado y torturado a súbditos españoles durante su dictadura en Chile. Los procedimientos tuvieron como resultado decisiones contradictorias en el Alto Tribunal, la Corte de Apelaciones y la Cámara de los Lores. En el momento en que escribo esto (agosto de 1999), aún no se ha llegado a una decisión definitiva. «R. v. Bow Street Metropolitan Stipendiary Magistrate and others, ex parte Pinochet Ugarte (Amnesty International and others intervening)», *All England Law Reports*, 1998, IV, pp. 897-947; 1999, I, pp. 577-599; II, pp. 97-192. <<

[485] Denslow, IV, pp. 43-44. <<

[486] *Globus*, 14 de mayo de 1999. <<

[487] Informe del Dr. Emina Kurtagic. <<

[488] Washizu, «Anti-Masonry in Japan», *AQC*, CVII, 95. <<

[489] Spalajkovich a Pasic, 12/25 de julio de 1914; Petrovitch, «The Story of the Black Hand and the Great War», en Pozzi, *Black Hand over Europe*, pp. 248-267. <<

[490] De 1918 a 1929, el nuevo reino fue oficialmente denominado «Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos», aunque era más conocido como «Yugoslavia». El nombre oficial fue modificado a «Reino de Yugoslavia» después de que en enero de 1929 el rey Alejandro impusiera su dictadura. <<

[491] *The Times*, 8 de enero de 1929. <<

[492] Avon, *Facing the Dictators*, pp. 111-112, 123; Pozzi, pp. XVI-XIX; Ridley, *Mussolini*, pp. 243-244. <<

[493] Informe de Branko Markic. <<

[494] Hory y Broszat, *Der kroatische Ustasche Staat*, pp. 84-106; A. Djilas, *The Contested Country*, pp. 118-127, 210, y ss. pp. 38, 212, y ss. 58; *France*, 13 de octubre de 1941; *Never Again*, pássim; *Crime without Punishment*, pp. 17-23; Ridley, *Tito*, pp. 163-166. <<

[495] Informe de Branko Markic. <<

[496] Cerza, «Anti-Masonry», *AQC*, LXXX, 253. <<

[497] *Véase* Ridley, *Tito*, pp. 282-289, 296-299. <<

[498] Informe de Branko Markic. <<

[499] Denslow, IV, pp. 65-68. <<

[500] Informe de la hija de Simic, Ljubica, Simic. <<

[501] *Globus*, 14 de mayo de 1999. <<

[502] Chevallier, II, p. 550. <<

[503] En el siglo XX, el artista ruso Marc Chagall, que era francmasón, trabajó en Inglaterra. Entre los músicos francmasones de Europa, además de Mozart y Haydn, estaban Johann Christian Bach, Franz Liszt, Giacomo Meyerbeer y Jan Sibelius, que en 1922 fue uno de los fundadores de la primera logia masónica de Finlandia. En Estados Unidos, entre los compositores masones de música ligera estaban John P. Sousa e Irving Berlin. <<

[504] Los franceses tuvieron un solo general masón, el mariscal Joseph Jacques Césaire Joffre; pero los alemanes tuvieron muchos, desde el mariscal de campo Karl Wilhelm, duque de Brunswick, el mariscal de campo Gebhard Leberecht von Blücher, el general conde Augusto Gneisenau, el general Gerhard von Scharnhorst y el rey Federico Guillermo IV de Prusia al almirante Alfred von Tirpitz y el general conde Alfred von Schlieffen, quien diseñó el Plan Schlieffen para atacar Francia a comienzos de la Primera Guerra Mundial. **<<**

[505] Sobre los francmasones eminentes mencionados, *véase History of English Freemasonry*, p. 32; Hamill y Gilbert, *Freemasonry: A Celebration of the Craft*, pp. 226-245; Denslow, vol. I-IV. <<

[506] Denslow, I, p. 212. <<

[507] Magnus, *King Edward the Seventh*, p. 268. <<

[508] Sobre el caso Tranby Croft *véase* Shore, *The Baccarat Case*, pássim. **<<**

[509] Shore, p. VI. <<

[510] *Henry Broadhurst MP: Told by Himself*, pp. 146-153. <<

[511] Magnus, pp. 405-406. <<

[512] Hamill, *The Craft*, pp. 84-85. <<

[513] *History of English Freemasonry*, p. 29. <<

[514] *Ibidem*, p. 20.

[Nota anterior]

History of English Freemasonry, p. 29.

<<

[515] Hamill y Gilbert, *World Freemasonry*, p. 129. <<

[516] Una referencia a los «grados» de la masonería. (*N. del T.*). <<

[517] Sobre Jack el Destripador, *véase* Knight, *Jack the Ripper*, pássim; Knight, *The Brotherhood*, pp. 52-55; Adam, *Trial of George Chapman*, pp. 45-50. <<

[518] Knight, *The Brotherhood*, p. 55. <<

[519] Short, *Inside the Brotherhood*, pp. 16-21. <<

[520] Short, *Lundy*, 332. <<

[521] Knight, *The Brotherhood*, pp. 161-166. <<

[522] Sobre Gelli y la P2, *véase* Short, *Inside the Brotherhood*, pp. 397, 402, 414; informe del Signor Spinello. <<

[523] *The Times*, 17 de abril y 13 de octubre de 1992; 28 de diciembre de 1993.
<<

[524] *Black Friars*: Frailes negros. (*N. del T.*). **<<**

[525] Sobre el caso Calvi, *véase* Short, *Inside the Brotherhood*, pp. 411-415. <<

[526] Hughan, «King Edward VII», *AQC*, XXIII, 103. <<

[527] *On the square*: en ángulo recto, a escuadra. Familiarmente: honradamente, de buena fe, con honestidad. *To be on the square*: obrar de buena fe. (*N. del T.*). <<